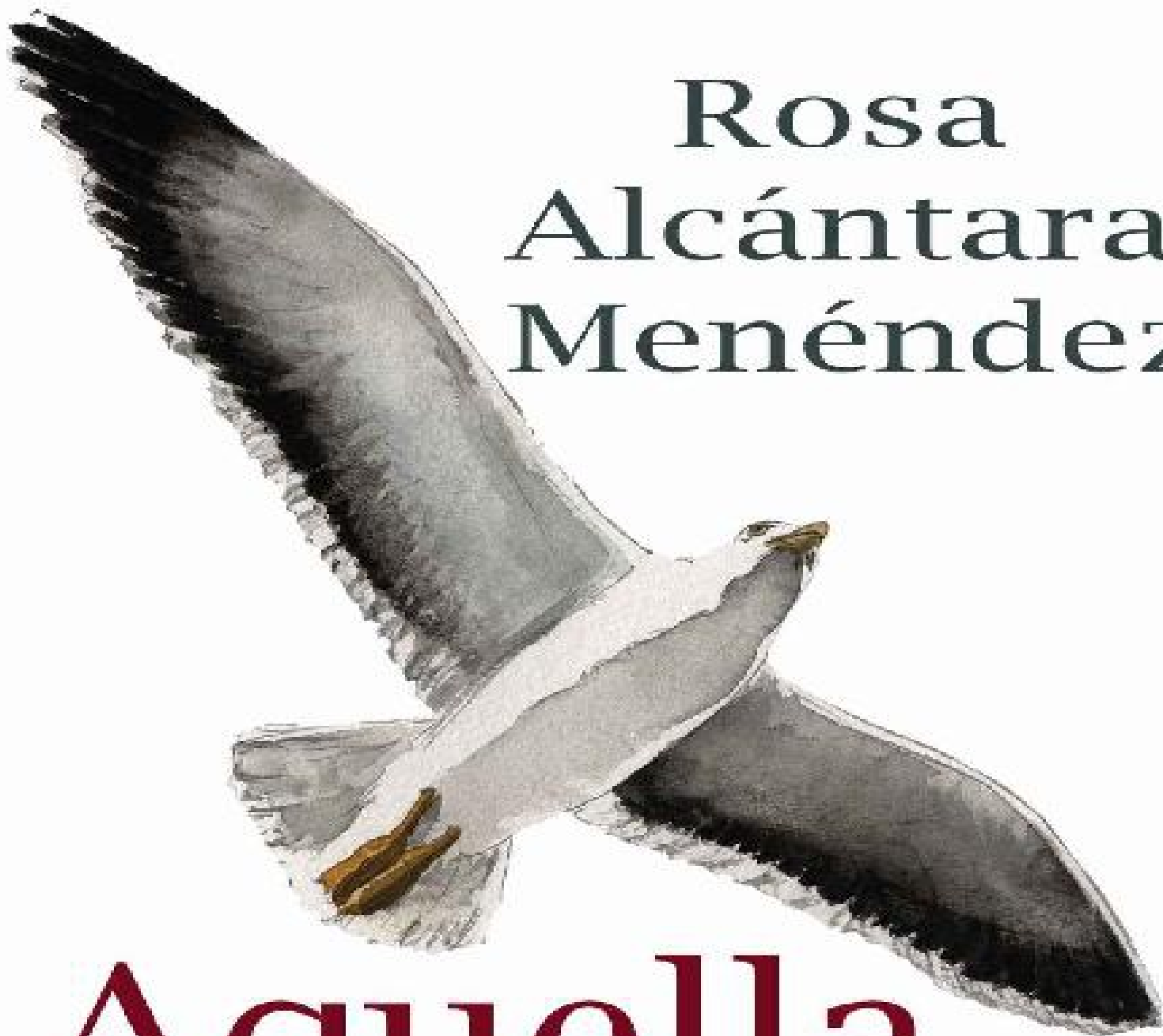


Rosa
Alcántara
Menéndez



Aquella
playa
desierta

«Soltar lastre, desplegar las alas y volar»

Aquella playa desierta

Rosa Alcántara Menéndez

Copyright © Rosa Alcántara Menéndez 2019

ASIN: B084CZKYBJ

Diseño Portada © RAM 2019

<https://www.rosalcantaramenendez.com>

<https://www.facebook.com/RosaAlcantaraMenendez/>

Excepto entornos y hechos históricos reales, los personajes y todas las situaciones de esta novela son ficticios, producto de la rigurosa locura de mi imaginación y las experiencias que me ha proporcionado la vida, la literatura y todos los documentos que han servido para que esta historia sea creíble. Cualquier semejanza con la realidad no sería posible, siempre me quedaría corta.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación de un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del titular del *copyright*.

Índice

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

[Capítulo 42](#)

[Capítulo 43](#)

[Capítulo 44](#)

[Capítulo 45](#)

[Capítulo 46](#)

[Capítulo 47](#)

[Capítulo 48](#)

[Capítulo 49](#)

[Capítulo 50](#)

[Capítulo 51](#)

[Capítulo 52](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

[**Sobre la autora**](#)

[**Páginas de interés**](#)

Prólogo

Bath, Inglaterra, 16 de octubre de 2015

EL MURMULLO DE halagadoras palabras le asustaba tanto como el zumbido de un enjambre de avispas asesinas. Carlos apartó la mirada de la joven rubia que acababa de entrar en la galería de John Edgar y de nuevo escudriñó a los parlanchines entendidos frente a sus obras. Vio a una señora madura de espaldas, le llamó la atención el brillo de su corta melena plateada, contemplaba *Niño con balón*. Era una obra de 2014. Un niño sonreía al chutar el balón, movimiento y velocidad, diversión, evocaba los momentos felices de la infancia. En un cartel junto a la obra podía leerse: «*Composición abierta tallada en piedra de Bath, con base y estructura de hierro. 102 x 60 x 120 cm.*»

Carlos empezó a sentir verdadera curiosidad ante la reacción de la señora, le parecía interesante que inclinara la cabeza como meciéndola al son de una melodía suave, y la espío sin moverse del sitio. De perfil, la mujer examinaba atentamente el cuerpo del niño, luego paseó alrededor y se detuvo en la peculiaridad que nadie pasaba por alto y elevaba la piedra a un nivel superior. Entonces, emocionaba, transmitía tristeza, dolor y hasta cierta agresividad.

No pudo dejar de observar a la señora. Tenía algo que atrapaba sus ojos, tal vez era su actitud ausente o la distinción de sus movimientos suaves. El sonido de la multitud se elevó por aquella sala fría y casi futurista, logrando despistarle de la mujer. Buscó caras conocidas, sin éxito. Calculó más de un centenar de personas. Extraños. No estaba cómodo entre desconocidos. Sentía que un muro lo separaba de aquello, como si fuese un observador invisible deambulando entre sus propias obras.

—Nathalie, ¿por qué llegas tan tarde?

Carlos orientó el radar, no movió un músculo al desviar la mirada hacia el hombre que acababa de hablarle a la chica rubia. Usó un tono duro, desagradable como su gesto. El hombre sujetó la mano de la chica, la apartó del tumulto que rodeaba en ese momento la figura central de la exposición, *Now Imperfection*, y se inclinó para susurrarle algo al oído. De forma automática, la expresión de la chica pasó de la alegría al miedo.

Los ojos verdes del escultor buscaron comprender, interpretar esos sentimientos bien plasmados en las inertes piedras. Compadeció a la joven, atrapada en otra cárcel, o en una vida irreal, sometida a un martirio por el simple hecho de una mala elección. Bajó la cabeza, centrado en sus botas de ante, intentando alejar aquellos pensamientos.

Capítulo 1

La Orotava, Tenerife, 4 de septiembre de 2017

EL TALLER DE CARLOS Manley estaba envuelto en la luz tenebrosa de un nuevo día cuando aparcó la carretilla elevadora junto al andamio con ruedas donde se subía si las figuras eran de tamaño natural. No era fácil mantenerlo ordenado a pesar de considerarse un hombre metódico. En ese espacio de bloques de cemento de más de quince metros por diez que recordaba a una pequeña fábrica, incluso por las seis campanas de luz colgadas de las vigas de la cubierta, aguardaban en fila las cajas de madera en cuyo interior había embalado las diez obras de la exposición del Museo de Arte Contemporáneo Eduardo Westerdahl; todo el lateral derecho vacío con el propósito de llenarlo en unos días, pondría allí las nuevas piedras de Bath que necesitaba para continuar trabajando; y en la estantería metálica del fondo, junto a su banco de trabajo, había colocado por tamaños las herramientas de soldar y todos los útiles para esculpir: martillos, cinceles y los diferentes discos de la sierra radial.

Satisfecho, observó el resultado del insomnio desde el portón metálico antes de cerrarlo con llave y salir en dirección a su casa, un edificio sencillo de piedra volcánica ubicado a unos pocos metros del taller, en esa finca de plataneras que era su herencia y un oasis de vegetación que pretendía mantener tal cual. Con esas miras, en un alarde creativo cuando llegó de Bath en 2012, recreó alrededor del taller un apasionado bosque de tajinastes rojos que se alzaban al cielo como finas pirámides. Había tratado de minimizar el impacto visual porque detestaba los parches estéticos.

Extrañado por la ausencia de *Hard*, el pastor alemán de cuatro años que llevaba con él desde cachorro, rodeó la fachada recubierta con un tapiz de camuflaje y anduvo por el césped con la cabeza inclinada hacia arriba, curioso por comprobar la ligera intensidad del viento en las ramas de las cuatro palmeras del cuidado jardín. El movimiento le atraía en todas sus expresiones, solía fijarse en los pequeños detalles que aportaban velocidad para luego imitarlo en sus obras.

Recorrió el salón de su casa, la habitación de mayor tamaño que albergaba también la cocina, apenas fijándose en los suelos de barro y vigas oscuras de los techos abuhardillados. Nadie discutiría que allí vivía un artista. No solo porque él mismo había hecho la mayoría de muebles de madera y hierro, sino por el respeto que mostraba al mantener los materiales originales que usó su padre al construir la casa; se respiraba carácter a cada paso. Entró en su dormitorio y se aseguró de que la puerta quedara cerrada, evitaba así cualquier incursión del perro. Ahí destacaba la austeridad, solo había una cama grande y una mesilla de noche de madera oscura con una lámpara de cobre. Al lado de la puerta se encontraba el vestidor en forma de ce y el único baño de la casa. Clavó la vista frente a la cama, en el amplio ventanal abierto que además de permitir una panorámica limpia del litoral plagado de araucarias, dragos y pitas, dejaba penetrar con delicada cortesía aromas frescos y dulzones.

Las olas rompían rítmicas en los puntiagudos arrecifes como islotes guardianes del profundo acantilado sobre el que se alzaba la casa. Observaba la pared volcánica en forma de bahía y con una altura considerable, en torno a los treinta metros, absorto en un lapso blanco sin conciencia.

La arrebatadora fuerza de las olas redimía, lograba suspender el paso del tiempo.

De pronto, vigorosos ladridos rompieron una conexión cuasi perfecta con la naturaleza. Dejó la contemplación para darse una ducha rápida. Siempre breve. La sensación de sentirse limpio lo llevaba a malos recuerdos. Recuerdos de una época en la que asearse estaba limitado, época de productos higiénicos baratos, de momentos inquietantes donde el miedo impedía cualquier relajación. Frente al espejo se recortó la barba, detectó canas nuevas como avisos del despiadado adiós. No le pesaba haber sobrepasado la treintena en un viaje meteórico a los cuarenta, se encontraba bien físicamente, hasta se atrevía a creer que estaba en su mejor momento. Tenía la tez bronceada, brazos musculosos y algunas heridas en las manos gajes del oficio. Repasó el tatuaje que le rodeaba la muñeca derecha, exacto al que lucía también en la izquierda: un brazalete formado por cuatro filas de triángulos alternos negros y punteados. Geometría y abstracción, realismo y fantasía, valor y miedo. Esos tatuajes no significaban nada, solo cumplían el objetivo de salvaguardar el secretismo de hondas cicatrices grabadas en el alma. Cicatrices suyas, traicioneros roces con la eternidad que no quería enseñar a nadie.

Escuchó el particular sonido del motor de la furgoneta de José el panadero, parecido al bramar de los hipopótamos, la réplica a ladridos del perro, y se apresuró yendo al vestidor para ponerse los primeros vaqueros que encontró limpios y bien doblados, una camiseta negra y las botas con suela de goma. Estaba terminando cuando le llegó el saludo familiar de José:

—¡Manley! ¿Por dónde andas?

José abrió la portezuela corredera del lateral de la furgoneta, cogió del saco un pan de leña redondo de tamaño mediano y lo metió en una bolsa de papel.

—Quebrajo —dijo Carlos con voz amistosa al salir de la casa—, no fallas, sale el sol y apareces.

Hard llegó corriendo desde la parte trasera del taller con el hocico rebosando de sangre como si acabara de comerse un trozo de carne cruda.

Sin apartar los ojos del perro, José abrió la boca para replicar. La cerró de golpe; parecía haber perdido el habla.

Carlos desvió la mirada del perro encarando sus pupilas en el rostro de José, poblado por una espesa barba pintando canas. Estaba un poco divertido al intuirle en los vivaces ojos castaños algo que podía interpretarse como miedo. No comprendió que un poco de sangre asustara a un hombre de su edad, alrededor de los cuarenta, grande, robusto y en buena forma.

—¿No le das pienso?

—Sí, pero no coarto su instinto depredador. No olvides que un animal siempre es un animal.

José sintió un escalofrío en la nuca, había percibido un brillo perverso en las pupilas verdes de Carlos.

—¿Cuándo inauguras la exposición? —le preguntó tras un breve silencio.

El escultor mantenía un gesto indescifrable pendiente a la boca del perro.

—La semana que viene, el sábado —respondió al enfrentar de nuevo los ojos de José. De las personas que había conocido en los cinco años que llevaba viviendo en Tenerife, era con el único que le apetecía hablar, con el único que lo hacía sin medirse demasiado porque percibía su auténtico interés en hacerle compañía durante los efímeros ratos que compartían a diario—. Estás invitado —agregó de buen humor.

—Gracias. Pero no esperes que invierta; no tengo el horno para bollos.

—Nunca mejor dicho. ¿Invertirías en arte si pudieras?

—En tus obras, sí; me gustan aunque algunas me parezcan siniestras.

—Han usado adjetivos más duros, siniestro hasta me parece acertado.

—No te lo he dicho con maldad. Recuerdo que al principio me sorprendieron porque no esperaba las mutilaciones, no hay dolor en los rostros que te prepare para descubrirlas.

—¿Por qué debería haberlo? Todos estamos acostumbrados a nuestras imperfecciones.

—No te lo discuto, pero eso no quita para que suela desconcertar. Eres un gran escultor, podrías hacerlas completas sin darles ese toque sádico.

Carlos torció la boca.

—De siniestro has pasado a sádico... Menos mal que no dependo de ti.

—Haz una entera y te prometo que me planteo comprártela.

—Gracias por tu amabilidad, pero no. No necesito traicionarme para vender.

—¿Por cuánto salen?

—Depende del tamaño y del trabajo, las más pequeñas oscilan entre los veinte y los treinta.

José elevó las cejas.

—Qué poco te cotizas...

—Entre veinte y treinta mil —aclaró, observando el cambio en el semblante del panadero—. ¿Sigues interesado?

—Olvídalo, solo soy un humilde trabajador.

—Y yo —replicó, pensando en el coste de las piedras de Bath—. Ese dinero no es íntegro para mí, casi puedo asegurarte que tú ganas más que yo. Cuando valoro una obra le incluyo no solo el trabajo artístico, también todos los costes de las piedras, de importarlas y los porcentajes de los galeristas. Al final, los beneficios son bastante menores de lo que uno pueda imaginar.

—Cambia de piedras —resolvió rápidamente—. ¿No te gustan las volcánicas?

—Estuve hace unas semanas en Candelaria viendo el catálogo de Rocasa. Tienen un basalto negro bastante interesante. Estoy planteándomelo por reducir costes.

—Pero no es lo que quieres, ¿verdad?

El escultor meneó la cabeza sin intención de entrar a detallarle que la piedra de Bath era insustituible por tantos valores sentimentales que enumerárselos sería imposible.

—Aprendí a tallar con esas piedras, no me apetece cambiar por una motivación económica.

—A veces los cambios son buenos, no lo descartes sin haberlo intentado.

Escuchar esto molestó a Carlos. Decidió no concederle más tiempo porque, según su experiencia, intentar algo nuevo podía evocarle el infierno que vivió unos años atrás. Sin ademanes bruscos, lo ignoró yéndose hacia la casa.

—*Hard*, despídete o te quedas sin playa.

José compuso un gesto de asco.

—Ni se te ocurra —le dijo al perro antes de que manchara su ropa de sangre.

Al oírlo, Carlos frunció los labios apretando una sonrisa. Tal vez José tuviera razón y fuese un sádico. O, tal vez, no la tuviera y solo había hablado sin filtros porque era un imprudente.

Luego, después de desayunar en el jardín, mientras la claridad del día brillaba en el océano y el aire movía las plataneras con susurros impregnados de sutileza, salió por el camino en dirección a la playa. *Hard* aún tenía un poco de sangre en el hocico, pero ni siquiera hizo amago de comprobar si estaba herido. Sin duda habría cazado algún conejo o alguna perdiz, invasores cotidianos de las fincas de los alrededores.

Disperso en la animosidad del futuro que vislumbraba, tampoco le prestó atención al rebaño de intrépidas cabras que recorría el barranco. Iba fijándose en las terrazas de vides que copaban una finca vecina. Sin embargo, *Hard* no fue capaz de copiar esa indiferencia. Alerta, ladró con un

ímpetu protector ajeno a guerras perdidas en lugares imposibles para él.

Dejaron atrás el restaurante que había al final del camino asfaltado, ahí terminaba el acceso de vehículos, para adentrarse en la verdadera esencia de descender a la playa de El Bollullo. Tramo a tramo, en un sendero de tierra protegido por una barandilla de hierro, bajaron la escalera hasta pasar por delante de la hornacina de la Virgen del Carmen, ante la gruta donde la gente dejaba cruces hechas con palitos. Casi habían llegado. Solo faltaba recorrer un pasillo de rocas húmedas, siempre azotadas por las olas. *Hard* corrió con agilidad y destreza, como una exhalación alocada por sentir la libertad.

Esa cálida mañana no estaban solos en la playa. Un anciano paseaba por la negra orilla y dos mujeres de mediana edad con pinta de turistas tomaban el sol. Carlos se quitó la camiseta y se sentó cerca de la orilla, alejado de las mujeres, pensando en la opción de volver a Candelaria aunque al día siguiente se reuniera con el comercial de Bath Stone Group para seleccionar nuevas piedras.

El cansancio de dar vueltas en unos círculos que ya no le conducían a nada bueno le colapsó la mente de ideas tremendistas. Pensó que era el momento de cambiar. En los últimos cinco años había creado la infraestructura necesaria para alcanzar sus logros. Nada fáciles, por cierto, porque entre viajes a la cantera y la logística del transporte de las piedras solventaba obstáculos impagables por muy elevados que parecieran los precios de sus obras, ¿por qué no intentarlo desde ahí mismo? Tenía el valor añadido de un mayor control y gastos bastante menores que le permitirían obtener beneficios acordes a los meses de dedicación en cada trabajo. También, al ahorrarse los viajes a Bath, no reviviría de manera insidiosa las partes de su vida que más lo marcaron y seguían manteniéndolo en una especie de limbo del que no podía salir. De aquella época solo salvaba la evasión que encontró experimentando con la escultura hasta que poco a poco lo cautivó por completo. Fue cuando de verdad se convirtió en un superviviente, fuerte, seguro de sí mismo, rápido cuando lo rodeaban redes de peligrosas intenciones. Por su propio bien debía desligarse de Bath. «Cambiar no es malo», se dijo tratando de convencerse.

Capítulo 2

EL POTENTE SONIDO del motor de un coche, inconfundible por ronco, al instante puso en guardia a Olatz Sagasti. Había llegado su pesadilla, el hombre que sacaba a flote lo peor de ella. Llevaba un rato preguntándose si su temperamental marido, Uwe Böhm, aquella noche preferiría pasarla en casa. Por desgracia, ya tenía la respuesta.

Filtró la voz de Uwe, melosa, y dedujo una conversación telefónica con alguna de sus amantes. Con el paso de los años Olatz había afinado el oído hasta el extremo de detectar las inflexiones más sutiles de su voz o de cualquiera de sus movimientos, así se adelantaba interpretando sus estados anímicos y podía rehuir de confrontaciones. No tuvo dudas, apenas había posibilidades de que se equivocara, Uwe estaba de conquista. Siempre seguía el mismo patrón. Tras conocer a la chica de turno, la llevaba a algún sitio idílico aprovechando su facilidad para disponer de casas maravillosas, las agasajaba, les hacía sentirse importantes con promesas de amor eterno y luego las dejaba para empezar el ritual con otra presa. No entendía por qué no le había concedido el divorcio sin entrar en guerras cuando obtendría libertad para comportarse con el individualismo que tanto le gustaba.

—Ol, ¿dónde estás?

Al oírlo cerca, salió del vestidor. Uwe apareció con ese porte distinguido que le confería seriedad en el negocio inmobiliario. Era un hombre atractivo, guapo por sus rasgos suaves, y lo explotaba para tener bien cubierto el cupo de amantes. Se quitó la chaqueta oscura del traje a medida sin apartar de ella el luminoso azul de sus grandes ojos. Sonrió de forma leve, interesándose por cómo había pasado el día. Fue un detalle, cínico y falso.

Descalzo, con la camisa blanca abierta, se peinó el pelo castaño con la mano tratando de domarlo y se sentó en una de las butacas de piel blanca que había delante de la enorme cristalera con vistas a la piscina. En la mesita junto al brazo del sillón, una fotografía de ellos del día de su boda. Olatz deslumbraba feliz gracias a la insigne idiotez de un enamoramiento que desde entonces estaba hundiéndola en la desesperación. Esta idea la deprimía más que la cobardía de permanecer al lado de quien decía amarla pisoteándole la dignidad.

—¿Hoy te quedas?

Uwe le dedicó una mirada dura, risueño.

—¿No te hace ilusión?

Ella no respondió. Detestaba ese cinismo. Sabía que no buscaba a la brillante conversadora de antaño, ni a la divertida amiga ni, por supuesto, a la entregada pareja sexual. Había llegado con un objetivo en mente: asegurarse varios días de libertad sin reproches.

Aquejada por un repentino dolor de cabeza, fue a la cocina y se llenó un vaso de agua con intención de tomarse la pastilla que se lo mitigara. Estaba de espaldas al pasillo en la barra de diseño donde terminaba la isla que había en el centro, nivea e impoluta, cuando cerró los ojos. Uwe salió del dormitorio. En guardia. La tormenta se acercaba a paso lento, cauteloso, ¿inseguro? Alerta máxima; peligro.

—¿Podemos hablar? —preguntó él, encarando los topacios de Olatz.

—No me encuentro bien, ¿es necesario?

—Voy a tener un hijo —soltó a bocajarro—. ¿Te parece necesaria la conversación?

Capítulo 3

CARLOS NO TUVO demasiadas contemplaciones al decirle al comercial de Bath Stone que aquel sería su último pedido. Ni siquiera insistió como otras veces en explicarle las vicisitudes que salvaba en cada porte: costes, traslados, inspecciones aduaneras, retrasos; todo contó para decidirse a afrontar el cambio. Ya había hecho varias pruebas con piedras basálticas de la cantera de Candelaria, le sorprendieron los resultados y lo animaron a no dilatar más una renuncia cantada. Continuar invirtiendo tanto en esas piedras no merecía la pena, cambiar era de valientes. No sería ni el primero ni el último que aprendía una profesión usando unas herramientas y con el paso del tiempo cambiaba a otras más modernas o mejores. Se convenció comparándose con un médico que hubiese estudiado en los años ochenta, ¿acaso ahora no operaría con material quirúrgico nuevo?; ¿y un arquitecto que hubiese aprendido a dibujar en un tablero?, ¿acaso actualmente no usaría un ordenador? ¿Por qué él no intentaba usar otra herramienta? Las piedras lo eran. Herramientas moldeadas para transmitir sus emociones; nada de materias, nada más que vehículos donde plasmaba su arte.

Volvió andando a la estación de tren de Freshford por la estrecha carretera de Midford Lane. No había tráfico, era sinuosa, la neblina difuminaba los árboles que la recorrían. La fría mañana no invitaba a detenerse a contemplar viejos campos muy vistos que, encima, le traían los abominables recuerdos de su peor pesadilla.

Al advertir el rumbo de esos pensamientos, como solía sucederle, se consideró un poco estúpido porque darle vueltas al pasado era tenerlo presente y él ya no era la misma persona. Ninguna reflexión le devolvería la vida a su padre ni a Ellie, nada borraría sus actos, adicciones, el rechazo de su madre ni el martirio que le tocó vivir y evitar en la cárcel. El pasado siempre estaría, siempre formaría parte de él como el todo que había formado y formaba al hombre que era en ese momento.

Reconociendo su verdad, agachó la cabeza y metió las manos en los bolsillos del chubasquero por resguardarse de la fina lluvia.

A las tres de la tarde, accedía al avión de British Airways con rumbo a Tenerife.

Nathalie Thornton, una de las azafatas de ese vuelo, espigada, pálida, de cabello rubio platino en un moño bien hecho, era la encargada de recibir a los pasajeros. Apenas se fijaba en sus caras, de manera mecánica sonreía inclinando un poco la cabeza y murmuraba un escueto “bienvenido”, hasta que apareció Carlos. Lo reconoció de inmediato, había estado en una de sus exposiciones. No lo recordaba tan atractivo, pensó que desde aquel entonces el tiempo había jugado a su favor aportándole madurez varonil. Los ojos verdes de él no le dedicaron ni un miserable segundo; y su voz, inaudible, mínimamente sonó amable. «Carlos Manley, eres justo lo que necesito», se dijo. Le pudo la vanidad, esa arrogancia de conquistar sin esfuerzo porque se sabía una mujer bonita.

A las dos horas de vuelo, Nathalie recorría el pasillo con el carro de las bebidas. Se detuvo en la fila de Carlos y, obviando a la señora de mediana edad que estaba sentada a su lado, se dirigió

expresamente a él:

—¿Le apetece tomar algo? —preguntó en inglés y tono insinuante.

Carlos levantó la vista, no se molestó en dibujar una sonrisa agradable, y negó con la cabeza. Los ojos azules de Nathalie, dramáticos por el abuso de máscara oscura en las pestañas, expresaron decepción. Sin embargo, resuelta, continuó atendiendo a otros pasajeros. Cuando llegó a la cola del avión donde estaba el office en el que preparaban los carros, escribió una nota sin que lo advirtiera ninguna compañera. Aún esperó a que el vuelo estuviera próximo a las Canarias para poner en marcha su plan.

El escultor no movió un músculo al ver cómo un papelito blanco le caía en el regazo. No necesitó hacerlo, unos segundos antes había olido el perfume de la azafata. Era un olor intenso, demasiado quizá, descarado. No tardó en sentir a la mujer invadiendo su espacio, giró la cabeza alejándose sin un gesto brusco.

—Llámame —le susurró ella en el oído—, podemos pasarlo muy bien.

Carlos volvió la cabeza encarando sus ojos.

—¿A qué hora?

—Termino a las diez.

La azafata no reprimió una sonrisa triunfal.

Capítulo 4

EL SOL DESPUNTABA en el horizonte cuando Carlos abrió los ojos. La noche lo dejó agotado, ¿o era más apropiado pensar que se había resarcido con Nathalie? En aquel instante no le importaba, en absoluto. Sentía laxitud en todos los músculos, pesadez en los huesos. Dejó la cama sin ganas, mirando alrededor. Buscaba algún rastro de ella, complacido porque hubiese tenido el detalle de desaparecer evitando bochornos innecesarios.

Empezó a asearse recordando la fogosidad de la azafata. Llegó a parecerle más ansiosa que él y sin atisbo de pudor, como si estuviera acostumbrada a esa clase de encuentros. No lo descartaba ni tampoco le importó.

Acabó de vestirse y se encaminó a la cocina con intención de preparar café para tenerlo listo antes de la apoteósica aparición del panadero. De manera sorpresiva, vio a *Hard* recorrer el jardín a una velocidad increíble. Fue entonces cuando descubrió que la puerta de la casa estaba abierta. El perro comenzó a ladrar, a gruñir delante del taller. Eso le sorprendió aún más. Salió veloz al jardín sin quitar la vista del portón del taller. *Hard* había desaparecido dentro.

Al momento, oyó los gritos descontrolados de Nathalie.

—*Hard*, suéltala —ordenó impasible en el umbral del taller. La expresión de la azafata se relajó de alivio, recompuso su falda y trató de esbozar una sonrisa cuando el perro siguió la indicación que él acababa de hacerle con la mano para que saliera—. ¿Cómo has entrado aquí?

En la voz de Carlos podían interpretarse varias emociones, las más llamativas fueron el desprecio y la ofuscación.

—La puerta estaba abierta —respondió en un tono dulce, totalmente opuesto al dramatismo de momentos antes—, sentía curiosidad por ver lo que guardabas.

—No me cuentes tonterías —replicó casi escupiendo las palabras, tenía la certeza de haber echado la llave—, la puerta no estaba abierta. Sal ahora mismo —exigió.

—Solo he curioseado un poco.

Nathalie no pensaba confesarle que forzar cerraduras era un don práctico si se usaba sensatamente. Observó con atención el lento movimiento de las mandíbulas de Carlos.

—No voy a repetírtelo —habló con dureza, sospechando que tanta curiosidad no era fortuita. Estaba allí por algo—. ¿Qué estabas buscando?

—Nada, de verdad —contestó repentinamente animada porque la hubiese confundido con una ladrona—. Vi una exposición tuya en Bath —admitió andando hacia el portón—, hará un año.

—Dos, en dos mil quince —matizó incómodo, recordaba perfectamente su primera exposición en solitario en la galería de John Edgar.

—Me gustaron tus obras, esperaba encontrar algo nuevo que también me gustara.

Él enarcó una ceja, sin otra expresividad en el rostro.

—Por tanto, has entrado a sabiendas de quien soy, sin permiso y sin importarte que me molestara.

—No lo he pensado así, te pido disculpas por haberlo hecho.

Carlos le sostuvo la mirada un breve instante.

—¿Por qué no me lo habías dicho?

—Porque hablamos poco, cariño —contestó irónica, pensando en que ni siquiera perdió tiempo cambiándose el uniforme al llegar del último vuelo.

Carlos no la creyó, pero no pretendía darle más importancia. Ya le había dejado claro cómo preservaba la intimidad de sus obras, no volvería a repetirse. Nathalie pidió un taxi por teléfono, cogió el bolso y le dirigió una sonrisa que no le llegó a los ojos ni pareció sincera.

Salieron a esperar al jardín rodeados por la tensión que Carlos habría preferido evitar. El aroma del café escapaba de la casa. La impaciencia haciendo estragos en el silencio. Nathalie trató de entablar conversación, pero desistió pronto cansada de monosílabos. Miró la hora en el móvil, el taxi se retrasaba.

Al cabo de unos minutos, el estrépito del maltrecho motor de la furgoneta del panadero lo invadió todo. Nathalie frunció el ceño, a la expectativa cuando José la observó de arriba abajo.

—Muy buenas —le dijo con sorna.

La azafata amagó un ademán insípido con los labios. El panadero, conteniendo a duras penas una sonrisa al mirarlos alternativamente, respondió cariñoso y sin resquemor al efusivo saludo de *Hard*.

—Déjame lo de siempre —pidió Carlos a la expectativa de alguna pulla.

Al momento llegó el taxi. Nathalie se despidió de Carlos en inglés, de manera cordial, y se subió al coche sin dilaciones perniciosas para su autoestima.

—Qué bien vives —comentó José al entregarle el pan.

—No te dejes llevar por el entusiasmo, puede confundirte.

—Seguro... ¿De dónde has sacado a esta?

—De una chistera —contestó yendo a la casa.

—Desembucha, puedo perder unos minutos escuchándote.

—No hay nada que contar.

—¿Ah, no? Pues yo diría que ha pasado la noche aquí, y no precisamente contemplando las estrellas...

—No precisamente.

Aunque la voz de Carlos sonó suave, sus ojos fijaron una advertencia que José entendió al vuelo.

—¿Qué tal en tu segundo país? —preguntó interesado.

Carlos no entró a detallarle el viaje, se centró en lo esencial: había sido el último para comprar piedras. Con cierto aire lastimero, le dijo:

—Te parecerá una tontería, pero me cuesta imaginarme las figuras en otro tono que no sea claro. Todavía no lo he conseguido.

—Quizá la oscuridad les aportará más dramatismo. Es lo único que les faltaba —añadió de forma inocente y sincera, sin apreciar que había tocado un punto importante para el escultor—. Intenta contrarrestarlo con expresiones menos agresivas.

—Es tu percepción. Lo que para ti es agresividad para otra persona es velocidad y para otra es solo movimiento sin emociones añadidas. Esa es la grandeza del arte, la cantidad de matices emocionales que despierta en los espectadores. Una misma obra puede tener tantas interpretaciones como ojos observadores analizando lo que captan.

—Exacto, por eso he captado que a la azafata la has dejado bien servida. No está mal para pasar un rato —agregó casual, tratando de sonsacarle información—, y no es mala idea liarse con alguien como ella... —El cebo se mecía, el escultor no picaba el anzuelo. A insistir un poco más,

el sedal aún no estaba tenso—. Es inglesa, ¿verdad?

—Eso parece —habló formando una mueca de desagrado en los labios.

—¿No te lo ha dicho?

—Quebrajo, aunque hoy no te interese otra cosa que mi vida sexual, tengo cosas que hacer. La primera, desayunar este buen pan; luego, pasarme por el museo para terminar de ultimar la exposición; así que, si me lo permites y tu curiosidad te lo permite, me gustaría empezar por lo primero para continuar con lo segundo. ¿Serías tan amable de dejarme tranquilo?

—Por hoy —anunció dando media vuelta, acababa de romper el sedal—, mañana no te lo garantizo.

—Yo sí, soy una tumba para ciertos aspectos de mi vida.

—¿Solo para ciertos, Manley? Te quedas corto, amigo. Eres una tumba para todo, pero lo que no sabes es que mi otra profesión es la de desenterrador.

Con esa ingenuidad simpática que derrochaba, el panadero borró de un plumazo la media sonrisa que Carlos había esbozado. Inmóvil, lo observó desaparecer en la furgoneta. Necesitó hacer un ejercicio de autocontrol extremo para tornar a aquel jardín bañado por el cálido sol que arrobaba una ligera brisa.

Más tarde, tomándose el desayuno, fue incapaz de no darle vueltas al recoveco más tortuoso de su vida que podía causarle una debacle de salir a la luz. Ninguno de los selectos coleccionistas que invertían en sus obras lo aceptaría ni él tenía el poder de anularlo. Lo ocurrido siempre acechaba para regresar en el momento menos oportuno. Había tardado muchos años en aceptar que todos sus errores, malas decisiones y peores hechos lo convirtieron en la persona que era, que todo aquello no solo le llevó a remordimientos indelebles, sino que le hizo superarse, ser mejor, además de brindarle la oportunidad de mirar al futuro dedicándose a hacer algo que le llenaba por completo. No podía perder la escultura por el dolor infringido. «No lo soportaría», se dijo.

Capítulo 5

LA VIDA DE OLATZ continuaba desmoronada, sus pensamientos de aquel turbio amanecer rugían tan amenazantes como el oleaje. En la playa de El Bollullo tenía asegurada la soledad; era un desierto, un lugar olvidado, indómito, donde alcanzaría su sueño. A esas horas el chiringuito ubicado sobre unas rocas en la pared del acantilado aún no había abierto, solo frente a ella el entorno salvaje, idílico y apropiado. Descansó de la bajada por la escalera observando las rocas volcánicas que se adentraban en el agua, irrespetuosas como el azote del viento.

Pisando la fina arena azabache, recordaba la puñalada de egoísmo que su insigne marido le había propinado sin la más mínima consideración. Solo veía la inmensidad del océano. Después de haber soportado infidelidades como quien se moja bajo la lluvia, estoicamente, después de aceptar miserias sin recibir a cambio la libertad que exigía, después de llorar amargamente por el fallido embarazo que la llevó al año de su matrimonio a arrepentirse de la decisión alocada que tomó en un arrebató de confianza y rebeldía, después de todo solo le quedaba un profundo dolor. Ni siquiera tuvo fuerzas para indignarse porque en aquellos días a Uwe le hubiesen entrado las prisas por deshacerse de ella.

Al adentrarse en el agua, la fría temperatura le paralizó los músculos; otro obstáculo que le exigía fuerza de voluntad. No pensó en su juventud, treinta y un años; en las ilusiones que dejaría atrás ni que el rumbo de su vida podía cambiar con un buen golpe de timón. Por un instante no pudo seguir, pero no le agradó detenerse. En ese punto dudar no era opción. Acordarse del sucio papel que le dejaba a sus padres, tampoco. No podía permitirse dar marcha atrás, lo había hecho ya en varias ocasiones y siempre el resultado fue el mismo: ninguno, continuar ocultando su miserable existencia. No era capaz de encontrar el valor de enfrentarse a sus padres, de aceptar que siempre habían tenido razón acerca de Uwe, de quererle o de redescubrir su amor propio. Consciente de estar permitiendo que su matrimonio la estuviera despojando de la capacidad de valorarse, harta de no recibir el respeto que merecía y, sobre todo, muy agotada de la rutina que la estaba convirtiendo en un servil espectro, y encima claudicando a un divorcio rápido después de años intentando una salida honrosa, echó un vistazo alrededor y respiró hondo. Ni un alma.

Comenzó a adentrarse en la vorágine.

El aire soplaba con intensidad, le enmarañaba el cabello en el rostro. No haría pie en unos metros, tarde para arrepentimientos. No necesitó esforzarse. La rabia de las olas la hundía, tiraba de su cuerpo hacia el fondo. Consideró luchar, algo en su cerebro le prohibía rendirse. Mecida en aquel inclemente torbellino, tragaba bocanadas de agua, a punto de desfallecer, notando cómo la resaca la reclamaba.

A una distancia breve, eterna también, el pastor alemán de Carlos había enfilado la orilla como un rayo que empujara la diversión. Corría feliz, hasta detenerse sin apartar el acecho del cuerpo femenino que flotaba boca abajo balanceado entre crestas de espuma. Empezó a ladrar, nervioso, adentrándose con respeto en las olas. Carlos no vio el cuerpo de la mujer; pero no dudó de la intencionalidad de su perro, se metería en el agua. No perdonaba bravura, frío o lluvia. Bañarse era sagrado, un privilegio irrenunciable.

—¡*Hard!* ¡Ven aquí!

Carlos no tenía intención de recorrer la arena, estaba cómodo sentado al resguardo del viento en las rocas que había al final del sendero y protegían la cala. Olvidó al perro concentrado en el placer de sentir la fuerza del aire. Olía a salitre. Cerró los ojos y aspiró por la nariz, ese aroma tenía el poder de adormilar al demonio que llevaba dentro y era el responsable de que hubiese salido del taller después de hacer añicos la figura que estaba tallando.

Tras unos minutos, buscó con la mirada al perro. Seguía ladrando en el mismo sitio. Lo llamó a gritos, sin conseguir nada. Aburrido de ese comportamiento, se puso en pie rumbo a la estrecha escalera. Echó la vista atrás, creyendo que el perro ya habría decidido obedecerle. Fue entonces cuando se quedó petrificado.

El cuerpo de una mujer flotaba a unos metros de la orilla, justo donde rompían las olas por el cambio de profundidad. Aquello parecía una atroz broma del destino para revivirle su penitencia.

El mar arrastraba a su presa con estremecedora furia, la hundía mientras *Hard* continuaba en la orilla sin parar de ladrar ni sin dejar de moverse tratando de llamar su atención. La mujer no tenía ninguna posibilidad en aquel infierno rugiente.

Dudó, maldiciendo para sus adentros. Al advertir el instinto protector de *Hard*, volvió corriendo a la playa. En ese instante el perro ya luchaba contra las olas ajeno a sus gritos.

No había nadie a quien recurrir, nadie más precavido que él. Si hubiese tenido la mínima sospecha de que durante esa imprevista salida por despejarse un rato ocurriría algo tan trágico como perder al único ser que le importaba no habría despreciado coger el móvil. Al menos los Servicios de Emergencias estarían avisados.

Era una decisión fácil, lanzarse al infierno o esperar.

Sopesó el riesgo, infinito, abrumador, se quitó las deportivas y, con los ojos fijos en el perro, aguardó el vaivén oportuno. Por un instante la imagen de Ellie le golpeó de nuevo, era su tormento. Tal vez, con esa desconocida podría mitigar algo los terribles remordimientos que desde hacía muchos años no dejaban de atosigarlo. Estaba más vivo que nunca, más fuerte ahora casi a los treinta y cuatro años que a los diecinueve y, por supuesto, conocía bien esa playa que no perdonaba a incautos.

Dejó que la corriente lo acercara al perro, nadar era impensable en aquel maremágnum. El animal había sujetado a la mujer por la manga del jersey que llevaba.

—¡Vete fuera! ¡Busca a José! —le gritó, esperanzado en que José estuviera a punto de aparecer. En los cinco años que llevaba repartiéndole el pan solo en un par de ocasiones se había retrasado—. ¡Vete! —ordenó con dureza cuando llegó hasta la mujer.

El perro fue obediente, y era bueno manteniéndose a flote. Eso le tranquilizó. Volteó a la mujer sin comprobar si aún tenía pulso. La agarró con fuerza por debajo de las axilas y empezó a mover el brazo izquierdo en dirección a la espuma de las olas. De lo poco que había aprendido del surf, esa fue la única enseñanza que recordó para evitar la zona de resaca.

Las olas lo golpeaban angustiosamente. Tenía que mantenerse en la espuma, la espuma lo llevaría a la orilla. Nadar a contracorriente en aquellas condiciones solo acabaría haciéndole desfallecer.

Hard salió del mar, se sacudió el agua del pelaje y luego volvió la cabeza hacia él antes de emprender la carrera al camino. Entretanto, tuvo la impresión de que la mujer aún vivía. Al llevarla sujeta con la mano cerca del corazón creyó haber detectado unos latidos. No podía asegurarlo, podía ser su propio pulso o, incluso, unas terribles ganas de no arriesgar la vida en vano. Por poco que la apreciara, deseó que la mujer sobreviviera.

Exhausto, soltó su ligera carga sobre la ola que la deslizó los últimos metros hasta la orilla. La mujer le pareció tan frágil que llegó a conmoverlo. Tenía el cabello oscuro pegado a la cara, se la enmarcaba para resaltarle la palidez de la piel y los labios azulados. Calculó que rondaría los treinta años, algunos más de los que había supuesto mientras la arrastraba. Era delgada, de huesos finos. Al levantarle el jersey le vio las costillas marcadas, los firmes senos y, sin pensarlo, empezó a palparle el corazón. Latía. Se inclinó sobre ella, le tapó la nariz con dos dedos y comenzó a insuflarle aire por la boca de forma rítmica. No lo había hecho nunca, dudaba de su capacidad, pero fue la única técnica de primeros auxilios que recordó.

Tras el boca a boca, colocó las palmas de las manos entre los pechos de la mujer y empujó hacia abajo comprimiendo sin delicadeza. Debía ser constante. Repitió varias veces tanto la insuflación de aire como la compresión, hasta que bruscamente la mujer soltó un chorro de agua por la boca. Así fue cómo reaccionó cada dos o tres insuflaciones, empujando a Carlos a entregarse.

Pasado un buen rato, como la mujer se había bebido medio Atlántico, aquello se convirtió en un toma y daca. Lo bueno para él era que ya tenía un pulso estable, pulso al fin y al cabo. Todavía tuvieron que transcurrir varios minutos más para que ella abriera los ojos, tosiera de forma compulsiva y se mareara totalmente desubicada.

—Bienvenida al mundo de los vivos —le dijo Carlos, observando con atención los ojos de la extraña. Parecían perlas acuosas. Paseó la mirada por el óvalo femenino, perfecto. Acostumbrado como estaba a trabajar las proporciones, distinguió en aquellos rasgos una belleza sublime que alejó de golpe los pésimos minutos de la reanimación—. Habría que llevarte al hospital.

—No —musitó Olatz, volvió a toser y en un gesto reflejo soltó el agua que le quedaba dentro.

Trató de incorporarse, pero le pesaba demasiado el cuerpo.

—Si me das diez minutos, llamo a emergencias.

Carlos tenía frío, encima, el mar había engullido sus deportivas y no le quedaba otra que regresar descalzo, aun así se esforzaba por ayudarla.

Ella, al fin irguiéndose, levantó la mirada para topar con las pupilas verdosas del escultor. Esas tonalidades le recordaron a una tormenta tropical, pudo percibir un brillo desconcertante. Luego distinguió mucha tensión bajo la barba que le ensombrecía el atractivo rostro. De forma mecánica, retrocedió un paso como si de pronto le hubiese empujado una brusca ráfaga de viento.

—Gracias por fastidiarme —comentó en un murmullo—. No te tomes más molestias por mí —agregó cínica.

Soberbio, él alzó el mentón.

—No lo haré. Tienes mi bendición para suicidarte. Corre —espetó al dar la vuelta, preso de un arrebató de ira—, no desaproveches la oportunidad.

Observándolo caminar a paso resuelto con aquellos vaqueros chorreando, se mantenía inmóvil. Sin ser consciente, cautivada por una silueta intimidante y robusta mientras el agresivo aire evaporaba su arrepentimiento por no haber sido correcta con él o por no haberle mostrado algo de gratitud. No le conocía de nada. Por tanto, si libremente había decidido rescatarla, que con la misma libertad aceptase su error; gracias a él seguiría malviviendo.

Recostó el cuerpo en la orilla, estaba exhausta y tiritaba. Lo más sensato dentro de la estupidez que acababa de cometer era volver al infierno de sus cuatro paredes, sin embargo no podía moverse atenazada por el miedo. Fue una sensación perturbadora que solo comenzó a diluirse al cabo de unos minutos con el eco de la voz dura del buen samaritano, resonaba en su cabeza: «No desaproveches la oportunidad.»

Capítulo 6

LA APATÍA ERA difícil ocultarla, ningún rubor en las mejillas ni carmín en los labios podía conseguir que brillaran los ojos de Olatz. Pese a mentalizarse para jugar con astucia la última partida en su matrimonio, el decaimiento la perseguía. Toda su apariencia reflejaba cansancio: ojeras pronunciadas por las largas noches de insomnio, delgadez tan marcada que la ropa no parecía de su talla y piel tan pálida como esa blanquísima casa. Sutil ostentación, fraudulenta realidad.

Buscó ropa cómoda en el vestidor. Agradecía la penumbra. No deseaba volver a contemplar los hematomas de su pecho, no podía verlos sin recordar lo patética que se sintió después de tener la mala suerte de cara. Maldijo al buen samaritano que arriesgó la vida por ella. «¿Por qué?», se repetía. «¿Qué clase de persona actúa así?»

Hacer acopio de rabia la envalentonó. Ocultó las ojeras con una capa de corrector y se maquilló lo justo. Suspiró hondo cuando el espejo le devolvía la personificación de la falsa serenidad. La camiseta blanca y la falda negra recta insinuaban una silueta frágil.

—Me voy al muelle —anunció saliendo del dormitorio.

—No tardes, tenemos que terminar de hablar.

La voz de Uwe sonó amenazante a su espalda. Pero no lograría su propósito. Ahora era su turno de espera, paciente como había sido ella o subiéndose por las paredes. Recorrió rauda el mármol del suelo, pensando en que era un provocador con aguante escaso.

Dejó atrás el impresionante chalé —de líneas puras y volúmenes que mezclaban el cristal y el acero en una armonía suave—, y encaminó sus pasos por la cuesta que llevaba al paseo marítimo sin apreciar la pronunciada pendiente o las cerradas curvas de la carretera. Estaba acostumbrada después de cinco años viviendo allí. Tan acostumbrada como a los turistas entrados en edad, mayormente alemanes como la familia de Uwe.

Este pensamiento la guió a preguntas más profundas: ¿por qué no se había acostumbrado de la misma manera a ser infeliz? ¿Por qué no aceptaba las infidelidades mirando a otro lado? ¿O por qué no volvía a San Sebastián? Para esta última pregunta encontró una rápida respuesta. Temía la reacción de su familia porque fueron muy críticos cuando tomó la decisión de instalarse en Tenerife. Argumentaron acerca de la distancia, de que iba a cometer una locura casándose con un hombre que acababa de conocer, acerca de su juventud. Nada la hizo cambiar, ni siquiera intuir antes de la boda lo que hallaría gracias a la personalidad dominante de Uwe. Ocurrió cuando no se anduvo con contemplaciones al prohibirle ejercer su profesión de fotógrafa. Así, de manera abrupta y contundente, como si fuese su dueño, la amilanó acabando con sus aspiraciones para iniciarse en el aburrimiento de un selecto ambiente donde sobraba orgullo y faltaban valores.

Ella le debía amabilidad mientras aceptaba cualquiera de sus decisiones, fuesen las que fuesen; él retorció sus vidas por los inhóspitos recovecos de sus deseos, las costeaba, y no tardó en introducirla en una intensa actividad social con peaje: tanto tienes, tanto vales. En aquellas veladas, fiestas o reuniones con los acaudalados clientes del negocio inmobiliario que fundó Klaus Böhm, su suegro, la exhibió como el que tiene una joya y presume de ella sin distinguir las

piedras preciosas ni los metales que realmente le daban valor. Ella lo consintió, se rindió al lujo, a la comodidad, a una vida fácil mientras hacía de la elegancia una virtud y del silencio una filosofía. A Uwe no se le podía llevar la contraria, en cuanto empezó a hacerlo despertó al monstruo.

Llegó a la Plaza del Charco pensando en él; si bien, cansada de que tuviera la capacidad de martirizarla aun estando ausente, se obligó a olvidarlo con intención de darse una merecida tregua. Tenía que superarse a sí misma, un pequeño reto para poner fin a ese tóxico matrimonio.

Observando el ambiente de la plaza logró evadirse. El espacio rectangular sombrío por el vergel que lo rodeaba, siempre estaba frecuentado por numerosos turistas, jubilados y niños con sus padres. Bordeó despacio los parterres de alrededor, bajo ordenadas palmeras y laureles de Indias, mirando la esquina de enfrente casi llegando al muelle donde se ubicaba la cervecería alemana Hannen Alt. La terraza no estaba llena, y sopesó si caer en la tentación de una jarra de cerveza y una tapa del delicioso *mett* que servían en rebanadas de pan negro. Ni siquiera la madre de Uwe era capaz de hacer con el mismo acierto la sencilla receta de carne picada cruda salpimentada con cebolla por encima. Haciendo memoria, no recordaba cuándo fue la última vez que se había sentado en esa terraza. Y lo echó de menos. Echó de menos observar la vida sin sentirse atrapada, feliz, engañándose acerca de todo lo que había conseguido en poco tiempo.

No sucumbió a la tentación ni volvió a engañarse. No disfrutaría más viendo pasar vidas ajenas ni retrasaría enfrentarse a la mentira que la eclipsaba acobardándola. Siguió su camino hacia la plaza del muelle. El frescor nocturno era agradable, la leve brisa movía el oleaje del pequeño puerto y atraía un penetrante aroma a salitre. Cientos de estrellas iluminaban el negro cielo y la luz plateada de la luna bañaba las calles adoquinadas que aun a esas horas tenían las tiendas llenas de turistas.

Fijó la vista en el edificio del museo de Arte Contemporáneo que fue la antigua aduana, de esquinas empedradas y un balcón de madera típico canario, atraída por la enorme banderola que anunciaba una nueva exposición: «*Revelaciones*»

Como abducida por la figura femenina de piedra de la banderola, se acercó a la puerta con interés. En el directorio que había a un lado de la puerta, vio un cartel con el fondo rojo en el que leyó: «*Las esculturas de Carlos Manley desprenden sentimientos y emociones, invitan a fantasear con la historia que puede haber detrás de cada una. Moldea con destreza figuras humanas a tamaño natural, siempre incompletas, llenas de fuerza y, en ocasiones, de debilidad.*»

Prestó atención a las fechas de la exposición, del 16 de septiembre al 20 de octubre, pensando en visitarla. De manera misteriosa, la noche que ya consideraba agradable se había transformado en excitante. Deseó admirar la obra de ese escultor. Si con una sola fotografía había logrado despertarle la curiosidad, ¿qué no lograría paseando entre sus obras?

A eso de las once cruzó el umbral de su casa afinando otra vez el oído. Adelantarse a la posible reacción de Uwe era la diferencia entre ganar o perder, penosamente. Con sigilo, al no escuchar ningún sonido que le proporcionara alguna pista, entró en su dormitorio. Ni rastro de él. Empezó a sentirse pletórica, su ausencia tenía eso: la hacía feliz. Volvió sobre sus pasos al salón, descendió con prudencia la escalera que llevaba a la planta de abajo y, al no ver el coche en la plaza de garaje, fue cuando suspiró aliviada. «Piérdete en tu propio infierno, Uwe Böhm. Yo, gracias a ti, habito en el mío.»

Capítulo 7

EL CIELO ENCAPOTADO, un viento rabioso y el brusco descenso de la temperatura convirtieron el día en una repetición de lo que fue el viernes. Desde entonces Carlos no había podido olvidar a la ingrata suicida, luchaba contra su memoria por conseguirlo sin ningún éxito. Ni siquiera encontró una breve tregua sumido en el particular caos de tallar hasta caer exhausto. No dejaba de recordar cómo la sangre se le heló al verla boca abajo rumbo al Hades ya sin esperanza ni fuerzas para luchar. Sin duda sería otra de las imágenes que le perseguirían toda la vida. Llevaba catorce años con la visión de una anémona flotando en aguas turquesas, ahora, también podía presumir de haberla visto en las oscuras y turbulentas que todos los días le daban un soplo de esperanza. Era aterrador sentir la fuerza del destino, inexorable, brutalmente injusto.

Mientras el perro entraba en el agua y se movía brioso disfrutando del baño, él contemplaba el oleaje sin dejar de pensar en los motivos que llevaban a alguien a intentar suicidarse. Había tantos como personas frágiles, desesperadas por escapar de problemas sin aparente solución. Si bien, como de ese tipo de problemas podía considerarse un experto, intuía que la bella suicida se dejó guiar por los malos consejos de su propio desánimo. Acabar rápido y descansar, acabar claudicando sin luchar por superar una pésima racha, acabar por encima de todo.

Luego revivió la sensación de sostener tiernamente a una mujer y, consciente del derrotero de sus recuerdos, dejó escapar un bufido antes de reprenderse por caer en una trampa conocida que se tendía a sí mismo y le creaba dudas sobre la decisión que lo había llevado a renegar de cualquier relación amorosa. Esquivar a las mujeres que no le despertaban ningún interés se había convertido en una máxima insalvable, las rehuía más allá de breves encuentros sexuales, no soportaba invasiones de su intimidad que pudieran atraerle a la memoria el mayor error y el dolor más profundo que había sufrido de la mano de quien en nombre del amor no vaciló al abandonarlo en el momento más delicado de su vida. Imposible olvidar aquella sensación de pérdida, la soledad, la claustrofobia y, por ende, la frustración que sintió durante seis negros años; imposible darle a nadie un breve voto de confianza y, claro está, impensable que ninguna mujer volviera a interesarle.

¿Pero? Si así era, ¿por qué no dejaba de acordarse de la extraña que salvó? ¿Por qué su mente trataba de confundirlo? «Será por mera preocupación», se respondió. «Porque arriesgué mi vida por salvarla, porque me molestó su mala educación, porque es una cobarde desagradecida.»

Todas estas justificaciones no bastaron para conseguir lo que pretendía: desterrarla de sus pensamientos.

—¡*Hard*, nos vamos ya! —gritó dejando patente su enfado.

Empezó a andar hacia el camino con el propósito loable de trabajar en el boceto de un nuevo proyecto, eso lograría abstraerlo. Confiaba en que sucediera como siempre lo había hecho desde que descubrió el placer de crear. En ese placer no existían tinieblas que le nublaran la razón; al contrario, cuando tenía delante una roca en bloque era capaz de ver el surgimiento de la figura que tallaría. Más tarde, mientras la desbastaba, sentía el poder de quitar lo superfluo hasta liberar la figura con el esculpido para que tuviera vida propia. Deseaba empezar a modelar el boceto en

arcilla aunque incumpliera una de sus normas básicas: no prever lo que las piedras quisieran inspirarle.

En cuanto llegó al taller se encerró dentro. En el silencio escuchó al perro correr por el césped, sacó un pequeño bloque de arcilla de la nevera que había a un lado del portón y lo llevó a su banco de trabajo. Cogió la libreta donde esbozaba, buscó un lápiz de punta blanda y dibujó una cuadrícula, sin marcar mucho el lápiz, para guardar las proporciones. En unos minutos tenía bien definido el volumen de una cabeza femenina inclinada hacia atrás.

El sonido envolvente del móvil arrancó el lápiz del papel. Al ver que la llamada era de Nathalie, no respondió. Nadie malinterpretaba la indiferencia, era lo que era: un grito silencioso de “no me interesas”. A los pocos segundos, ella insistió. Carlos empezó a sopesar la posibilidad de que lo evidente para algunas personas permanecía oculto para otras. Apagó el móvil, lo arrumbó en la mesa y se concentró en el dibujo.

Trazos ligeros conformaron la silueta de un cuerpo desfallecido: cuello ladeado, brazos caídos y piernas laxas flotaban en el aire. De forma automática, detuvo la mano al distinguir lo que había recreado; la imagen lo dejó indefenso; memoria ingobernable.

Capítulo 8

EN LA PLAZA DEL MUELLE ya podía intuirse el gran reclamo de la nueva exposición del Museo de Arte Contemporáneo Eduardo Westerdahl. Olatz frenó un poco sus diligentes andares sobre los adoquines, atenta al reguero de personas que cruzaban la puerta del museo. Clavó los ojos en el pequeño puerto al abrigo del oleaje, en las barcas que se balanceaban con sutileza a pocos metros de la oscura orilla bajo la observación plácida de decenas de turistas.

—¿Qué te pasa?

La pregunta de Uwe la detuvo por completo.

—No esperaba que hubiese tanta gente.

—Vas bien, no te preocupes.

Ella lo acribilló con un azul soberbio, silenciosamente, sin decirle que más que su apariencia le importaba traicionarse. Detestaba fingir. Ya no podía representar el papel, le asqueó que sus conocidos los vieran como una pareja bien avenida cuando esa misma noche él estaría con otra, impúdico, paseando su infidelidad. Eso no solo llegó a inquietarla, sino que le supuso un acto de generosidad bárbaro hacia su matrimonio.

Uwe colocó la mano derecha en la cintura femenina, advirtiendo de inmediato un conocido rechazo.

—Intenta relajarte, por favor —dijo de buen talante—. Piensa en que dentro de un rato me perderás de vista hasta el lunes.

—No hace falta que me lo recuerdes, tienes mi bendición para vivir tu vida como y con quien te dé la gana, pero me molesta que hayas venido conmigo. No sé por qué pretendes que parezcamos una pareja feliz cuando ya hemos decidido acabar. Dudo que a tu nueva novia le haga gracia.

—Mikel nos ha invitado a los dos —comentó sereno, refiriéndose al director del museo—. En cuanto tengamos el divorcio, dejaremos de aparecer juntos. Pero hasta que eso ocurra, te fastidias. Y, por cierto, no vuelvas a hablar de mi novia con desprecio. Va a darme mi primer hijo —matizó con maldad—, se merece un respeto.

—Procura respetarla tú.

Con aire altanero, Olatz avanzó hasta la puerta del museo. Sus zapatos negros de tacón resonaban en los adoquines como si fuera bailando claqué. Tenía la clara conciencia de que Uwe estaba sonriendo. Era incapaz de ocultar su placer al restregarle en la cara esa falta de consideración que se había propuesto soportar hasta soltar amarras. Ya en esos días se encontraba más fuerte, incluso arrepentida por los oscuros pensamientos que la debilitaron hasta arrastrarla a la rendición. Sin duda, cometió un error gravísimo; sobre todo, por el dolor que habría causado a sus padres y por la cobardía de no concederse la oportunidad de luchar y, como poco, sentirse a gusto consigo misma. Ni siquiera aspiraba a ser feliz, creía que la felicidad estaba tan sobrevalorada que uno se martirizaba persiguiéndola. Solo en contadas ocasiones soñaba con encontrar a una buena pareja, alguien con quien compartir inquietudes, pisando firmemente el suelo y con el propósito de no dejarse llevar por la ilusión de un posible enamoramiento. Otra

vez, no.

Observó nada más acceder al interior del museo que las personas se arremolinaban alrededor de las esculturas, impedían que las viera.

—O este tío es muy bueno —dijo Uwe a su espalda—, o la gente hoy no tenía nada mejor que hacer.

—Es muy bueno, y contempla también que no todo el mundo tiene tu falta de sensibilidad.

—Mantente calladita, estás más guapa.

Olatz ignoró el comentario al tiempo que divisaba a Mikel Urrutia. Era espigado y elegante, maduro, alrededor de los sesenta años, director del museo y prestigioso crítico de arte, siempre de trato agradable con ella como paisano orgulloso de su origen. Se encaminó hacia él balanceando las caderas en un movimiento acompasado, tremendamente sensual, que casi le entrecruzaba las piernas. Uwe la seguía, inseguro y un poco incómodo. No apreciaba a Mikel porque no desperdiciaba palabras contentándole con una mísera gentil cortesía ni tampoco hacía nada por reprimirse empujando a Olatz al ejercicio de su profesión.

Ella sonrió sincera, mirando los ojos oscuros del director.

—*Gabon* ^{III}, esto sí que es una verdadera sorpresa —exclamó Mikel al inclinarse sobre Olatz para besarla cariñoso en la cara—. ¿Cómo estás?

—Muy bien, deseosa de ver la exposición.

Con menos entusiasmo en la voz y solo extendiendo la mano con formalidad, Mikel saludó a Uwe. No habían transcurrido ni dos minutos de preguntas educadas cuando Olatz perdió el hilo de la conversación. No pudo apartar los ojos del hombre que se les acercaba, lo había visto antes en la playa, era el buen samaritano. No olvidaría jamás las tonalidades verdes de sus ojos ni los tatuajes que adornaban sus muñecas. Esas líneas formando círculos le habían robado muchos pensamientos. Mención aparte, su atractivo rostro y el cuerpo rotundo que se alejó de ella con la furia contenida de un viento helado.

Carlos también la reconoció, habría sido capaz de hacerlo a muchos metros de distancia. Es más, eso lo espoleó a hablar con Mikel y provocar la presentación que la bella suicida le negó después de casi morir por ella.

—Carlos —exclamó Mikel con una amplia sonrisa—, me imagino que estarás contento, ¿no?

—Bueno... Sorprendido o abrumado serían unas definiciones más exactas.

Uwe había vuelto la cabeza como gesto de indiferencia, también podía interpretarse muestra de respeto concediéndoles intimidad cuando ellos no se conocían. Olatz no apartaba la vista de los ojos de Carlos, parecían imanes atrayéndola, mientras Mikel le hablaba del éxito evidente de la exposición. No necesitó suponer demasiado para averiguar que su salvador era el aclamado escultor. Con cada gesto, cada movimiento que hacía con esas manos grandes que casi le rompen el esternón, con cada palabra dicha en un tono profundo capaz de erizarle el vello, la desestabilizaba; cada matiz del hombre la empequeñecía de vuelta a la negra arena, de vuelta a la ingratitud y al error que trataba de enmendar.

—Carlos, te presento a Olatz Sagasti —anunció Mikel—, una de las paisanas más hermosas que he tenido el placer de conocer.

Ella centró la mirada en la nívea camisa del escultor, desvió los ojos a la piel que los tres botones desabrochados le permitieron contemplar, y tragó saliva antes de mojarse los labios.

Carlos fue discreto, su máxima. A esas alturas de la velada no le hizo falta volver a observarle el cuerpo escuálido semioculto por aquel vestido negro, largo y de vuelo. Aunque había mejorado

su aspecto desde que tuvo el insigne honor, léase de forma irónica, de palparle el torso completo, esas clavículas tan señaladas podían resultar elegantes o sintomáticas de malnutrición.

—Encantado, Olatz —saludó, tendiéndole la mano.

—Igualmente —comentó ella tras soportar con estoicismo el escaneo al que esos ojos relucientes acababan de someterla—, y enhorabuena por tu éxito.

Uwe se incorporó a la charla de manera mecánica, saludó a Carlos con gentileza y una expresión interesada aunque en su fuero interno estuvo deseando que dieran las doce para evaporarse en su velero rumbo a La Palma. Haría tantas veces el amor como el cuerpo se lo permitiera, tantas que olvidaría a Olatz y la doble vida que llevaba.

—Estoy recordando algo que quizá te interese, Olatz —dijo Mikel. Ella recobró la atención como salida de un profundo alejamiento mental—, a ti también, Carlos —añadió desviando la vista al escultor—. ¿Por qué no te hace Olatz las fotos en el taller?

Carlos se mantuvo serio, descolocado.

—¿Eres fotógrafa? —preguntó al enfrentar sus ojos a las pupilas sorprendidas de ella.

—No ha ejercido nunca —intercedió Uwe—. No creo que esté capacitada para hacer un trabajo profesional.

—Todos hemos pasado por una primera vez —dijo Mikel—. Es tan fácil como que haga algunas fotos de prueba. Si nos gustan, seguiríamos hablando. ¿Qué te parece? —preguntó mirándola, ignorando adrede el cambio en la expresión de Uwe.

—Un reto —respondió Olatz, animada—. ¿Qué buscáis exactamente?

Durante los siguientes minutos Mikel le explicó que pretendían incluir en el nuevo catálogo de Carlos imágenes de él trabajando las piedras, que buscaban un realismo informal, plástico y artístico. Carlos no dejó de apreciar cómo crecía el entusiasmo de Olatz al mismo tiempo que el mal talante de Uwe le envaraba el rostro.

—¿No sería menos arriesgado que buscáseis a alguien con experiencia?

—Sí —contestó Mikel—, el problema es que los fotógrafos con experiencia que conocemos están hasta arriba de trabajo.

—¿Quieres hacerlo? —preguntó Uwe en un tono suave, encubriendo el rechazo que esperaba.

—Sí.

Olatz formó una sonrisa enigmática, ajena a que Carlos observaba con esmero la atractiva sensualidad de sus labios, el efecto de las sombras de su fina nariz en una piel clara con tacto prometedoramente sedoso y los volúmenes perfectos de su silueta ligera. Estaba obnubilado recreando sus proporciones para aplicarlas a la figura que estaba tallando mientras se rendía al placer de contemplar la esencia de lo sublime. Nunca había conocido a una diosa griega.

Por un momento, los envolvió un silencio incómodo.

Uwe lo percibió y, por alguna razón que se le escapó, habló sin ocultar su desdén:

—La belleza es efímera, no te dejes tentar por ella.

Carlos endureció la mirada. La sonrisa de Olatz se desvaneció como humo arrollado por una imponente ráfaga de viento.

—Manipulo la belleza, la moldeo a mi antojo, la convierto en eterna, permíteme que decida por qué me dejes tentar o qué tiento. Lo bello es bello siempre, solo es necesario tener delicadeza para apreciar los detalles que lo distinguen de lo común o de lo vulgar.

Uwe aguantó inmóvil el bofetón sin mano, pensando que tal vez no fuese tan mala idea permitirle no rendir cuentas.

—¿Para cuándo necesitáis las fotos? —preguntó Olatz, feliz al notar la determinación del

escultor.

—Lo antes posible —respondió Mikel—. El comisario de la exposición pretende enviar el catálogo a las administraciones insulares y a varios museos de la península para promover las obras mientras dure la exposición con objeto de que se incluyan obras de Carlos en las convocatorias públicas de algunos festivales de verano.

Uwe torció los labios en un gesto de asombro, observó a Carlos y le preguntó:

—¿Es tu primera exposición?

—No, en Inglaterra llevo exponiendo varios años.

—¿Eres inglés?

En la voz de Uwe se advirtió confusión.

—Mitad inglés y mitad español —respondió con desgana, harto del interrogatorio. Insinuando una pobre sonrisa dirigida a Mikel, también brevemente a Olatz, agregó—. Te espero el lunes por la mañana en mi taller, temprano —matizó algo brusco—, que Mikel te dé la dirección, está muy cerca de la playa de El Bollullo.

Ella asintió despacio, ya sin albergar ninguna duda acerca de que él sabía quién era. Se sintió avergonzada, fue una sensación devastadora que la sumió en un hermetismo opresor. Volvió a verse mecida por el oleaje, a sentir la frialdad del agua, la sensación de ahogo cuando dejó de luchar que le auguraba una muerte mucho más violenta de lo que imaginó. Este recuerdo lo mantenía vívido en la memoria.

Trataba de aislarse con los ojos atentos en las esculturas, pero no podía disfrutarlas a pesar de que eran extraordinarias. Carlos Manley obligaba a deambular ante emociones básicas como la felicidad, el miedo, la frustración o la rabia. Eso veía en aquellos miembros cercenados, en las expresiones de alegría, en las manos atezadas por la impotencia o en los conjuntos de figuras caminando como ánimas en pena sin destino. A Olatz le resultaban una mezcla ideal entre fantasía y realismo, de dureza por los metales y las piedras, de hermosura por el detallismo de las expresiones sin que le perturbaran las mutilaciones porque eran parte de unas escenas bien estudiadas que invitaban a detenerse y reflexionar sobre la intencionalidad de prescindir de esas partes en concreto.

No dijo una palabra, y ese mutismo desconcertó a Uwe.

—Es raro verte tan callada.

—El silencio me ayuda a digerir mis emociones.

—Perfecto, pues a ver si lo aplicas ahora. —Sonrió vanidoso—. Me voy ya.

Olatz entornó levemente los ojos.

—Adiós, pásatelo bien.

—Esa es la actitud, cariño.

Contento, se inclinó sobre ella para darle un beso en la mejilla. Olatz retiró la cabeza.

—No te vengas tan arriba.

Uwe frunció los labios, le sostuvo la mirada un instante y dio media vuelta, loco por desaparecer. En aquel preciso momento, no atisbó la inquietud que la carcomía, solo corrió al encuentro de su amante empujado por el deseo, no tuvo la inteligencia, o maldad, de intuir que ella se sentía atraída por Carlos y, lo que era peor, intimidada porque era la única persona que conocía la terrible decisión que estuvo a punto de matarla.

En unos minutos, Olatz consiguió olvidar el nefasto día de la playa y ya no necesitó disimular sus nervios. No era consciente de los ojos verdes que la espiaban por la sala mientras contemplaba las obras. Halló serenidad delante de *Madre y recién nacido*, tristeza, y le traspasó

el corazón la ternura de la mujer con el bebé en brazos. Ella tenía el torso de piedra dorada y de cintura para abajo era de hierro contorsionado de forma tan abstracta que se asemejaba a rachas de humo. El niño estaba hecho por completo de piedra, perfecto y clásico. Rodeó la figura absorta en la belleza, admirada por la creatividad del escultor. Habría jurado que la mujer susurraba una nana, como cualquier madre calmando el llanto de un bebé; sin embargo, ese niño no lloraba y, lo que era más extraño, no tenía orejas para oírla. Aun así, no eclipsó sus emociones. Contrariamente, la hizo recapacitar acerca de la intencionalidad de esa mutilación. «¿Será porque a las personas nos cuesta escuchar a nuestros mayores?»

Carlos la observaba a una distancia más que prudente, había entre ellos decenas de personas, fijándose en la curva de su cuello y en los movimientos de sus tendones cuando giraba la cabeza sin que se le escapara ningún detalle de la obra. Estaba haciéndolo bien, indagaba despacio rodeando los conjuntos, atenta y minuciosa. Saber que volvían a compartir espacio le causaba una especie de desasosiego contradictorio. Por un lado se alegraba, no le guardaba rencor, al fin sabía dónde estaba y, encima, muy pronto podría conocerla un poco mejor; y por otro lado, lo que más le cohibía: su incapacidad de relacionarse de forma medio natural. Estaba tan en desuso con las mujeres, entendiendo desuso a flirtear, que se apoderaba de él una timidez paralizadora. No era posible que mantuviera con ella una conversación interesante, agradable o coherente, y ni de lejos que fuese capaz de ir un paso más allá aunque muriera deseándolo. Se preguntó cómo sería posar para ella sin que pareciera que posaba, porque, indiscutiblemente, no estaría trabajando, jamás podría concentrarse con ella dando vueltas en el taller.

—Varias personas se han interesado por algunas obras —dijo Mikel al invadir el espacio personal del escultor, en un rincón de la sala desde un punto de observación privilegiado—, hablaré con Walter para que se ponga en contacto con ellos —comentó, refiriéndose al marchante que desde hacía varias semanas había empezado a trabajar para él siguiendo su recomendación—. Con un poco de suerte, venderás alguna.

—¿De qué conoces a la fotógrafa? —preguntó, mordiéndose la lengua para no interesarse por la inesperada ausencia del alemán.

—¿Has escuchado lo que acabo de decirte?

—Sí, claro; pero hasta que Walter hable con ellos estaremos igual, ¿para qué perder el tiempo?

—Ya, prefieres perderlo con Olatz —habló sin reprimir una sonrisa.

—Has sido tú el que la ha puesto en mi camino. ¿Qué sabes de ella?

—Es de mi tierra, buena gente.

—¿Ser vasco es sinónimo de buena gente? —preguntó irónico.

—Por supuesto —contestó orgulloso—. No puedo decir lo mismo del marido. Uwe es un cabrón con influencias gracias al negocio de su padre, tiene inmobiliarias en todas las islas. Si no recuerdo mal, ha promovido varias urbanizaciones de lujo en el Sur que le han dado pingües beneficios. La mayoría de su clientela es alemana, creo que tiene alguna sucursal en Alemania o que está asociado con alguna inmobiliaria de allí para vender propiedades a sus compatriotas.

—De todo lo que me has contado, ¿qué lo hace ser un cabrón?

—En cuanto lo conozcas algo más, me darás la razón.

—No tengo intención de conocerlo. Eres tú quien no hace más que hablar de él cuando yo solo te he preguntado por Olatz.

—Uwe va en el saco de Olatz. Si te acercas a ella, no tardarás en tenerlo a él detrás.

La advertencia, aunque estaba hecha desde la amistad, molestó mucho a Carlos.

—O él me tendrá detrás a mí.

—No te compliques la vida con una mujer casada, sé inteligente y límitate a dejar que te haga unas fotos mientras trabajas.

—Ciertas cosas no se eligen, llegan a ti en el momento adecuado.

Mikel notó la dureza en las pupilas de Carlos, le palmeó el hombro y, volviendo la cabeza hacia el centro de la sala, le dijo:

—Ahí la tienes, suerte y al toro.

Carlos no movió un músculo del rostro y ni siquiera miró a Olatz, tenía plena conciencia de que en ese momento observaba *La Locura, 2015/ «Bath Stone sobre estructura de hierro y madera/ 185x65x30 cm.»* Era la figura de tamaño natural de una mujer joven, sin cabeza, con los brazos extendidos al cielo. En esa obra lo más llamativo no era la decapitación, sino el baile sutil de los brazos y el tutú largo que dejaba al aire las férreas piernas de la bailarina.

Paseó los ojos por la galería ignorando adrede a Olatz, intentando adivinar en las expresiones de la gente lo que opinaban de sus obras. Creyó advertir admiración, nada de rechazo como había percibido en otras exposiciones. Satisfecho, hasta nervioso porque gustar al público suponía abrir al escrutinio parcelas cerradas de su vida, decidió marcharse a casa y descansar de unos días agotadores.

La humedad de la noche le pareció gratificante, la recibió aspirando hondo al enfilear el muelle. El sutil balanceo del reflejo de la luna en el océano atrapó sus ojos con la cadencia de una música. Aún los turistas llenaban las calles, y en las terrazas de los bares que rodeaban la Plaza del Charco sobresalía la atmósfera festiva. Echó un vistazo a la cervecería alemana, y recordó a Uwe. Toda la apariencia del hombre hablaba de sus orígenes, pese al acusado acento canario que le contó un posible aprendizaje del español bastante temprano. No tuvo curiosidad o, al menos, se la reservó, a diferencia de él. El alemán le desagradó nada más verlo acompañando a Olatz. Luego, reivindicó sus pensamientos tras el desacertado comentario de la belleza. Desacertado a la vista de cualquier persona con ojos en la cara, Olatz era preciosa, y desacertado y lleno de matices despectivos porque la atacó en público dejando patente su malaleche. No creyó equivocarse al pensar que ese matrimonio tenía los días contados y, quizá, la abocó a buscar la salida en el suicidio.

La pareja se instaló en sus pensamientos con una insistencia latente. Empezaba a dolerle la cabeza al subirse en el Jeep negro que había aparcado en el parking subterráneo del muelle. Tenía por delante veinticuatro horas para relajarse y dejar de sentirse como un imbécil. No hilaba una idea en la que la bella suicida no apareciera, había arrasado con la exposición y con todos sus problemas con las nuevas piedras, con todos y más. Un ramalazo de miedo le oprimió la garganta. ¿Qué podía esperar el lunes? ¿O qué sería de él a partir del lunes?

Capítulo 9

AL DESPERTARSE EL domingo, a Carlos le pareció seguir en la pesadilla que había soñado. Estaba junto a Nathalie, era cierto, y había perdido la oportunidad de ser honesto al dejarse embaucar por sus encantos femeninos. Debía hablarle con claridad o la situación se le escaparía de las manos. Sin contemplaciones, le tocó varias veces el hombro. La rubia ronroneó moviéndose de forma sugerente.

Carlos resopló yendo hacia el baño, le daría unos minutos más. Se duchó sin dejar de pensar en que la azafata mentía con descaro. Lo percibió con claridad cuando apareció a los pocos minutos de su llegada de la inauguración alegando estar preocupada por él.

—Tienes que marcharte —le dijo saliendo del baño.

Nathalie estaba despierta. Sonrió de manera tonta, de una manera tan tonta que le dio miedo.

—Hasta esta noche no vuelvo otra vez. ¿Por qué no pasamos juntos el día?

—Tengo que trabajar. Vístete y vete, por favor.

La azafata pintó una línea amarga en los labios, tragando hiel.

—¿Puedo usar al menos el baño?

Carlos la observó un instante.

—Déjalo todo en orden.

Poco después, mientras se bebía el amargo café, nunca le echaba azúcar, miraba el salón. Era luminoso y acogedor por la paz que se respiraba. Comprobó la hora en el móvil y, en vista de que Nathalie no parecía con prisas por desaparecer, salió al jardín haciendo el esfuerzo de voluntad de no apremiarla.

El aire soplaba con un poco de fuerza, mecía el leve y a su vez profundo aroma dulzón de los plátanos. Fijó los ojos en las filas de tajinastes rojos, ya empezando a vencerse moribundos, cuando divisó a uno de los trabajadores de la plantación afanado cubriendo con bolsas de basura las piñas repletas de plátanos verdes para acelerarles la maduración. Cada nueve meses se cosechaba, después de que hubiera crecido un nuevo vástago al pie de la que había producido la piña, descendencia tras descendencia. Alzó la mano y saludó al hombre, pudo oír el crujir de sus pasos en las enormes hojas secas y putrefactas de la plantación que gracias a él mantenía la productividad. Impensable si dependiera de sus conocimientos. El hombre era uno de sus vecinos, fundador de la cooperativa de La Orotava, agricultor de estirpe y negociante de hielo. También formal al rendirle cuentas.

Encerró al perro en la caseta de madera que tenía en el porche, no se fiaba de su actitud arisca con Nathalie, y fue directo al taller. Llevado por un impulso misterioso, impulso al que no pudo resistirse, llegó a la mesa y sujetó el busto de Olatz. La frialdad de la arcilla en las manos era tierna, resbaladiza. Colocó el busto en un lado, cogió el cuaderno y empezó a dibujar las vistas diédricas con la meta de obtener su volumen real, consciente de haber entrado en una espiral pernicioso. Solo calculando proporciones olvidaba, la completa abstracción llegaría cuando estuviera tallando.

Supo que Nathalie había salido de la casa por el aviso constante y pesado de *Hard*, hizo bien al

dejarlo en la caseta. Oyó las pisadas de sus tacones antes de que entrase en el taller. No se molestó en volverse.

—¿Quién es la modelo?

Nathalie trató de sonar alegre aunque en su interior lidiara con un asombro poco grato después de haber creído que lo tenía rendido a sus pies. Desvió la mirada hacia el busto de arcilla.

Carlos negó con la cabeza. No deseaba responder preguntas curiosas de alguien que apenas conocía y con quien no tendría más relación.

—Nadie —respondió seco, contemplando el rostro de Olatz. Esa cara le usurpaba las ideas. Después volvió en sí y habló un poco más comedido—. ¿Te vas ya?

—Tu hospitalidad no es para pretender quedarme, ¿o sí y solo estás poniéndome a prueba?

La mirada dura de Carlos le dio la dosis de realismo que no estaba dispuesta a admitir.

—No juego cuando tengo cosas importantes que hacer. Si estás lista, te agradecería que me dejases trabajar.

En un momento, lo que tardó Nathalie en admitir la derrota y salir de la finca, *Hard* se relajó. Ambos lo hicieron. Pudo notar la calma rodeándolo, cerró los ojos, la sentía dándole confianza. Esa finca tenía el poder de ofrecerle el entorno ideal: aire puro, nulo tráfico ni ruido, unas vistas preciosas al océano y, cómo no, los paseos diarios por la playa que su fiel compañero comenzaría a reclamar en breve.

Fue escuchar el primer ladrido, inconfundible a los fieros que había soportado la azafata, le echó por encima un trapo al busto y salió encaminándose al porche.

—¿Nos vamos a la playa?

El perro meneó la cola impaciente, se vio suelto y corrió por el camino sin esperarlo. Siguió su pauta de marcar las partes del muro de piedra que, según su criterio algo anárquico, le pertenecían. Aquello era su territorio. A unos metros, Carlos caminaba con las manos metidas en los bolsillos del vaquero. La vista al fondo del océano lo atrapó con la misma facilidad que Olatz tenía para regresar a su memoria una y otra vez. Por la vereda escalonada que llevaba a la playa fue incapaz de no recordar el día que la salvó.

Pasó por delante de la hornacina de la Virgen del Carmen y, repetitivamente, como si estuviera traumatizado y, por qué no, obsesionado, se agobió pensando que al día siguiente la tendría allí haciéndole fotos. ¿Cómo reaccionaría? ¿Sería capaz de tratarla con normalidad? Lo dudó. Nunca se le habían dado bien las relaciones sociales y menos aún si alguien le interesaba. Imposible anticipar nada.

El rango de confianza en sí mismo era tan inestable como el cúmulo de sensaciones que le bombardeaban el cerebro. Eran tantas y tan variadas que lo asustaban. Llegó a preguntarse cómo una extraña podía haberlo hipnotizado con ese poderío. No obtuvo respuesta. Tal vez en las siguientes veinticuatro horas fuese posible hallarla; si no, que el diablo se apiadase de ella porque tendría un humor de perros poco indicado para iniciar con buen pie nada que pudiera parecerse de lejos a una simple amistad.

De nuevo, como cada día en la playa desde que Olatz tuvo la brillante idea de suicidarse, acabó harto de sí mismo. Por un lado deseaba que llegara y acabara pronto la sesión de fotos para retomar su solitaria vida; pero por otro lado le temía tanto que se acobardaba.

—¡*Hard*, vámonos! —gritó al desesperarse—. Me estoy volviendo loco —refunfuñó dando la vuelta.

Capítulo 10

EL LUNES AL RAYAR el alba Carlos se sintió perezoso, no era habitual en él. Estuvo en el limbo al ducharse, cuando José le dejó el pan y continuó al desayunar. Incluso tras encerrarse en el taller para trabajar en su nuevo proyecto. Casi en trance pasó un rato alrededor del bloque de piedra, hasta que de repente cogió un rotulador y comenzó a marcar el volumen que debía desbastar con la sierra mecánica. Poco a poco la piedra lo capturó. Lo rodeó varias veces antes de sentirse satisfecho. El siguiente paso habría sido empezar con la sierra, pero no se decidió por evitar el impertinente ruido. Carlos era consciente de que en el fondo se engañaba, el silencio le ayudaría a distinguir con antelación la llegada de Olatz; cualquier ventaja le resultaba consoladora. Sentía cómo la ansiedad buscaba mínimos resquicios para anularlo.

Fue a la mesa donde solía dibujar y rápidamente arrinconó el busto de arcilla en la estantería metálica, y le echó un trapo por encima. Sin pistas, sin debilidad, sin emociones. Mantendría en secreto la turbadora obsesión que lo llevaba a tenerla presente a cada instante.

Volvió a rodear el bloque de piedra, pensando que quizá no fuese buena idea desbastarlo delante de ella por si se adivinaba flotando en las olas, y volvió a la mesa para sentarse a contemplar el orden del taller. No podía centrarse, preocupado. Era la primera vez que iba a permitir que alguien lo viera mientras trabajaba o, siendo realista, mientras aparentaba trabajar. Tenía clarísimo que con ella delante no sería capaz de hacer nada medio creativo.

Escuchó un motor de coche, lejos, en la carretera, y sin saber el porqué empezó a enfadarse. No lo achacó al retraso, sino a una manera de protegerse aunque contradijera sus propios deseos. Era algo que hacía de manera inconsciente cuando alguien de verdad le interesaba, se mostraba huraño, distante, enfurruñado. *Hard* ladró con una agresividad atronadora, pero de pronto dejó de hacerlo.

Sobrevino un silencio espectral.

Intrigado, se asomó a la puerta del taller. Para su total asombro, Olatz estaba agachada en la verja de hierro, dedicándole carantoñas al perro. Fijó la vista en las dos mochilas negras que había soltado en el suelo; comenzaba el suplicio.

Olatz levantó la cabeza.

—Pensaba que ya no vendrías, es muy tarde.

El tono seco la sorprendió, esperaba un recibimiento más amistoso.

—No he podido llegar antes, discúlpame —dijo apresuradamente—. He venido en taxi. No suelo conducir; no me gusta —añadió a modo de justificación.

Carlos la observó hierático un instante, perdido en sus pensamientos. Cuando reaccionó, abrió la verja dejándole vía libre al perro para arrancar más caricias y unas palabras tiernas que lo llevaron a envidiarlo. Como por arte de magia, ella resplandeció. Se le iluminaron los ojos con un brillo destellante. Él clavó las pupilas en los hoyuelos que se le formaron en las mejillas.

Olatz se debatió entre apartar al perro o continuar acariciándole, al menos era sincero alegrándose de verla. Al final optó por seguir al escultor hasta el taller, en silencio, observándole el cuerpo con verdadero interés. Tenía la espalda bien ancha, imponía, y cargaba las mochilas,

porque las cogió sin preguntarle nada, con aquellos brazos macizos que prometían una fuerza descomunal. Todo él volvió a parecerle magnífico, recio, y tan inexpresivo como su rostro. No había llegado esperando una alegría desbordante, en cambio un poco de más amabilidad no hubiera sobrado. Si estaba incómodo, que le diera la mano para advertir cómo sudaba ella después de haber estado a punto de no llegar azuzada por la vergüenza y la timidez.

—Mientras me preparo —empezó diciendo Olatz al entrar en el taller—, puedes seguir con lo que estuvieras haciendo. Tardaré un poco.

—Es preferible que espere —comentó, con las manos metidas en los bolsillos del pantalón—, si empiezo ahora con la radial esto se va a convertir en un polvorín. Tengo que desbastar aquel bloque.

Señaló con la mano derecha el fondo del taller. Era una piedra en tono miel que rondaba el metro sesenta de altura, con una profundidad de ochenta centímetros; aunque a ella lo que más volvió a atraerle fue el tatuaje de su muñeca. Esas líneas formando círculos, diferentes figuras geométricas entre unas y otras, le resultaban fascinantes. Él lo advirtió, se bajó con disimulo la manga de la camiseta negra y metió la mano en el bolsillo del vaquero.

Tras un silencio incómodo, ella pretendió ser amable:

—Tengo previsto hacerte fotos mientras trabajas... Así que no te sientas cohibido por mí.

—No me cohibes —replicó—, me agobias. —De inmediato fue consciente de que había hablado sin pensar, error, y ella se quedó inmóvil—. No te lo tomes como algo personal, no me gusta trabajar delante de nadie.

—Lo comprendo, intentaré no molestarte.

Carlos asintió, asumiendo su nulidad para concentrarse con ella merodeando cerca.

—Supongo que desbastar es lo primero que haces, ¿no?

—Sí. Bueno... —Notó cómo se le trababa la lengua—, lo primero del todo es tener claro lo que quiero representar —explicó—. Luego suelo hacer un modelo de arcilla a escala para verlo en tres dimensiones y no fallar al desbastar.

—¿No hay solución si te equivocas?

—Siempre hay alguna solución.

Olatz lo observó, tragando despacio. Pensó que la conversación ya no era sobre esculturas, sino sobre ella y el maldito día en que se conocieron.

—¿No dejas que el perro entre aquí?

Él elevó una ceja.

—No se lo prohíbo, pero sabe que no me gusta estar acompañado cuando trabajo.

—Intentaré ser invisible.

—Hablabas del perro, y dudo que lo consigas...

La tensión reapareció voraz para tragárselos en un mutismo que arañaba. Olatz dio la vuelta, sacó un fotómetro de la mochila donde llevaba todo el material sensible y midió la luz sin abrir la boca, sin que el seguimiento de los ojos verdes la pusiera más nerviosa. Cogió dos sombrillas plegables de la otra mochila, las llevó cerca del bloque de piedra y las desplegó colocándolas a su antojo, percibiendo la presencia de Carlos a su espalda. No soportó más el silencio que la empequeñecía.

—Puedes empezar cuando quieras —anunció, yendo a por la cámara.

—Has puesto las sombrillas demasiado cerca, en cuanto empiece se van a llenar de polvo.

—Si hubieras empezado, habría sabido cómo colocar mi material...

—Pensaba que solo ibas a usar la cámara.

—Sabemos poco el uno del otro, ese es el problema.

Carlos se quedó petrificado, no pudo replicar. Desde luego, ella no sabía nada de él aparte de su profesión; sin embargo, él sí conocía un escabroso secreto de ella. Estaba convencido de que el episodio del suicidio frustrado no era de dominio público, convencido de ser el único que lo sabía. Es más, hasta se atrevió a aventurar que para el alemán fuese una desconocida en casi todos los sentidos. No los vio unidos, ni siquiera con un poso de cariño, y, encima, él desapareció del museo a una hora nada prudente. Mientras la ignoraba agarrando la sierra de la estantería metálica, volvía a preguntarse si el alemán habría sido el causante del intento de suicidio. Disperso en esa duda, enchufó la sierra a un alargador que tenía en el suelo, se puso los guantes, las gafas de protección en los ojos, y, a continuación, empezó a reseguir el contorno azul que había marcado en la piedra.

El infernal ruido se apoderó del taller bajo una nebulosa blanquecina.

Ella, que esperaba el inconveniente, no lo calibró en su justa medida. Retiró las sombrillas cuando Carlos dejó libre ese lado, lo enfocó a pesar de la polvareda y disparó una secuencia que pasó inadvertida por el estrépito de la sierra. No usó el flash, y era necesario. En unos minutos, volvió a la carga desde el lado opuesto. Siempre esquivando a Carlos alrededor del bloque.

—¡Fuck! —gritó él cuando el flash lo cegó—. Casi me rebano la mano. —Sin enmascarar su enfado, paró la sierra—. ¿Es necesario que uses el flash?

—Tanto como que tú hagas ruido —respondió serena. Estaba amargada, porque era consciente de que su presencia le molestaba, de que haría unas fotos pésimas si no usaba bien la luz, de que todo el equipo tendría polvo hasta el fin de los días—. Creo que será mejor dejarlo por hoy, o hasta que hayas terminado este proceso.

—Te lo he advertido desde que has llegado, podías haberlo pensado hace una hora...

—Y tú podías haber adelantado esta parte, sabías que iba a venir...

Durante un momento se miraron desafiantes.

—Esto es absurdo; tienes razón —admitió Carlos al fin—. ¿Puedo llevarte a tu casa? —preguntó suavizando el tono.

—No te preocupes por mí. ¿Crees que mañana podremos hacer una sesión menos sucia?

—Depende de lo que entiendas por suciedad —dijo algo irónico. Ella entrecerró un ojo, la barbilla altiva—. Intentaré terminar esto hoy para que mañana puedas ver cómo esculpo.

Olatz agradeció que estuviera facilitándole las cosas.

—Estupendo. Dime dónde puedo dejar el equipo para que no te estorbe.

Obediente, llevó las mochilas y las sombrillas al rincón que le indicó al lado de la puerta. Él lo tapó todo con una vieja manta que sacó de la estantería.

—Tengo que ir al Puerto, no es ninguna molestia acercarte a tu casa.

—¿De verdad? No pretendo hacerte perder el día.

—No te preocupes ahora tú por mí. Si me das unos minutos, me aseo un poco.

—No tengo prisa —comentó ella, esbozando la primera sonrisa bonita de esa mañana.

Carlos apresuró el paso hacia la casa, escuchándola hablar en tono cariñoso con el perro. Apenas le llevó un segundo llegar al cuarto de baño, quedarse desnudo y meterse en la ducha como un rayo inspirado por la fuerza superior de conocerla mejor, de entablar una charla amistosa y, por añadidura, dejar de parecer antipático y descubrir dónde vivía.

La impaciencia lo empujó a vestirse medio mojado. Salió al jardín resollando, la buscó con la mirada y, sorprendido, la encontró de espaldas en la linde donde se divisaba una panorámica completa del acantilado y de los audaces roques que se adentraban en las traicioneras aguas.

—Hoy el mar está como un plato —comentó al acercarse, jugueteó con *Hard* esperando el comentario que ella no parecía interesada en decir—. ¿Desde cuándo vives aquí?

—Dos mil doce —respondió sin volverse—. Vine de vacaciones con unas amigas... Conocí en una discoteca del Sur a Uwe... y... me quedé. Tonterías que se hacen por amor.

Carlos notó su decepción a pesar de que había hablado con ligereza.

—Hay amores que salen bien, la minoría, pero algunos hay.

Olatz enfrentó los ojos de él, le recordaron a los de un gato, seguro, soberbio, y decidió enseñar una carta que podía abrirle la mano a una jugada bastante apetecible.

—Nosotros vamos a divorciarnos.

—No me extraña.

Ella sonrió, moviendo la cabeza despacio.

—¿Tienes pareja?

Carlos no apartó los ojos de las perlas acuosas que lo tenían atrapado, dos círculos perfectos veteados de un sinfín de tonalidades azules, oscuras y enigmáticas. Dibujó una línea recta en los labios, ajeno al concienzudo examen que ella estaba haciéndole, azuzó al perro y, dando por finalizada la breve incursión en su vida, la instó a ir a la entrada de la casa donde tenía el Jeep aparcado.

No hablaron más, extraños atraídos que no sabían comportarse sin delatar su mutuo interés. Ninguno tenía experiencia relacionándose de manera natural con amigos o amantes. Carlos podía mantener relaciones sexuales, puntuales y esporádicas, con las mujeres que se le insinuaban, pero Olatz ni siquiera eso. No había hombres que se le acercaran cuando salía con Uwe, ningún osado que se atreviera a buscarse problemas. Tampoco ella los buscaba, nadie le había atraído para ser infiel, nadie hasta que Carlos irrumpió en su triste vida.

Pensativa, cuando el coche circulaba entre palmeras y bancales de vides, se sumió en la contemplación de las laderas de pinos marcadas con las cicatrices de los ríos de lava. Podían adivinarse los surcos. Más allá, la cima del Teide rompía el azul del cielo velado por el halo de la calima. Ese halo, que le daba un aspecto irreal, dejaba vislumbrar la montaña pero difuminaba el brillo del sol. Lo comparó con sus propias miserias: podía apreciarse a la mujer, sí, tras una capa que la ocultaba y distanciaba; sin duda, la peor capa, la que pretendía quitarse con el divorcio. Necesitaba dejar atrás el lastre de Uwe, lo más pernicioso que le había pasado.

Observó de reojo los tatuajes que adornaban las muñecas masculinas, simétricos, oscuros como pulseras tribales que lo encadenaran a algo siniestro, y tuvo el impulso de preguntarle. Fue un instante de tentación que terminó replegado en la cortesía, en la sinceridad que hasta ese entonces no había sido capaz de expresarle:

—Aunque no te lo haya dicho, tus esculturas me parecen extraordinarias.

—Muchas gracias —habló insinuando una sonrisa, sintiendo cómo el corazón le latía furioso. Hacía siglos que no le latía tan rápido, temerario—. ¿Por qué te sugirió Mikel este trabajo?

Ella no respondió, hizo un movimiento mecánico con los hombros.

—Supongo que no teníais muchas opciones.

—No, pero tú no te dedicas a la fotografía de forma profesional...

—Soy fotógrafa —afirmó a la defensiva—. No te decepcionarán mis fotos.

—Estoy seguro —le dijo con suavidad—. Te he visto prepararte, a conciencia, con la actitud de dar lo mejor de ti; no tengo motivos para desconfiar de tu capacidad.

Olatz tragó saliva, despacio, intentando que no se le notaran los nervios.

—Gracias, de verdad —habló un poco emocionada—; por todo. Sin ti, hoy no estaría aquí.

Carlos soltó con brusquedad el aire que retenía en los pulmones.

—Podemos hablar de ese día, o no. Por mi parte no tengo interés en recordarlo. Soy perfectamente consciente de que una decisión de ese calibre no se toma por gusto, y soy consciente también de que a veces, por no decirte la mayoría de las veces, un estado de ánimo depresivo puede anular todo argumento que permitiera ver salidas en una habitación sin puertas.

—Fui muy grosera contigo, discúlpame.

—Está olvidado —comentó amable, sin intención de hablar de la impresión que sufrió al verla vencida por el truculento oleaje—. Solo espero que para ti también lo esté en todos los sentidos.

Olatz le observó el perfil del rostro, varonil, de aire autoritario con el mentón algo elevado, la nariz recta y la nuez sobresaliente en aquel cuello ancho y fuerte. Al fijarse tanto, perdió el hilo de la conversación, gracias a la admiración que le despertaba realmente lo olvidó todo.

Escuchó la voz de él, en la lejanía, y parpadeó varias veces volviendo a su lado. Por desgracia, el trayecto llegaba a su fin.

—¿Qué me decías? —le preguntó a unos metros del muro blanco que rodeaba su casa en una de las zonas más lujosas del Puerto.

—Nada —respondió, hipnotizado por esos ojos azules que dispersaban la luz en solemnes tonalidades—. Es aquí, ¿verdad?

Ella afirmó en silencio, con la compostura convertida en un monto de tristeza.

—Mañana procuraré llegar más temprano —anunció antes de agarrar la manilla de la portezuela y abrirla.

—A las ocho, y desayunamos juntos.

Oír esto, la sencillez de unas palabras con promesas de continuar charlando, con el sano interés de seguir conociéndola, tan natural, le traspasó el alma, anuló de golpe el pesimismo que sentía ante la soledad o la horrorosa compañía que le aguardaba. Contaría las horas como una niña entusiasta a la expectativa de que llegara su cumpleaños, ese hombre era su regalo. Sin lugar a dudas, al día siguiente volvería a ponerse nerviosa cuando advirtiera sus ojos mirándola, cuando su voz profunda le acariciara la piel hasta erizársela, cuando le diera velados consejos como si realmente le preocupara, cuando estuviera a su lado en silencio. Gracias a él no recordaba, nada la apartaría de concentrarse en hacer bien su trabajo. Pudo notar una poderosa y extraña fuerza empujándola, una fuerza que azotaba lo malo dándole una visión opuesta a sus miedos. Esa fuerza pintó una sonrisa en sus labios, sonrisa intensificada al comprobar que Uwe ni siquiera había pasado por allí. Continuaba desaparecido en su fabuloso velero. ¿Irreprochable o inquietante? Por supuesto, irreprochable.

Capítulo 11

EL OÍDO AFINADO del escultor dejó de escuchar el viento, el oleaje, incluso los ladridos del perro, en aquel momento no necesitaba protegerse ni estar alerta. Nadie le atacaría. ¿O sí? ¿Podía considerar que Olatz, a su manera, atacaba sus emociones? ¿Por qué, si no, con esa aparente sencillez lo amedrentaba más que cualquier excompañero carcelario? No lo tuvo del todo claro. En ella empezaba a descubrir una capacidad inquietante para descolocarlo, para que asomase la parte cariñosa de su personalidad que no mostraba desde la adolescencia, desde aquel primer amor que fue su ruina, lo marcó como a un ingenuo cabestro y lo escarmentó hasta desposeerlo de la más insignificante esperanza de volver a enamorarse.

Antes de que Olatz llamara al timbre, fue a su encuentro por el jardín. El sol se alzaba majestuoso y nítido empezando a calentar el rumor del aire que movía las ramas de las palmeras. Por un instante el sol debió deslumbrarla. Olatz alzó el rostro ovalado para fijar en él la mirada. Carlos creyó advertir un fugaz destello de admiración, y se detuvo unos segundos a sosegar.

—Hoy llego bien, ¿verdad? —dijo ella casual, sintiéndose súbitamente apabullada por la contundente presencia masculina.

—Sabes que sí —respondió, más serio de lo que habría pretendido. Le era difícil comportarse con naturalidad, máxime apreciando la belleza de su cara lavada que con el pelo recogido le aportada un aire juvenil—. ¿El taxi te ha dejado en la carretera?

—Sí. ¿Tienes preparado el desayuno?

—El especial de la casa.

Ella curvó la boca hacia arriba sin dejar de saludar a *Hard*, buscaba ganar un poco de confianza. Al entrar en el salón se interesó por el avance de la nueva obra de Carlos, curiosidad apropiada para ocultar el pueril nerviosismo que le tenía atenazados los músculos. Él pensó que estaba planificando la sesión de esa mañana, y no le quedó más remedio que responder disimulando su decepción; posar era lo último en sus planes.

—He pensado que hoy podría hacerte fotos en la playa —comentó Olatz cuando recibía una taza de aromático café—. Creo que un par de fotos tuyas andando por la orilla, si quieres con *Hard*, quedarían bonitas entre las que estés trabajando.

—Por mí no hay problema —dijo, colocando en la mesa una panera llena de tostadas—. ¿Lo soportarás? —preguntó sin mirarla al poner mantequilla y embutidos sobre una tabla de madera.

—Cometí un error, Carlos, pero me he sobrepuesto —habló en voz baja—. Siento muchísimo lo que hiciste por mí, y a su vez te estoy agradecida, y seguiré estándolo si no vuelves a mencionarlo. Estar aquí, contigo —matizó, alzando la vista a los ojos verdes que le quitaban el aliento—, me ayuda a olvidar los problemas que tengo en mi vida; no sabes cuánto...

—Creo que lo sé... Pero la solución no es desaparecer para no afrontar la realidad. —Se detuvo, no encontraba las palabras que expresaran su sufrimiento sin darle información de más—. He pasado por rachas tan malas que te comprendo, rachas en las que sentí un dolor agotador... Con el paso del tiempo aprendí que el dolor me había hundido en una depresión, pero eso no me hizo más fuerte como algunas personas dicen, lo que realmente te da fortaleza es la propia

voluntad de cada uno para luchar contra la adversidad.

—Si solo dependiera de uno mismo...

—Depende de uno mismo. Puedes pensar que no, pero te equivocas. En cada situación tienes el poder de actuar de una forma u otra; echarle la culpa de tu pasividad a otra persona es una excusa para engañarte a ti misma.

Olatz lo miró fijamente, admirando esa seguridad que envidiaba y sin olvidar que él no conocía a Uwe ni las verdaderas razones para no querer divorciarse. Siguieron desayunando evadiendo ahondar en asuntos personales, charlando acerca del proceso creativo para esculpir o de los rincones isleños que a los dos les habían cautivado. Cuando ella aludió a que llevaba dos años sin

ir a un Guachinche^[2], Carlos le contó sobre las excelencias de algunos que conocía por los alrededores de la Orotava.

—Soy un solitario, por eso me gusta descubrir sitios donde pueda estar a mis anchas. Si no tienes planes esta noche, podemos ir a uno.

—Aún no estamos en temporada, el vino nuevo no sale hasta noviembre.

Carlos arqueó una ceja.

—Como todo —empezó diciéndole—, la teoría es una cosa y la práctica otra muy diferente. Muchos guachinches ahora son bodegones, un nombre fiscal que los autoriza a vender vino todo el año, sea de ellos o no. Elije uno —concluyó simpático.

—Para no probar el alcohol, estás bastante informado, ¿no? —comentó ella, recordando que le había contado que llevaba sin beber muchos años.

Carlos sonrió con los ojos, pendiente a los hoyuelos que a ella se le habían formado en las mejillas.

—¿Por qué no voy a estarlo? Comer, como.

—Ya, pero lo típico de los guachinches es probar el vino de la casa.

—No bebo, Olatz —resumió cambiando el tono bromista a uno severo—, porque no me gusta.

Era cierto que lo había aborrecido, pero aborrecido a base de borracheras y de perder el control de forma imprudente. Llevaba sobrio desde que entró en la cárcel allá por el año 2003 y pensaba mantenerse así el resto de su vida. Cualquier persona, incluida ella, podía argumentarle tentadoras razones para que cambiara de opinión, todas; ninguna le haría ceder. Aún pesaba demasiado en su conciencia la agresividad, la euforia y la desinhibición que lo empujaron a perder seis años de su vida encerrado en una celda física y, lo peor, aislado para permanecer vivo.

Olatz había detectado la furia latente en la mirada de él y creyó que no sería capaz de controlarla; sin embargo, para su total asombro, se limitó a guardar silencio y terminar de desayunar.

—¿Está abierto el taller? —le preguntó ella poniéndose en pie con la taza de café en la mano.

—Sí. Tus mochilas están donde las dejaste.

—No lo he dudado —dijo contenta, puso la taza en el fregadero y se encaminó a la puerta—. Voy a coger la cámara. Ponte una camiseta o una camisa blanca, con esta luz es lo tuyo.

—¿Y ya está?

Olatz se paró antes de salir, volvió la cabeza y, al encontrarlo con las cejas elevadas, bromeando, le respondió:

—Tú decides. Algunos artistas usan la provocación para darse a conocer... Puedes convertirte en la Lady Gaga del Puerto...

No reprimió salir de la casa carcajeándose de él, ignorando que a Carlos le había gustado verla tan relajada a su costa.

Al cabo de unos minutos, Olatz recorrió el cuerpo del escultor de arriba abajo. Llevaba una camisa blanca remangada en los puños, con varios botones desabrochados que dejaban adivinar el vello ensortijado de su pecho, los vaqueros azules que no se había cambiado, y unas chancas negras en vez de las viejas botas de suela de goma que al parecer usaba para trabajar.

—Estás muy bien así —reconoció ella.

Carlos torció una sonrisa.

—Tú también.

De repente, a Olatz le sobrevino una timidez pesada y se sonrojó. No esperaba un halago, no cuando él parecía reacio a ofrecerlos, no porque desde que había llegado en ningún momento le dio muestras de interesarse en ella ni en su indumentaria: falda recta gris, jersey rojo de cuello alto y las Gazelle negras con las franjas blancas que solía ponerse para estar cómoda. Tratando de superar el bochorno de tenerlo pendiente a sus movimientos, se echó la mochila al hombro después de rechazar que la ayudara. Disimuló dirigiéndole al perro unas palabras entusiastas.

—Le encanta la playa —comentaba Carlos mientras salían al camino—, no perdona un día.

El comentario sin otra pretensión que recuperar la amistosa atmósfera del desayuno surtió un efecto inesperado: remorder la conciencia de Olatz.

—Me encontraste por él...

—No quería recordártelo, lo siento.

—Lo harás sin darte cuenta cada vez que estemos cerca de una playa.

Carlos se mordió la lengua. Habría deseado negárselo, decirle que nunca lo mencionaría porque no estaba en su persona incidir en las malas decisiones de nadie, pero no fue capaz. Bajaba la escalera del acantilado en silencio, por delante de ella, con los ojos fijos en el mar, respiraba hondamente para sosegar con el penetrante salitre el feroz latido de su corazón. No soportó rehuir de la verdad. Se debía ser honesto, así no habría malos entendidos y, con un poco de suerte, desaparecería la tensión que a veces sobrevolaba entre ellos.

—Antes de empezar la sesión me gustaría dejar claro algo —comentó él al pisar la arena volcánica, captando la atención precisa que buscaba de las pupilas azules—. No quiero mantener ninguna relación profesional contigo, estas fotos serán las primeras y las últimas.

Olatz apretó la frente, atónita. Procurando digerir esas palabras, tragó saliva con la mirada fija en un punto infinito tan lejano de aquel lugar como la distancia que deseaba en aquel momento para sus emociones.

—Si tanto te incomoda, ni siquiera es necesario que ahora te haga ninguna... Habla con Mikel y exponle tus motivos para rechazarme —comentó con la voz a punto de fallarle—. No entiendo este cambio —añadió tras una breve pausa—, hemos desayunado charlando... hasta me has invitado a cenar... ¿Qué te ha pasado en los últimos diez minutos? ¿Es por lo del vino?

—No —contestó, luchando contra la sensatez que le incitaba a alejarse de ella—. Y no estoy poniendo en duda tu valía profesional...

Olatz, que había llegado ilusionada a la playa a pesar de los malos recuerdos que le traía, no fue capaz de articular un tono indiferente fruto de la decepción:

—Cómo vas a hacerlo si no has visto ni una foto mía...

—Lo haré.

Ella abrió los ojos de par en par, nadando en un torbellino de sentimientos encontrados.

—No sé cómo funciona tu mente, de verdad que no, pero sé que no me gustan las personas

volubles. Habla con Mikel y déjale bien claro que no he hecho el catálogo porque a ti no te ha dado la gana —resumió de malaleche—. Siento haberte hecho perder el tiempo, y siento haberlo perdido; ahí te quedas.

Con un enfado tormentoso espoleando sus piernas, dio media vuelta y enfiló la escalinata entre rocas y una barandilla poco fiable, pensando en recoger el resto de su material para guardarlo otros pocos años y, sobre todo, pensando que no podía haber sido más tonta al creer que la atracción entre ellos era mutua y que él era el empujón que llevaba esperando mucho tiempo.

—Nunca le des la espalda a nadie con quien estés discutiendo —soltó Carlos, sujetándola del brazo. Al frenar su huida, retiró con suavidad la mano—. ¿Puedes escucharme antes de que me hagas las fotos?

—No pienso trabajar para ti.

La atracción entre ellos saltaba a la vista, de pronto los acercaba como los ponía totalmente rígidos.

—El catálogo lo pago yo, por tanto, aunque sea Mikel el que te haya recomendado, tu cliente soy yo.

—Pero no quieres serlo... ¿Has cambiado de opinión otra vez? Porque si es así, definitivamente te rechazo como cliente. Eres un inestable emocional...

Olatz agarró más fuerte la mochila con intención de salir corriendo.

—No te lo discuto —admitió sin rastro de cinismo—, lo soy. Igual que soy sincero conmigo mismo y con las personas que aprecio.

—¿Estás diciéndome que me aprecias? Me conoces desde hace minuto y medio...

Carlos tuvo que hacer un esfuerzo de voluntad tremendo para no recordarle que le había salvado la vida.

—Tú y yo tenemos en común mucho más de lo que reconocerías en este momento —dijo de mal talante, como si sus propias palabras le amargaran la voz. Olatz seguía inmóvil, congelada ante una verdad que no esperaba escuchar de sus labios tan pronto. Carlos le mantenía la mirada, retándola a interrumpirlo—. Soy un hombre con los pies en la tierra, realista —matizó—, y... antes, cuando te he preguntado si esta noche tenías planes, he olvidado que no estamos en la misma situación. He olvidado que estás casada —repitió muy enfadado—, lo he olvidado porque... —vaciló, sería demasiado decirle la verdad—. ¿Sabes lo que me supondría tener que verte durante las sesiones de fotos?

Ella lo entendió alto y claro.

—Para mí también es difícil estar contigo —comentó pasados unos largos segundos—, pero no tengo ningún remordimiento o problema por salir a cenar con nadie. Creo que no hace falta que te explique nada más. Estoy a punto de divorciarme, mi todavía marido lleva años haciendo su vida con quien le apetece... —Se calló contarle que ahora, encima, iba a tener un hijo. Eso aún le escocía—. Estoy en mi derecho de salir y entrar con quien quiera.

Carlos, mucho más relajado, o incluso sintiendo el alivio de no haber distorsionado su percepción, en cuanto racionalizó lo que acababa de oír, le dijo sin ocultar su alegría:

—¿Cenamos luego, entonces? Sería absurdo no hacerlo.

Ella tardó un poco en reaccionar con una sonrisa. Había tenido la capacidad de llevarla al límite en cuestión de minutos con ese arranque de genio que la impresionó porque había apreciado un rasgo de su personalidad que valoraba sobremanera.

—Tienes razón, nada más que por la sinceridad deberíamos salir esta noche a darnos un homenaje.

—Hecho. ¿Y ahora, me haces las malditas fotos para que pase el trago lo antes posible?

Ahí fue cuando ella comprendió algo más la postura de él: no le gustaban las exposiciones públicas porque salvaguardara su trabajo, sino por pura timidez. Carlos se alejó con el perro por la orilla, permitiéndole el espacio mental que necesitaba para decidir cómo le haría las fotos. En el chiringuito que había pegado a la pared del acantilado apenas contó a dos personas sentadas en la terraza, y a dos socorristas en una torre vigía de madera blanca, todos bastante alejados para limitarla. Pero suficientemente cerca para que él se sintiera incómodo posando.

Caminó durante unos metros, pensativa, luego se sentó en la arena y sacó la cámara de la mochila. Tras ponerle el teleobjetivo con una distancia focal suficiente para aproximarse a él sin acercarse, se centró en enfocararlo con el zoom. Apreciaba la relajación de sus movimientos al andar contemplando el horizonte con una expresión ausente. Estuvo tentada en llamarlo para captar su rostro, nítido, atractivo, pero no cedió porque anularía la naturalidad que buscaba. Carlos volvió la cabeza hacia ella y, sin pretenderlo, fue capturado para siempre.

Olatz pegó el dedo al pulsador de la cámara, hipnotizada por las infinitas tonalidades de unas pupilas que observaba como nunca antes. El potente zoom le dio la posibilidad de adentrarse en un mar salvaje, en una selva indómita, en los confines del misterio y en las cimas soberbias de una isla perdida. Entonces, Carlos sonrió mirando al perro, meneó la cabeza al verlo meterse en el agua y, con las manos en los bolsillos, se encaminó hacia ella. La leve brisa movía su camisa, unos mechones de pelo en el rostro le sesgaron los ojos y él trató de peinárselos. Olatz seguía disparando presa de la felicidad, recobraba la satisfacción de detener el tiempo justo en instantes perfectos.

—Estoy listo —dijo Carlos haciendo un mohín con la boca—. ¿Dónde quieres que me ponga?

—Siéntate a mi lado. ¿No te parece un desperdicio no aprovechar este día espléndido contemplando el mar?

—Preferiría terminar, Olatz.

Ella soltó la cámara, saboreando el placer de alegrarle.

—Hemos terminado.

Carlos le dedicó primeramente una mirada confusa, después lució una sonrisa auténtica.

—Gracias por comprenderme —admitió, sentándose junto a ella.

Olatz no lo miró, mantenía los ojos cerrados, cómoda bajo un sol radiante que no quemaba.

—Gracias a ti, por tu verdad.

Palabras precisas que a Carlos se le clavaron en la cabeza. No porque las hubiera interpretado como recordatorio de lo que hizo por ella, más bien, porque le recordaron que “su verdad” en realidad no lo era tanto. No estaba siendo honesto con ella, todavía, y de igual modo que había sido sincero al contarle acerca de sus pretensiones más allá del plano laboral, antes de traspasar otro límite, el que eligieran ambos, debería ahondar en los turbios recovecos de su pasado. Siempre el pasado cohibiendo su futuro, limitando su presente, coartando aspiraciones como un voraz depredador al acecho para cazarlo al menor despiste.

Capítulo 12

LA NOCHE CERRADA era mudo testigo del nerviosismo de Olatz mientras Carlos conducía con pericia por un camino asfaltado lleno de pronunciadas curvas y unas pendientes que le daban vértigo. Aquello resultaba una experiencia al borde del precipicio, literalmente. No quería hablarle para no desconcentrarlo, confiada en que conocía bien el lugar. Llegaron a un desvío, y Carlos cambió a una marcha más corta para adentrarse en un camino terrorífico, estrecho, entre pequeños muros de piedra que delimitaban los bancales de vides. Ella se preguntó lo que pasaría de cruzarse en ese momento con algún vehículo, era imposible que dos coches pasaran por ahí, pero no se atrevió a pronunciar las palabras. La ignorancia resultaba una aliada contra el miedo.

En unos minutos tan largos como varias horas, en la más absoluta soledad, llegaron a El Cubano. La indicación de una zona de aparcamiento pintada a mano sobre el muro de una fachada prometía un nivel bastante alto de ruralidad.

—Ya puedes soltarte —le dijo él con sorna. Olatz tenía la mano derecha agarrotada de sujetarse a la manilla de la portezuela—, y respirar... y hablar.

—Discúlpame, no puedo evitar ponerme de los nervios con las curvas y los barrancos.

—Pues esto no es nada, conozco otros en los que tienes que ir en primera por narices... Hasta diría que la primera se inventó para poder llegar a ellos.

A Olatz la exageración le arrancó una sonrisa, de alivio, cogió el bolso, la chaqueta negra de piel y abrió la puerta del Jeep. Nada más salir, el frescor arisco del viento que azotaba esa parte agreste de la Orotava le erizó la piel y se puso la chaqueta sobre el vestido azul.

Observándola luchar por mantener peinada la melena, Carlos se ajustó un fular al cuello como abrigo máximo a su atuendo informal: vaqueros, polo negro y unas deportivas de tela que no solía ponerse aunque no le quedó otro remedio tras perder en la playa sus favoritas.

—No te agobies por tu aspecto, nadie te ve cómo tú crees —comentó cuando se acercaban a la entrada del guachinche—. Eres una mujer guapa, bien peinada o sin peinar, el cabello no te resta belleza.

—Si esto mismo me lo dijera otra persona, me lo tomaría como un cumplido sin más; sin embargo viniendo de alguien con conocimiento de causa es todo un halago, muchas gracias.

—De nada, pero no ha sido un halago; es una apreciación real.

—Tú también eres un hombre guapo, tómatelo como quieras.

—Intentaré que no se me suba a la cabeza —comentó simpático—, no hay nada peor que alguien pagado de sí mismo. No soporto a las mujeres engreídas, ni a los hombres —aclaró, aludiendo a Uwe.

—Ni yo.

Carlos le sostuvo la mirada un instante, insinuando una sonrisa no tan expresiva como el brillo resplandeciente de sus pupilas. En ese momento le habría gustado sujetarla de la mano para guiarla por el oscuro aparcamiento hasta el salón, amistosamente, se dijo, por protegerla de inoportunos tropiezos con los tacones. Se guardó las ganas, sin apartarse de su lado y sintiéndose un poco nervioso porque el sitio no cumpliera las expectativas de ella.

Por suerte, en cuanto traspasaron a uno de los salones, de estilo cabaña, grande, con bancos de madera y techos llenos de plantas, tuvo claro que estaba gratamente sorprendida. Observó todos los movimientos de los ojos de ella, conocía ya muchas de sus tonalidades y, sin duda, aquel deslumbramiento era el mejor indicio para suponer que la velada empezaba bien.

El ambiente apacible los absorbió antes de ni siquiera pedir la cena. Sentados uno frente al otro en el alargado banco que tenían solo para ellos, escucharon atentos a la camarera que llegó y les recitó la carta. No tardaron nada en decidirse, menos en comprobar asombrados que compartían los mismos gustos. Pidieron huevos a la estampida, queso de cabra y chuleta a la brasa, vino y agua, luego charlaron sobre el porqué de prescindir del escaldón. A ninguno le apeteció tomar gofio por la noche.

—Cuando volviste a Inglaterra, echarías todo esto de menos, ¿no? —preguntó Olatz

—No, con mis padres no venía a estos sitios tan pintorescos —respondió tras esgrimir una ligera sonrisa—, me mudé a Bath con mi padre siendo aún un niño pequeño.

—Pues es curioso que apenas tengas acento... —Olatz dejó la frase en el aire cuando la camarera llegó con una jarra de vino y la botella de agua. Se sirvió un vaso sin ofrecerle a él, cogió la botella de agua y le llenó su vaso—. No brindo porque hacerlo con agua trae mala suerte —le dijo sin malicia.

—No me afecta ni una cosa ni la otra —comentó antes de beber.

La camarera volvió con el plato de queso en una bandeja, que dejó en la mesa aconsejándoles probarlo con la mermelada casera que había en uno de los cuencos, el otro era de mojo verde, y se marchó hacia la barra.

—¿Tú hablas vasco? —preguntó Carlos después de untar el queso en la mermelada.

—Sí, pero no en casa. Mi madre es andaluza, de Sevilla, y no lo habla...

—Mi padre se vino a vivir aquí con mis abuelos cuando era adolescente. A mis abuelos les costó aprender español, tampoco les hacía mucha falta —comentó aludiendo a la poca disposición por los idiomas de los ingleses—, pero él sí lo aprendió muy bien... Mi madre es canaria. Tanto él como ella en casa hablaban en español. Luego no me quedó otro remedio que espabilar con el inglés.

—¿Te apetece contarme por qué?

La suavidad de esa voz delicada le animó.

—Cuando mis padres se divorciaron, mi padre se quedó con mi custodia y decidió empezar de cero en Bath. Gracias a los amigos de mi abuelo no le fue difícil hacerse con una clientela, era abogado penalista.

—Me has comentado que murió hace unos años...

—Sí, de un ataque al corazón, tenía solo cincuenta y cinco años; fue un golpe muy duro para mí. Era un gran hombre y mejor padre. —Trató de sonar animado por no permitir que la cruda realidad de aquella tragedia le amargara la noche—. Me consuela pensar que no sufrió —añadió, mirándole los ojos. No fue capaz de decirle que le remordía la conciencia no haber estado con él, haberse comportado como un malcriado o hasta qué punto se arrepentía por todo el dolor que le causó—. La finca de El Bollullo y la casa que tengo en Bath eran de él.

—La finca es preciosa. Me gusta que esté rodeada de plataneras, tan cerca de la playa... —Olatz bebió un sorbo de vino sin apartar sus pupilas amables de los ojos de él, percibía la tristeza de un hijo que echaba de menos el cariño de su padre—. Para mí, tener tan lejos a mis padres es muy difícil. A veces pienso que si ellos estuvieran más cerca las cosas me habrían ido de otra manera.

—Depende de tu capacidad para escucharlos. Te darían buenos consejos, seguro, pero no siempre los hijos estamos por dejarnos guiar.

Eso fue lo que le ocurrió a él con Charles Manley. Nada de lo que hizo o intentó hacer por él sirvió para alejarlo de las malas compañías que lo condujeron a la perdición. Al contrario, todas y cada una de las personas que se acercaron a él en la adolescencia procuraron aprovecharse de su buena situación económica enseñándole las sombras teñidas de placer que más adelante lo encerraron en la cárcel.

—Tienes razón —comentó Olatz—, si hubiese hecho caso a los consejos de mis padres no me habría casado con Uwe y, seguramente, mi vida habría sido mucho mejor.

—Equivocarse es casi un derecho para aprender.

—¿Cómo te llevas con tu madre?

—No sé nada de ella desde que tenía diez años. —Hizo una pausa, no porque sintiera pena o decepción, sino por la sorpresa que advirtió en los ojos de ella—. Estando ya viviendo en Bath, mi padre un día me habló de por qué ella se desentendió de mí... No quería tener hijos, me tuvo por él. Por eso cuando conoció a otro hombre no se sintió atada ni se planteó luchar por mí, tenía claro que mi padre no renunciaría. Él aprendió que a una pareja no se la puede obligar a nada porque crea un conflicto que tarde o temprano los distanciará. No sé si por eso nunca volvió a tener pareja estable...

Olatz permanecía en silencio, atenta, pensando que la intimidad de la charla estaba desmoronando la sólida coraza de ese hombre que se había definido a sí mismo como un solitario.

—No me gusta hacer aseveraciones radicales porque la vida da muchas vueltas —dijo ella cuando la encantadora camarera volvió a visitarlos para traerles los huevos y la chuleta, después de que ambos abrieran los ojos de par en par ante el festival de comida que además de por la vista había penetrado en sus olfatos, los apetitosos aromas ayudaban a que se sintieran tan cómodos como dos buenos amigos contándose confidencias—, pero muchas veces reniego de los hombres por no arriesgarme a fracasar de nuevo. Mis padres asumieron fatal que me casara con Uwe, no podría defraudarlos otra vez...

Carlos estaba cortando la carne, levantó la mirada y, tras ponerle en el plato un buen pedazo, habló sin encubrir un súbito enfado:

—Tú eres responsable de tus actos, actúas y hay unas consecuencias, pero lo haces pensando en ti y por ti, porque creas que eso te hará feliz, te llenará de algún modo o, simplemente, porque te apetece intentarlo. No te cierres puertas porque en una ocasión desoíste a tus padres.

De forma intuitiva, ella observó los ojos felinos. La determinación dorada se fundía con rabiosos verdes que irradiaban una desconcertante cólera.

—¿En qué desoíste tú los consejos de tu padre?

—Desde la adolescencia hasta su muerte en todas las decisiones que tomé.

—¿Cómo cuál?

—Dejémoslo para la próxima cena —respondió sin rastro de malestar.

—¿Mañana? —le preguntó sonriente.

Ocultar que deseaba estar con él habría sido absurdo; los dos eran capaces de palpar del mismo modo sus emociones, afinidades en cada nuevo descubrimiento sobre el otro.

—¿Por qué no? —aceptó él.

Con complicidad, fuera ambos de su zona de confort pero más cómodos que nunca, lograron imbuirse en otra de esas conversaciones profundas en las que parecían expertos. Dos gotas de agua en diferentes mares. Tenían tantas cosas en común que olvidaron la hora mientras se tomaban

un café en aquel salón donde ya eran los únicos clientes.

—Sé que vas a creerme porque presiento que te está pasando lo mismo —comentó Carlos tras alzar la mano pidiendo la cuenta—; eres la primera persona, mujer y hombre —aclaró jocoso—, con la que hablo tanto de mi vida.

—Estamos desatados con nuestras verdades —comentó ella, divertida, sin mentir porque se había tomado la jarra de vino entera—, pero esta gente debe estar frita de nosotros. ¿Te has dado cuenta de que no queda nadie?

—Hace bastante —respondió, no podía apartar los ojos de esos labios que el vino había tintado de una tonalidad burdeos muy apetecible—. Mañana llega temprano, así me haces pronto las fotos en el taller —comentó por evadir su deseo con la expectativa de seguir con ella.

—Estoy a tu disposición —le dijo seductora, desinhibida.

Carlos se pasó la lengua por los labios. Tenía calor, un bochorno que estaba convirtiendo su sangre en lava. Se puso en pie para abonar la cuenta, salvado por la paciente camarera que aun a esas horas tuvo interés y le preguntó sobre la comida. Tanto él como Olatz no escatimaron halagos, luego salieron del local en dirección al oscuro aparcamiento. Carlos hizo un gesto caballeroso que nunca había hecho, le ofreció el brazo por evitarle un percance, por mantener la cortesía que con ella despuntaba elegantemente de forma mecánica.

El trayecto hacia el Puerto comenzó con las risas tontas de Olatz cada vez que el coche salvaba un bache, permitiéndole a él presenciar cómo el alcohol cambiaba el comportamiento de las personas, cómo envalentonaba e, incluso, encubría el miedo distorsionando la realidad. Después, a unas calles de la casa de ella, los envolvió el silencio que anticipaba la despedida.

Carlos detuvo el motor del Jeep, apreció un movimiento en la ventana de la casa que daba a la Avenida Marqués Villanueva del Prado, la casa estaba en la esquina, y creyó detectar la figura de Uwe. Un hombre, seguro, y no podía ser otro. Olatz dibujó una sonrisa sin amagar inclinarse ni siquiera para darle un amistoso beso en la cara.

—Me lo he pasado muy bien, muchas gracias.

—Mañana a las ocho, no te retrases.

A ella le sorprendió esa frialdad, pero asintió, decepcionada. Nada más salir del coche compuso una expresión distante. Había visto a Uwe en el salón, en la penumbra, abrió el portón de madera con manos torpes, inquieta al saber que los dos hombres vigilaban sus pasos, y recorrió los metros hasta la entrada del moderno chalé balanceando las caderas y oyendo el taconeo por las losas iluminadas del corredor bajo el porche.

Carlos aguardaba en el coche, la vio traspasar el umbral de la casa y vaciló antes de arrancar el motor. Había algo, una especie de alarma interna, que le impedía alejarse. Uwe levantó la mano en un gesto parecido a una despedida y desapareció entre las sombras. Ese gesto le desagradó, lo vio como una provocación, un aviso o, tal vez, una amenaza velada.

—Hola, cariño —saludó Uwe, sarcástico, apoyado en la isla de la cocina con una copa de vino tinto en la mano—. ¿Cómo te lo has pasado con tu ligue?

Olatz se paró en el pasillo y le echó una mirada despectiva, asqueada al verlo después de soñar que se habría evaporado en el velero con su amante incluida. Él todavía llevaba el pantalón oscuro del traje y la camisa gris aunque no le dio la impresión de que acabara de llegar. Supuso que habría vuelto esa misma mañana de su idílico y prolongado fin de semana. «Habrá tenido el detalle de ir a trabajar», pensó.

—Estoy cansada, buenas noches.

—Cuéntame cómo es —le dijo en un tono burlón, siguiéndola por el pasillo—; tengo

curiosidad.

—Ten lo que quieras, me voy a dormir.

En su habitación, Olatz se sentó en una de las butacas de piel para quitarse los zapatos. Él no cruzó al interior, la observaba desde la puerta en actitud relajada, en esa pose engañosa que ella conocía bien. Podía sonreír, su tono de voz podía resultar amable, pero realmente ocultaba un interés inmediato por discutir.

—¿Vais en serio?

Olatz alzó la mirada de los zapatos.

—Tómame como ejemplo, no te metas en mi vida.

Uwe endureció el semblante. Aguantó el tipo en la puerta unos segundos, hasta que ella se puso en pie y se perdió en el vestidor. Dio media vuelta, apurando el vino que rellenó en el salón, y salió al jardín.

Tumbado en una de las hamacas de la piscina, ordenó un poco sus ideas. El sosiego de la noche le ayudaba a urdir un buen acuerdo, perfecto para seguir con sus negocios y asumir la paternidad que tan feliz lo había hecho. Sentía la necesidad imperiosa de acelerar el final de su desgraciado matrimonio, no soportaba despedirse de su novia y compartir esa magnífica casa con alguien que no solo lo despreciaba, sino que encima era una desagradecida y tenía intención de sangrarlo.

El resplandor de las balizas del jardín oscilaba en la piscina con una sutil cadencia y la brisa del viento agitaba las ramas de las palmeras en misteriosos susurros. Uwe sonrió despacio en el mismo momento que se erguía, como si hubiese hallado la solución a sus problemas y estuviera dispuesto a ponerse la armadura de combate para iniciar una batalla. Sería la última batalla contra Olatz, la definitiva.

Capítulo 13

OLATZ NO HUBIERA deseado un día más perfecto para terminar la sesión de fotos. No solo la temperatura fue suave y lució un sol espléndido cuando comieron en el jardín, sino que además Carlos fue un modelo obediente para darle su mejor imagen. En esa última sesión brilló como un gran profesional entregado al trabajo, dejándola apreciar el esfuerzo físico que realizaba. En los músculos de sus brazos tenía la evidencia. También le explicó con la destreza de un gran profesor el porqué de las herramientas que usaba en cada paso. Sin equivocarse demasiado, podía asegurar que en los días que llevaba con él había aprendido más técnica escultórica que un estudiante después de cinco años estudiando.

Hablaban sin comedir sus ideas mientras el atardecer caía y la luz anaranjada bañaba el horizonte, en una sintonía tan plácida como la calma del taller cuando ya había cesado el ruido.

Días perfectos, irrepetibles, días que echaría de menos. Por primera vez en su vida se había sentido libre al lado de un hombre, alegre, dispuesta a ser ella misma sin miedos a reproches o malos modos.

A eso de las nueve, Carlos salió del taller para ponerle la comida al perro. Ella empezó a recoger su material diseminado alrededor del bloque de piedra donde se intuía un cuerpo femenino tumbado. Plegó el trípode, las sombrillas y los metió en una de las mochilas. Sobre el banco de trabajo limpió las lentes de los objetivos, las guardó en sus bolsas, cuidadosamente, y, tras cerrar la cremallera de la mochila, se fijó en la pila de cuadernos de tapas negras que había encima de la mesa. Recordó que al tallar Carlos varias veces había consultado el que estaba arriba de la pila. Ese fue el que cogió. Tenía una pegatina blanca, y escrito a mano ponía “2017”. Ojeó las páginas despacio, deteniéndose en unos dibujos a lápiz trazados con simpleza. Leyó algunas anotaciones técnicas que se referían a herramientas y puntos de referencia, y continuó pasando las páginas. Llegando al final, abrió los ojos como platos ante el esbozo de la figura de una mujer. Era la que ella le había visto tallar. De ella, sin lugar a dudas del día que la rescató del mar. Tenía la cabeza ladeada hacia atrás, el cabello pegado al cuerpo laxo y sin vida, y estaba suspendida en el aire como si flotara.

Absorta en su propia imagen, imagen de un momento que no recordaba, empezó a sentir la humedad de sus lágrimas deslizándose por el rostro. El dibujo plasmaba tanta desolación como sensualidad, tanto realismo que revivió el frío, la angustia y la rendición que aquella mañana gris la llevó al infierno.

—No le permito a nadie ver mis dibujos —dijo Carlos sin que en su tono se percibiera ningún rastro de enfado, avanzando hacia ella. Olatz volvió un poco la cabeza después de limpiarse las lágrimas con disimulo. El brillo acuoso de la tristeza fue un puñal derecho al corazón acelerado de él—. Siento no habértelo dicho —comentó en voz baja, a su espalda. Necesitó no tener delante esos ojos que lo cautivaban en un océano de añoradas emociones—, me dio vergüenza que pensaras mal de mí.

Olatz, deseando que ese instante no acabara, podía sentir el pecho de él casi rozándola, su poderosa presencia quitándole el aliento, cerró los ojos. A pesar de sus maneras correctas, de un

respeto que lo dignificaba, para ella la atracción era tan palpable que esperaba el repliegue de su defensa en cualquier momento. Se giró despacio, y observó cómo Carlos retenía la respiración.

—¿Por qué iba a pensar mal de ti? No puedo hacer nada más que admirarte, es un honor que me hayas escogido como modelo. Aunque... —vaciló unos segundos—, la pose no me guste porque sé qué te ha inspirado...

—Haré otras —susurró—, pero esta es la última en caliza de Bath. Tengo pensada una serie... La pieza central será esta, rodeada de otras en basalto. Todavía estoy trabajando en la composición, pero tengo las imágenes bailando en la mente... Es cuestión de encontrar el cauce para que se unan como un puzle.

—¿Todas de mí?

En el tono de Olatz se advirtió sorpresa.

—Puedo esculpir todas tus expresiones con los ojos cerrados.

—¿Sin haberme tocado nunca?

Al escucharla, Carlos sonrió un poco.

—Te tuve en mis brazos... Pero será mejor no volver a aquello —comentó, pendiente a que de nuevo ella podía malinterpretarlo o, como mínimo, recordar el día que habían acordado no volver a mencionar—. ¿Has terminado de recoger? —le preguntó, apartándose.

—Sí, intentaré tener las fotos en dos o tres días. Creo que han sido las sesiones más largas de la historia —agregó de buen humor al acordarse de los interludios personales que evaporaron el tiempo—. He pensado hacer una selección de unas veinte, y que de esas tú elijas las que quieres en el catálogo.

—Me parece bien —habló yendo hacia la puerta, atento al sonido del motor que había oído—. ¿Te quedas a cenar conmigo? Anoche querías hacerlo —apostilló bromista.

—¿Ah, sí? —dudó sonriente, recordando que él, a pesar de no beber alcohol, compraba vinos locales solo para complacerla—. Te lo diría después de beberme yo solita la botella de vino...

—En el transcurso, aún no habías perdido la vergüenza.

Él habló balanceando las palabras con esos matices seductores que a veces evitaba para esfumar una potente tensión sexual, mayor conforme más se conocían.

—El alcohol me suelta la lengua —admitió, moviendo los hombros.

—Estuviste encantadora —dijo al cerrar el portón del taller. A Carlos no le importó regalarle los oídos, con ella todo le resultaba agradable. Todo excepto la mala sensación al despedirla en su casa. Como cada noche desde que habían empezado a colaborar, desde aquella primera velada en El Cubano, Uwe fue mudo testigo. Siempre alzaba la mano a modo de saludo, amable como un conocido con poca confianza o como una provocación. Encima, tenía la desfachatez de incitarla a divertirse con él; era extraño, algo en ese comportamiento se le escapaba—. ¿Qué te apetece cenar?

—Cualquier cosa, lo que quieras.

El anochecer ya le había ganado la partida al día y las primeras estrellas refulgían en el cielo acompañando a la luna, plateada iluminaba la playa. El aire fresco se disipaba en el jardín con las fragancias de las flores, arrastrando la tensión para dejarles de nuevo la atrayente complicidad. *Hard* correteaba entre ellos, excitado, alegre, entre exclamaciones cariñosas y alguna reprimenda con poca convicción de causar obediencia.

Carlos de repente se quedó inmóvil, observaba la puerta metálica de la valla. Había alguien al otro lado. El perro ya corría hacia allí ladrando amenazador. Entonces, en una fracción de segundo, la incertidumbre se transformó en furia. La voz cantarina de Nathalie intentando calmar

al perro en inglés fue un revulsivo para su estómago peor que un veneno.

La azafata se había puesto un vestido de rojo insinuante con el escote demasiado provocativo. Sonrió al verlo acercarse. Llevaba días planeando esa visita, muchas horas entre vuelo y vuelo pensando cómo la recibiría, recordándolo impaciente. Tenerlo de nuevo frente a ella, observándola con esos ojos luminosos que arrastraban sorpresa, la condujo a creerse afortunada. Algo nerviosa, aisló los pensamientos de las noches que compartieron y empezó a contarle que estaba de imaginaria en el Sur. Solo debía estar pendiente del teléfono por si le asignaban algún vuelo. Pretendió darle a entender que durante las siguientes veinticuatro horas estaría a su disposición. No fue capaz de dejar de sonreír, de no pensar que era un hombre muy guapo, una fiera de cuerpo rotundo con la corteza de hierro. Esa inexpresividad no invitaba a alardes cariñosos.

—Me he acordado mucho de ti.

Carlos apretó la frente, sopesando en qué momento le había dado motivos para confundirse tanto.

—Alegrarme no sería ético —replicó, dejando en el aire que él no se había acordado de ella.

Nathalie inclinó la cabeza, frunciendo la boca rebosante de carmín rojo.

—Te prefiero cabreado —resumió seductora, hipnotizada por esa voz grave que le resultaba varonil, vibrante al colarse en su oído y elástica cuando se le metía en el cerebro—. Espero no haber interrumpido nada —agregó al verlo buscar con la mirada a la mujer que estaba en el jardín.

—Si te hubiese importado no interrumpirme, habrías tenido el detalle de llamarme antes de presentarte sin avisar.

—Ha sido un impulso —mintió, empezando a molestarse.

Entretanto, y aunque estaba inmóvil observando a la llamativa rubia, a Olatz se le caía la venda de los ojos. Pensó que había sido una ilusa al creer que entre ellos empezaba a fraguarse algo. No era capaz de moverse, perdida en su confusión y en una frustrante tristeza. Recordó haberle preguntado si tenía pareja y, haciendo memoria, no recordaba la respuesta de él. Tontamente dio por sentado que no la tenía porque el silencio otorgaba; sin embargo, había sido un error. Tal vez, inducido por la pura vanidad de creerse atractiva. Si bien, ¿qué podía reprocharle cuando ella aún estaba casada?

La luz de la luna le resultó tan engañosa como la nube que se deslizaba por el oscuro cielo, ilusiones pasajeras, tontas ilusiones tapando la verdad. Bruscamente, volvió en sí con el propósito de esfumarse para no verse envuelta en una situación bochornosa, se echó la mochila más pesada al hombro y agarró la otra con la mano derecha haciéndose daño por la fuerza con que la sujetó.

Carlos giró la cabeza al escuchar sus pasos, captó al vuelo la decepción en esos ojos que lo mecían en el océano cuando estaban alegres o lo martirizaban en la laguna de los desengaños. Resopló por la nariz, y Nathalie lo advirtió. Intuía sobrar, el enfado de él era evidente. La mirada asesina que le dedicó la mujer, también.

—Te llamo en dos o tres días —dijo Olatz dirigiéndose a Carlos tras desviar los ojos de Nathalie—, en cuanto tenga las fotos.

El escultor habría escupido fuego por la boca de haberla tenido llena de alcohol. Nathalie pagaría la mirada casi ausente de su bella musa, no la perdonaría.

—Coge un taxi —susurró protector.

Olatz asintió, esbozó una sonrisa cansada y cruzó la puerta sin despedirse del perro. No hubiera podido sonar amable por el nudo que le oprimía las cuerdas vocales. Hasta la carretera no dejó de repetirse que no podía ser más tonta.

Carlos ya le había ordenado a *Hard* que se marchara cuando se apartó para permitir el paso a Nathalie, para permitirle apreciar cuánto valoraba su aparición estelar. El gesto cortés meciendo la mano precedía el mayor derroche de gentileza que volvería a brindarle.

La azafata, con la curiosidad picándole la lengua, preguntó:

—¿Quién era esa?

Él no respondió. Avanzaba por el jardín rápido pero sin movimientos bruscos, con el sigilo de un gato, seguro, casi como un bailarín levitando entre espesa niebla. Al traspasar el umbral de la casa, sostuvo la puerta. Nathalie, impresionada por la galantería, levantó la mano para tocarle el rostro. Él rechazó el contacto con brusquedad. Luego, empujó la puerta cerrándola con engañosa lentitud.

—Seré breve: detesto que se invada mi intimidad —habló sin apenas alzar la voz, tenía la absoluta convicción de que no era necesario—, no lo soporto; así que no vuelvas a aparecer en mi casa para darme ninguna sorpresa.

La sonrisa triunfal que Nathalie no había podido reprimir se borró al instante.

—Lo siento —balbuceó—, creía que podíamos repetir... otra vez.

—Ya hemos repetido todo lo que era necesario —cortó haciendo hincapié en el desprecio, hurgando donde más le dolía—. No eres nada especial, y no podrás serlo nunca mientras tú misma no te valores.

—No sabes nada de mí, pero te estás permitiendo el lujo de juzgarme cuando fuiste el primero en aceptar... —dudó un instante, con la palabra atorada en la boca—... pasar un buen rato conmigo.

Él no se sintió incómodo al verla hundida, sin rastro de la mujer confiada que pretendía engatusarlo con su fachada espectacular.

—Habla con propiedad, follar. Eso fue lo que hicimos, como adultos sin ataduras ni promesas. ¿Qué esperabas? ¿Presentarte aquí a tu antojo cada vez que estuvieras en la isla como los viejos marineros? ¿En serio te ha decepcionado que no sea tu amante en este puerto?

Movió la cabeza y, dando por concluida una incursión que no debería haber existido, abrió la puerta. Nathalie tardó un poco en reaccionar. Cuando al fin lo hizo, dio un paso adelante y, recompuesta entre humillación y rabia, en un inglés tan lento como amenazador, siseó:

—No olvidaré nunca cómo me has tratado, Carlos Manley. Eres un sinvergüenza.

—Hazme el favor de largarte, tu dignidad no te lo reprochará.

—La tuya tampoco te reprocharía un poco de educación, disfruta tu victoria mientras puedas. Algún día estarás en mi lugar con alguien que verdaderamente te importe, todo en esta vida es circular, padecerás la misma humillación que me estás haciendo pasar a mí, te arrastrarás como el gusano que eres y te pisotearán hasta aplastarte. No esperes compasión, porque obtendrás la cantidad exacta que acabas de tener conmigo.

—Estás muy equivocada; nunca caeré tan bajo como tú.

—¿Por qué? —le preguntó con voz chillona—. ¿Cuál ha sido mi error? Nos hemos divertido, no te he pedido nada, no busco nada serio...

—El error ha sido mío —dijo suavizando el tono—, perdona por haberte ofendido.

El escultor insinuó una sonrisa cínica sin apartar la mirada del rostro mortecino de Nathalie y optó por la elegancia del silencio al recorrer el jardín detrás de ella. La seguía ralentizando el paso, atento al perro que había obedecido su orden y no corrió a amedrentarla con feroces ladridos pero no dejó de gruñirle ni de enseñarle los dientes. Solo volvió a su ser afable cuando la azafata se perdió en el camino.

—A mí tampoco me gusta —murmuró en español, acariciándole el lomo, tranquilo al tener la certeza de que Nathalie no regresaría a incordiar.

Con la última mirada de Olatz apareciendo clara en su memoria cuando se acercaba al rincón cuya panorámica del océano convertía la noche en una estampa romántica, se arrepintió por no haber intentado seducirla. Ese grado de intimidad le habría ofrecido un arma, una razón para arrojarse al vacío con él. En cambio no tenía nada, una incipiente amistad y la declaración de intenciones que estuvo a punto de condenarlo sin apenas conocerse.

Observando la luna llena, un faro gigante misterioso, con las olas arrullando la muda soledad del acantilado, reflexionaba en las palabras de Olatz: “te llamo en dos o tres días, en cuanto tenga las fotos”. «Dos o tres días», se repitió. Ni más ni menos, ese sería el plazo. No desconfiaba. Para ella ser profesional era básico y prioritario, no le defraudaría. Incluso sospechó que cuando hiciera la llamada trataría de sonar indiferente, dándole a entender que ella no tenía ningún derecho a exigirle nada. Este pensamiento le hizo gracia y sonrió al imaginársela.

Con esos ojos azules presentes, fascinado por su brillo marino y sin borrar la alegría de sus labios, tomó la decisión de sacarla de su error aunque se hubiera propuesto esperar un poco más. ¿Por qué demorarlo? A fin de cuentas, le había aclarado el punto de partida nada más empezar las sesiones de fotos. ¿Qué perdía si traspasaba el incierto límite de la infidelidad, con ella, aceptando todas sus consecuencias? Tres días como máximo hasta cruzarlo, tres días para reafirmarse en la idea que lo rondaba desde la última semana: no se adentró en el océano para salvar a una desconocida. Aquella nubosa mañana del ocho de septiembre, sin saberlo, dejó de pisar la tierra y flotó arrastrando a la mujer que lo salvaría a él.

Capítulo 14

SOÑAR DESPIERTO bajo la difusa iluminación que las nubes dejaban traspasar en el taller, sentirse vulnerable esperando la llamada que no llegaba, tener las manos doloridas de esculpir por mantenerse distraído, mirar los nuevos bloques de basalto como si formasen parte de un escenario irreal, y aún así imágenes abstractas lo cercaban al borde del precipicio. Habían pasado los tres días. Horas muertas roto en angustia y en la sinrazón de la indiferencia. O daba un paso al frente o ella no movería un músculo. «Tengo que hacerlo», se decía. Pero qué difícil era, qué opresor sufrir por alguien a quien apenas conocía y sin embargo había escalado cimas en su interior con una constancia admirable. «Es mi gran oportunidad, lo presiento. Si no, ¿por qué soy incapaz de estar un minuto sin pensar en ella? ¿Por qué ha despertado a la bestia que me costó años domar? ¿Por qué desaparezco como bruma cuando ella resplandece a mi lado? ¿Por qué?, insistía.»

Desvariaba, resiguiendo con las manos la dura piedra con su figura. La luz de pronto brilló inundando el amplio espacio con rayos milagrosos. Oyó ladrar a *Hard* —no eran ladridos intimidatorios, sonaban alegres— y el pulso se le disparó.

Sonriente por la cálida bienvenida, Olatz se agachó y metió la mano a través de la verja de barrotes. Devolvía el entusiasmo febril del perro mientras se relajaba un poco. Había sopesado mucho llamar a Carlos, pero al final le pudo la maliciosa curiosidad de pillarlo in fraganti. Tras su rancia despedida, llegó a pensar tanto en lo que Carlos y la inglesa habrían hecho que necesitó volver a las pastillas para dormir. Se puso en pie cuando vio abrirse la puerta del taller.

—¿Es un mal momento para ti?

Carlos la observó de arriba abajo: femenina, sensual sin pretenderlo con el vestido recatado que se había puesto y unas botas de cowboy.

—No, ¿por qué iba a ser un mal momento? —preguntó sonriente.

—Por nada... —Olatz desvió la vista, inmersa en el pudor—. Si tienes unos minutos, elegimos las fotos.

Al percibir el nerviosismo de ella, peor disimulado que el de él, se animó al instante. Estaba comportándose como había supuesto, y todo apuntaba a que su plan inmediato podía seguir y, con la suerte de cara, hasta triunfar. Eso sí, el primer paso tendría que darlo él.

—Vamos a casa —incitó, poniéndole la mano en la cintura antes de que ella pudiera acercarse a la puerta del taller.

El contacto físico no era especialmente notorio, un sencillo gesto; si bien, Olatz podía distinguir cada uno de los dedos masculinos, grandes, cálidos.

—Menos mal que la Panza de Burro se está quitando —comentó ella de pretendida manera casual.

—No me molesta, hay más humedad —dijo Carlos, sosteniendo la puerta de la casa. Olatz echó un vistazo al salón, detectando algún indicio de otra mujer—. Siéntate donde quieras, voy a refrescarme un poco.

Carlos contuvo una sonrisa. Al fin la tenía en el lugar perfecto, con los celos apropiados para poner las cartas sobre la mesa. Se echó agua en la cara y, mientras se secaba con una de las toallas

perfectamente colocadas que había en la hornacina sobre el inodoro, ella abrió el portátil en la mesa de inspiración rústica que aportaba un toque de color a aquella estancia de tonos neutros y materiales nobles: madera en las ventanas, vigas naturales en el techo, piedra gris en grandes losas, viejas, en el suelo y en los azulejos de cerámica en la parte del salón destinada a cocina. Esa casa era todo lo contrario a la suya aunque en esencia fuesen minimalistas. Ahí se notaba el trabajo artesano, los detalles estudiados en los rincones, como contrapunto al derroche económico que había en su casa, neutro, sin calor de hogar.

—Creo que no te lo he dicho —comentó cuando Carlos regresó del baño—, tienes una casa preciosa. Me gusta el interior, el exterior, la tranquilidad, el mar... Todo —resumió, notando cómo él había relajado la expresión.

—Me lo dijiste en El Cubano, pero me alegra oírlo de nuevo —comentó un poco irónico, pensando en que era bueno que le gustara el lugar donde viviría—. ¿Te apetece tomar algo?

Esa pregunta sin otra intención que refrescar su garganta, alivió por completo a Olatz. Nadie les interrumpiría de nuevo. Si no, él la habría despachado en el taller y no estaría ofreciéndole una bebida. No tenía prisa, ella tampoco.

Durante la media hora siguiente se mantuvieron formales charlando sobre las fotos, detalles técnicos: iluminación, sombras, exposición; detalles personales: naturalidad, dureza en la mirada, solo o con *Hard*..., hasta que Carlos, sentado al lado de ella, sin rozarla, decidió iniciar el asedio. La pilló desprevenida, con la cabeza ladeada muy cerca de la pantalla del portátil. Se pegó con astucia, sin avasallar, interesado en lo que estaba contándole.

Ella lo miró de reojo, cohibida, y siguió hablando. Trataba de sonar profesional, intentando que la voz no le fallara. «Complicado, si tienes la impresión de que estás hablando contigo misma.»

—¿Son cosas mías, o te estoy aburriendo?

—Falta de interés —contestó él—. Elije las que quieras, me da exactamente igual.

Fue un jarro de agua fría. Olatz cerró el portátil sin ademanes bruscos.

—Perfecto —dijo, airada—. No te robaré más tiempo..., ya puedes continuar con lo que estuvieras haciendo.

Carlos le dirigía una mirada impasible aunque en su interior estaba dando saltos de felicidad, muy pronto la furia le desataría la lengua con el reproche que esperaba.

—De momento estoy contigo, aquí, para lo que quieras.

Ella se había puesto en pie, no así Carlos que aguardaba con la máscara de indiferencia en el rostro.

—Supongo que aún es temprano, ¿no? —le preguntó con aparente calma.

—¿Para qué?

Al ver la sonrisa de él, irónica, seductora, Olatz se enfadó. Cogió el portátil, lo guardó en el bolso grande y, echándose al hombro, le dijo:

—No juegues conmigo, no te pega y no creo que seas de esa clase de hombres.

—No tienes ni idea de la clase de hombre que soy —terció, sin apartar los ojos de ella, cortándole el paso en un movimiento que casi no apreció.

—Ni quiero saberlo, explícaselo a tus amigas.

—¿A cuál de ellas? ¿A la rubia del otro día, por ejemplo?

—A la que te dé la gana, no soy quien para decirte lo que tienes que hacer.

Celos y victimismo, justo las emociones que Carlos necesitaba para hacerla cambiar de opinión.

—Los dos hemos sido sinceros —habló bajo, muy cerca de los labios sonrosados que eran su

perdición, invadiendo su espacio—, conozco tu circunstancia y tú conoces la mía; que me siento atraído por ti, lo sabes como sé que es recíproco... y que hay cosas que no se planean... surgen de forma casual... —Hipnotizado por el azul más vidrioso que había visto nunca, no pudo seguir. Algunas lágrimas caían para dar conciencia de acciones definitivas. Extendió la mano y enjugó esos ojos, el silencio que otorgaba más que mil palabras—. No estoy con nadie, no podría aunque lo deseara... Te has apoderado de mi voluntad, de la poca cordura que a veces creo tener... He pasado tres días infernales pensando que no me llamarías.

—Ante todo me considero profesional a pesar de no tener experiencia.

—Cuando me lo dijiste no lo dudé, pero... esta mañana ya no podía resistirlo más.

—Me fui muy decepcionada —reconoció—. Sé que no debo pedirte explicaciones porque nosotros no somos nada, pero me afectó mucho verte con otra mujer.

Carlos agradeció la sinceridad, sujetó su mano izquierda en una caricia leve.

—No es nadie, la eché después de que te marcharas.

Era insoportable tenerlo tan cerca, olerlo, sentirlo y no poder avanzar.

—No hace falta que me lo cuentes —le dijo en un murmullo.

—No, lo que necesitas es que te demuestre por qué eres especial para mí.

Olatz sintió un ramalazo de miedo. Iba a besarla, perdía el enfoque porque él acaparaba toda su visión. Carlos observó los ojos suplicantes de ella, una puñalada traperera. De forma suave, reculó. Había algo en su fuero interno que lo frenaba, como si una intuición especial le advirtiese que iba a dar un paso definitivo; no habría retorno de la vida que nunca osó imaginar. O salía de ahí o se quedaba sin voluntad ni fuerzas para lidiar contra el poderoso deseo que lo empujaba a saltar y lanzarse al vacío, a inflamarse y fundir sus cuerpos en energía.

—¿Te apetece ir a El Sauzal? —preguntó engañosamente tranquilo.

Olatz aceptó de manera automática, sin mencionar nada de lo que acababa de ocurrir. No lo entendía, no cuando era imposible escapar del halo de deseo que los rodeaba. Ninguno pensó en el otro, en el miedo que, por distintas razones, se había apoderado de ellos. Miedo al cambio, a salir de sus vidas rutinarias abrazando lo desconocido. Apostar, jugárselo todo a una sola carta y ganar o perder. De ahí provenía el miedo; de la cobarde ilusión del conformismo, de la tonta idea de no arriesgar cuando lo que se tiene no puede ser más nefasto para nosotros.

Amistosos, confundiendo la complicidad con vapores de alegría, pesó en ellos los bagajes que acarreaban en sus espaldas para no lanzarse al abismo de lo que podía ser y, sin esos lastres, jamás sería. Se conformaron imbuidos en una conversación agradable, preocupados por conocerse sin darse la opción de pensar que ninguno podría cambiar las sombras del pasado, estarían en ellos como parte de sus esencias; si bien, estaba en sus manos mirar hacia delante eludiendo el velo de amargura de los errores cometidos.

—¿Dónde tenías pensado invitarme a comer? —preguntó Olatz mientras dejaban atrás la salida de la Autopista del Norte a Santa Úrsula.

—A un restaurante con vistas al océano, se come bastante bien; te gustará, es sofisticado.

Olatz se puso en guardia, no había muchos restaurantes de esas características en el pequeño pueblo de El Sauzal.

—¿Terrazas del Sauzal, por casualidad?

—Sí, ¿has estado?

—Una vez —contestó, recordando a Uwe y su querencia por los sitios selectos; sitios que solía frecuentar por negocios o con alguna de sus amantes—, no me entusiasmó; las vistas son bonitas... ¿No conoces por la zona ningún guachinche de esos hiperrurales que tanto te gustan?

—Sí, pero había pensado que estabas harta de simpleza y vino peleón.

—No me disgusta lo sencillo ni el vino que sirven es malo. No sé por qué hablas así de algo que desconoces, ¿o lo has probado acaso?

—Llevo años sin probar una gota de alcohol —le dijo en un tono seco—, no vuelvas a insinuarlo porque me molesta.

—Muy bien, y tú no vuelvas a juzgar lo que me gusta o no me gusta porque tengas una idea preconcebida sobre mí. Una fachada espectacular puede albergar una casa en ruinas, igual que una fachada ruinosa puede albergar una casa de ensueño.

Carlos no replicó, percibía que ella estaba gestionando fatal la decepción de hacía un rato. Incluso que tras esas palabras le ocultaba algo. La furia de su voz, sin gritos ni estridencias, le dio otra pincelada bastante exacta de su fuerte carácter. Ya lo había sufrido en varias ocasiones.

Atento al tráfico fluido de la autovía, recordó la despedida de Nathalie. Intuía que Olatz se había referido a ella.

—¿Me perdonas? —preguntó Olatz.

—No hay nada que perdonar —comentó complaciente al dirigirle una breve mirada—. A veces uno dice algo con un sentido y se malinterpreta, no le des más vueltas. Solo, aclárame una cosa... Cuando has hecho la comparación de las fachadas, ¿hablabas de la rubia? —Ella negó en silencio, esgrimiendo una sonrisa tan pobre como la tristeza que en ese momento expresaban sus ojos. Atando cabos, por lo poco que lo conocía y, como también recordaba a la perfección las descripciones que le había hecho de Uwe, le preguntó—. ¿De tu marido?

—Sí. Él es la razón de que no me haya hecho gracia tu propuesta de comer en Las Terrazas. Prefiero evitar los sitios donde pueda haber alguna posibilidad de coincidir con él. Lo siento —agregó—, sé que lo habías elegido pensando en mí. —Al decir esto y ver la bonita sonrisa que él ya pintaba en su rostro, no tuvo reparos en reconocer—: La verdad es que contigo estoy descubriendo que ser sincero es relajante, me gusta.

Sin mirarla, Carlos tragó la saliva. De pronto le sobrevino una idea arriesgada. Puso el intermitente derecho, redujo la velocidad y tomó la rampa rumbo a evaporar dudas.

En la rotonda que conducía a La Victoria o de retorno al Puerto, Olatz no aguantó la curiosidad:

—¿No íbamos a El Sauzal?

—Sí, y vamos; pero antes quiero llevarte a otro sitio.

—¿A dónde?

—A hacer otro descubrimiento —respondió enigmático.

Desvió el coche hacia la costa por una carretera del demonio con más curvas que rectas, casi inhóspita, secundada por agrestes arbustos y algunas osadas palmeras. Al fondo se divisaba la costa rocosa, casitas blancas, humildes moradas de pescadores diseminadas en una especie de poblado. Detuvo el coche en el rellano que había a unos metros del mar. A esas horas la paz era total, no se veía un alma.

Olatz compuso un gesto de incompreensión que le arrugó la cara entera, y él sonrió malicioso. Después de quitarse el cinturón de seguridad, la apremió a acompañarlo por una escalera medio escondida entre las casitas. Sujetó su mano guiándola por una mole volcánica que desafiaba la bravura del océano, había peligrosos charcos en la superficie irregular.

Las gotas del oleaje salpicaban un perfume salino mientras dos gaviotas se dejaban llevar por la ligera brisa en una danza acompasada y lenta. Continuaron andando de la mano sin despegarse ni un solo instante.

Carlos se paró casi en el filo de la roca, de cara al océano. La altura no era impresionante, no

así las trampas bañadas en un arriesgado balanceo.

—¿Para qué estamos aquí?

En la pregunta de Olatz volvió a surgir el miedo, quizá también aprensión al estar tan cerca del agua.

—Para sentir la verdad que nos une.

Carlos no titubeó, se moría por besarla. Sus manos encontraron la piel del rostro de ella en un segundo fulminante. Valiente y firme se abandonó cambiando su relación, entregado a un roce tan tierno como el elegante aleteo de una mariposa al sobrevolar una flor. Hasta que ella fue consciente de que habría un antes y un después a partir de ese instante. Entonces, el beso se tornó apasionado, intenso, abrasador, arrastraba sus penurias, soledades y dolor, las lágrimas. Lo engullía todo en la humedad de sus bocas descubriéndoles el mundo nuevo que podrían tener.

—No estaba preparada para esto... —murmuró Olatz.

Todavía sujeta a la cintura de él, cerró los ojos y dejó caer la espalda hacia atrás. El viento le azotó la cara con gotas de libertad. No tuvo miedo, las manos que la sostenían eran cadenas en su piel.

Al cabo de unos segundos, Carlos tomó conciencia de estar sobre una roca y le dirigió una mirada cariñosa, de esas que solía dedicarle solo a ella, donde sus pupilas brillaban con la ilusión de borrar una larga espera. Repitiéndose que por estar y sentirse así todo había merecido la pena, le agarró una mano entrelazando sus dedos, pletórico, antes de decirle:

—Ahora que ya no tenemos que disimular, me gustaría llevarte a comer adonde quisiera.

Olatz asintió, había dejado de importarle coincidir con Uwe.

—Gracias por devolverme la alegría de vivir.

El escultor fue incapaz de articular ninguna palabra. Nada de lo que hubiera dicho habría estado a la altura de sus emociones. Creyó desdibujarse ante ella, la mujer que estaba poniendo su mundo patas arriba y que con un beso lo había desbordado. ¿No fue él quien pensaba que morir de amor era imposible?

Sin prisas, la dirigió de vuelta al coche. El calor de su mano le infundía una confianza extraordinaria después de saltar por los aires con el beso. De golpe, todos sus solitarios planes abandonados, arriesgar o malvivir.

Capítulo 15

REFRENAR EL DESEO de besarse por segunda vez fue imposible al volver a la finca de Carlos, ninguno lo intentó después de varias horas eludiéndolo tras una buena conversación. Llegaron al dormitorio con la ansiedad de saborearse, a oscuras, palpando en arrebatadoras caricias. El orden reinante fluyó a caos de ropa en el suelo, a perderse en un amasijo de sábanas revueltas con el fragor de intensos besos parecidos a punzadas ardientes en sus almas. Desfallecidos de felicidad se observaron en silencio, no hubo necesidad de hablar para sentirse cómodos. Al contrario, estaban muy cómodos rodeados del mutismo sobrecogedor que envolvía la cálida atmósfera. Se abrazaron y cerraron los ojos, abrumados por lo que habían sentido: la redención de todo, por todo.

La mano derecha de Olatz resiguió el pecho firme del escultor en un contacto tierno, ligero sobre el vello rizado que no intentó domar. Cuando la reposó sobre la sábana, Carlos se la levantó y le dio un beso en el dedo anular. La ausencia de alianza resultaba significativa. Ella contuvo la respiración, cualquier gesto cariñoso por su parte se le clavaba en la piel.

—Jamás habría imaginado que al hacer el amor contigo me sentiría tan bien —murmuró, encarando los ojos felinos que la contemplaban—. Me encantaría poder tener una relación normal..., sin escondernos —aclaró al verlo enarcar una ceja.

—Soy un pájaro, tú eres la que debe despegar el vuelo.

—Ya estoy en el filo del acantilado, lo único que necesito es la racha de viento adecuada.

—Si me dejas, seré ese viento.

—Solo te pido una cosa, sopla suavemente. No soportaré ciclones que apresuren o quieran apresurarme. Estoy en una fase delicada hasta que firme el divorcio, soy plenamente consciente, pero no necesito fuerza ni presión.

—Aparte de querer estar contigo, ¿me ves ansioso?

Ella negó con la cabeza, abstraída en la gravedad de su voz. Durante unos segundos se sostuvieron la mirada, de nuevo enmudecidos en ese silencio que sacudía sus entrañas. Carlos acercó la boca a la de ella, planeando besarla de forma lenta. En cambio, en el momento en que sus labios se rozaron, una potente corriente eléctrica le recorrió la espalda entera. Empezaron a robarse los alientos en violentos embates, a darse aire como tragos de vida, a poseerse deteniendo el tiempo como alquimistas de una oscura fantasía.

A medida que crecía el deseo entre aquella dulce y cruel lucha, el teléfono de Olatz se iluminó. No lo vieron. Minutos después, evaporó con un bofetón de realismo la suave armonía de los murmullos que se prodigaban. Carlos dejó la cama para ir al baño, preguntándose por qué ella había respondido a Uwe a esas horas. Cuando la escuchó decirle que estaba con él y que no tardaría en llegar, sintió cómo la furia avanzaba por su sangre. Pero no porque ella volviera a ese hogar destrozado donde era infeliz, sino por la sumisión que percibió en su voz. Parecía temerosa del alemán.

—¿Te pega? —le preguntó en un tono severo, andando desnudo hacia la cama.

Asombrada, apretó las cejas.

—No —respondió volviéndose para dejar el móvil en la mesilla de noche—. ¿Has pensado que lo hacía?

—No me habría extrañado —comentó antes de tumbarse. Ella le contó el motivo de la llamada, curioso—. ¿Tú sueles llamarlo para preguntarle cuándo va a volver?

—No. Está un poco raro.

A Carlos la reflexión le confirmaba que el alemán no era de fiar.

—Quédate esta noche, no dejes que te controle.

—Hace un rato te he pedido calma, pero ya estás forzando la situación.

—No te equivoques —arremetió—. No quiero precipitar algo que ya es nuestro y es cuestión de ser paciente, y lo soy, lo que me fastidia es que tenga la desvergüenza de llamarte con la excusa de que está preocupado por ti, cuando, y según tú misma, si no existieras le darías la noticia del siglo. Lo ha hecho para jodernos a los dos. ¿Él te contestaría si lo llamaras cuando está con alguien?

Olatz lo observó, su rostro desfigurado en las sombras. Despacio se acercó a él y, sonriendo, le dijo:

—Tú no eres alguien para mí, eres el hombre que me demuestra que en mi vida todo lo anterior a ti ha sido un error —susurró junto a sus labios—. No sé si me tendrás a la misma altura que te he puesto...

Carlos no resistió, necesitaba creer que aquello era verdad. La estrechó entre sus brazos, tirando para tenerla encima.

—Has roto el cielo —le dijo a media voz, volviendo al tono agradable—, ¿es lo suficientemente alto?

—Más de lo que nunca hubiera soñado.

Ahí llegó la concesión de Olatz. Más besos, palabras a media voz, caricias y suspiros encadenando otro instante decisivo. Este implicaba a Uwe, a conciencia y con alevosía. Carlos se transformó en el felino depredador que ocultaba tras la apariencia de un hombre sosegado y taciturno, fue el amante que no se abandona porque con él se raspa un onírico viaje a las estrellas, una alucinación de músculos al servicio del olvido y la tentadora fragancia de un banquete para los sentidos.

Luego, mientras la noche transitaba por recovecos de penumbrosa luz, el insurgente sonido del móvil se empeñó en molestarlos. Olatz se movió dormida, tenía la cabeza apoyada en el pecho de Carlos. De manera suave, él, que no había conseguido dormir profundamente desde la adolescencia, la apartó de su cuerpo y estiró el brazo a la mesilla de noche con un propósito bien definido.

Durante el resto de la noche no hubo otra interrupción. Únicamente el silbido del viento serpenteando entre las ramas de las palmeras y el batir de las olas en las rocas pusieron la banda sonora al vagar de las manos de Carlos por la sedosa piel femenina, flotaron casi en el aire, dedos furtivos por la espalda rumbo a la cintura recorriendo un camino que se grababa en la memoria.

—Te amo, bella Olatz —musitó—, nunca dejaré de hacerlo.

Tras la confesión de un hombre amparado en la clandestinidad, el esplendoroso sol se alzó sobre el océano como un disco de fuego y clareó la habitación de vida. Vida majestuosa acompañando los pensamientos que no había podido quitarse de la mente en las últimas horas: «otra vez he caído, y con más brutalidad que con Ellie. No volverá a suceder lo mismo.»

Capítulo 16

LA ESPERANZA SE abría camino en el interior de Carlos mientras cenaban en el Parador de las Cañadas del Teide. Llevaban dos días alojados allí, al fin pudiendo sentirse tranquilos después de haberse hecho inseparables o, siendo exactos, tras muchas semanas dedicándose gran parte de su tiempo libre en la recóndita finca de él. A diario, Olatz había ido a comer, cenar y lo que se terciase hasta bien entrada la madrugada. Eso, las noches que volvió al Puerto. Podían contarse con los dedos de una mano, para su gloria, confianza, y desesperación de Uwe porque estaban a un paso del juicio por el divorcio y no había manera de que ella dejara de exigir la mitad del patrimonio común. A esas alturas, llegar a un acuerdo no parecía factible, ninguno era consciente de las consecuencias de su obcecación.

Atento a la elegancia de Olatz en ese entorno clásico y decadente, Carlos por minutos se sentía más conquistado. Ya estuviera desnuda, con un vestido de noche o, como en ese momento, con ropa informal, destacaba su refinada actitud. Era un placer compartir con ella cada minuto, en privado porque lograba que la amara sin miramientos y en público porque lo convertía en un gigante a su lado. No quedaba rastro de la mujer insegura que conoció. Esa Olatz tenía el carisma de la sofisticación, era dicharachera, muy cariñosa y una gran conversadora siempre interesada en aprender. Sin lugar a dudas había recobrado la confianza en sí misma, tal vez gracias a que él la empujaba con una alentadora brisa, suave pero sin decaer. Esto último no se atrevía a pensarlo demasiado, era injusto atribuirse el mérito. Sin embargo, cuando la escuchaba hablar acerca de sus primeros años en la isla, llegaba a pensarlo y hasta creía que era la razón por la cual Uwe no le había concedido mucho antes el divorcio. La necesitó como reclamo.

—Es la primera Nochebuena que paso en un hotel... y me encanta —comentó ella, mirando alrededor y dejando al descubierto sus bonitos y blancos dientes. En el restaurante se respiraba serenidad, el ambiente caldeado por una chimenea, un par de parejas les acompañaban en mesas bastante alejadas—. Tenemos que repetir.

—Lo haremos —afirmó condescendiente, con los ojos fijos en su boca sonrosada—. Si no en este, en otro. Lo importante es que podamos estar juntos.

En el aire flotó la incertidumbre que Olatz eludía en su presencia.

—Mis padres querrán que vengas conmigo a casa, hace muchos años que no celebro la Navidad con ellos. ¿Aceptarías?

—No me considero una persona muy familiar, pero, si yendo a San Sebastián te haría feliz, la respuesta es sí.

—Me haces feliz con mirarme —le dijo, ajena a que su voz penetraba en lo más hondo del escultor—, con tus gestos cuando no te gusta lo que pienso y lo admites porque respetas mi opinión... —habló refiriéndose a su nula querencia por el aspecto más materialista del divorcio.

Carlos lo captó rápidamente.

—La vida me ha enseñado a ser paciente y honesto conmigo mismo, dos cosas imprescindibles para tenerte por completo. Llegará mi tiempo, y cuando ocurra... seremos... —De golpe, las palabras se le atoraron en la garganta.

—¿Qué seremos? —incitó ella curiosa, acariciándole la mano en un gesto tierno.

—Perfectos —susurró.

Olatz elevó un poco el cuello, grácil. El movimiento fue pura sensualidad.

—Vaya... Creía serlo para ti —bromeó—. Al menos es lo que sueles decirme después de hacer el amor.

Él sonrió, recordando esos momentos. Habría sido capaz de decirle de todo, solo excelencias y no mentiría.

—Tú lo eres, siempre, en la cama y en cualquier sitio, tienes un encanto especial; hablaba de mí. Cuando no sea raro que haya dormido del tirón porque estás a mi lado, que me despierte al son del canto de los pájaros sintiendo tu cuerpo o que compartamos una escapada porque podamos hacerlo de forma cotidiana, cuando ocurra, seremos la pareja perfecta. No ser perfectos, sino la pareja perfecta —recalcó—. Debes percibirlo igual que yo, no son desvaríos míos. Tengo la seguridad de que eres la mujer de mi vida —le dijo de sopetón. Al ver cómo ella desorbitaba los ojos con cierto asombro, compuso una expresión irónica—. ¿Sorprendida? Pues no sé por qué...

—Porque una cosa es enamorarse y otra muy distinta la rotundidad de decir que alguien es o será el gran amor de tu vida para siempre.

Carlos meditó sus siguientes palabras:

—Tengo un pasado vivido como para discernir lo bueno de lo malo..., lo que me conviene, mis emociones... Te distingo como lo mejor y lo más importante que me ha pasado desde que soy un hombre adulto. Eres la mujer de mi vida, ponlo en duda si quieres, el tiempo me dará la razón.

—No lo dudo, simplemente me ha dado un poco de miedo tu seguridad.

—Supongo que en alguna ocasión a lo largo de tu vida habrás pensado lo mismo —comentó después de llevarse a los labios la taza con el barraquito que estaba tomándose. Aún tenía el aroma del café y el dulzor de la leche condensada en la boca cuando retomó su idea sin intención de mencionar a Uwe—. Estar enamorado puede confundir los sentimientos, se suele tener la ilusión de que será un amor para siempre, sobre todo, al principio de una relación... Pero no es mi caso contigo y estoy convencido de que tampoco lo es para ti. Esto es lo más grande que nos ha pasado a los dos en cuestión de amor. ¿No sientes una compenetración diferente, única? En todos los planos, no solo en el sexual, que a fin de cuentas es el que menos dura, te hablo de conexión intelectual, emocional...

—Sí, pero me he vuelto un poco escéptica. Ser feliz hoy contigo no quiere decir serlo mañana, la gente cambia con el paso del tiempo.

—Yo no —habló con dureza—. Lo que tenía que cambiar, lo cambié hace años. Lo que ves es lo que soy, sin trampas ni falsedades.

—Me gustaría tener tu seguridad —comentó ella, un poco triste por haberle dado a entender que no confiaba demasiado en su relación.

—Sigue amándome, a pesar de todos nuestros obstáculos y a pesar de los que puedan surgir, el tiempo es mi aliado para convencerte.

Olatz sintió un escalofrío, la determinación vibró en esa voz profunda. Le sostuvo la mirada, pensando en hacer todo lo posible por cumplir tan febril cometido, no era ninguna penitencia amarlo. Al contrario, sus alas ya se balanceaban desplegando una poderosa envergadura.

Prolongaron la charla sin volver a hablar de sus sentimientos —fue el turno de las anécdotas curiosas y divertidas— hasta advertir la impaciencia de los camareros que, en recorridos poco sutiles, comenzaron a recoger las mesas vacías. Solo les bastó una mirada en sincronía para decidir continuar explorándose en otro sitio.

Salieron del Parador tras pedir unas mantas de viaje en la recepción y abrigarse con las chaquetas, gorros de lana y unas bufandas. Aun así, Olatz tembló por la baja temperatura en la impresionante ladera del Teide, a esa altitud no superaba los tres o cuatro grados. Carlos activó la linterna del móvil, al dejar atrás el hotel apenas tenían visibilidad, y le rodeó el hombro con el brazo para guiarla a lo largo de un sendero pedregoso.

Olatz recordó los majestuosos bosques de pinos engalanados con jirones de líquenes que vieron durante el ascenso por la carretera y su voz amable rompió el idílico silencio:

—Es curioso que con la resistencia de los pinos canarios no hayan prosperado por aquí como en las Cañadas, es lo único que le falta al Parador para ser un hotel de montaña alpino.

—Demasiado viento... ¿Sabías que sus troncos están formados por un montón de capas de corteza para sobrevivir a los incendios? Llevan millones de años adaptándose a los contratiempos de vivir bajo un volcán. Pueden rebrotar tras quemarse, crecer en suelos de roca... y, encima, tienen una madera saturada de resina que es casi inalterable al paso del tiempo. Los carpinteros la aprecian mucho porque no se trata ni se pinta.

—Tienes la prueba en la infinidad de balcones que hay repartidos por toda la isla.

Anduvieron hablando de las similitudes de esos balcones con los que había en el País Vasco hasta que llegaron a un cruce del sendero y se detuvieron algo dubitativos. Solo el haz de la linterna y el manto de estrellas iluminaban la oscura calma de aquel paisaje lunar.

—Es la única panorámica de la isla que le hace sombra a las vistas desde tu casa —comentó ella al contemplar el cielo.

—Es maravilloso —afirmó deteniéndose ante una roca, soltó el pequeño hatillo con las dos mantas enrolladas y le rodeó la cintura por detrás en un abrazo cariñoso—. No sé qué me gusta más... —bromeó—. Tal vez tú...

Ella dobló un poco el cuello, facilitando la caricia de sus labios que le arrancó un gemido.

—Aparte de tí... —susurró Olatz—, me encanta volver a sentir algo el invierno. ¿No lo echas de menos?

—A veces, cuando estoy en el taller en pleno enero sudando... A estas alturas ya estoy acostumbrado, prefiero el calor a la lluvia. En el último viaje a Bath no paró de llover y me agobió bastante.

—Espero que alguna vez me lleves, debe ser una ciudad muy bonita.

Carlos murmuró una afirmación apenas inaudible, ausente.

—Estoy sopesando vender la casa de mi padre —comentó pasados unos segundos. Agradecía la discreción de Olatz, siempre respetuosa a la espera de que él quisiera hablarle de su vida. No sería en ese preciso instante, demasiado romántico para mancharlo con truculentos retazos de su pasado—. Es una tontería mantenerla vacía porque no tengo intención de volver.

—Piénsalo bien. Mi padre dice que si uno no está ahorcado por las deudas es una locura vender una propiedad, y Uwe opina lo mismo. Si por él fuera, y pudiera permitírsele —puntualizó—, solo invertiría en inmuebles.

Carlos la giró en sus brazos para observarla.

—Mientras estemos aquí solo voy a exigirte una condición, solo una, Olatz: no me hables de él como un referente porque desprecio a las personas de su calaña.

—No te enfades ahora, por favor, no me perdonaría arruinar esta preciosa noche por alguien al que desprecio tanto como tú.

—Intenta no mencionarlo delante de mí —le pidió en un tono severo, ahorrándose decirle que hasta su ansiado divorcio no podría hablar de él—, cuando escucho su nombre en tus labios se me

cierra el estómago.

—Es una promesa —admitió, acariciándole la nuca—. Ahora... —Le dio un suave beso en los labios—, ¿por qué no me ayudas a descubrir constelaciones, planetas, galaxias y parte de la maravilla que tenemos ahí arriba?

La propuesta fue aceptada de inmediato. En medio de la oscuridad, buscó un sitio sin muchas piedras, lo limpió alejando las molestas más pequeñas, y extendió una manta. Tras colocar la otra encima por mullir algo el duro suelo, se tumbó boca arriba con ella casi encima para empezar la clase magistral de astronomía con esa disposición digna de un gran profesor que ella admiraba. Era su actitud, de una seguridad en sí mismo que tornaba soberbias sus palabras. Oyéndolo hablar acerca de la estela plateada de la Vía Láctea, que ahí podía observarse con nitidez en verano y en ese instante solo era un arco plateado; de las Pléyades, un cúmulo estelar en la constelación de Tauro, o de que lo que a simple vista parecía otra estrella, más brillante que las demás, y en realidad era Júpiter, Olatz se preguntó si todos esos conocimientos serían ciertos. A ratos le parecía exasperante parecer una inculta.

—¿Dónde aprendiste a distinguir el universo? ¿En La Academia de Bellas Artes de Florencia quizá? —preguntó irónica en alusión a los tres fantásticos años, enriquecedores, que él había pasado allí, formándose y, por supuesto, conociendo a fondo la ciudad italiana—. Es cuna de sabios...

Carlos soltó una risa vanidosa.

—En ningún lugar en concreto. Dependiendo del punto de observación a lo largo de la noche se aprecian unas estrellas, galaxias o constelaciones, nebulosas, planetas... —De manera automática, le indicó con el dedo la constelación de Casiopea—. Es uno de los pocos espectáculos al alcance de la mano de cualquier persona. Es cuestión de interés.

Ella guardó silencio, recordando la mañana que le reconoció su “falta de interés” por las fotografías. Lo escuchaba realmente involucrado en que descubriera las estrellas más conocidas, constelaciones como las de Orión —que le pareció de trazos complicadísimos— o la de Draco, mucho más asequible por su geométrica y simple curvatura. Extendió el brazo derecho hacia arriba, sonriente, la espiral que rodeaba la galaxia de Andrómeda fue un chute de positivismo por lo fácil que le resultó distinguirla. Era de una belleza tan sublime como mística.

—Casi puedo tocar el cielo con las manos —le dijo ilusionada—. Gracias por descubrirme un universo nuevo.

Carlos no pudo articular una sílaba al interpretar esas palabras con otro significado. Cariñoso, la estrechó más fuerte y le dio un beso en la sien. En momentos como ese de una relajación absoluta se torturaba imaginando cómo reaccionaría al conocer la parte más turbia de su vida. ¿Se sentiría engañada? ¿Podría mirarlo a los ojos con la misma admiración? Por no perder esas miradas de entrega total, esas sonrisas graciosas que le calentaban el corazón, por seguir a su lado con la seguridad de que era la mujer que había esperado toda su vida, le mantenía oculto que estuvo en la cárcel muchos años por algo que no debió ocurrir y aún ejercía un poder feroz contra su propia dignidad.

Envuelto en la serena noche se fustigó por no tener el coraje de contarle que siendo adolescente conoció a Ellie Cushing, una compañera del instituto de aspecto dulce pero ideas peligrosas. Al principio, por hacerse el gallito y congraciarse con ella solo se emborrachaba; luego, cuando se hicieron pareja, de su mano se adentró en las drogas hasta experimentar con casi todas. Se desbocó siguiéndola por el sendero equivocado. Perdió la razón, mintió, le robó a su padre sin saber que por ese camino no había retorno. Él, como hijo de un abogado de éxito, tenía a su

alcance una posición económica que le granjeaba amigos con solo chasquear los dedos, era popular —Ellie también lo era—, y se cegó en un mundo falso engañándose en fantasiosos ideales que, con el paso del tiempo, le dieron la razón a su padre: ese camino solo podía acabar en tragedia, en un abismo de remordimientos y soledad.

Era consciente de no poder vivir pensando en los posibles juicios de la gente, porque no todas las personas valoraban las situaciones de igual manera como si solo actuara en ellas una misma mente, porque había pagado con la justicia y había corregido el rumbo con una voluntad de hierro, y aun así no podía reprimir un pavor irracional a que cualquiera, el día menos pensado, sacara a la luz el terrible secreto que había intentado arrinconar en la memoria sin más logro que puntuales momentos de olvido. Revivir en público ese pasado que nunca había dejado de perseguirlo podría arruinarle la carrera artística que tanto apreciaba y que tanto le había ayudado a salir a flote. Encima ahora, para su total desgracia, podría hacerle perder a Olatz. No sería capaz de superar algo tan tremendo.

—¿Estás dormido? —le preguntó Olatz, intrigada por su silencio.

Carlos esbozó una sonrisa débil.

—No, recreo la vista en la inmensidad que has puesto a mi alcance. ¿Sigues pensando que esto no es único?

La voz susurrante de Carlos se metió con eco en la mente de Olatz. Quiso creerlo, deseó con todas sus ganas que fuese cierto. Pero por desgracia había algo intangible, una idea tal vez, que la guiaba a actuar con cautela.

—No pienso que esto no sea único, pienso que es demasiado rotundo afirmar que soy la mujer de tu vida.

Carlos le acarició el rostro con una mirada intensa.

—Das luz a mi oscuridad, me curas la conciencia, alivias mi presente y me haces soñar. ¿Qué más debo sentir para estar seguro de que eres tú?

Ella se incorporó despacio. No había nada más grato que sentirse amada. Acercó los labios a los de él tentándolo en un beso sensual, exponiendo con emociones lo que era incapaz de articular en voz alta.

«¿Es demasiado arriesgado creer que la felicidad se ha colado en mi vida?», se preguntó cuando regresaban al parador abrazados por la cintura. Observó embelesada el perfil de Carlos, dejando que sus ilusiones ganaran terreno a la inseguridad, a esos tortuosos miedos casi ofensivos para ella misma, y se reprochó tanta prudencia con él. «Estoy segura de que eres tú, solo me falta un poco de valor para decírtelo.»

—¿Por qué me miras así?

—Porque te estoy reconociendo —susurró.

Carlos advirtió un destello especial en sus pupilas, algo sublime que lo inundó de luz en la oscura noche, fuego poderoso con ansia de arrasarlo. Entusiasmado, aceleró el paso sin soltar su liviana carga.

Capítulo 17

EN CADA DESPEDIDA Carlos se tornaba hermético, no podía evitar la tristeza ni con el poso cariñoso de unos delicados besos que terminaban en un roce en su mejilla parecido a un saludo entre amigos. Detestaba aparcar en la puerta de esa idílica casa y verla salir sin tener la certeza de lo que se encontraba al entrar. Fugaces abandonos, solía repetirse. Insanos al oprimirle la voluntad de manera agotadora. Ni siquiera era capaz de esculpir hasta que Olatz regresaba a él.

—De estos días contigo me quedo con todo. Si hubiese sido más feliz, habría reventado de amor —le dijo ella después de darle el habitual beso en la mejilla.

—Te espero a las ocho. No te retrases, por favor.

El hecho de concretar una hora tenía la cualidad de animarlo un poco.

—Seré tan *british* como tú —comentó de buen humor, asiendo la manilla de la puerta para no dilatar la despedida.

—Te lo ruego —exigió sin pizca de diversión.

Ella lo observó con detenimiento, sus ojos no enmascaraban un resplandor autoritario. Volvió a besarlo, en los labios, persuadiéndolo con la confianza de la intimidad que compartían. Carlos le acarició la boca en el pretendido intento de memorizar su esencia. Así podría revivirla en el instante que quisiera, cuando la echara de menos o solo cuando necesitara la droga de su sabor.

En un momento, Olatz se despegó de su amarre para esperar inmóvil mientras doblaba la esquina. La última mirada de amor que Carlos le dedicó por el espejo retrovisor fue el aliciente ideal para que recorriera la entrada de su casa con el ánimo de hacer la separación lo más breve posible.

Tiraba de la maleta sin prestar atención al ruido de las ruedas por el suelo de piedra, contenta, pensando en lavar su ropa y guardar los artículos de aseo. No tenía que llevarle demasiado, hasta podría descansar un poco después de comer.

De buen humor, abrió la puerta de la casa. Distinguió rápidamente el aroma a lavanda de la colonia de Uwe, flotaba en el ambiente para dar al traste con sus pretensiones. No había llegado a dar dos pasos cuando Uwe apareció por el salón.

Olatz le echó un vistazo breve, por su vestimenta informal: vaqueros y camiseta, no tenía pinta de haber ido a la oficina.

—Al fin —dijo él, sonriente—, pensaba que no ibais a dejar de daros el lote...

—¿Qué haces aquí? —le preguntó, ignorando el sarcasmo no solo patente en su voz.

—Estoy en mi casa, por si no lo has notado.

—¿No deberías estar trabajando?

—¿Para que tú puedas darte la buena vida con tu amigo o porque te preocupa nuestra economía? Acláramelo, estoy intrigado.

—Déjame tranquila, no tengo tiempo para discutir contigo —habló al continuar andando hacia su dormitorio.

Uwe tampoco tenía tiempo, se le agotaba.

—Mis padres te han echado de menos —comentó en un tono amistoso, sin franquear la puerta

del dormitorio.

—Lo superarán, los míos llevan cinco años echándote de menos a ti.

—No es lo mismo, es la primera vez que no nos ven juntos en Nochebuena y Navidad.

—Ya se acostumbrarán, las personas nos adaptamos a todas las circunstancias.

—A las buenas mejor que a las malas, ¿no crees?

Olatz levantó despacio la mirada.

—A todas. De las buenas se aprende poco, en cambio..., con los malos momentos te endureces, dejas de tener expectativas para no desilusionarte... No te preocupes por ellos, son fuertes, ya verás cómo se adaptan a mi sustituta sin mayores problemas. Los padres tienen la capacidad de transigir los errores de sus hijos —comentó mordaz, aludiendo a la actitud indiferente y permisiva de sus suegros acerca de las infidelidades—, son complacientes hasta límites impúdicos... Los tuyos no son una excepción.

—Siempre te han tratado muy bien —le dijo endureciendo la voz—; no les responsabilices de nuestro fracaso.

Ella elevó las cejas con una expresión en el rostro que rayaba el cinismo puro.

—¿Disculpa? ¿Qué parte de mis palabras te hacen pensar que los responsabilizo a ellos? El único responsable de nuestro fracaso, como lo llamas, eres tú. Ellos solo son responsables de sus omisiones por protegerte a costa de mi dignidad, de la que soy responsable —aclaró desdeñosa, enfadada consigo misma por consentir que la hundiera y anulara—. No supe valorarme, y esa es mi parte de responsabilidad. Si hubiese tenido la fuerza de imponerme, me habría ahorrado mucho sufrimiento.

Uwe espiró hondo, pensando en suavizar el tono. Si no, adiós a su libertad a bajo coste.

—Es importante que hablemos, Ol, sin reproches, tenemos que llegar a un acuerdo.

—¿No me digas? —remarcó la ironía—. Me alegro de que ahora lo veas como yo... La diferencia entre nosotros es que tú no sabes esperar ni tienes aguante. ¿Cuántas veces me has negado el divorcio?

—Haberme llevado a juicio —resumió riendo un poco.

Olatz movió las cejas de forma leve, recordando cuántas veces se lo había planteado. Incontables. ¿Cómo habría podido explicárselo a sus padres? Siempre descartado. Sonrió de forma leve, su voz sonó altiva:

—¿A cuántas amantes he tenido que tragarme mientras cerraba tratos para tu inmobiliaria? No eres consciente, ¿verdad? Pues prepárate porque no pienso irme con las manos vacías, la mitad de todo es mío. Recuerda dónde estabas hace cinco años o, por si te falla la memoria, pregúntaselo a tu padre.

Uwe se mantuvo en el sitio, reflexivo, haciéndose daño en los dientes de tanto apretarlos. Jamás admitiría que gracias a ella en la actualidad dirigía el negocio, aunque estuviera llevándolo a la ruina, ni que su padre se lo cedió por la confianza que había depositado en ella. Advertía una seguridad desalentadora, tensa como el acero, que le complicaba el acuerdo desequilibrado pero dentro de sus parámetros sobradamente razonable que pretendía firmar. En aquel preciso momento acariciaba el fracaso.

Tardó un poco en escoger las palabras adecuadas para venderle el divorcio, atento a los movimientos de ella saliendo y entrando del vestidor. Tras repasar sus logros profesionales y el capital que había aportado durante los últimos años, obviando a propósito su inestimable colaboración en los negocios más lucrativos, con todo el desprecio que le causaba verla confiada, le dijo:

—Si fueses medianamente inteligente, lo firmarías sin poner condiciones.

—No voy a entrar en descalificaciones, Uwe. Muéstrame los extractos bancarios de las sociedades y cuentas, puedes obviar las casas —comentó refiriéndose a esa casa y a la que tenían en el Sur de la isla—, porque por desgracia están embargadas gracias a ti.

—Suenan a desconfianza absoluta. ¿Ahora piensas que no soy de fiar o esto es obra de tu amigo?

Olatz estaba en medio del dormitorio, bañada por un halo de luz que la convertía en una visión irreal. Dibujó en sus labios una sonrisa tan pobre como su necesidad de defender a Carlos. No tenía interés en meterlo en esa conversación por muchos motivos, los que más pesaron eran varios: él evitaba hablar de Uwe, nunca se había inmiscuido en su forma de gestionar el divorcio y, lo más notorio, así no caía en esa insistente provocación que la llevaría directa a un fangal conocido. Se tomó un instante para armarse de paciencia y decirle:

—Que no eres de fiar no es un pensamiento nuevo, para todos los que te conocemos —matizó con dureza—, es algo que te has ganado a base de un esfuerzo encomiable por decepcionarnos. Preséntame los papeles si de verdad quieres el divorcio y déjate de palabrería, conmigo hay cosas que puedes ahorrarte.

—Todo lo que tengo es mío, lo que te dé es un acto de generosidad, así que no te pongas chula porque ahora tengas el apoyo de nadie.

De nuevo, alusiones a Carlos en la enésima intentona para que estallara. Olatz, aún en el centro del dormitorio, se controlaba observándolo moverse.

—Entiendo que como eres el primer interesado en el divorcio —dijo con retintín tras calcular que su novia estaría en el sexto mes de embarazo—, no tardaremos en llegar a un acuerdo. Ambos tenemos la buena voluntad de acabar rápido y sin dolor.

Uwe comprendió que había llegado a un callejón sin salida. Dio media vuelta, directo al jardín, fraguando cómo eludir esas pretensiones inmorales. Debía encontrar una solución antes del nacimiento de su hijo, si no estaría hundido en la miseria con demasiados frentes abiertos. Dio vueltas en círculos como un histérico roedor, no había escapatoria. Totalmente acorralado, llamó a la única persona que podía ayudarle, su única posibilidad de supervivencia a pesar del alto peaje que le exigiría. Dispuesto a agachar las orejas, le preguntó amable:

—¿Puedes venir mañana a la oficina?

Capítulo 18

MIKEL URRUTIA REPASABA los datos económicos de la exposición por segunda vez sin lograr la reacción eufórica que esperaba de Carlos. Después de dos meses detrás de él, cuando al fin vislumbró que saldando las cuentas podrían volver a trabajar juntos, parecía como si el dinero no le importase. Creyó que sentados en la terraza de la cervecería de la Plaza del Charco, en un entorno amable, mientras disfrutaban de la cálida mañana, se animaría a expresar un poco de entusiasmo. No lo conseguía, ninguna de esas cifras que le auguraban más éxitos le incitaban a incrementar su ritmo creativo. El director del museo estaba atónito.

—Nadie mejor que yo comprende a los artistas, Carlos, y está claro que cualquier artista necesita su tiempo para hacer una buena obra, hasta ahí de acuerdo —le decía, fumándose un cigarrillo y con una pinta de cerveza en la mano—, pero ahora tienes una oportunidad de oro, tu oportunidad, la que todo artista espera y a algunos nunca llega. Estás en boca de los medios de comunicación insulares, tienes ofertas para exponer en varias exposiciones colectivas que, sin duda, te abrirán las puertas de los grandes museos de la península; un poco de interés no estaría de más —habló con reproche, cansado de verlo beber agua como si estuviera ausente.

—Me interesa, pero no tengo una varita mágica para esculpir al mismo ritmo que pienso y menos, ahora mismo, para hacerlo con rapidez.

Mikel entendió que las nuevas piedras de basalto estaban dándole problemas.

—A veces, al innovar se cometen errores. Es cuestión de tiempo hasta perfeccionar la técnica.

—Acabas de darme la razón —comentó con la vista clavada en los árboles que rodeaban la plaza, sin intención de hablarle sobre la nueva serie en la que estaba trabajando para preservarse un apremio que le agobiaría—. No tendré nada nuevo hasta dentro de muchos meses —anunció, creyendo haber detectado a Olatz en el centro de la plaza. Los andares inconfundibles, la silueta que abrazaba todas las noches. Se puso en pie casi de un salto—. Inclúyeme en las exposiciones con las obras que no se han vendido.

—¿A dónde vas?

Mikel no obtuvo respuesta. Carlos ya corría cruzando la carretera hacia la plaza.

En cuanto lo vio, Olatz esgrimió una sonrisa por disimular su enfado tras ir a la inmobiliaria a hablar con Uwe para acabar casi llorando. Había sucedido al escuchar los pormenores sobre los embargos del director de la sucursal de su banco, en la cercana calle Quintana. Tenían una deuda de quinientos mil euros y sin levantar los embargos, negociables, las casas no podrían venderse.

Ajeno al revuelo mental de ella, Carlos echaba mano de toda su fuerza de voluntad para no besarla en los labios.

—¿Por qué no me has dicho que ibas a bajar? —le preguntó de buen humor—. Podía haberte traído.

—Lo he decidido cuando ya te habías ido. ¿Qué tal con Mikel?

Olatz desvió la atención, la única manera de eludir las ideas farragosas que le embotaban la mente hasta amargarle la existencia.

—Bien, un éxito de ventas —respondió, colocando un brazo en su hombro—. Únete a nosotros, estamos celebrándolo en el Hannen.

—No, seguid sin mí, todavía tengo cosas que hacer.

—Posponlo —insistió, obligándola con la mano a ir hacia la carretera—, sé cuánto te gusta el *mett* del Hannen.

—No, es mejor que sigamos como estamos.

Al oírla, él quitó el brazo de su hombro.

—Muy bien —le habló con dureza—, tú mandas.

—No te vayas enfadado, por favor —dijo Olatz cuando Carlos empezó a alejarse.

—Descuida, no tengo ningún derecho en nuestra relación —elevó la voz—. Y si cometo el error de olvidarlo rápidamente te encargas de recordármelo. —Carlos volvió sobre sus pasos para enfrentarse a los ojos que le robaban la luz—. Lo he pillado, Olatz. He sido un ingenuo al pensar que no te importaría estar conmigo delante de alguien que aprecias y está al tanto de lo bien que os va a ti y a tu marido en vuestro matrimonio. No volverá a ocurrir, te lo juro.

—No confundas las cosas —le dijo intolerante, atenta a sus pupilas inmóviles. Pretendió rectificar al preguntarle—. ¿A qué hora quieres que esté en tu casa esta noche?

En otra circunstancia la respuesta de Carlos habría sido amable, no habría ocultado su felicidad; sin embargo, en aquel instante, no pudo reprimir una mirada soberbia.

—Me da igual, cuando tus obligaciones te lo permitan.

Dio la vuelta y recorrió el centro de la plaza a pasos agigantados, loco por quitarse de la cabeza la furia que lo dominaba. Llegó a la cervecería sin ser consciente de que Mikel no había dejado de observarlo ni un segundo ni que llegó a una conclusión que no pudo reservarse para sí mismo cuando ocupó la silla y, sediento, bebía agua:

—Como has corrido por Olatz solo se corre estando enamorado.

—Cuéntaselo a ella, está empeñada en mantenerlo en secreto hasta que se haya divorciado.

—¿Os presenté yo o ya estabais haciendo el paripé? —preguntó curioso.

—Nos conocíamos, pero no había nada entre nosotros.

—Qué bien —exclamó al levantar su jarra de cerveza—, tengo el honor de haber propiciado una historia de amor.

—Aquella noche ya estaba escrita, pero, si te hace feliz, nos diste un buen empujón.

—No te amargues —comentó al percibir un tono de voz rabioso—, hasta lo más inaudito se hace realidad.

—¿Te refieres a un puñetero divorcio entre dos personas que llevan años detestándose?

—Hay situaciones complicadas que a simple vista parecen fáciles y situaciones fáciles que por intereses se complican. Dudo mucho que Uwe la deje por las buenas cuando es el primero que ganaría divorciándose.

—¿Qué sabes de sus negocios?

—Nada especial, pero conociéndole no me aventuro mucho si pienso que los debe tener enmarañados a imagen de su personalidad. Siempre se ha movido como pez en el agua en las altas esferas de la isla, son suyas las promociones más lujosas desde aquí hasta Costa Adeje, en terrenos cuestionables y a unos precios desorbitados.

—¿Insinúas que practica extorsiones?

—No, puedes darlo por hecho.

Carlos se centró en los ojos oscuros, sinceros y amistosos, de Mikel. Tragando saliva, desvió la vista al lugar donde había dejado a su bella musa. La chiquillería que correteaba por la plaza lo

dispersó unos segundos. No vio a Olatz, no tenía la certeza del momento exacto en que habría desaparecido, y levantó la mano pidiéndole la cuenta al camarero con el propósito de enclaustrarse en el taller para esculpir. Era la única forma de que las horas se sucedieran ágilmente.

—Pago yo —anunció Mikel cuando el camarero dejó en la mesa la cuenta en una concha metálica—. Vete a trabajar tranquilo. Te haces un favor y, de paso, me lo haces a mí.

—Gracias por salvaguardar tus intereses —comentó de buen grado—, te mantendré al tanto de mis progresos.

—De todos —agregó con un guiño simpático—; no sabes lo bien que me ha sentado verte con Olatz. Sois la pareja perfecta.

Carlos soltó una sonrisa amargada, recordando que eso mismo pensaba él, y se puso en pie.

—La perfección es un mito, pero gracias por tu interés.

Mikel inclinó la cabeza de manera educada, despedida ingrata de un encuentro poco fructífero a nivel profesional. Lo persiguió con los ojos al apurar la cerveza, hasta que Carlos se perdió rumbo al parking del muelle, reviviendo la mirada rabiosa que había visto en él. Ímpetu de un amor inmenso. La clase de amor que movía el mundo, lo guiaba al éxtasis y, por qué no, a la destrucción.

Capítulo 19

LOS TACONES SE hincaban en el césped, lo prefería a hacerse notar. Andaba con sigilo, atenta a cualquier señal que le aguara la sorpresa. No había rastro del perro, solo luz en el salón de la casa. De repente, Carlos abrió la puerta y le echó una mirada de arriba abajo, inexpresivo. No parecía sorprendido, ni siquiera atraído por el escotado vestido negro que llevaba. Ese desinterés mostraba que seguía resentido por la discusión de aquella misma mañana.

—Ve a cambiarte de ropa —le dijo Olatz al pasar por delante de él, pretendía cenar de manera refinada. La ocasión merecía que se quitara los viejos vaqueros y la fea camiseta que vestía—. He traído canapés y uno de tus platos favoritos.

—Así estoy bien, cómodo, como me gusta estar en mi casa.

Olatz, que estaba saludando al perro aún sin soltar la bolsa que llevaba en la mano, volvió la cabeza esbozando una sonrisa. Le hizo gracia su actitud rebelde, parecía un adolescente enfadado con el mundo.

—Entonces también tendré que ponerme cómoda —habló despacio, con la convicción de que nada le amargaría la noche.

Colocó la bolsa de la comida encima de la mesa del salón, se quitó los zapatos y se bajó alevosamente uno de los tirantes del vestido buscando la reacción que esperaba. Al verlo rígido, acortó la breve distancia entre ellos.

—No uses tu cuerpo para convencerme de nada, no te hace falta y me ofende.

—Depón la hostilidad y no arruines nuestra primera Nochevieja porque esta mañana no haya querido sentarme en el Hannen.

—¿Por qué has venido?

Olatz movió ligeramente la cabeza, sin explicarse cómo podía preguntarle eso. Con la ternura que le provocaba su inseguridad, se pegó a él abrazándolo por la cintura. No tuvo en cuenta no sentir sus manos, podía ahondar en la tristeza de esos ojos verdes que expresaban mucho más cuando sus labios se mantenían firmes aprisionando palabras.

—No podría estar en otro sitio —admitió con suavidad—. Mañana tengo que amanecer a tu lado, es lo que más deseo; empezar el nuevo año con la esperanza de que pronto podremos hacerlo todos los días.

—Ya no me convences, estás ocultándome algo. —Carlos continuaba impávido, ordenándole calma a sus manos. Tener abrazada a él a la mujer de sus sueños ofreciéndose como una diosa de la lujuria era un martirio—. Si no confías en mí, te agradecería que me lo dijeras. Siempre soy sincero contigo —añadió sin recordar el pasado, ella era el presente y el futuro, nunca le había mentado sobre sus sentimientos ni sobre nada que repercutiera en su relación—. Tenemos que hablar como personas adultas —incitó severo, sujetándole las manos al deshacer el amarre a su cuerpo.

Carlos se apartó sin remordimientos por el rubor que acababa de causarle y puso distancia yendo al dormitorio. A Olatz el corazón le latía en la garganta. Apenas encontraba aire, un soplo

de energía para huir. Tras colocarse bien el tirante, recogió los zapatos del suelo como un autómatas, con la lentitud del abatimiento que sentía o con la misma desilusión de las tristes lágrimas que descendían por sus mejillas. Estaba poniéndose los tacones cuando oyó pasos a su espalda, de zapatos, pero no tuvo curiosidad por ver a Carlos.

—El vestido te sienta de maravilla —dijo él, acercándose.

Olatz no abrió la boca, con la autoestima por los suelos y necesidad de aire fresco, fue a la puerta y salió al jardín caminando decidida al rincón más oscuro. El perro se apostó a su lado con una calma respetuosa, daba a entender una comprensión emocional superior, quizá era solidaridad ante unos arranques de conocida intransigencia. El sonido del oleaje rugía en el duro acantilado, siniestro, tortuoso como los pensamientos de ella.

—*Hard*, vete dentro —ordenó Carlos. El perro tardó un poco en obedecer, lo hizo al recibir una caricia de Olatz en la cabeza—. Te hace más caso a ti que a mí —comentó aún a unos metros de ella.

—Será porque no soy tan dura como tú.

A Olatz no le importó que viera sus lágrimas al girar la cabeza, había dejado de compadecerse. Atenta, observó el porte disuasorio del hombre que amaba reservándose decirle que estaba guapo con esa camisa blanca y el pantalón oscuro, que esa ropa acrecentaba su magnetismo y era la apropiada para la velada formal que pretendió al llegar con toda su ilusión.

—Cuéntame la verdad —exigió él, de nuevo esforzándose por mantenerse inmune al brillo delator de una amalgama azul que clamaba ternura—; no soporto que se me oculte nada que pueda perjudicarme. O estamos en igualdad de condiciones o lo dejamos ahora mismo.

—¿Estás amenazándome? Porque si tú no soportas que se te oculte nada, yo tampoco soporto las amenazas. Y para que te quede claro —añadió, mirando de frente sus ojos helados—, yo sería incapaz de dejarte, aunque lo intentara no podría.

—Nos costaría a los dos, pero es preferible a hacernos daño.

Olatz apreció una convicción que no se vendería a medias verdades.

—Las dos casas están embargadas por el BBVA, no se pueden vender hasta pagar el importe de los embargos. He hablado varias veces con el director de la sucursal del Santander donde tenemos las hipotecas, y no admite un compromiso de pago después de venderlas. Primero habría que levantar los embargos, negociando la deuda con el BBVA, inscribirlos en el Registro de la Propiedad y después venderlas. —Suspiró, gestionando su tristeza y frustración—. No sé cómo está la sociedad, pero no espero nada bueno porque Uwe no quiere enseñarme las cuentas. Si no llegamos a un acuerdo, lo más normal es que el juez reparta las deudas.

A Carlos no le sorprendió, llevaba todo el día dándole vueltas a la conversación con Mikel. Pretendió suavizar su inquietud, alejar la mala atmósfera que él había creado, tener así la velada que ella deseaba unos minutos antes, le sujetó la mano en un gesto cariñoso y le dijo:

—Cuéntame todo lo que sepas mientras cenamos.

—¿De verdad te has planteado dejarme? —le preguntó sin intención de dar un paso.

Olatz aguardó una respuesta. Sin embargo, el silencio de Carlos no admitía dudas. Se soltó de su mano, vencida por una verdad inadmisibles, y dio la vuelta sin ganas de tenerlo delante. De haber intuido esa mañana, nefasta tras salir del banco, que por no compartir con él un momento se enfrentaría a uno de sus peores temores, tal vez, y solo tal vez, habría hecho de tripas corazón.

—Vamos a hablar lo quieras o no —empezó diciéndole, agarrándole fuerte la mano. Al ver la furia contenida en los ojos de ella, aflojó la presión y, guiándola al interior de la casa, agregó—. No voy a imponerte nada, Olatz, te lo prometí y tengo intención de cumplirlo; pero me debo ser

honesto conmigo mismo. Llevamos juntos tres meses, y no te miento si reconozco que estoy enamorado de ti, hasta si te digo que es la primera vez que lo estoy porque nunca me había sentido con nadie como me siento contigo, pero necesito controlar mis sentimientos o estaré en una posición muy difícil que no quiero experimentar —le dijo, recordando a la mujer que lo convirtió en otra persona, esclavo de sus vicios, y por la que pagó seis años de cárcel—. No soy tan fuerte como pensaba.

Olatz procesó a toda prisa lo que acababa de escuchar, impresionada, nadando entre cobardía y éxtasis.

—Hablas como si yo estuviera haciéndote daño cuando te dejé claro desde el principio que lo nuestro no sería fácil ni rápido —comentó con frialdad, sabedora de estar siendo injusta al no serle franca acerca de sus sentimientos—. Como bien has dicho, estamos conociéndonos, sin que mi situación sea un obstáculo —matizó refiriéndose a todo el tiempo que pasaban juntos, días enteros y noches completas—, porque tengo libertad para salir y entrar a mi antojo; pero no está siendo suficiente por lo que veo. Lo quieres todo, y, ahora mismo, todo es imposible.

—No es verdad. Admití tu circunstancia porque ya era también la mía y te dije que soy un hombre paciente, porque es cierto, pero no que soportaría desconfianzas ni que ocultaría lo que siento. No puedo verte por la calle y fingir que no somos nada.

Ella, pintando una ligera sonrisa que indicaba relajación, pensó que ese hombre solitario, reticente a mostrar en público sus sentimientos, herido al malinterpretar su negativa de celebración como si ella pretendiera mantenerlo en secreto, la amaba tanto que estaba dispuesto a renunciar a su amor. Agarró las muñecas de Carlos rodeando los tatuajes con cálida suavidad, acarició con los pulgares las líneas negras antes de entrelazar sus manos en un gesto que simbolizaba su unión.

—Yo tampoco quiero fingir delante de nadie, ni pienso hacerlo; hoy no estaba teniendo una buena mañana —admitió de forma vaga—. Ni tampoco desconfío de ti, esto que te quede claro. Eres la persona más sincera que he conocido; pero soy cautelosa con todo lo que concierne a mi divorcio. Uwe no es como tú, no se respeta ni tiene respeto por nadie.

Carlos le sostenía la mirada, pensando en que debía hallar la manera de hablarle del pasado.

—Él puede creer lo que quiera, hacer negocios con quien se deje engañar o embaucar a cambio de dinero, tratar de pisotearte creyéndose el amo del mundo...

En aquel preciso momento se dispersó en sus andanzas de juventud. Bajó la mirada, concentrado en la finura de los huesos de su tersa y pálida mano. La contempló durante un breve lapso. Cuando volvió a la realidad, levantó la vista al azul puro de sus ojos.

—No es justo que después de todo lo que le he aguantado encima ahora no tenga con qué empezar una nueva vida.

Carlos la miraba de forma extraña, escogiendo con cuidado sus siguientes palabras:

—No vas a pagar nada que no te corresponda; cada uno asume lo suyo. Todos los errores o delitos pasan factura, con la justicia y con la conciencia de uno mismo. Da igual ser juzgado o no, tienes que ser un psicópata para quedar totalmente impune a tus propios remordimientos. Para cualquier delincuente lo peor no es que la policía lo pille, lo peor es que el tiempo te da una perspectiva diferente de las cosas y es cuando llega la verdadera condena.

Olatz estaba de acuerdo, pero toda esa palabrería era demasiado abstracta.

—No te digo que no, pero me complica mucho el divorcio.

—Al contrario, esto te beneficia porque te demuestra cómo es tu marido. Por mucho que lo intuyeras, ahora no es lo mismo. Esto debería darte fuerzas para firmar lo que sea.

—Lo que sea es renunciar a todo.

—¿Y qué? Es preferible empezar de cero sin trampas que hacerlo en negativo. Déjase todo, confía en tu capacidad de superación. Te garantizo que el dinero no lo es todo.

—Para ti es fácil decirlo porque tu posición económica es buena. Tienes un trabajo que te gusta y con el que te ganas muy bien la vida, esta casa y la de Bath; no creo que seas la persona más adecuada para hablar de la situación en la que estaría yo. Precaria es ser benévola.

El rostro de Carlos era una roca conteniendo la presión de un volcán a punto de estallar.

—Te estás permitiendo un lujo dudoso que, si no recuerdo mal, no te gusta que se te aplique. Acabas de juzgarme basándote en que heredé las dos propiedades de mi padre y una cantidad de dinero que me permitiría no tener que trabajar si quisiera, pero no estás teniendo en cuenta nada más de mi vida. ¿Crees por un estúpido instante que mi vida ha sido un camino de rosas?

—Discúlpame —le dijo arrepentida, era la primera vez que lo veía tan enfadado por algo que verdaderamente le dolía. Su voz lenta, baja, amenazante, heló la atmósfera—. No era mi intención herirte cuando no tienes ninguna responsabilidad en los errores que Uwe y yo hayamos podido cometer.

—Deja de obsesionarte con el dinero, estarás bien —afirmó suspendiendo que él no la abandonaría a su suerte—. Igual que tu marido, un tío que va de listo arrasando por la vida, aunque se las prometa muy felices antes de que quiera darse cuenta pagará y tendrá que asumir que los tíos listos siempre somos los más tontos.

La rotundidad de Carlos pesó en la conciencia de Olatz. Pasados unos tensos segundos, cuando regresó a la marea de verdes que le exigían fortaleza, optó por verbalizar lo que de verdad él le inspiraba. Era el momento de hacerlo, si no, se defraudaría a sí misma.

—Tú no eres listo, eres inteligente y no tienes un pelo de tonto, eres un buen hombre... —le dijo con cariño. Él agachó la cabeza, había cerrado los ojos como un niño desvalido. La embargó una sensación de ternura absoluta—. Eres lo mejor que tengo —susurró, acariciándole la barba que, otra vez insignia de esa comodidad que siempre lo atrapaba, había empezado a ensombrecerle el rostro con el destello de algunas solitarias hebras blancas. Obnubilada por sus rasgos varoniles, duros como cincelados en las piedras que trabajaba, siguió tocándole en silencio. De forma lenta, el resplandor de sus enérgicas pupilas capturó la intensidad de esa declaración—. Sé que te amo porque nunca en mi vida había estado tan asustada como al creer que podía perderte. Por favor, no me dejes nunca; no lo soportaría —le rogó con la desesperación impregnándole la voz.

Carlos la sostuvo por la cintura y, tras besarle los labios brevemente, habló con una seguridad rotunda:

—No lo haré, perderte sería peor que morir.

Olatz lo creyó, aferrada a su boca y a las mieles de un placer abrasador. El amor era contradictorio, hacía aflorar miedos con la misma facilidad que los adormecía entre sueños. Ardía, su piel ardía cuando Carlos oscilaba como el eje de su universo. Era capaz de fluir por sus venas como un veneno incontrolable, tóxico para mantener intacta la cordura, le barría las ideas al saborearla, reptaba por su piel sin conciencia de su poder.

Carlos, apartándose un poco para indagar en sus ojos hasta qué punto le molestaría prescindir de la velada que había planeado, bromeó:

—O paramos o cenamos en la cama. Mi plato favorito eres tú —murmuró con voz profunda y pocas ganas de soltarla—; aunque si prefieres que nos sentemos a la mesa..., puedo dejarte de postre.

—Estamos vestidos para una ocasión especial, pero no me importaría hacer algo diferente o... creativo.

Las expectativas de él sufrieron un vuelco tan brusco que contuvo la respiración.

—Soy un artista, no me tientes mucho o no respondo de mis actos.

—Como tu musa, no quiero que te reprimas —habló crecida pero en un tono muy bajo, retando a la fiera que aguardaba salivando. Notando sus dudas, por convencerlo, alzó los brazos y empezó a recorrerle la tela del cuello de la camisa. Con delicadeza, pasando los dedos en una lenta provocación, le desabrochó el segundo botón para empezar a hacer visible su pecho y levantó la mirada fijándose en sus pupilas dilatadas, observándola sin dar crédito—. ¿Necesitas estar más cómodo?

A Carlos le falló la voz. Meneó la cabeza, deteniéndole las manos. Su español perfecto, que causaba la admiración de ella, no encontró el cauce adecuado. Sin embargo, la vanidad se adueñó de sus movimientos al despegarle los pies del suelo en un vuelo rasante al dormitorio. Un vuelo rasante al irracional trance del deseo.

La pasión rauda los engulló en la voracidad de arrebatos temerarios sin más hambre que la de sus cuerpos ni más palabras que débiles lamentos. Así la noche empezó a diluirlos en el exquisito olvido del placer, inmensos, hasta que brillaron como estrellas eternas, hasta ahogarse en el peligroso torrente de la felicidad.

Capítulo 20

LA BRUMA DEL AMANECER condensaba el horizonte en el océano cuando el gallo de la finca vecina interrumpía el sueño de Carlos. Adormilado, se volvió para contemplar a Olatz. Aún podía sentir el tacto sedoso de su piel en las yemas de los dedos, recrear las sensaciones que los habían llevado a estar dos días prácticamente sin salir de la cama. Las piernas le fallaron al levantarse. Se metió en la ducha despacio, abrió el grifo del agua fría y aguantó estoico los latigazos que lo despertaban a otro día especial. Pensó eso porque Olatz tenía intención de quedarse con él. No se había molestado en avisar a Uwe, ni él parecía preocupado por su ausencia honrándose los dos con el mismo desdén.

Oyó a Olatz en cuanto entró en el cuarto de baño, pero no abrió los ojos a la espera de que lo acompañase en la ducha. Tenía la cabeza echada hacia delante mientras el chorro de agua le caía por la espalda. Endureció la musculatura del estómago al sentir sus manos en la cintura. Podía notar cómo el cuerpo le clamaba misericordia, en cambio, nada de eso apaciguaba la insaciable sed de caer en la tentación.

Poco después, ella le acariciaba los hombros hasta terminar recorriendo con parsimonia sus muñecas. Levantó la mirada, y Carlos intuyó lo que estaba a punto de preguntar. Despacio, apartó las manos femeninas. Salió de la ducha con la frustración de querer sincerarse y no tener el valor de hacerlo por miedo a que la explicación sobre los tatuajes atrajera más curiosidad hacia su pasado inconfesable. Agradeciendo con una leve sonrisa la discreta aceptación de su silencio, le ofreció la toalla que había sacado de la hornacina, con una fragancia limpia agradable, y le habló con tierna determinación:

—Sécate bien, hace frío.

No se aplicó el consejo al colocarse desnudo frente al espejo del lavabo. Preparó la brocha y la maquinilla de afeitar con intención de quitarse la barba. Se observaba el rostro tocándose el vello cuando Olatz ya se había puesto una camiseta blanca de mangas largas, pantalones cortos y chancas.

—¿Te parece bien que lleve a *Hard* a la playa mientras preparas el desayuno? —le preguntó, recogiendo el cabello en una cola de caballo.

—Sí. José está al llegar.

Como si hubiese intuido que hablaban de él, sonó el claxon de su furgoneta.

—Voy yo —ofreció ella—. Termina pronto, me gustaría ir a mi casa a recoger más ropa —añadió alegre.

—Recógela toda —le dijo alzando la voz.

No obtuvo réplica. Olatz ya estaba cruzando el salón en dirección a la puerta. Dibujó en los labios una sonrisa al saludar a José. Le resultaba un hombre atractivo, de trato afable y dicharachero, corpulento y con ojos oscuros nobles. Se saludaron de forma cordial.

—¿Esta es tu primera parada? —le preguntó Olatz.

—Qué va, estoy en danza desde las cuatro. Primero reparto a los bares y restaurantes y después

empiezo con los particulares.

—Acabarás hecho polvo, ¿no?

—Vivo al revés que el resto del mundo, pero no me quejo; llevo un sueldo a mi casa todos los meses.

Ella sonrió, admirando la voluntad del hombre.

—No sé si yo sería capaz de tener tu trabajo.

—Dependería de tu necesidad. ¿Tienes hijos?

—No, pero me encantaría tener dos o tres.

José compuso una cara de espanto muy graciosa.

—¿Lo sabe nuestro amigo? —preguntó, recordando el afán solitario de Carlos.

—Sí, es un plan a largo plazo. De momento estamos bien.

Charlaron unos minutos, sin que ella advirtiera la grata sorpresa de José. Por supuesto, desconocía que en los últimos meses solo ella había estado en la cama de Carlos mientras él salía a recoger el pan sin comentar nada. Al no tener confianza para saciar su curiosidad fue discreto, amable al despedirse en la verja antes de que ella se alejara camino abajo detrás del perro. Arrancó el motor con una sonrisa en la boca.

Al mismo tiempo, un corredor surgía de forma repentina de entre el frondoso verdor de las plataneras de la finca que lindaba con la de Carlos y adelantaba a Olatz por el estrecho camino. *Hard* empezó a ladrarle iracundo. El hombre no volvió la vista. Ella no pudo verle la cara porque llevaba una gorra roja, pero le pareció alguien acostumbrado al deporte por lo marcado de sus gemelos y la complexión atlética.

El corredor se perdió en la lejanía a la misma velocidad que ella volvió a pensar en los niños que algún tendría, halló un sosiego reconfortante. Le daba la impresión de que al habérselo dicho a José había abierto de nuevo la compuerta esperanzadora que cerró de golpe cuando se sintió hundida ante la paternidad de Uwe. Ya no le dolía creer que los últimos cinco años de su vida habían sido una pérdida de tiempo. No recordaba el aborto con tristeza, sino como una experiencia más que la curtió dándole perspectiva. Incluso se alegraba de que hubiera ocurrido porque así solo ella había sufrido con Uwe. Sacar otra conclusión era como anteponer la nobleza de un toro bravo a su instinto, no cabía la posibilidad de que haber tenido ese hijo le hubiera hecho cambiar, fue lo mejor que pudo pasarle.

Carlos se observó en el espejo, satisfecho al haber recuperado el tacto suave de la piel del rostro, contento ante la buena expectativa de aquella mañana. Una vez se había vestido con la ropa haraposa para trabajar, se calzó las botas con la suela de goma. En unos minutos el aroma del café flotaba sinuoso por el salón y el pan recién tostado se unía a la apetecible sinfonía.

Salió al jardín cargando una bandeja de madera con el desayuno, la dejó en la mesa que había hecho con unos restos de piedras y un cristal como tapa y se sentó en una de las sillas de lona cerca del rincón favorito de Olatz, donde la vista quedaba capturada por la agresividad del océano rompiendo en el acantilado. A esa hora el sol empezaba a elevarse sobre el horizonte y los pájaros, oteadores infatigables en las cimas de los tajinastes, trinaban llenando el aire al recibir la espléndida y cálida luz.

Carlos se asomó a la linde para buscar a Olatz en la playa. Estaba cerca de las rocas que se adentraban en el agua, el sitio de los baños de *Hard*. El oleaje no era violento, bravo como siempre. Vio a un hombre corriendo por la orilla en dirección a Olatz, apostada frente al perro. Ella giró la cabeza, lo descubrió ahí arriba y levantó el brazo saludándolo.

El corredor, a unos metros de ella, detuvo la marcha y se llevó la mano derecha a la espalda.

Carlos se fijó en el gesto, le resultó raro. Súbitamente intuyó el peligro, supo que el hombre había agarrado una navaja por un fulgurante destello, intermitente, como un espejo al reflejar el sol. Silbó con energía avisando al perro, en aquel momento la única protección que Olatz podía tener, pero a tanta distancia resultó un vano intento.

Salió de la finca empujado por el terror, ganando tiempo a cada zancada por el tortuoso camino, acuciado por el instinto protector que en alguna ocasión le había salvado la vida. «Necesita estar a unos centímetros de ella para herirla de gravedad», se decía al correr desesperado.

Fueron unos minutos inacabables, el descenso se le hizo eterno. Al llegar Carlos a la playa, no había rastro del corredor. Y Olatz parecía a salvo, arrodillada en la arena con el perro tumbado por delante. Que estuviera quieto le causó una impresión devastadora, se temió lo peor. Solo al acercarse más advirtió que respiraba. Era ella quien lo tenía sujeto con firmeza.

—Debemos llevarlo al veterinario —dijo Olatz con falsa tranquilidad—. Tiene una puñalada en la barriga, creo que no es profunda; pero...

No pudo continuar hablando al percibir la preocupación en los ojos de Carlos. Se había arrodillado a su lado y, cariñosamente, le hablaba al perro. En cuanto hizo un control de daños, lo levantó a pulso y emprendió la carrera por la negra arena. Olatz lo seguía de cerca sin dejar de observar el decaimiento del perro. De nuevo los minutos se alargaron como hilos elásticos irrompibles. Carlos no bajaba el ritmo acuciado por la desesperación.

—Es fuerte —comentó ella en un resuello, fatigada por la escalera y la cuesta, solo para romper el silencio cuando el animal yacía en el asiento trasero del Jeep.

Acarició la cabeza del perro, con los ojos inundados de lágrimas.

—Eso espero...

El veterinario tenía la consulta en un elegante edificio enclavado en la parte alta del Puerto de la Cruz, donde las vistas al mar quedaban recortadas por los edificios grandes e imponentes repartidos por la costa. Una música insulsa sonaba por los pequeños altavoces del hilo musical de la sala de espera, vacía. Esperaban más tranquilos desde el rápido primer diagnóstico del hombre, en aquel momento curando al perro.

—No me fijé en él —musitó Olatz, tenía los ojos perdidos en la brillante pared del frente—. Surgió de la finca vecina cuando bajaba por el camino, durante un rato corrió por la playa sin prestarnos atención. Creo que quería robarme —supuso al cabo de unos segundos, pendiente al gesto rígido de Carlos—, y, al verme con él, ha esperado hasta que se ha metido en el agua para intentarlo.

—Seguramente —admitió de pasada—. He visto la navaja después de saludarte.

—Ha sido todo muy rápido. De pronto el perro ha salido del agua gruñendo y enseñando los dientes, he mirado hacia atrás y... lo he visto abalanzarse contra el hombre. Si no lo hubiese hecho, o no hubiese estado con él, el tipo me habría puesto la navaja en el cuello. Dos veces... —dijo pasado un instante—, es mi ángel de la guarda...

—En cuanto termine el veterinario, vamos a la policía.

Con todo el escozor que le provocaba tenerlos cerca, Carlos sonó contundente: había que denunciarlo. Ella creía que el hombre pretendió robarle el teléfono, en cambio y pese a que le dio la razón, él lo dudaba porque era demasiado extraño que un chorizo se aventurara en una playa solitaria sin la certeza de víctimas a su alcance.

—No sé qué estaría haciendo entre las plataneras... —reflexionó Olatz en voz alta.

«Esperarte», pensó Carlos sin vacilar.

A esas horas la mente ya le precipitaba ideas incendiarias, rabiosas como una oleada de metal fundido por las venas.

—¿Has podido fijarte en él?

—No mucho, pero estoy segura de que es búlgaro.

Esa respuesta logró captar el interés de Carlos.

—¿Por qué?

—Porque tengo varios amigos del este, rusos, búlgaros, serbios, polacos...

—¿Amigos? —La voz de Carlos no amagó desprecio—. ¿O clientes del tío listo?

—Conocidos y clientes también.

Carlos tuvo que hacer un ejercicio de autocontrol bárbaro para no estallar como una bomba de hidrógeno. Rayaba la indignación absoluta. ¿No le había contado que Uwe estaba raro? ¿Qué ganaba, o dejaba de perder, si ella desaparecía? Aguas calmadas ocultando corrientes mortales, las peores.

Capítulo 21

OLATZ SALIÓ DE la finca con prisas por perder de vista a Carlos durante un buen rato. No toleraba su estado de ánimo en el que despuntaba la furia con la misma facilidad que el abatimiento. Habían pasado dos días desde el asalto del búlgaro, desde que lo denunciaran en la policía y desde que el perro empezase a recuperarse sin otro contratiempo que mantenerlo quieto. Se había puesto en contacto con Rodrigo Castellanos, un abogado amigo de Charles Manley por expresa insistencia de él y por suavizar un poco la mala atmósfera que les rodeaba. Ni por esas logró ahuyentarle el tono cortante o la cara de sufrimiento como si él estuviera siendo ultrajado y ella experimentase alegría.

En el porche de la casa, Carlos le echaba a *Hard* Betadine en los puntos sin dejar de reprenderlo porque no paraba de intentar lamerse la herida. De pronto, el perro orientó las orejas prestando atención y trató de incorporarse.

—Eres imposible —refunfuñó Carlos, sujetándolo con fuerza—. A ver si consigues relajarte mientras trabajo, porque como te escuche dando carreras se te acaban las salidas.

Carlos lo dejó tumbado en un cojín grande, alejándose por el jardín volviendo la vista atrás para controlarlo, y entró en el taller sin cerrar el portón. Se dirigió al fondo donde aguardaba la figura de Olatz, repasó en el banco de herramientas las escofinas que tenía colocadas escalonadamente y, tras sopesar las puntas de algunas, eligió una de veinte centímetros con la punta curvada. Volvió a la figura con la convicción de que esa mañana podría terminar el cabello, un trabajo manual minucioso que aportaría realismo. Se puso unas gafas de protección, repasó los surcos que había hecho con el cincel y empezó a friccionar con la escofina. El ruido del lijado no era tan ensordecedor como el de las herramientas mecánicas, quizá por eso le llegaban con nitidez los ladridos del perro. Era imposible concentrarse con tanto nerviosismo a su alrededor. Chasqueó la lengua, maldiciendo, así no avanzaría.

—¡*Hard*, basta ya!

Los ladridos se convirtieron en feroces gruñidos, ocurría algo fuera. Oyó la voz de un hombre amansando al perro, una voz cariñosa enmascarando miedo. Carlos sonrió con asco, se quitó las gafas de malas formas y fue al encuentro de la persona que se había apoderado de su vigilia.

En un tono duro le ordenó al perro que volviera al porche sin mirar de frente a Uwe, siguió el recorrido del animal hasta verlo tumbarse en el cojín. Fue cuando tuvo el detalle de clavarle una mirada fría, que Uwe correspondió esbozando una sonrisa.

El escultor no apresuró el paso, pendiente a la expresión amable de Uwe. Era un hombre atractivo, fuerte como el bambú, con el pelo peinado hacia atrás, y preocupado por transmitir distinción: traje de raya diplomática con un fino pañuelo azul de seda, sin duda, sobresaliendo lo justo en el bolsillo delantero de la pechera y el aroma fresco a lavanda que le llegó al tenerlo a escasos centímetros. Sus ojos quedaron a la misma altura, azules amistosos soportando un esmeralda amenazador.

—No está aquí —le dijo Carlos.

—Lo sé. Quédate tranquilo, no he venido a buscarla.

Carlos aborreció su seguridad, pero no compuso ningún gesto delator.

—¿A qué has venido?

—¿Podemos hablar en algún sitio más privado?

La curiosidad tentó al escultor. Los planes del enemigo siempre ayudaban a ganar guerras, ¿por qué no oírlo?

—Es grande... —comentó Uwe al cruzar la verja y seguir a Carlos por el jardín. Echó un vistazo a la nave del taller, asombrado por el camuflaje de las fachadas y el bosque de tajinastes. Cuando pasó por delante de la casa, sin amilanarse por la poca hospitalidad del perro, se detuvo frente al porche. Pensó que necesitaba una reforma. Continuó andando hacia el rincón donde aguardaba Carlos. Solo por la extensión y las vistas era una buena propiedad, aislada, tal y como deseaban algunos de sus clientes—. ¿Estarías interesado en vender? Tiene muchas posibilidades.

—¿Cómo sabes que es mía? —le preguntó, al lado de la mesa de piedra y cristal.

—Sé muchas cosas —respondió enigmático, con un rastro de cinismo en los ojos.

Carlos, que había conocido a muchos fanfarrones a lo largo de su vida, dibujó una línea en los labios. Soportaría a uno más durante unos minutos. No creyó que supiera nada valorable de él, no cuando lo que ocultaba sucedió en otro país.

—Ve al grano —instó, apoyándose en la mesa, sin intención de ofrecerle asiento.

Uwe se metió las manos en los bolsillos del pantalón, dispuesto a negociar.

—Quiero que mi mujer sea feliz, y contigo lo es —le dijo de manera estudiada, ignoró la rigidez en la cara de Carlos y prosiguió con suavidad—. Os deseo lo mejor, de verdad.

Carlos arqueó una ceja.

—Ahórrate las estupideces, ¿a qué has venido?

—A conocerte mejor, es lo mínimo que puedo hacer por Olatz.

La paciencia del escultor se esfumaba, podía notarlo.

—No tengas la osadía de venir a contarme un cuento, tú eres un tramposo —espetó en un tono casi cordial—. Lo mínimo que puedes hacer, además de desearle que sea feliz, es saldar tus deudas y dejarla en paz.

Se cruzaron miradas asesinas.

—Quiero el divorcio ya —habló calmado, aguantando el tipo sin intención de entrar en el tema de los embargos—, no le metas ideas absurdas en la cabeza o te llevarás el chasco de tu vida.

Al oírlo, el escultor recordó una charla con Olatz. Tenía la sospecha de que Uwe lo culpaba de la intransigencia de ella al acuerdo de divorcio. Volvió a armarse de paciencia, no le llevaría a nada recrudescer la tensión que ya respiraban.

—Te sientes empoderado, ¿verdad?

Uwe sonrió ligeramente.

—Confórmate con que consienta como un marido generoso. No aspire a otra cosa mientras siga casada conmigo.

—Muchas gracias por tu beneplácito, que seas tan liberal es un consuelo —bromeó aunque nada en su cara indicase diversión—. Cuando te he visto creía que habías venido a matarme.

—Podría hacerlo si quisiera, pero el esfuerzo no me merece la pena —le dijo en un impulso de arrogancia. Carlos apretó los labios disimulando una sonrisa. Ese gesto molestó tanto a Uwe que se encaró con él—. Convéncela para que firme el acuerdo, así no provocarás un mal irreparable.

Dio media vuelta encaminándose diligente hacia la verja. Carlos no se movió, reflexivo. Antes de la desaparición de Uwe concluyó algo poco alentador que le había rondado desde “el intento

de robo”. Había abrigado la esperanza de creer la teoría de la policía, una horrible coincidencia, sin embargo ya sospechaba otra cosa.

Apretó los puños al observar la panorámica del acantilado. Confiaba en su instinto, tenía una intuición magistral e infalible para detectar canallas. Uwe lo era, y los de su categoría no acostumbraban a perder sin antes intentar apostar todo a una sola jugada. Defenderse marcaba la diferencia para mantener la esperanza. Traiciones, ajustes de cuentas y venganzas, todos movidos por un denominador común: el dinero.

Capítulo 22

CARLOS OBSERVABA LAS CARROZAS sin verlas, la cabalgata de Reyes no estaba consiguiendo distraerle los pensamientos negativos. Tenía la impresión de que lejos de vencer a sus enemigos, se granjeaba otros nuevos. Otra, siendo exactos; la única capaz de obligarle a hincarse de rodillas. Por ella había hecho el sacrificio de dejar su idílico encierro para apiñarse en la Plaza de Europa, delante del Ayuntamiento, rodeados de una algarabía envuelta en brillos imposibles y en peligrosa multitud donde cualquiera podía cometer un delito y pasar inadvertido.

—¡Mira a Baltasar! —gritó Olatz cuando los Reyes Magos abordaron la plaza desde la calle Santo Domingo.

Carlos no sonrió. Aquello era un suplicio con lluvias constantes de caramelos, que ella cogía como si le fuera la vida en ello. No llegaba a entenderlo cuando estaba seguro de que no iba a comerse ninguno. Dedicaron la siguiente media hora a ver el desfile de la banda de música, a niños disfrazados de personajes de dibujos animados y a adultos en éxtasis reviviendo su infancia.

Después llegó la ofrenda de los Reyes en el Portal de Belén con figuras humanas, para la total frustración de Carlos y felicidad de Olatz. Parecía una cría, solo este detalle la salvó de la intolerancia que lo empujaba a desertar. Eso se dijo, o eso quiso creer.

Camino del coche, ella se entretuvo repartiendo los caramelos a los niños que se cruzaron. Los aceptaban encantados, guardándolos en las repletas bolsas que llevaban como si necesitaran almacenarlos cual roedores acopiando alimentos para el frío invierno. En las aceras podían verse toda clase de los restos de la cabalgata: globos, papelillos de colores, envoltorios de golosinas; todo excepto caramelos, arrasados con precisión milimétrica.

—Menos mal que los Reyes solo vienen una vez al año —masculló al ponerse tras el volante —, menudo follón para mantener engañados a los chiquillos...

—Algunas mentiras gustan, a todas las edades —matizó ella cuando salían del parking.

—Mentir no es sano, no intentes convencerme porque no vas a conseguirlo.

—¿Por qué tengo la impresión de que no has superado las mentiras de alguien?

—No creo en tonterías religiosas —dijo con cierto asqueo, pisando arenas movedizas.

—Ni yo. Pero me gusta la sorpresa de los regalitos, el espíritu de la Navidad —corrigió al darse cuenta de que podía haber parecido materialista. No advirtió la inmediata relajación de Carlos—. Hacía mucho tiempo que no lo disfrutaba.

—¿Debo entender que soy el culpable?

Olatz volvió la cabeza, dedicándole una sonrisilla radiante.

—Tú y solo tú eres el máximo culpable de mi felicidad, que no te quepa duda.

Con la potencia de una ráfaga de verdad, esas palabras barrieron el malestar de Carlos. Fue Dédalo suspendido en el aire, ella agitaba el viento que lo arremolinaba a su alrededor.

—Todavía puedo superarme —comentó engreído—, la Navidad no termina hasta mañana.

Un escalofrío recorrió la columna vertebral de Olatz, promesas de lujuria planeaban en su

mente.

—Soy la musa al servicio del artista, tienes libertad absoluta.

Capítulo 23

EL FRESCOR Y BRÍO DEL AIRE en el Jeep cuando iban a cenar a El Cubano auguraba una velada despacible entre aquellos barrancos rodeados de agreste vegetación. A Carlos eso no le intimidaba, lo que de verdad le estaba inquietando era un coche a poca distancia de ellos. Volvió los ojos al retrovisor por décima vez con igual detenimiento. Concentró su atención en la carretera sin acelerar. Tenía la firme sospecha de que les seguían.

Al desviarse por el estrecho camino que llevaba al guachinche aminoró la velocidad. Los neumáticos despidieron guijarros al barranco cuando tomó la segunda curva, cerrada y traicionera. No necesitó mirar por el retrovisor para distinguir el destello de los faros del coche que había tomado el desvío. Condujo sereno, con la seguridad de conocer bien la carretera. Incluso Olatz daba la impresión de estar relajada, hablaba con normalidad. Aunque ocultarle sus inquietudes le pesara cada vez más, no podía permitirse atemorizarla sin la absoluta convicción de estar en lo cierto.

Accedió al oscuro descampado. Solo había cinco vehículos, dos de ellos estaban al lado uno del otro, los demás dispersos por la superficie terriza. Aparcó alejado de todos, rodeó el coche atento a la carretera por si aparecían de nuevo los destellos de los faros y, de forma comedida, sonrió a Olatz dándole la mano.

—No dejas de sorprenderme —le dijo en un tono jocos, disimulando la cólera que estaba invadiendo su mente al ver pasar de largo el coche que les había seguido desde la carretera de la finca—. Así me gustas más, valiente y atrevida.

—¿Estás riéndote de mí?

—No, hablo completamente en serio —contestó, guiándola a la parte delantera del guachinche.

Desde ahí podría comprobar que el coche hubiera seguido camino arriba o no. Por desgracia, las luces de los faros se extinguieron en la inhóspita negrura del monte. Eso significaba que, de estar en lo cierto, no muy lejos habría alguien esperando la oportunidad de atacar, la emboscada estaba en marcha.

Tras recibir la bienvenida de la simpática camarera, esta les señaló uno de los bancos del centro del salón bajo la terraza cubierta, apostada junto al muro del edificio que albergaba otros salones y la cocina. Carlos lo rechazó, cubrir cuatro flancos no era como cubrir tres, y le pidió con amabilidad sentarse en el salón interior. En cuanto hubo explorado la distribución de las mesas, eligió la que le permitía sentarse con la espalda pegada al muro de la cocina y con la visión íntegra del único acceso.

Olatz se sentó frente a él. Paseó lentamente la mirada por el interior, creyendo que Carlos buscaba intimidación ya que ahí estaban solos. En la barra de piedra colgaban una hilera de ñoras junto a un tarugo de madera con macetas y la techumbre inclinada recubierta de cañas era tan humilde como en el resto de los salones.

Mientras la camarera regresaba a la cocina tras tomarles nota, los pensamientos de Carlos derivaron hacia la pregunta que llevaba contenida en la punta de su lengua desde que sospechaba

de las malas intenciones de Uwe. Era la cuestión más importante, la que encajaría las piezas dispersas en su cabeza sin encontrar la forma adecuada porque no resultaba lógico un homicidio sin un premio a cambio. Uwe no se arriesgaría a no ser que la desaparición de Olatz le reportara liquidez económica.

—No me has contado lo último que te dijo el director del banco.

—¿Es necesario que hablemos de eso ahora?

—No —respondió de buen grado—; solo he sentido curiosidad.

Ella bebió un sorbo de vino y, sin pretender fomentar la desconfianza que días atrás les costó una discusión, empezó a decirle:

—Si renunció a las casas, Uwe tendrá que hacerse cargo de las deudas.

—¿Los préstamos hipotecarios tienen adheridos seguros de vida?

—Sí, ¿por qué?

—Por nada —respondió mostrando un gesto de indiferencia con los labios, no pretendía hablarle de su obsesión sobre tragedias griegas—. ¿Te has pensado lo que hablamos ayer?

Olatz cambió el gesto amable.

—Aún es pronto, esperemos a que haya firmado el divorcio.

—Me parece ridículo que digas que es pronto cuando estás más tiempo en mi casa que en la del BBVA.

—Eso ha sido un golpe bajo.

El buen ambiente se había evaporado. Cada uno con sus intereses se atrincheraron en posturas claras con el mismo fin pero recorriendo senderos paralelos. Carlos argüía a favor de vivir juntos sin esperar al divorcio, porque se ahorraban idas y venidas a por ropa, llamadas de Uwe a horas intempestivas solo para fastidiarles o, lo más importante, las pocas noches que pasaban separados ella no estaría bajo el mismo techo de un hombre tan poco fiable. Sin embargo, Olatz únicamente lo retrasaba por evitar cualquier jugarreta del abogado de Uwe ya que él, pese a todas sus salidas y a esa amante embarazada que tanto amaba, no abandonaba el hogar familiar desde que decidieron finiquitar su matrimonio.

—Todo lo que dices son excusas. ¿No entiendes que es mejor para ti que se quede las casas? Son puñeteras propiedades que no van a darte más que disgustos —habló conteniendo un poco el enfado que sentía—. No sabes cómo gestiona el negocio, lo que puede salir a la luz si llegáis a juicio... Renuncia y cierra ese capítulo de tu vida, no te hace falta el dinero ni luchar contra su avaricia.

—Si lo hago, ¿de que habrían servido los años que he estado con él?

—Ahora tienes experiencia, sabes lo que quieres y cómo lo quieres; no te rebajes a su juego.

—Para ti es fácil dar consejos porque tienes tu futuro laboral resuelto, pero yo...

—¿Tú qué? —le preguntó al verle los ojos demasiado brillantes—. ¿O piensas que por vivir en mi casa estarías haciendo lo mismo que con él?

—¿No tendrías que mantenerme? —habló cínica.

Carlos le sostuvo la mirada unos segundos.

—No vuelvas a compararnos ni en el más breve de tus pensamientos —dejó de hablar ante la presencia de la camarera con los platos que habían pedido: churrasco de pollo y queso asado. Tardó poco en retomar la conversación con la misma ofensa en la voz—. Yo tengo escrúpulos, soy leal y pago mis deudas religiosamente; ahora dime, ¿qué virtudes tiene el tío listo?

Olatz ni siquiera podía hacer el intento de probar la comida, por más apetecible que fuese el olor, se le había cerrado el estómago.

—Me gustaría irme, a mi casa.

Carlos bajó la mirada.

—Esta noche no, ya he resistido todo el miedo que puedo soportar por un día.

—Sabes que no voy a dejarte.

—No dudo de tu intención —le dijo, viéndose en la encrucijada de ser sincero o transigir un abandono esa noche. Con la ansiedad que manejaba, estar toda la noche en vela sin dejar de pensar en ella era lo más realista que preveía—. Lo que me preocupa es la intención de los demás.

Olatz apretó la frente.

—¿A qué le temes realmente?

—A algo que no he superado y podría repetirse.

—Cuéntamelo —sugirió en un tono bajo—, así podría entenderte en vez de estar enfadada por tu intolerancia.

—Hace tiempo le fallé a algunas personas —resumió—, no fui consciente de que ciertas cosas se me estaban yendo de las manos hasta que no hubo solución... No puedo permitir que contigo me vuelva a pasar. Si por un momento imaginaras lo que sentí cuando el tipo de la playa intentó agredirte..., si por un momento hubieses estado en mi piel con la plena conciencia que tengo ahora de que en un maldito segundo la vida puede arrebatarle lo que más quieres..., quizás me entenderías sin cuestionar lo que estoy pidiéndote por tu seguridad y mi paz mental.

—No eres claro explicándote —le reprochó—, pero puedo ponerme en tu piel y suponer que perdiste a alguien que amabas en un accidente o algo parecido.

Olatz sospechaba que esa abstinencia inviolable se debía a un problema con el alcohol que le avergonzaba y probablemente tuvo parte de responsabilidad en la pérdida a la que se refería.

—Algo parecido —admitió prudente.

Estaba un poco más animado al haber roto la primera pieza de una barrera que lo atormentaba doblemente, por sus propios remordimientos y por no haber tenido el valor de compartirlo con ella cuando era la única persona que, tal vez, no lo juzgaría.

—Me has dicho muchas veces que solo yo soy responsable de estar bien y de ser feliz, ahora te lo digo yo a ti. Has pasado por momentos duros, como yo y como la mayoría de personas con unos años en las espaldas, pero no dejes que tus miedos te fastidien esta etapa cuando no puedes hacer nada por cambiar el pasado y sí mucho por este presente que, gracias a una decisión nefasta, puedo compartir contigo. Demuéstrame que somos los únicos capaces de decidir en nuestra felicidad, con hechos concretos. Déjate de recuerdos que, encima, no quieres contarme con claridad.

—Vente a vivir conmigo, es un hecho concreto —habló serio—. Y con respecto a mis recuerdos, si tuviera una varita mágica no dudes que los haría desaparecer. Lo único que puedo hacer es guardármelos para mí; cosa que haré, no te preocupes.

Olatz arqueó una ceja, sardónica, cansada de su actitud voluble.

—Por supuesto, no me preocuparé. Igual que no me afectará hablarte de mi divorcio solo cuando tengas a bien preguntarme, porque me has recalado que no te cuente nada, olvidaré mencionar a Uwe porque le tienes asco y no lucharé por lo que creo es mío para que no me llames materialista... —enumeró sin matices de enojo en la voz. Matices innecesarios por la cara que Carlos había compuesto, un poema de amargura—. Tampoco me preocuparé porque lleves casi una semana actuando como un paranoico y si te pregunto me cuentes un rollo como si yo fuese medio idiota y me hubiese caído de un guindo ni porque estés ocultándome algo que debió ser

terrible para ti y no me cuentas porque piensas que no voy a ser capaz de comprenderlo. Descuida, confianza al cien por cien. —Olatz bebió de su copa un trago bien largo, observando las pupilas incendiarias de Carlos—. Gracias por exigir lo que no eres capaz de dar.

—No tergiverses mis palabras, ni mis omisiones. Te hablaré de lo que me pasó cuando lo crea oportuno, no es nada relacionado contigo que tenga obligación de contarte. ¿Me has hablado tú de tus relaciones antes de tu marido? ¿Acaso te he preguntado?

—No, es cierto, tú no preguntas, será para que no te pregunte por tus relaciones.

Carlos batió las mandíbulas, buscó con la mirada a la camarera y alzó la mano pidiéndole la cuenta. Tras dejar un billete de cincuenta euros en la mesa, se puso en pie.

—Termina tranquilamente, te espero en el coche.

Salió del comedor a paso rápido. Ese mismo enfado que lo espoleaba se tornó cautela al abordar el aparcamiento. La poca iluminación dejaba un rastro amarillento en la tierra, pobre como la escasez de coches. No veía a nadie dentro de los vehículos, los mismos que controló cuando llegaron. Se repitió enfurecido que estaba perdiendo el juicio, que seguía marcado por la manía persecutoria que lo desesperó en la cárcel, que Olatz no aguantaría mucho tiempo ese silencio que ya empezaba a condenarlo.

Olatz lo hizo esperar media hora, funesta para sus ideas ilógicas guiadas por el tortuoso miedo. Entró en el coche y, con el bolso en el regazo, se colocó el cinturón de seguridad:

—Llévame a mi casa, por favor.

Carlos arrancó el motor, ausente, frustrado. Tuvieron que recorrer la distancia que separaba el guachinche del Puerto, unos pocos kilómetros, para que pronunciara una especie de disculpa:

—No tenía que haberte dejado sola.

—No, ha sido desconsiderado y de una pésima educación. Pero no pasa nada, no me preocupa.

—Olvídalo, ¿quieres? Tenía que despejarme un poco.

Olatz no replicó, tan incómoda como él, prefirió el silencio que le permitía pensar con cierto sosiego acerca de la tensión en esa velada que había empezado divertida. La achacaba a lo de siempre, aunque pudo vislumbrar pedazos de un oscuro pasado que, a pesar de no atañerle, estaba enseñándole sus afiladas zarpas.

Cuando por fin Carlos detuvo el coche delante del número 12 de la avenida Marqués de Villanueva del Prado, no pudo reprimir mostrarle su enojo. Sacó del bolso la cartera, plantó los cincuenta euros en el salpicadero y le dijo:

—Todavía puedo permitirme algún capricho, pero gracias por el detalle. Ha sido lo más gentil que has hecho por mí desde que nos conocemos.

Con falsa calma, salió del coche sin mirar atrás. Introdujo la llave en la cerradura del portón de madera, pero, inexplicablemente, no pudo moverla. El coche de Carlos tampoco se había movido. Sopesó que Uwe hubiese cambiado la cerradura durante su última ausencia de dos días enteros.

—¿Me dejas probar? —le preguntó Carlos vacilante.

A Olatz no le sorprendió el ofrecimiento, solo su sigilo al apostarse detrás de ella. En cuestión de unos segundos y sin aparente esfuerzo, la puerta se abrió con suavidad.

—Gracias —susurró desanimada.

—No te vayas enfadada conmigo, perdóname.

—Perdóname tú también —le pidió en un ruego—, no ha sido nuestra mejor noche.

Cara a cara sus ojos se dieron la oportunidad de redimir los errores de la velada sonriéndose sin rencor, se estrecharon en un abrazo cariñoso y sus bocas encontraron la motivación del deseo

que avanzó raudo. Carlos pensó que había llegado el momento de irse. Si no lo hacía ya, nada podría separarlo de la única droga que lo había hecho adicto a esos besos.

—Mañana te recojo temprano —le dijo al apartarse—. Ten mucho cuidado, por favor, y no te fies de nadie.

Aguardó impertérrito en la calle, observándola recorrer el camino exterior lleno de plantas altas un poco descuidadas hasta que abrió la puerta de la casa y se perdía en lo desconocido. Volvió al coche sin la tediosa sensación que lo había acompañado buena parte del trayecto, tal vez que Uwe no estuviera contribuyó o que hubiesen sido capaces de perdonarse aunque cada uno volviera a sus soledades. Arrancó el Jeep tras leer el mensaje que acababa de enviarle Olatz, sonriente por las palabras apropiadas para soñar con ella: «No puedo evitar preocuparme por ti porque te amo. Buenas noches.»

Capítulo 24

A LA MAÑANA SIGUIENTE Carlos saltó de la cama, fue a la cocina y preparó café antes de que el panadero llegase. Tras saludar a *Hard* con voz energética, lo dejó salir al jardín para la primera inspección de los alrededores. Volvió al dormitorio tan acelerado como las carreras del perro. Abrió el ventanal permitiendo que las ráfagas de aire fresco entraran como habría hecho Olatz de despertarse ahí y se metió la ducha. Terminó pronto, ordenó el baño y, sin ganas de perder el tiempo en él, empezó a vestirse con una camiseta blanca y pantalones cargo verde oscuro. A las siete apareció José, apenas le dedicó unas palabras excusándose con un aumento en el reparto.

Desayunó de pie, con la vista fija en la pared que daba al dormitorio. No había ningún cuadro, ninguna calidez, y tuvo la sensación de que esa falta de disposición suya por decorar las estancias con objetos comprados podía estar influyendo en la negativa de Olatz a mudarse con él. No lo descartaba a pesar de su insistencia en decirle que lo retrasaba por el divorcio o la inseguridad de su situación económica con los embargos de sus casas.

Al darse cuenta de que estaba divagando, corrió al dormitorio, cogió la cartera de la mesilla de noche y la guardó en el bolsillo trasero de los pantalones. Salió de la casa, le dio algunos buenos consejos al perro que podían interpretarse como órdenes precisas y caminó hasta el coche con la inquietud por el recibimiento de Olatz azuzándole los pasos. No había podido quitarse de la cabeza la agria discusión en El Cubano, solo mitigaban algo sus nervios cómo se despidieron. Durante la larga noche perdió la cuenta del número de veces que leyó su mensaje, hasta se atrevía a creer que se durmió agotado con el móvil en la mano.

Unos minutos más tarde, detuvo el coche en la esquina de la casa de Olatz. La llamó por teléfono, pero no respondió. Recordaba haberle dicho que la recogería temprano. Estaba a punto de rendirse cuando apareció en la puerta como un ensueño mágico.

Carlos salió del coche, tratando de calmarse. No recordaba la última vez que una mujer hacía latir su corazón con tanta fuerza, ni Ellie ni ninguna le había impuesto una ansiedad de aquel calibre. Frente a ella, sin fijarse en el atuendo sobrio que había elegido, tragó saliva antes de decirle:

—¿Cómo has pasado la noche?

—Fatal, te he echado de menos.

Esa respuesta golpeó con furia el buen propósito de Carlos.

—Porque has querido.

Olatz apretó los labios.

—Veo que te ha sentado muy bien estar solo... —comentó irónica—. ¿Para qué te has tomado la molestia de venir?

—¿Quieres oírlo o sentirlo?

Carlos no esperó, no le fue posible tener suavidad al sujetarle la cara y aplastar su boca en un beso tumultuoso como las ideas fatídicas que le habían robado el sueño.

—Cuando quieres eres muy expresivo —le dijo Olatz tras relamerse los labios.

—Siempre lo soy contigo, es una virtud y una condena.

Al oírlo, ella sonrió. Estuvo tentada a lanzarse en tromba a sus brazos de nuevo, pero eludió el impulso al recordar lo que debía hacer, algo sopesado durante muchas horas.

—Lo sé, y te lo agradezco —le dijo, cogiéndole la mano—, a mí también me gustaría serlo contigo... Por eso he tomado una decisión —añadió ante la portezuela del acompañante del Jeep. Carlos la observó atento, sin atreverse a soñar lo que ansiaba escuchar. Olatz notó cómo la incertidumbre planeaba por sus ojos—. ¿Puedes acercarme a la inmobiliaria? Necesito hablar con Uwe de las casas. No quiero seguir así. Lo he pensado mucho, y tienes razón... Prefiero un acuerdo ahora a ir a juicio, ganar un embargo y, encima, ahorcarme a deudas. Él es el único responsable, que sea el que pague por su libertad. Tengo preparada una jugada que no podrá rechazar.

—No hagas tonterías.

—Ni una, cariño —admitió jocosa—. He tenido en cuenta todo lo que me ha dicho mi abogado —comentó refiriéndose al amigo de Charles Manley—, y algunos detalles que solo Uwe y su padre conocen. No te preocupes, todo saldrá bien.

Carlos no supo qué pensar, pero le agradó percibir su confianza. En menos de cinco minutos estacionó el coche en el aparcamiento subterráneo del Muelle. Agarró con firmeza la mano de Olatz, salieron a la explanada donde el sol incidía mordaz aun a esa hora y se dirigieron a la calle Quintana. Los dos observaron a los intrépidos bañistas en la diminuta playa del Muelle, de guijarros negro, al lado del Museo. Apenas hablaron dos palabras, concentrados en lo que significaría la concesión de ella para su futuro.

Los ojos curiosos del escultor paseaban entre la multitud que ya transitaba las calles y los viejos edificios que se sucedían uno tras otro. Admiraba el trabajo artesanal de los balcones de madera con esos tejadillos volados y celosías talladas en vez de balaustradas, eran proezas imaginativas dignas de contemplación y respeto.

Al llegar a la esquina del edificio que albergaba el BBVA, sin embargo no alzó la mirada hacia sus espectaculares balcones de esencia colonial. Procuró que su voz no delatara preocupación, fue cariñoso al dedicarle unas palabras de aliento:

—Estoy muy orgulloso de ti —le dijo antes de besarle la mejilla—. Exponle tus condiciones de forma concisa y sé receptiva a lo que te ofrezca. Recuerda que ahora mismo solo tenéis deudas. —Observó la expresión severa de ella, no parecía de buen talante—. Olvida lo malo, Olatz, estás a un paso de liberarte. Bajo ningún concepto entres en un juego de reproches ni amenazas. Lo conoces, esa es tu gran baza. No lo olvides.

Afectada por la verdad que, de tanto en tanto, sustituía por sus aspiraciones de justicia, asintió esbozando una ligera sonrisa.

—¿Qué vas a hacer mientras hablamos?

—Tomar café y ver a Mikel, le daré una alegría. Está un poco pesado con la liquidación de las ventas.

—Debes ser el único artista que no está loco por cobrar sus obras.

Carlos torció la boca. Durante unos minutos hablaron en la puerta del banco, a solo unos metros de la inmobiliaria hasta que sus voces las solapó un grupo de turistas ancianos en pleno tránsito a ritmo de tortuga por la calle peatonal. El eco ruidoso de aquella algarabía casi infantil les empujó a despedirse de manera precipitada.

A esas horas en la inmobiliaria solo estaba el personal porque no abría sus puertas hasta las diez. Silencio sepulcral mientras Olatz atravesaba la amplia zona de atención al público

mostrando un gesto comedido, confiado y con la pincelada justa de altivez en sus andares. El vestido negro de manga francesa y los tacones le conferían un aire de viuda que asombró a las tres chicas que trabajaban en esa sala. La observaron pasar con asombro, sin avisarle de la ausencia de Uwe.

Sumida en optimismo, o eso quería pensar, entró en el lujoso despacho. Observó indiferente el mobiliario de diseño vanguardista y se sentó en una silla tipo nórdico frente a la mesa. Extrajo del bolso una carpeta de plástico en la que aparecieron decenas de hojas. Ordenó en dos montones los documentos de las casas: escrituras, recibos de impuestos, inscripciones registrales y los certificados del BBVA de los embargos. A la derecha, la casa del Puerto; a la izquierda, la de Costa Adeje. Suspiró hondo; las espadas estaban en alto. Cogió la libreta que llevaba en el bolso, buscó los apuntes anotados durante las conversaciones con su abogado y los repasó de forma concienzuda.

Entretanto Carlos seguía a varios hombres por la abarrotada barra de un bar que había en las calles aledañas, a corta distancia del Museo de Arte Contemporáneo, mientras el único camarero intentaba servir a todos los clientes. De pronto, le distrajo una conversación de dos hombres que estaban a su espalda. No necesitó girar la cabeza para reconocer que uno de ellos era Uwe.

—No sabes lo que te espera —dijo el interlocutor de Uwe.

—Estoy preparado —replicó el alemán—, no tengo miedo.

—¿Has solucionado ya tus problemas?

—El gordo debe estar esperándome en la oficina, los otros están resueltos.

Carlos intentaba afinar el oído, pero el barullo se lo impedía. Eso lo llevó a volverse para descubrir a Uwe sentado en una mesa pequeña. En cuanto sus ojos coincidieron, el alemán acercó la cabeza al hombre que le acompañaba y le susurró algo. Carlos no se inmutó, podía soportar cualquier comentario malicioso sobre su relación con Olatz, lo que no transigía era la falta de respeto que estaba demostrando. De repente, como si Uwe hubiese podido leerle el pensamiento, evitando mirarlo, se puso en pie y desapareció entre el gentío del bar.

Tras tomarse un café en la barra, con Olatz presente en su cabeza y deseando que pronto lo llamara para escuchar la buena noticia que esperaba, al terminar, y pese a que había telefonado a Mikel para reunirse con él, decidió matar el tiempo paseando por la calle San Telmo en dirección a la recoleta playa que había por debajo de la calle.

El timbre de su móvil lo tornó a la realidad. Al ver la llamada de Mikel no contestó. Había fallado ya a dos citas para hacer balance de las ventas, ambiciosas cifras que en aquel momento no le interesaban. Bastante tuvo con aparecer los viernes por el museo durante la exposición, fue el único gesto de interés que Mikel consiguió cuando ya solo tenía cabeza para su musa.

Las tiendas de souvenirs exponían en la acera los percheros con ropa en una sucesión agotadora, se advertía la poca calidad de lejos tanto como los estridentes colores de las prendas. Bajó por la rampa cruzándose con turistas emocionados por lo insólito de ese lugar. Tal vez, porque era la playa más minúscula del mundo. O, tal vez, porque aun en medio de un despropósito a favor de los negocios, captaba el interés por su agresiva belleza. Había varias pasarelas de cemento con escaleras metálicas como si aquello fuese una piscina natural con dos vasos diferentes: uno al abrigo del espigón y otro desafiante a la legión de rocas volcánicas que hacían del baño una experiencia contra la naturaleza.

Bajo la cálida temperatura de esa mañana, no todo era tan placentero como el baño de los intrépidos que se habían lanzado al agua, en el despacho de Uwe se percibía una hostilidad capaz de echar al traste las aspiraciones de Olatz. Debía escuchar lo que le interesara aislando

reproches que incrementasen su rabia.

—Renuncia a cualquier derecho sobre las propiedades —decía Uwe—, y te garantizo el quince por ciento del valor de sus ventas cuando se levanten los embargos. Todo por escrito ante notario, por supuesto.

—Que renuncie a los bienes no implica que quede sin obligación de pagar hipotecas ni deudas. No serías tú quien me garantizaría nada, sino un juez porque puede ordenar que refinancie los préstamos y el banco porque tendría que autorizarte la subrogación. No intentes conformarme con un porcentaje irrisorio que, encima, difícilmente, me pagarás.

Uwe ardía por dentro, en la frente se le formó una capa de sudor.

—Si tienes tan claro que no te pagaría, ¿qué esperas de mí?

—Para empezar, que afrontes tus deudas, errores y todo lo negativo que te rodea. Pero de una manera justa —matizó, repitiéndose mentalmente que solo debía aparentar seguridad unos pocos minutos más—. Recurriré que mi parte de nuestros bienes gananciales estén respondiendo a una deuda privativa tuya que contrajiste a mis espaldas y que ni siquiera se me ha comunicado el inicio del proceso judicial contra ti. Es posible que el tribunal embargara los bienes gananciales porque considerase que la deuda es ganancial. Si ha sido así, han cometido un error porque están extendiendo la responsabilidad derivada de la deuda sobre mi patrimonio —explicó sin consultar sus apuntes ni una sola vez, mirando de frente a Uwe—. Por tanto, puedo defender mis derechos y obtener el alzamiento de mi parte de las propiedades porque la deuda es totalmente ajena a mí.

—Las casas seguirían sin poder venderse —comentó esgrimiendo una sonrisa de superioridad.

—Lo sé, pero yo no tendría deudas y tú podrías negociar con el banco para quitar tu parte embargada. Medio millón de euros es una exageración por unos préstamos que no llegaban a la mitad.

—¿Quién es tu abogado?

—No te importa —respondió seca—. Lo importante ahora es llegar a un acuerdo que nos permita a los dos empezar de nuevo.

—Un quince por ciento es de lo más justo para que guardes un buen recuerdo de nuestro matrimonio.

—Parece que no quieres entender varias cosas, Uwe. Hagas lo que hagas, no guardaré buenos recuerdos de ti porque los momentos nefastos hace mucho tiempo los enterraron. Tus negocios dejaron de interesarme cuando vi con qué clase de personas tratabas, y no voy a entrar en cuestiones urbanísticas porque de momento no me interesa. —Se detuvo al verlo quitarse el sudor de la frente con la mano—. Tenemos diferentes puntos de vista sobre la justicia, y podría decirse que sobre todas las cosas importantes en la vida —añadió sincera—. En esta negociación ambos perdemos, yo más que tú porque ahora esto lo sumo a todo lo que ya he perdido estando casada contigo.

El reproche logró que la paciencia de Uwe se esfumara.

—No aportaste nada al matrimonio —replicó levantando la voz—. Solo estás recordando lo que te interesa para salir beneficiada.

—Igual que tú. Estoy segura de que ya has hablado con tu padre para levantar el embargo del banco y que si renuncio a las casas y accedo a ese quince por ciento que quieres darme no veré un euro porque no las venderás.

Uwe entrecerró los ojos mirándola con inquina.

—Tienes un concepto de mí muy equivocado, pero a estas alturas no me afecta. Dime qué quieres para terminar lo antes posible y veré si puedo dártelo.

Al escucharlo como un dócil cordero, Olatz sintió unas profundas ganas de abofetearle la cara, pensaba que ese comportamiento no era propio del hombre arrogante que había conocido. Desde luego, ese papel lo interpretaba con más convicción que el de solícito cobarde.

—En cuanto el banco acepte alzar el embargo de mis bienes —empezó diciendo con voz firme—, negociarás el importe de tu deuda para que alcen la tuya y podamos vender las casas en el plazo de un año desde que firmemos el acuerdo de divorcio. Quiero tu compromiso ante notario —añadió cínica—, con tu padre como avalista. Si no accedes, iremos a los tribunales y que un juez decida por nosotros dentro de un par de años —agregó con maldad.

Ella jugaba con una baza a favor que Uwe no podía permitirse: el tiempo.

—Mi padre no aceptará, no es justo para él.

—Por su primer nieto hará lo que le pidas, deja que lo decida él. ¿O has olvidado quien pasó tres meses convenciendo a los inversores de Costa Adeje? —Su tono suave destiló sarcasmo—. Ah, claro, lo habías olvidado, por eso me has dicho antes que nunca me he interesado por tu negocio.

—Nunca te ha interesado otra cosa que no fueses tú misma, estás demostrándomelo.

Olatz asintió en silencio, hasta que le dijo:

—Tu novia está en el segundo trimestre de embarazo, ¿no?

Ahí fue cuando Uwe supo que ella dominaba la negociación. Contuvo su ira en un gesto pétreo. Olatz sabía, o intuía, que su novia estaba presionándole para formalizar su relación antes de que naciera su hijo y que el peaje por la ayuda de su padre consistiría en que se casara con ella. Sin duda, necesitaba el divorcio con urgencia. Esa necesidad era el arma contra él. Olatz, además, conocía las ideas anticuadas de sus padres al haberlas sufrido en sus carnes. Ideas que, sin compasión, había usado para atacarle.

—En unos días te diré si acepto —afirmó, maquinando hacerla sufrir y borrarle esa cara de satisfacción.

Olatz abandonó el despacho después de recoger con parsimonia los documentos de la mesa. Al verse en la calle, espiró con fuerza. Miraba alrededor sin creerse que hubiese tenido la sangre fría de amenazar, instigar y exigir con una confianza desconocida. Llamó a Carlos y se reunió con él en la terraza de la cervecería Hannen.

Rio alegre al verlo, su rostro serio cambió de inmediato. Tras besarle los labios discretamente, se sentó y pidió una jarra de cerveza.

—No estoy orgullosa de lo que he hecho, pero no me creará ningún trauma.

Cogió una rebanada del *mett* que había en la mesa, se la llevó a la boca y la masticó con verdadero placer. Carlos la observaba curioso, escéptico.

—De la serenidad de tu conciencia depende tu felicidad. Si crees haber hecho lo correcto, enhorabuena. Eres inteligente y lo conoces, y es un alivio verte contenta después de lo que has pasado.

—Todavía tiene que contestar a lo que le he propuesto, pero intuyo que no lo rechazará.

—No te fíes, por favor.

—Gracias por preocuparte por mí. —Olatz le tomó la mano—. Te amo.

—No me agradezcas algo que hago de forma mecánica, el amor lleva aparejado un interés constante por el bienestar de la pareja.

Ella se inclinó hacia delante, lo besó.

—Es mutuo —susurró al apartarse.

Empezaron a charlar sin tocar la reunión con Uwe, las ventas de las esculturas fueron las

estrellas, hasta que Carlos le planteó algo irresistible:

—¿Por qué no desaparecemos unos días?

Los ojos luminosos de Olatz resplandecieron. Él obtuvo así la respuesta deseada para brillar sin ideas tormentosas ni lúgubres sospechas. Uwe dejó de existir y el divorcio se diluyó en una oleada de planes; fueron unos privilegiados dedicándose gestos cariñosos y bromas, ajenos a la grisura que se cernía sobre ellos esperando el momento idóneo de un ataque a traición.

Capítulo 25

UN CIELO TAN ESTRELLADO solo comparable al que vieron durante la Navidad les acompañaba la última noche en el Hierro. Desde la terraza del acogedor Hotel Puntagrande, ubicado en el extremo de una lengua de roca volcánica, podían alzar los ojos y sentir la inmensidad del infinito mientras charlaban ahondando en sus más íntimos anhelos o se hacían confidencias amparados en la soledad de ser los únicos clientes del restaurante.

—Solo Ellie —contaba Carlos cuando las exparejas tomaron el rumbo de la conversación y ya Olatz le había hablado de un par de chicos anteriores a Uwe—, nos conocimos en el instituto. Era todo lo contrario a mí: extrovertida, segura, con don de gentes, muy guapa... —Se detuvo para coger aire, o por buscar palabras que enmascararan la verdad sin mentirle—. Éramos muy jóvenes, solo pensábamos en... pasarlo bien —concluyó de forma abrupta, sintiendo cómo su mente estaba a punto de traicionarlo—. Después he tenido otro tipo de relaciones, hasta que apareciste tú.

Olatz esbozó una sonrisa comprensiva.

—¿Sigues teniendo contacto con Ellie?

Carlos, que había bajado la mirada, meneó la cabeza.

—Háblame de ellos —pidió pausadamente Olatz refiriéndose a los tatuajes, sujetándole de forma suave las muñecas—. Sé que no quieres porque siempre has rehuído el tema, pero me gustaría conocer su historia.

—Camuflan unas cicatrices que no quiero ver.

—Eso lo sabía porque las he palpado, igual que intuyo su origen... Ve a qué te llevó a querer suicidarte —incitó sin apartar sus cálidas pupilas de las sorprendidas de él.

—Lo mismo que a ti —le dijo pasados unos segundos—: una depresión.

Esa parquedad denotaba escaso o nulo interés por profundizar en el tema.

—A mí, conocerte me hizo superarla, y olvidarla... ¿Cómo la superaste tú?

—Dejando atrás todo lo que me rodeaba.

De nuevo, Carlos se acorazó. Esta vez, con una mirada que no admitía intromisiones.

—Soy perfectamente consciente de que no quieres contármelo, pero me gustaría oírlo.

—Otro día —dijo a media voz.

—Es una lástima, porque todas nuestras vivencias nos hicieron coincidir en el lugar y el momento justo. Si en el verano de 2012 hubiera regresado a San Sebastián con mis amigas en vez de quedarme con Uwe, las cosas habrían sido diferentes para mí. Tal vez habría abierto un negocio en el local que mi padre tiene alquilado en el centro y hoy día sería una fotografía consolidada... Tal vez. Es imposible saberlo. Y a ti, si no te hubiera pasado eso que todavía te duele, no habrías tomado la decisión de instalarte en la casa de tu niñez, no tendrías a *Hard*, no tendrías la costumbre de pasearlo por la playa... y no estaríamos aquí.

Olatz dejó en el aire la mediación del destino aunque en el fondo quiso decirle que percibía su voluntad de enseñarle la profunda herida que se reservaba. Carlos asentía con la cabeza, aún

reticente a sincerarse. Era capaz de hablarle de cualquier intimidad, hasta había mencionado a Ellie, eso sí, omitiendo el fango que lo hundió seis años en una ciénaga.

Por desviar el curso de la conversación, curioso, le preguntó:

—¿Por qué elegiste esa playa?

Ella le sostuvo la mirada un instante.

—Me gusta —respondió sonriente, sin reprocharle la falta de confianza. Aún pensaba que era lícito ese afán suyo por mantener para sí mismo episodios dolorosos—. La descubrí con mis amigas y nos encantó. Luego empecé a ir sola, sobre todo en otoño y en invierno para evitar las masificaciones del verano.

—Es peligrosa —comentó ausente—. Siendo un crío, mi padre tuvo que sacarme del agua por los pelos. Era un día de mucho oleaje... Me metí sin problemas, pero cuando quise salir las olas me revolcaban como si fuese una marioneta. Si mi padre no hubiese estado pendiente, no lo habría contado.

Olatz advirtió el cariño en esa gratitud, siempre le pasaba lo mismo cuando hablaba de su padre. Eso la llevó a plantearse la duda que algunas veces la había rondado y nunca le preguntaba:

—¿No sientes curiosidad por saber qué ha sido de tu madre?

—La misma que ella siente por mí.

—¿No fue al entierro de tu padre?

—Olatz, no puedo más... Me satura hablar del pasado...

Hubo un largo silencio solo interrumpido por el rumor de las olas.

—Respeto tu intimidad, al menos lo intento. No es mi intención que estés a la defensiva.

—Tú tuviste la suerte de vivir una infancia feliz, con tus padres unidos..., yo no. Acepté que mi madre no me quisiera, fui medio feliz viendo cómo mi padre se dejaba la piel trabajando para darme una buena educación, me rebelé, me equivoqué..., y he aprendido a convivir con mi conciencia. No pretendas averiguarlo todo de golpe, no esta noche, por favor.

—Cuando tú quieras.

Carlos sonrió contento por primera vez desde que terminaron de cenar, se puso en pie y le tendió la mano para llevarla a la esquina de la terraza. Se aproximaba la hora de sincerarse, era evidente en cada pregunta de ella conforme había pasado el tiempo, sin embargo ningún momento le parecía el correcto por el temor a su reacción. Ese miedo era una poderosa fuerza que lo acobardaba, una fuerza tan rotunda como la sensación de libertad que sintió en aquella especie de proa. Contó con que a Olatz le agradaría.

La fresca brisa nocturna le despeinaba la melena, la tela de su vestido flotaba como flamas de una hoguera, y le erizaba la piel aunque estuviera inmersa en disimularlo. Carlos la pegó a su cuerpo para contagiarle el calor que desprendía, siempre caluroso con ella a su lado.

Clavando la vista en la oscuridad metálica del océano, él empezó a hablarle con intención de hacerse perdonar:

—Esto es una maravilla —susurró—, pero no es lo mejor que puedo contemplar. Lo que más disfruto es tu compañía, amarte como un loco superado por las emociones que siento contigo. —Miró el rostro de Olatz con verdadera atención—. El día que nos conocimos me salvaste aunque creas que fue al contrario. Era prisionero de mi pasado, de esos recuerdos que quieres conocer y no me atrevo a contarte porque me avergüenzan... No me tengas en cuenta mis silencios cuando sabes de sobra que lo más importante del mundo para mí eres tú.

Cautivada por esa voz con matices sobrenaturales, reconoció al hombre que la protegía de sufrimientos innecesarios y se aferró a su cintura como la primera vez que se besaron rodeados

del impetuoso océano. Aquella vez le permitió conquistar su corazón, en ese preciso instante dejaría que sus sentimientos continuaran horadándole el alma. Pletórica al sentirse especial, se fundió en él atrapando la serena magia de ese lugar envuelto en romanticismo.

—Quiero que confíes en mí como me pediste que lo hiciera yo —le dijo despacio, con tanta lentitud como su sosegada respiración o las caricias de sus manos mientras le recorrían la espalda —, pero tómate todo el tiempo que necesites; lo tienes. Vamos a estar siempre juntos.

—No aquí, cariño —susurró cuando pudo hablar. La terraza se había quedado en total oscuridad—. Creo que nos están echando.

Sin dejar de abrazarse cruzaron el comedor interior. Tenía los muros de piedra de lava volcánica decorados con placas de barcos, un piano de pared y viejos faroles en el techo, rezumaba encanto. Saludaron al propietario, agradeciéndole la paciencia, y enfilaron la estrecha escalera que llevaba a las habitaciones procurando no incordiar a los otros cuatro huéspedes.

Entraron en su habitación comedidos, cerraron la puerta y fue entonces cuando olvidaron el buen propósito de no molestar. La atmósfera apacible se perdió con las prisas de besarse mientras se desnudaban. Carlos, al ver la lencería roja y con sugerente encaje de Olatz, se dejó caer en la cama haciendo chirriar sonoramente el colchón. El asombroso impacto provocó que ella soltase una carcajada alejando un poco más la pretendida discreción. En aquel momento malinterpretó el aturdimiento de Carlos. No estaba así por la lencería, sino por apreciar el cambio de actitud que ella había experimentado a lo largo del tiempo que llevaban juntos. Atrás quedaba la mujer cohibida, era historia bajo la espléndida diosa que, delante de él, no podía contener su felicidad.

—Pareces una pantera cazada...

Carlos esbozó una sonrisa leve que se tornó radiante cuando le sujetó los muslos entre sus piernas. No estaba afectado por lo que pudiera pensar de él, tenía suficiente con sobrevivir al abrasador fuego que le robaba el aire.

—No te imaginas cuánto —susurró—, ahora mismo puedes hacer conmigo lo que quieras...

—No me apetece —le dijo al sentarse en sus piernas—, esta noche se trata de dar y recibir.

Olatz le besó los labios rozándole el pecho en una provocación flagrante.

En unos minutos sucumbieron a la delicadeza de la locura ingravidos en la caída al agónico pozo del placer. No hubo nada capaz de detenerlos, fueron gigantes vencidos en la inmemorial alegría del goce pleno, dos almas arrulladas por las olas en medio de la magia de un paraje recóndito.

Ninguno se movió al tratar de recuperar el aliento.

—Espero que nadie nos haya oído —comentó Olatz.

Carlos la estrechó entre sus brazos y tuvo palabras amables que restaron importancia a otra cosa intrascendente en su vida. Lo real, lo único soberano estaba bien arropado dándole razones para intentar armarse de valor.

—Si pudiera, retendría este instante para siempre.

—Creo que lo harás —le dijo ella—, lo haremos —rectificó en un susurro—; este lugar es imposible olvidarlo. Estoy convencida de que yo no lo olvidaré nunca; ya no por el entorno, sino por lo feliz que he sido contigo.

—Habla en presente, cariño; por lo felices que somos juntos. No sé si ha influido estar alejados físicamente de los problemas...

—Quizá —admitió pensativa—. La buena noticia es que dentro de unos días los habremos dejado atrás definitivamente.

—Eso espero, que todo acabe y que podamos vivir tranquilos en nuestra nueva casa —anunció

sereno. Olatz arrugó las cejas y se incorporó. Él sonreía antes de darle una información secreta hasta ese momento—. No vamos a mudarnos, pero quiero que decorees la casa a tu gusto para que la sientas tuya.

—Me encanta tal y como está ahora, pero tendré en cuenta tu ofrecimiento.

Olatz volvió a apoyar la cabeza en el pecho de Carlos y, callados, escucharon el oleaje.

Él cobijó el sueño fácil de Olatz con arrumacos al tiempo que la noche avanzaba y su mente repetía una y otra vez la secuencia de la mañana del lejano 17 de mayo de 2003. No dejaba de preguntarse cómo fue posible aquella desgracia. Podía sentir los arañazos en el cuello. La difusa imagen de Ellie se convertía en un suplicio agotador, lograba eclipsarle las brillantes ideas sobre sus obras. Incluso el miedo a perder a Olatz. La revivía sin descanso ni sin quitarse de encima el sentimiento de culpabilidad y los mortificantes remordimientos que cada noche le infringía su conciencia; era la peor y más cruel de las condenas.

Capítulo 26

EL BRUSCO SONIDO del móvil de Olatz despertó a Carlos tan solo unos minutos después de conseguir dormirse, rondaban las seis de la mañana. «¿Quién la llama a estas horas?» El nombre de Uwe se coló en su cabeza y lo llevó a dejar la cama como un rayo incendiario. Para su total asombro, se vio en la obligación de despertarla antes de que el timbre del móvil agotara todos los intentos.

En cuanto Olatz tomó conciencia y empezó a hablar con su madre, Carlos se sentó en la cama y prestó atención esperando que hiciera un gesto o dijera algo que le ayudase a entender lo que estaba sucediendo. Al cabo de unos minutos, como Olatz se limitaba a simples monosílabos y a mover la cabeza, Carlos se puso los únicos vaqueros que había traído, una camiseta negra de mangas largas, y salió al balcón para darle intimidad.

El sol recortaba el horizonte con luz cegadora, tras una densa neblina y entre nubes sinuosas. La temperatura era energizante, el viento se había calmado y el baile del agua apenas parecía un sutil balanceo al morir contra las rocas. Apoyado en la barandilla, soltó un suspiro de cansancio y se eclipsó en el sosiego de observar el amanecer.

—Tengo que ir a San Sebastián —dijo Olatz, saliendo al balcón.

Carlos se volvió para encontrarla vestida con la camisa blanca que él llevó la pasada noche, y sonrió un poco al advertir la tristeza de sus ojos. No necesitó ver nada más. La atrajo hacia su cuerpo y la abrazó tiernamente. El mudo paisaje los arropó con respetuosa soledad cuando Olatz le contó que a su padre le habían detectado un tumor maligno en la próstata unas semanas atrás, en fase muy avanzada, y que se lo habían ocultado a ella esperanzados en el tratamiento que empezó de manera inmediata.

—Ayer empeoró por una infección, está en la UCI. Los médicos le han dicho a mi madre que la quimio lo ha debilitado mucho, no tiene defensas ni plaquetas.

—Lo siento mucho, cariño. Dime qué necesitas, ¿quieres que te acompañe?

—No, vas muy retrasado con las obras. Después hablaré con Uwe para contárselo —chasqueó la lengua contra los dientes, moviendo la cabeza de forma reprobatoria—. A veces pienso que hay una conjunción catastrofista alrededor de mí... No pretendo parecer insensible ante algo que, evidentemente, mi padre no ha buscado; pero justo ahora...

—Tienes que hacer lo único que debes: estar con tus padres. Si no firmáis el acuerdo la próxima semana no pasa nada, a ti o a nosotros no va a pasarnos nada porque no tenemos prisa, el que tenga prisa deberá joderse —concluyó con ese desprecio implícito cuando Uwe estaba presente.

—Él lo entenderá —afirmó rotunda—. Pero no estoy segura de lo que mi madre espere de mí cuando sepa que nos hemos divorciado.

Intrigado, Carlos apretó la frente.

—¿Piensas que te pedirá que regreses con ella si tu padre muere?

—Mi padre está sentenciado —dijo duramente—, claro que me lo pedirá. Es más, por el tono

de la conversación y sin que todavía sepa nada del divorcio, sé que va a exigírmelo.

—Eres una mujer adulta para tomar tus propias decisiones. Podrá intentarlo, pero está en ti conceder o negar.

—Como se nota que no la conoces... ¿Por qué crees que la veo tan poco?

—Pensaba que el intransigente era tu padre. Recuerdo incluso que me dijiste que a ella la echabas de menos...

—Son tal para cual —afirmó cansada. Al cabo de unos segundos, aclaró—. Como padres han sido excelentes, tal vez protectores en exceso pero no se lo reprocho porque con sus caracteres no podían ser de otra manera. Siempre han tratado de imponerme su criterio y eso nos ha hecho chocar de frente en más de una ocasión. Pero, te repito, no se lo reprocho porque viendo las cosas con distancia sé que siempre han buscado mi felicidad y pocas veces se han equivocado con sus vaticinios. En algunas rachas malas me habría venido bien tenerlos cerca —reconoció—. A pesar de nuestras diferencias, los quiero mucho y los echo de menos porque están muy lejos.

—No lo he puesto en duda, cariño.

—Ya, pero como sé a lo que me enfrento...

Carlos percibió la desazón de ella, se la transmitió aunque trató de disimular:

—Intenta no adelantarte a los acontecimientos.

Olatz, que había bajado la mirada, hizo un breve asentimiento de cabeza. A Carlos ese derrotismo le dolió en el alma. Y lejos de disminuir su inquietud, aumentó. De igual manera que sus sospechas acerca de las intenciones de Uwe le provocaron en su día obsesionarse con protegerla, le trajeron cambios súbitos de humor o, incluso, falta de apetito, siempre con el pánico a perderla presente, en ese preciso momento sintió un temor devastador e inhumano. Al atraparla en otro abrazo tierno y manso le palpitó el corazón. De manera ingenua, escondió los ojos agachando la cabeza entre su cabello por no afrontar la certeza de haberse convertido en dependiente de un amor que lo llevaba a la euforia a igual velocidad que podía asfixiarlo o lo dispersaba del trabajo cuando por algún motivo debían separarse un rato. El temor a no tenerla le bloqueaba los pensamientos, era entonces cuando se volvía caótico, inestable y peligroso.

—¿De verdad no quieres que te acompañe? Me has dejado un poco preocupado con lo que me has dicho sobre tu madre.

Olatz se apartó esbozando una ligera sonrisa.

—No, no insistas más —dijo de manera perezosa, le acarició el rostro bronceado con la oscura y áspera barba que se lo cubría y, pendiente a la sombra de miedo que creía haber detectado en sus ojos, agregó—. Volveré pronto, te lo prometo —aseguró al besarle los labios.

—No te preocupes por mí —habló helado de miedo, no sobreviviría como claudicara a las pretensiones de su madre—. ¿A qué hora sale tu avión?

Capítulo 27

LA PESADEZ QUE ARRASTRABA Carlos desde la presurosa partida de Olatz se tornó virulenta al mandar callar al perro. Esa tarde de viernes había podido centrarse en el trabajo después de hablar con ella por teléfono y escucharla animada aun con el pronóstico grave de su padre. Satisfecho, avanzaba según lo que había previsto repasando con la lija de agua la caliza del rostro ovalado de la mujer que conformaba la figura central de esa obra. No sería la única de la nueva serie, la formarían seis piezas, pero era la única en tono miel. Como los ladridos en vez de cesar se convirtieron en gruñidos amenazantes, cruzó el taller a paso rápido. En ese momento ya sospechaba la identidad del visitante.

Sin mucho entusiasmo, le dio al perro una orden severa, concisa, para que se alejara de la valla. Trató de clavarle a Uwe una mirada desprovista de emoción alguna, no le revelaría nada a pesar de verlo como un arrogante demonio con traje negro de hechuras perfectas. Uwe le dirigió su atención, la cabeza cual torre de marfil bien erguida sobre el cuello blanco de la camisa, inescrutable, despidiendo destellos ambiguos por sus gélidos ojos.

Guardaron las distancias en el jardín al intercambiar un saludo que no sonó cortés.

—Necesito ver a Olatz.

Carlos permaneció inmóvil.

—No puedo ayudarte.

—¿No puedes o no te da la gana?

Sin alterarse por la actitud hostil del alemán, de forma distraída, le dijo:

—Llámalas por teléfono.

—Llevo intentándolo desde ayer —gruñó—, pero no hay manera de que me explique por qué no ha aparecido en la reunión que teníamos acordada.

Carlos disimuló su sorpresa. No saldría de él que Olatz le había mentido al contarle que la reunión se había aplazado hasta su regreso.

—No sé nada de vuestros temas, me mantengo al margen como me pediste que hiciera.

Aunque habló sereno, adivinó que Uwe había encajado esas palabras como una provocación.

—¿Dónde está?! —preguntó avanzando hacia el porche de la casa—. ¡Olatz! ¿A qué mierda estás jugando?!

—Sal de mi propiedad ahora mismo.

—¡No hasta sepa por qué me ha dejado plantado!

—Quizá por las veces que tú la has dejado plantada a ella —dijo ya sin enmascarar su ira—. Asúmelo con un poco de dignidad. Es un esfuerzo, lo sé, pero te toca joderse.

—¡El que va a joderse eres tú como siga ignorándome!

—¡Atrévete a hacerle algo! ¡Tú, con dos cojones, sin esbirros búlgaros!

Uwe se apartó de Carlos. Tenía el rostro rojo, los ojos desorbitados y una expresión de incredulidad bien lograda. Nadie pensaría que la acusación no le era totalmente nueva.

—¿De qué mierda hablas? —le preguntó, apretando el rostro.

—Ten cuidado, tío listo —profirió indignado—. Hasta ahora has tenido suerte, pero no habrá próxima vez sin consecuencias.

—La cantinela de las amenazas la conozco, no me da miedo, estoy harto de oírla de tipos peligrosos de verdad.

Carlos se acercó tanto a él que le robó el aire, con un golpe seco en la cabeza podía dejarlo grogui.

—¿Tipos peligrosos de verdad? —repitió con burla—. Si un tipo peligroso de verdad te hubiese amenazado no estarías aquí dando por culo para complacer a la tía lista que te ha pillado por los huevos.

Uwe se tragó la hiel que le subió a la garganta para continuar hablándole con desdén:

—No sé quién está más pillado... Lo único que sé es que soy feliz con esa tía lista y, encima, voy a tener un hijo. Dos cosas que tú no tendrás nunca con Olatz por mucho que te haya prometido, recuerda que yo caí antes que tú en sus redes.

—Tengo bien claro que tú la viste primero, que tú la jodiste primero, en el más amplio sentido de la palabra —matizó cínico—. Lo tengo clarísimo desde el día que la conocí. Igual que tengo clarísimo que hoy por hoy la Olatz que tú conociste y jodiste como solo un gran hijo de puta puede hacer no es la misma persona con la que comparto mi vida, a la que amo y con la que formaré una familia a pesar de tu opinión. Es más, me alegro mucho de que no cometiera el error de haber tenido un hijo contigo —añadió de manera indiferente—. Así se ha ahorrado el dolor de verte ejercer como padre.

—Tú solo conoces la versión de la historia que ella te ha contado, evidentemente a su conveniencia. De mí supongo sabrás que le he sido infiel y que soy el causante de todos sus males, nada sobre mi paciencia cuando se deprimía ni del tren de vida que ha llevado desde que nos casamos. Es lógico, el victimismo siempre remueve más conciencias que la cruda realidad.

—¿Te refieres a sobornos y embargos? ¿O a aparentar tener pasta estando tieso?

La ironía de Carlos perturbó la tregua.

—Ya que parece conocerme tan bien, podías haberle dicho eso mismo a la que todavía es mi mujer. Así me habría evitado todo el calvario que llevo encima por su culpa para que me deje en paz —dijo rabioso, recordando la lección de humildad que le había dado su padre antes de consentir prestarle a fondo perdido el dinero para liberar las casas de los embargos—. Al final va a salirse con la suya teniendo lo que no le pertenece.

Carlos detectó la frustración de Uwe, tal vez por no haber logrado su propósito de un divorcio en blanco sin más cargas que las de su conciencia.

—Los problemas que tengas o dejes de tener por la pésima gestión que has hecho con vuestro patrimonio no me incumben ni me interesan, lo único que me interesa es que ella esté bien y a salvo.

—¿A salvo de qué? —preguntó echándole una mirada como si estuviera loco—. Eso tenlo en cuenta tú. No sería responsabilidad mía si apareciera muerta en cualquier barranco después de atiborrarse de pastillas. ¿Quién me culparía cuando llevamos meses separados y todo el mundo sabe que prácticamente vive aquí contigo? —soltó arreciando de nuevo la agresividad—. ¿Tú?

Uwe mantuvo la pose chulesca, pero sin risas fanfarronas porque había visto un brillo demencial en las pupilas verdes del escultor. Pensó que subestimarle más era arriesgar demasiado.

—Mantente alejado de ella y de esta casa o no respondo de mis actos —le dijo Carlos despacio—. Que sea la última vez que apareces por aquí y la última vez que te diriges a mí. En

cuanto hayáis firmado el divorcio desaparecerás de nuestras vidas o convertiré la tuya en un infierno, no es una amenaza. Tú sí que no me conoces ni sabes de lo que sería capaz como le pase algo.

Uwe no era tonto, y decidió que no merecía la pena seguir tensando un hilo que no le conduciría a nada bueno tras comprobar que Olatz no estaba ahí —de haber estado sin lugar a dudas habría dado la cara— y que el escultor no tenía la más remota intención de facilitarle las cosas. Salió disparado hacia su elegante BMW, lo arrancó con eficaz rapidez y puso distancia, pensando en otro método infalible que le garantizase localizar a Olatz: asustar a sus protectores padres.

En el interior del taller, Carlos comprendió que le sería imposible continuar trabajando. Llamó a *Hard*, que acudió raudo al intuir dónde iría, y se dirigió a la playa andando a paso ligero en busca de aplacarse.

La hosca brisa había asolado el paraje, nadie por los alrededores. Se sentó en la arena con la espalda apoyada en las rocas, relajado, cruzando las piernas mientras el perro perseguía gaviotas en la orilla, y cerró los ojos. Aspiraba la serenidad de la naturaleza virulenta, implacable e indómita como la belleza cautivadora de algo tremendamente peligroso.

Fue tan enorme la relajación que sintió, el cansancio acumulado después de tantas noches en vela, que se quedó dormido sin acordarse de la agresiva visita de Uwe ni de su comportamiento a la par.

Despertó cuando el perro empezó a empujarle con el hocico, ya en pleno ocaso del sol. Estremecido por la humedad, se estiró al ponerse en pie. Era la primera vez que se dormía en la playa, curiosamente tras una discusión. Tocó cariñoso el lomo del perro, luego le palpó la cicatriz de la barriga haciéndole cosquillas y, de buen humor, le preguntó por Olatz. Habría mantenido una charla con él acerca de la bondad del sueño gracias a la indeseada discusión, pero se decantó por ella porque le parecía extraordinario cómo el animal reaccionaba solo al escuchar su nombre. Primero orientaba las orejas creyendo que la detectaría, la buscaba nervioso, hasta acabar lloriqueando yendo a su encuentro.

—¿La echas de menos, verdad?

Capítulo 28

CARLOS ESCRUTÓ EL rostro de rasgos delicados de la figura buscando imperfecciones. En el taller reinaba un silencio inspirador cuando ya había oscurecido el cielo y un abismo de estrellas despuntaban en soledad. La temperatura agradable y su afán de aprovechar el insomnio le dejaban creer que la ausencia de Olatz tenía algún aspecto positivo porque concentrado en el trabajo no pensaba en ella ni tampoco se acordaba del feo vaticinio de Uwe. Vaticinio absurdo que al escucharlo no le produjo ningún malestar y sin embargo conforme la noche había avanzado le oprimía las entrañas porque en su interior deseaba ser padre aunque no se lo hubiera planteado a corto plazo. La rotundidad de Uwe sugería que Olatz no podía tener hijos, y era un pensamiento que concordaba con las evasivas, o breves alusiones, de ella acerca de un aborto al principio de su matrimonio. Él era tan respetuoso con su intimidad como ella. No indagó, haciéndole un guiño de confianza con intención de darle a entender que estaban unidos por unos sentimientos capaces de aligerar todo el dolor cargado a sus espaldas durante años de infelicidad, convencido de que el tiempo les ayudaría a revelarse sus secretos cómo y cuándo ellos decidieran compartirlos. Cuando llegara el momento, sin presiones ni miedo a perderse, ya estarían convencidos de ser fundamentales el uno para el otro.

El sonido de sus tripas le llevó a mirar la hora en el móvil, la una. Decidió ir a la cocina para prepararse algo de cenar. *Hard* dejó la comodidad de su cama en el porche de manera automática dispuesto a acompañarlo. Sacó de la nevera el plato en el que guardó el resto de la tortilla de patatas del mediodía, llenó un vaso de agua del grifo y empezó a comer de pie en la encimera de piedra. Tenía prisa por terminar y seguir trabajando, entusiasmado al ver sus progresos. Notó de repente la vibración del móvil en el bolsillo del pantalón, y se quedó rígido. Las malas noticias solían llegar a horas intempestivas, de manera súbita.

Saludó a Olatz dulcemente, relajado tras advertir que había vuelto a dejarse llevar por sus miedos. Incluso simpático cuando ella predijo sus largas vigiliass nocturnas.

—Me alegro, cariño —comentó con dulzura después de escuchar que su padre estaba demostrando mucha entereza pese a un pronóstico de vida limitado a semanas o pocos meses—. ¿Y tú cómo estás?

—Dentro de la tristeza, cansada y hasta contenta. Hoy he ido con mis amigas a tomar unos pinchos —comentó, sin intención de añadir que había estado vomitando porque la comida le sentó fatal—, hacía dos años que no las veía...

—No me lo digas como una justificación, es sano que te distraigas con tus amistades.

Carlos no pudo evitar un leve reproche, que ella captó por su silencio.

—¿Por qué me da la impresión de que estás molesto?

—Me dijiste que la reunión se había atrasado y no es verdad, he tenido el gran honor de enterarme en persona esta tarde.

—¿Uwe ha estado ahí?

—Sí, y de un humor de perros.

—¿Habéis discutido?

Carlos bufó antes de responder:

—No —mintió—, pero deberías haberle avisado.

—Lo intenté, tenía el móvil fuera de cobertura y luego se me pasó con el ajetreo del hospital.

—Ese tipo de cosas no se olvidan, no intentes convencerme.

—Puedes pensar de mí lo que quieras; estoy acostumbrada a confundir a la gente —le dijo a la defensiva.

—Gracias por darme libertad y por tratarme como a alguien cualquiera, acabas de demostrarme cuánto te importo. Dale recuerdos de mi parte a tu familia, y cuídate mucho. Ya hablaremos cuando vuelvas. Hasta luego, cariño.

Carlos se sentía menospreciado, soltó el móvil en la encimera de la cocina y resopló con el corazón latiéndole a mil por hora. En menos de un minuto, Olatz estaba arrepentida de sus palabras y lo llamó.

—No ha sido mi intención hablarte mal, perdóname. Sabes que cuando Uwe planea por mi cabeza digo cosas que no siento.

—Saber algo no significa aceptarlo, Olatz. No me gusta que me hables como si no te importara o no te comprendiera, ni me hace ninguna gracia enterarme por terceras personas de algo que nos afecta a los dos.

—Lo entiendo, pero entiende tú que me haya sentado mal que me dijeras que estaba intentando engañarte sin darme la oportunidad de explicarme.

—Olvidar esa reunión es poco creíble.

—No la olvidé, te he dicho que lo llamé y que después se me pasó porque no paro en todo el día. Además, que no se haga el ofendido cuando me ha ocultado deudas que me afectaban directamente y llevo meses intentando llegar a un acuerdo. Lo siento por ti, cariño, porque no te mereces tragarte nuestros problemas y has sido mi apoyo en todo este follón, pero con la circunstancia que tengo ahora, si tiene que esperar, no va a remorderme la conciencia.

Carlos concluyó que no estaba equivocado al sospechar el propósito de ella, pretendía desquiciar a Uwe para devolverle el trato recibido por su parte. ¿Era insano?, sin duda; ¿vengativo?, quizá; ¿censurable?, nunca.

—Quédate tranquila —le habló ya sin atisbo de enfado—, y descansa lo que puedas —agregó protector aun con la mala saña del alemán presente, empujándolo a preguntarle si tomaba pastillas para dormir. No se dejó llevar por ese impulso, no le concedería el poder de hacerlo dudar. Por alejarlo de su cabeza desvió la charla hacia otra persona merecedora de atención—. ¿Cómo lo llevas con tu madre?

—Bien, está contenta por tenerme aquí y porque cree que mi padre se recuperará. No quiere asimilar que tiene un cáncer de próstata metastásico que se le ha extendido a los huesos, que es incurable ni que el tratamiento paliativo es solo para retrasar la aparición de otros síntomas y para mitigarle el dolor... Ve solo lo que quiere ver.

Carlos no se atrevió a averiguar qué pensaba la mujer de él, podía suponerlo sin hacer un ejercicio arduo con la imaginación.

—Cada persona afronta las situaciones adversas de una forma —comentó de pasada, evitando el tema que le inquietaba y había intuido en el desánimo de Olatz—. Tener esperanza le ayudará a sobrellevarlo.

—No sé..., o puede confundirla de tal manera que pierda el norte por completo.

Esta vez, Carlos no pudo quedarse con la duda:

—¿Te refieres a que esté haciéndose ilusiones sobre tu retorno a casa?

—Sí —rio—, el regreso de la hija pródiga; la ilusión recurrente de su vida... Imagina cómo se ha tomado el divorcio... No pierde ocasión en volver a la carga.

—Si te echa de menos la mitad que yo, no se lo reprocho —comentó con una sonrisa afligida—, la comprendo perfectamente; es muy duro tenerte tan lejos...

—¿No estarás haciéndome chantaje emocional, verdad?

Carlos soltó una exclamación jocosa.

—Para nada, es lo que siento. No puedo ni pretendo evitarlo; me gusta estar enamorado de ti.

Olatz tragó saliva, emocionada.

—Y a mí de ti. En estos cuatro días me he dado cuenta de lo mucho que me he acostumbrado a estar contigo. ¿Sabes que echo más de menos?

—Me hago una idea bastante gráfica, hasta me aventuraría a decirte dónde lo echas de menos.

—¿Disculpa? Creo que tu creatividad se está disparando en la dirección equivocada. No es nada sexual.

—Soy todo oídos, sorpréndeme.

—Nuestros desayunos en el jardín con el pan recién hecho, el café, las vistas de la playa... No sabes el frío que hace aquí. ¿Recuerdas cuando te dije que echaba de menos el invierno?

—Perfectamente, fue durante los días que pasamos en el Parador del Teide.

—Pues he descubierto que era una idealización. Prefiero mil veces la eterna primavera a estas temperaturas.

—Deseamos lo que no tenemos y no sabemos valorar lo que tenemos, es algo consustancial al ser humano, somos impulsivos y caprichosos por naturaleza. No eres ninguna excepción aunque para mí seas perfecta.

—No eres objetivo, pero lo acepto porque te amo.

Entre bromas, fluidamente, encontraron una senda en la noche cerrada por donde transitar sin miedos. Mientras hablaban eran felices. Pasó casi una hora sin distancia, tristeza o inquietudes hasta que se despidieron lamentándose por la miserable separación, la angustiada incertidumbre de la enfermedad y los problemas del divorcio. Todo volvió a ellos con impetuosa rapidez, densamente.

Capítulo 29

ATENTO A LA PUERTA por donde salían los pasajeros, Carlos aguardaba en el aeropuerto de Los Rodeos. Al ser la primera vez que iba a esperar a alguien, le estaba resultando entretenido fijarse en las expresiones de la gente. El abanico de emociones era variado pero estable entre la alegría y la conformidad sin estridencias. Mirando distraído a las dos azafatas que pasaron ante él, recordó a Nathalie con un ligero remordimiento de conciencia. Fue una breve contrición.

En cuanto apareció Olatz se le quedó la mente en blanco. No por su presencia arrebatadora con el vestido que llevaba, sino por el modo en que le sonrió. Esa sonrisa alegre brilló en el azul puro de sus ojos.

Carlos la abrazó como una espiral sofocante. Luego le dio un beso discreto en los labios.

—Necesito creer que estás aquí.

Olatz levantó la mirada, dejó de oír el estruendo del corazón de él para acariciar con ternura su rostro de ángulos regulares, de hermosos rasgos masculinos cubiertos por la sombra de la espesa barba que le otorgaba mayor atractivo a sus ojos, y le habló en un susurro:

—Llévame a casa para que te demuestre lo que yo también me alegro de verte.

Ella supo escoger con precisión las palabras justas, las más útiles cuando solo deseaba volver al recóndito paraíso donde era tremendamente feliz. Salieron del aeropuerto con el sol apagándose en el horizonte, roto por matices violetas, dorados fulgurantes y sólidos grises aferrados al océano.

Carlos se interesó durante el recorrido hasta la finca por el estado de su padre, de momento parecía aceptar el tratamiento. Eludió mencionar las aspiraciones de su madre y nada relativo al divorcio con idea de no nublar el ambiente mágico que envolvía la complicidad de ese ansiado reencuentro.

Al desviarse hacia el camino de tierra, el rostro de Olatz volvió a cambiar. Si hasta ese entonces indicaba relajación, en aquel preciso momento mostró una felicidad absoluta. No se dio cuenta de que la extendía a él.

Un gesto tan sencillo como reír recibiendo la fervorosa bienvenida del perro fue lo más bonito que Carlos había sentido en mucho tiempo. Olatz entró en la casa como si fuese la primera vez que lo hacía, sus ojos curiosos recorrieron el espléndido salón con un brillo tan luminoso que él guardó silencio a la expectativa. En pocos segundos llegaría alguna observación, podía oír sus pensamientos, y estaba pletórico porque al fin ella percibiera como propio el hogar que él tantas veces había soñado.

—¿Qué...? —Olatz se acercó a él, intrigada por su expresión absorta, y le rodeó la cintura con los brazos sin perder la sonrisa—. ¿Se te ha comido la lengua el gato?

—Estoy esperando que me digas lo que cambiarías.

—¿Cambiar? —le preguntó confusa. No tardó en descifrar su gesto contenido—. Todo me parece perfecto, por los materiales, la originalidad de los diseños, la artesanía de los detalles. No tengo intención de cambiar nada, no insistas porque no voy a hacerlo.

—Quiero que lo hagas —murmuró al inclinar la cabeza con sus labios como claros objetivos—. Esta es tu casa, eres la dueña, haz y deshaz como te plazca, mientras mantengas los dorados alejados y no te dé por recargar con muebles de serie, no me preguntes. Evita también los papeles pintados que ahora están tan de moda y los carriles con focos, me dan grima.

—¿Y me estás diciendo con toda tu tranquilidad que no te pregunte?

—Con estas premisas, confío por completo en tu criterio.

—Eres un maniático del orden, imposible con tus conceptos artísticos... ¿De verdad crees que podrás mantenerte al margen?

—Ponme a prueba, no sabes de lo que soy capaz cuando algo me interesa.

Olatz se pegó a él con la plena conciencia de que sintiera el roce de sus pechos.

—¿Y cuánto te interesaría ahora mismo hacerme el amor?

Las manos de Carlos fueron ciclones, apretaron sus nalgas con tanta fuerza que quedó presa entre ellas y la erección que le abultaba la bragueta de los viejos vaqueros que llevaba. No hubo respuesta. A partir de ese instante lograron fundirse en el interior de sus debilidades, en sabores añorados. La adicción a sus esencias era insaciable, sensual como la penumbra del dormitorio que recreaba sombras en las paredes desnudas.

A Carlos no le supuso ningún problema que la impaciencia se regodeara en la desesperación de ir soltando prendas camino de la cama, pistas del deseo condenadas a liberarlos del calor. Ardieron en una fastuosa hoguera cual hierro incandescente, hasta convertirse en dos seres tan fatigados como intrépidos. Después, cuando la penumbra recreaba en las paredes las sombras de las palmeras de forma siniestra, Olatz buscó amoldarse entre músculos esculpidos en un tono aceituna que contrastaba con la palidez de su piel. Estaban hechos a medida.

—Tengo que reconocerlo —empezó diciéndole—, eres el gran amor de mi vida. Estoy completamente segura porque lo que siento cuando me amas es incomparable a nada que haya sentido antes.

—¿Solo cuando hacemos el amor? —preguntó con una pizca de orgullo varonil, paseando la mano por su espalda cadenciosamente de arriba abajo—. ¿No cuando estamos en silencio contemplando la playa? ¿O cuando cocinamos juntos? ¿O cuando estamos separados y no dejamos de pensar el uno en el otro? Porque te amo de muchas maneras...

—Me refería a todas esas maneras y a las que aún no hemos descubierto.

—Ahora tendremos más tiempo para ir descubriéndolas, solo te pido un poco de paciencia conmigo porque vas a ser la primera mujer con la que conviva.

—Te digo lo mismo. Cada uno tendrá que transigir manías o ceder para que tengamos nuestro espacio, pero como llevamos bastante adelantado porque casi hemos vivido juntos desde que volvimos de las vacaciones de Navidad, si te soy sincera, no me preocupa lo más mínimo. Más me preocupa decidir qué voy a hacer laboralmente... Había pensado montar mi propio estudio de fotografía en el Puerto, pero le he dado muchas vueltas y no me veo esperando o buscando clientes para que los fotografíe en poses más que trilladas... Me gustaría hacer más trabajos como el que hice para ti, ya sea para artistas o para publicidad de productos. ¿Qué te parece?

—Artísticamente hablando creo que te sería más gratificante la publicidad. Egoístamente, no me gusta porque aquí tienes muy limitadas las salidas y para tener clientes tendrías que ir a la península.

—Tú has estado yendo a Bath a por tus apreciadas calizas durante mucho tiempo...

—No compares, iba directo a la cantera y nunca estaba fuera ni un día completo.

—Tengo que pensarlo bien...

—Escúchame con atención —le dijo, sujetándole la barbilla—, vas a tener solvencia económica, que era algo que te preocupaba bastante; me tienes a tu lado decidas lo que decidas, cuándo, cómo y dónde te apetezca ejercer. Debes decidir con el corazón si de verdad quieres dedicarte a algo que te llene, olvídate de rentabilidades, modas o cualquier variable que no implique disfrutar a largo plazo. Tómame el tiempo que necesites para decidirlo, ahora tienes que centrarte en otras cosas.

—Pronto tendré que volver a San Sebastián... Me gustaría que vinieras conmigo.

Carlos arrimó los labios a la boca sonrosada que atrapaba sus ojos a pesar de la oscuridad. El brillo de su saliva lo guiaba directo a ella.

—No te dejaré ir sola —le susurró—. Aunque no me lo hubieses pedido, habría ido.

—No te fías mucho de mi madre, ¿verdad?

—No la conozco, solo conozco lo poco que me has contado de ella... Pero tampoco me preocupa, a partir de hoy algunas cosas han dejado de preocuparme —contó animoso. Notó cómo Olatz se estremecía y bostezaba, y buscó darle más calor—. Si estás cansada, duérmete.

—¿Vas a trabajar mientras duermo?

—No, tengo una tarea mejor: contemplarte.

—Deberías dormir más —le dijo en un tono serio—, no sé cómo no te caes redondo mientras trabajas, porque encima haces mucho ejercicio físico.

—Me muevo más contigo —intercedió simpático.

—No estoy bromeando, cariño. Un día sin dormir vale, dos también, pero por sistema no es bueno; el cerebro necesita descansar. ¿Has probado tomarte alguna pastilla?

Al escucharla, Carlos vio la oportunidad perfecta para indagar en sus hábitos, desconocidos para él porque ahí ella solía dormir la noche entera del tirón. De paso comprobaba si Uwe podía estar en lo cierto.

—Hace muchos años, el médico me mandó un relajante para dormir —contó, obviaría que fue el médico de prisión quien tuvo a bien recetarle las pastillas—, pero las dejé cuando estuve en Florencia estudiando, allí descubrí que me gustaba trabajar por la noche...

—Pues a tus vecinos debía hacerles una gracia bárbara...

Carlos sonrió sin despegar los labios.

—Eran mis horas de creatividad, cuando bocetaba y decidía las composiciones y los materiales. ¿Tú tomas o has tomado pastillas para dormir?

—Si estoy más nerviosa de la cuenta, sí. Me las receta el médico —aclaró de forma ingenua.

—¿Estando conmigo las tomas?

—Por ahora no. Sé que odias las drogas y cualquier cosa que te las recuerde —comentó al malinterpretar la insistencia de él—, pero no estoy cometiendo ningún delito al pretender descansar por las noches.

—Nadie ha dicho que lo estés cometiendo.

—Menos mal, porque me ha dado esa impresión. ¿Quieres probar una esta noche?

—No, gracias; mi plan me convence más. —Carlos suavizó el tono al comprender que Uwe había exagerado para asustarle—. Así que duérmete ya, estoy impaciente por observarte.

—Con la condición de que mañana no madrugues.

—Acepto, te encargas tú del perro y de recoger el pan.

Capítulo 30

EL CANTO DEL GALLO anónimo, porque Olatz nunca lo había visto y no lo ubicaba en la finca del vecino, la despertó de manera brusca. La evanescente claridad traspasaba por la ventana del dormitorio. Apenas era el débil anuncio del alba, pero le bastó para dejar la cama con la ilusión de preparar un desayuno a la altura del recibimiento que le había dado su adonis noctámbulo. En aquel momento, dormía entregado al descanso.

En unos minutos salió del baño vestida con una camiseta negra de mangas largas, vaqueros desgastados y chancas, tan sencilla como los planes previstos para ese día invernal donde las temperaturas alcanzarían los veinte grados. Aún no se apreciaba rastro de tanta benevolencia. Al salir a ponerle la comida al perro pudo comprobarlo, soplaba un aire agresivo. La sensación de frialdad era disuasoria, tiritaba en el jardín. Aun así no había podido pasar por alto asomarse a la linde para contemplar la virulencia de la naturaleza en estado endemoniado.

José el panadero llegó con prisas, pero tuvo la delicadeza de preguntarle por la salud de su padre y, destilando sorna, que no le molestó al advertir el buen tono, le agradeció que hubiese vuelto por el bienestar físico de Carlos.

—Cuando he llegado, todos los días ha salido del taller —le contó—. No me lo ha reconocido, pero estoy seguro de que se ha pasado las noches trabajando como un loco.

—¿Te ha dejado ver las obras?

—Qué va. La serie anterior sí me dejó verla, pero esta nueva la guarda con un secretismo absoluto. A saber qué estará haciendo cuando no quiere enseñarla.

Olatz esgrimió una sonrisa, sin intención de añadir nada más.

—Los artistas son pudorosos, no se lo tengas en cuenta.

Carlos escuchó la conversación confundido al acabar de despertarse. Tenía el ánimo justo para abandonar la cama, muy justo después de haber dormido unas escasas tres horas. Mirando el techo, mientras el sonido del motor de la furgoneta se dispersaba en la distancia, oía a Olatz hablar con el perro al tiempo que preparaba el desayuno.

Ella creyó filtrar sonidos en el dormitorio, encaminó sus sigilosos pasos hasta allí y pegó la oreja en la puerta para cerciorarse.

—Deja de espiarme —soltó Carlos en cuanto la percibió al otro lado de la puerta—, estoy despierto desde hace un rato.

Olatz estaba asombrada por el afinamiento de sus oídos, abrió la puerta y se asomó para hallarlo sentado en la cama. Estaba tapado hasta la cintura por la sábana, observándola sin disimular la diversión en su mirada aun somnolienta. Toda esa actitud reflejaba una relajación completa.

—He intentado no hacer ruido, cariño, pero a la vista está que no lo he conseguido —le dijo, sentándose en el borde la cama antes de darle un beso en la boca—. No quería que te despertases tan temprano.

—No te preocupes, he descansado bastante —comentó al obligarla con los brazos a reclinarsse encima de él—. ¿Qué es lo que José no debe tenerme en cuenta?

—¿Quién espía más a quién? —preguntó, acariciándole el pecho ensortijado de oscuro vello rizado.

—Lo he escuchado porque no habéis hablado precisamente en susurros, lo tuyo, en cambio, ha sido un acto de vil espionaje.

Los ojos de ella, ya muy abiertos, parecían luchar por no salirse de las órbitas. Carlos careció de voluntad para salir de la atracción de esas tonalidades azules. Olatz, que lo observaba fijamente, intuía su ausencia. No era la primera vez que presenciaba algo así. En varias ocasiones había visto cómo se quedaba inmóvil, con las pupilas suspendidas en un punto abstracto como si su cerebro desconectara.

—¿En qué piensas?

Olatz tuvo que darle una suave palmada en la mano para que volviera a la realidad.

—En nada... —contestó tras parpadear, mostrando una sonrisa. No podía contarle que había tenido una gran idea inspirada por sus ojos—. ¿Qué quieres hacer hoy?

—Lo primero, desayunar, aunque sea en la cocina porque hace mucho viento; después, llamaré a mi madre, a Uwe para decirle que acuerde con su abogado otra reunión y poco más... ¿Y tú?

Carlos resiguió el contorno del óvalo femenino con el dedo índice sin pronunciar una palabra, el lenguaje de su gesto y la mirada que le dirigía eran suficientes para entender cómo deseaba pasar aquel desapacible día. Después de las traicioneras sospechas incitadas por el temor a perderla, de los remordimientos por la cobardía de no haberle contado el porqué de su final con Ellie, de los fantasmas que le perseguían en la oscuridad de sus tenebrosos pensamientos, después de todo, solo se moría por sentir el amor de la bella compañera que encontró para salvarlo.

—No te imaginas lo que daría por echar la vista atrás y descubrirte a mi lado —le dijo al notar que ella estaba intentando comprender su silencio—; habría tenido una vida más fácil.

—Eso es cuestionable, no soy panacea de nada —murmuró reflexiva ante ese cambio de actitud tan palpable. Lo había embargado la tristeza en un abrir y cerrar de ojos, como si algún mecanismo de su mente tuviera el resorte para activarla en cualquier instante—. Ya te he dicho que nosotros hemos coincidido cuando teníamos que coincidir; pensar otra cosa o arrepentirse por lo que hiciéramos antes de conocernos es absurdo. Ahora estoy a tu lado y voy a estarlo siempre —anunció sin vacilar—. Cuéntame lo que te avergüenza de tu pasado —sugirió con ternura, creyendo que hasta descargar su conciencia no podría liberarse de ese tormento que se intensificaba conforme más se unían—. Te escucharé sin juzgarte, lo prometo.

Carlos bajó los párpados, impidiendo que sus pupilas lo delataran más, meneando la cabeza en una lenta negación.

—No estoy preparado —reconoció afrontando sus ojos—, otro día.

—Siempre dices lo mismo, pero ese día nunca llega. No quieres admitir que hablar puede ayudarte, ayudarnos —aclaró—. ¿Tan malo es?

Responder a eso no fue posible para él.

—Otro día, cariño —rogó obstinado. Pese a repetirse, no escarbaría en su memoria aquella mañana, no, se negaba a sincerarse cuando lo único que mitigaba su conciencia estaba con él. Olatz parecía reacia, impávida a algo que intuía importante, y cambió el tono para convencerla—. Déjame que hoy dedique mi tiempo a devolverte la felicidad que me das. —Unas sutiles caricias en los brazos ayudaron a que ella se ablandara—. Por favor...

—No soporto cuando te pones así, te aprovechas de mi vulnerabilidad.

Carlos paseó los ojos por sus facciones serenas, elegantes, acercó los labios a su frente y le dio un beso de respetuosa gratitud.

—¿Desayunamos y damos un paseo por la playa?

—Sí, pero esto queda pendiente.

—Por poco tiempo, te lo prometo.

Olatz se puso en pie y volvió la cabeza para encarar sus ojos.

—No me gustaría que hubiera secretos entre nosotros, Carlos. Solo te pido que confíes en mí como yo he confiado en ti.

—Lo haré, es justo —admitió al dejar la cama y empezar a ponerse unos bóxers negros.

—Eso espero.

Carlos percibió la seriedad de su voz; no escaparía de confesarse aunque firmara la peor de las sentencias. Pudo distinguir en las tonalidades azules de sus ojos el brillo de la obstinación. La observó durante un largo momento y empezó a mostrarle una sonrisa.

—No me lo tengas en cuenta... Aplica lo que le has pedido a José.

—Con José hablaba de tu pudor a no enseñar tus obras, no a otra clase de pudores. Te has perdido el principio de la conversación...

Carlos la sujetó por la cintura deteniéndole el paso.

—A ti no me importa enseñártelas...

Ella arqueó las cejas, asombrada por esa desvergüenza, llevaba semanas sin poder acercarse al taller.

—Eres un embaucador —le dijo al verle la intención de besarla.

—No —negó sonriendo, en un susurro grave y con la boca tan cerca de la de ella que apenas le veía los ojos—, soy un hombre enamorado que valora lo que tiene.

Capítulo 31

A LAS OCHO DE la mañana del miércoles 31 de enero, Olatz estaba en el baño después de vestirse con exquisitez para la reunión que iba a cambiarle la vida. Había escogido una falda larga, ajustada y en tono fucsia; camisa de seda roja con detalles fucsia en los puños; un pañuelo de cuadros escoceses anudado en el cuello, y tacones de ante azul marino. Toda ella era una oda al color, a la alegría de liberarse sin perder la elegancia de unas prendas atemporales de Prada. Le llevó más de una hora arreglarse el cabello, suelto y peinado en una melena sobria, se había maquillado con naturalidad y, el toque final, exclusivo para su nuevo exmarido, nebulizarse en Si de Armani. Mientras se ponía los aros de oro blanco en las orejas, de un diámetro y peso considerables, sonreía a la imagen que le estaba devolviendo el espejo. Encontró a una mujer empoderada, dispuesta a los pies del acantilado para elevar el vuelo.

Cuando Rodrigo Castellanos, el abogado amigo de Charles Manley, la avisó en un escueto mensaje que la esperaba en la carretera, salió de la casa acortando sobre el mullido césped la distancia hasta el taller. Apareció en el portón sin traspasarlo porque no pretendía que Carlos volviera a insistir en acompañarla. Lo vio al fondo, de espaldas trabajando en una piedra de basalto.

—Cariño, me voy ya. Rodrigo está esperándome —anunció elevando la voz. Carlos se giró, todavía con cara de pocos amigos, y le dio un repaso breve a su cuerpo—. Te llamo cuando termine.

—Aquí estaré...

Olatz no permitió que le contagiara la frustración, asíó fuerte el bolso de mano donde llevaba una carpeta con documentos y, al ver cómo él la ignoraba buscando una herramienta, se dirigió a la verja intentando ajustar sus pasos a la calma que necesitaba para acabar de una vez el peor capítulo de su vida.

En el trayecto a Santa Cruz, Rodrigo le iba dando algunas pautas para responder a las posibles preguntas del juez. La tranquilizó diciéndole que al haber llegado a un acuerdo, y sin hijos sobre quienes dirimir asuntos más delicados, el juez se centraría en el convenio regulador y en que la sociedad de bienes gananciales quedara claramente disuelta. El hombre, que rondaba la edad de jubilación, además de contar con una extensa carrera en pleitos parecidos a ese, tenía una apariencia intimidatoria —estatura elevada y facciones más propias de un boxeador que de reputado abogado—, un don inigualable para la negociación y cortesía algo añeja que ella valoraba como caballerosos buenos modales.

—Deja de darle vueltas a lo mismo —añadió Rodrigo en tono paternal, desviando sus ojos oscuros hacia ella—, no habrá sorpresas delante del juez. El compromiso de venta era lo más difícil que aceptaran y lo han hecho —comentó, refiriéndose a Uwe y a su padre.

—¿Conoces al notario?

—Sí, y estaba delante cuando lo firmaron. Hazme caso, Olatz. A estas alturas, los más interesados en que hoy se termine son ellos. Sobre todo, a quien más le interesa es a tu suegro por

estar avalando con su patrimonio el levantamiento de los embargos.

—Estoy segura de que ya habrá puesto a trabajar a media oficina para buscarles compradores.

—Eso es bueno para ti. Les hemos dado un año para formalizar las ventas. Cuanto antes vendan, antes cobrarás.

—Solo espero que no las malvendan para fastidiarme.

Rodrigo arrugó el rostro, entre la enorme nariz medio doblada y el bronceado de su piel, adquirió una expresión parecida a la de un cascarón de nuez que a Olatz le resultó graciosa.

—Conozco a Klaus Böhm desde hace treinta años, y apuesto el cuello a que sacará beneficio de las ventas. Un negocio como el suyo no llega al nivel que él ha conseguido con fruslerías, tú mejor que nadie deberías saberlo. Es un especulador, un vendedor de sueños a precios astronómicos. Vuestras viviendas están en las zonas más exclusivas del Puerto y de Costa Adeje, corrígeme si no fueron promociones de él...

—Cierto. ¿Pero y si parte de las ventas no se declaran? Teóricamente voy a recibir el cincuenta por ciento del precio escriturado, pero sé cómo se suele trapichear para pagar menos impuestos.

—Tenemos las tasaciones de las viviendas, no se escriturará por menos. Ellos tienen clara nuestra cifra, y tú olvidas que tendrás que firmar las ventas con Uwe. Si deciden cobrar alguna parte en negro será su problema, ahí no vamos a entrar a no ser que tengamos pruebas y quieras denunciarlo.

—Si lo hiciera, esta guerra no terminaría nunca.

—Mi consejo es que cojas tu parte lo antes posible y te olvides de ello. Sé feliz con Carlos, se merece un poco de paz después de todo lo que ha pasado.

Olatz mostró una ligera sonrisa. Tuvo curiosidad por averiguar algo más sobre lo que aún no se había atrevido a contarle a pesar de su promesa de hacerlo pronto.

—Cuando dices que se merece un poco de paz, ¿hablas de que lo pasó muy mal con el divorcio de sus padres?

Rodrigo no apartó los ojos de la carretera, recorrían en aquel momento el centro de Santa Cruz de Tenerife y el tráfico era un caos frenético. Eso le sirvió de excusa para pensar qué responderle cuando había interpretado que ella ignoraba el drama de sus amigos. Mentalmente le reprochó a Carlos no habérselo advertido, por fuera dibujó una sonrisa parca.

—Charles lo llevó peor —dijo al cabo de un largo silencio.

Olatz intuyó que el abogado tampoco salió indemne.

—Debió ser difícil para todos —comentó tolerante, con la consideración de no hurgar en viejas heridas—. Algunas situaciones duelen más por lo que arrastran que por su propio daño.

—Con el paso del tiempo comprendí a Alicia —admitió refiriéndose a la madre de Carlos—, no es sano vivir con alguien que no te hace feliz. Imagino que tú ahora también la entiendes.

—Pensaba que se marchó porque no quería ser madre.

Rodrigo guardó silencio un instante, de nuevo ganando tiempo.

—Era una mujer muy independiente, bohemia...

—Eso es comprensible, Rodrigo. Lo que no me lo parece es su comportamiento después del divorcio. Como mujer lo veo contra natura.

—A veces todo se oscurece tanto que se toman decisiones precipitadas con el único propósito de castigar. Charles no le dejó otra opción a cambio de ser libre, luego él y Carlos terminaron pagándolo. Nunca sabremos si con Alicia ellos hubiesen podido evitar las vicisitudes que les tocaron en gracia, pero que su ausencia contribuyó a que Carlos se descarriara es incuestionable. Charles no estaba acostumbrado a estar con él... Pensó que volviendo a Inglaterra borraría a

Alicia de sus vidas, pero no calibró bien el desastre al que se enfrentaba.

—Carlos nunca habla de esa etapa, ni de su madre. No quiere saber nada de ella.

—Ha tenido que superar muchas cosas. Entre ellas, la cizaña de su padre contra Alicia.

Olatz asintió, pensativa, recordando la voz desdeñosa de Carlos mientras le contaba que su madre lo tuvo por contentar a su padre y que no miró atrás cuando los abandonó por otro hombre.

Sin más finalidad que alejar la nostalgia de la conversación, le preguntó:

—¿Cómo era Carlos de pequeño?

—Extrovertido, cariñoso..., un desastre dislocado lleno de lamparones; disfrutaba ensuciándose.

—En eso no ha cambiado mucho —comentó jocosa.

—Con el trabajo que tiene es lógico —convino Rodrigo, hizo una breve pausa porque su memoria le hizo evocar más tiempos pasados, y volvió a hablar sin ocultar el deje melancólico—. Me da pena que Alicia y Charles no hayan visto su faceta artística, creo que les habría emocionado.

—Esa es la característica más marcada de su obra, al menos para...

Olatz no terminó la frase. Acababa de ver a Uwe entrar con su padre en el Palacio de Justicia.

—Respira hondo —le dijo Rodrigo al darse cuenta—. No dejes que te intimiden ni entres en provocaciones mientras estemos con el juez. Si tampoco lo haces cuando terminemos, mejor que mejor.

Capítulo 32

TRAS SALUDARSE con frialdad, esperaron al juez frente a la puerta de su despacho. De manera estudiada, Olatz se centró en hablar por lo bajo con Rodrigo tal y como estaba haciéndolo Uwe con su padre. De vez en cuando el alemán miraba el costoso reloj que lucía en la muñeca izquierda. Tanto él como su padre habían cuidado su imagen intentando transmitir formalidad y solvencia económica.

El abogado de Uwe apareció unos minutos antes de que saliera la secretaria del juez dándoles paso a una estancia oscura, rodeada de estanterías con volúmenes de tomos anchos y temas jurídicos. El juez era un hombre de mediana edad, con apariencia enérgica y de trato seco, les ofreció asiento en la mesa aconsejándoles sentarse al lado de sus abogados y no vaciló al instar cortésmente a Klaus para que abandonara el despacho. Al salir, cruzó una mirada helada con Uwe. Olatz había visto antes esa mirada, la advertencia de una amenaza cerniéndose sobre él.

En unos minutos el juez empezó a leer el convenio regulador como un notario desprovisto de interés. Sin embargo, Olatz tenía los cinco sentidos puestos en su voz. Era consciente de que esas palabras iban a determinar su futuro. Escuchó que las deudas eran privativas de Uwe, que se habían iniciado los trámites para liberar los embargos y que obtendría la mitad escriturada de las ventas de las propiedades, todo ello firmado ante notario, tal cual esperaba.

A la hora de firmar, Olatz no miró a Uwe. Podía notar la atmósfera enrarecida, los movimientos agresivos aunque intentara disimular. No le haría ninguna recriminación, indiferencia total para quien se había ganado a pulso su eterna repugnancia. Firmó sin titubeos, plenamente consecuente con las aspiraciones que le daban alas para creer que ese era el instante más valioso de sus últimos años.

Salió del despacho delante de Rodrigo, que amablemente departía con el abogado de Uwe, y miró a Klaus un breve segundo. Sintió pena al advertir en sus ojos un destello de odio. No quiso exponerse a críticas y se distanció unos metros por no coincidir con Uwe. Al cabo de un momento, eterno, tedioso como soportar el lento paso de las agujas del reloj con la mente brincando en otro sitio, echó mano al bolso para llamar a su madre. Camino de vuelta pensaba hablar con Carlos, le tranquilizaría oír que no había habido contratiempos.

—¿Ya estás dándole la noticia a tu novio? —le dijo Uwe.

—No —respondió serena, haciendo el esfuerzo de obviar su tono rabioso—. Como bien sabes, mi padre está en el hospital. Y, como bien comprenderás, no tengo que darte explicaciones de a quien llamo o dejo de llamar.

—¿Cómo sigue?

Olatz levantó un poco las cejas. Podía reprocharle que no hubiera tenido el detalle de interesarse cuando tuvo la desvergüenza de llamar a su madre haciéndose la víctima con la clara intención de ocasionarle un disgusto que pagaría ella. Tras sopesar su respuesta, contestó:

—Estable, gracias por tener la gentileza de preguntar por él.

A Uwe se le avinagró la pobre sonrisa que trataba de mostrarle.

—No me vengas con cinismo cuando has conseguido de mí lo que querías.

—¿Tú no deseabas divorciarte? —Sonrió más cínica—. Pues ya eres un hombre divorciado, los dos tenemos lo que queríamos. —Olatz observó de reojo a Klaus. Parecía participar en la charla de los abogados, pero en el fondo estaba pendiente a ellos—. Siento mucho haber implicado a tu padre, pero era la forma más rápida de terminar. Espero que seas muy feliz con tu novia actual —le dijo suavemente, enmascarando la indirecta acerca de la larga lista de mujeres que habían pasado por su vida—. Te lo deseo de todo corazón.

—Tú no tienes corazón —espetó.

—Piensa lo que quieras, yo duermo muy tranquila todas las noches. No sé si tú puedes decir lo mismo.

—Podría decirte un montón de cosas, pero voy a callarme porque no me apetece dedicarte más esfuerzos que los que ya he hecho para que me dejes en paz.

—No sabes cuánto te lo agradezco, eres un dechado de virtudes. Sigue así. Y, sobre todo, aléjate de tus malos hábitos por el hijo que vas a tener —concluyó al ver que Rodrigo empezaba a despedirse de los hombres.

—No tengas la osadía de darme lecciones de moral cuando te acuestas todos los días con un fulano que dice ser artista cuando en realidad es un asesino.

Uwe advirtió al momento que había logrado desconcertarla y esbozó una sonrisa de superioridad.

—Estás loco. Lo que no sabes es que nada de lo que me digas sobre Carlos hará que deje de ser feliz con él —replicó confiada.

—Pregúntale por qué mató a Ellie Cushing —soltó elevando el tono lo suficiente para captar la atención de Rodrigo, Klaus y el abogado—. Pregúntaselo —repitió con saña.

—Carlos sería incapaz de hacer algo así.

—No pongas la mano en el fuego por él porque te la quemarías.

—Eres un ser deleznable, capaz de inventarse cualquier cosa para hacernos daño. Asímelo, aunque te duela, somos muy felices.

—Mayo de 2003, Bath, Inglaterra. Seis años en prisión gracias a su padre. ¿No te lo había contado? Pues yo que tú, no dormiría tan tranquila.

De golpe, Olatz se quedó perpleja. Una losa de silencio cayó en aquel corredor de tonos neutros y nula calidez. Buscó a Rodrigo con la mirada, rogando en su interior que aquello fuese falso. Solo pudo hallar el abatimiento de un hombre que al clavar las pupilas en el suelo revalidaba la información.

—Lo siento —dijo Uwe—, tómatelo con deportividad. Unas veces se gana y otras se pierde, unas veces se es feliz y otras desgraciado... Intenta ser feliz, te lo deseo de todo corazón.

Rodrigo sujetó el codo de Olatz guiándola al ascensor, sacándola del sucio y feroz alcance de Uwe, que, impasible, se unió a su padre y al abogado sin prisa por abandonar el Palacio de Justicia. Tal vez porque al haber compensado con dolor su pérdida económica se enorgullecía de sí mismo.

—Llévame a la finca —dijo Olatz cuando se sentó en el coche.

—Han pasado quince años, cumplió su condena... No lo condenes otra vez.

Olatz mantuvo un instante la cabeza gacha, hasta que elevó la mirada. Enfrentó despacio los ojos de Rodrigo, como si de una película a cámara lenta se tratase o como si estuviera ida, parada en medio de una nebulosa con visos de pesadilla.

—Llévame a la finca —repitió en un murmullo.

Capítulo 33

—¿POR QUÉ NO me has avisado? —le preguntó Carlos nada más verla en la puerta del taller, dejó la maza en el suelo y se quitó los guantes.

—Porque lo que tengo que hablar contigo prefería hacerlo a la cara.

Olatz necesitaba ver su reacción para decidir qué camino escoger.

—¿Estáis divorciados ya o no?

—Sí, pero no es eso de lo que quiero hablar contigo.

Extrañado por lo severo de un semblante que debería mostrar felicidad, yendo a su encuentro, pensó que el estado de su padre hubiera empeorado.

—Habla, estás empezando a preocuparme.

—Ellie Cushing.

La voz de Olatz detuvo en seco los pasos de él.

—¿Cómo te has enterado? —le preguntó casi deletreando las palabras.

—Eso no importa.

Con un nudo en la garganta, Carlos avanzó hacia la entrada sin apartar los ojos de ella, despacio, impresionado por la tristeza.

—Escúchame...

Sin darse cuenta, a Olatz la anegaron las lágrimas.

—Solo dime que no es verdad.

—Ojalá pudiera explicarte mi verdad.

—No quiero oír tu verdad. Quiero la verdad —musitó Olatz. Sentía un aluvión de cristales cayendo sobre ella, cortándole la piel hasta las venas. No iba a consentirlo, no podía consentírselo. En vista de que Carlos parecía un espectro incapaz de articular su voz, en un tono bajo desprovisto de calidez, le dijo—. No has tenido agallas de contármelo porque eres culpable, ¿por qué voy a escuchar tu justificación ahora?

—Porque necesito aclararte lo que sucedió, no sabes cuánto me duele ver cómo estás juzgándome.

—Has tenido ocasiones de sobra y no lo has hecho...

Ella percibía su control, respetuoso, una cautela impulsada por el miedo.

—No podía..., porque me esfuerzo por olvidarlo, porque quería evitar las sospechas que te habrían alejado de mí.

—Voy a repetírtelo por última vez, quiero que me cuentes la verdad. Es algo demasiado grave para medias tintas.

Aunque se mostrara frágil, Olatz rozó el fogoso abismo de la furia al observar las tenebrosas pupilas de Carlos. Las vetas verdes en aquel momento eran parduscas, ríos de culpabilidad en descenso al averno del arrepentimiento.

—Te lo contaré cuando estés serena.

—Se me ha agotado la paciencia —aseguró, dando un paso atrás. Al sentir la mano de Carlos en el brazo, se sintió arrebatada por el impulso de protegerse—. No me toques.

—No te vayas ahora, por favor, ahora no.

Sin conmoverse por el ruego de esa voz, un lamento pidiendo clemencia, como si reconociera que era el peor momento para marcharse, como si la necesitara para tener el valor de afrontar un acto terrible, lo observó desprovista de emociones y le dijo en tono firme:

—Ya hablaremos.

Olatz dio la vuelta movida por la profunda estafa que sentía y el rechazo que le provocaba haberse enamorado de él. Los monstruos de la incompreensión rondaron por su cabeza al alejarse de la finca, sobrecogida, pensando en que había sido una ingenua al engañarse. Desde el principio percibió señales en el silencio que indicaban la pesadumbre inconfesable de un hecho nefasto. No imaginó un alcance más allá de algún problema con el alcohol, importante dada su severa abstinencia, o con su padre, en los estudios, incluso cualquier problema con la justicia como un desorden público o una detención sin más consecuencias que una multa económica. Jamás que hubiera matado a la única mujer que, según él, había amado antes que a ella. Se preguntó el porqué cuando no le había demostrado más que respeto, apoyo y una entrega vehemente. ¿Celos? No podía descartarlos porque en ese aspecto sí los vislumbró con Uwe. ¿Un accidente? Si era así, ¿por qué ocultarlo?

Atrapada en una espiral de desánimo llegó a la carretera. Le era tan difícil entender qué lo había llevado a cometer el asesinato de Ellie Cushing como asumir el peligro que había estado corriendo. En medio de todo ese dolor, pidió un taxi por teléfono para distanciarse.

Ni diez minutos después, mientras el taxi la dirigía a la casa que ya había dejado de pertenecerle, no paraba de pensar en que algo no encajaba en ese crimen. Olatz se tenía por una mujer sensata, justa y con la madurez suficiente para afrontar esa “verdad” que le chirriaba en el cerebro. Carlos apenas le mencionó una o dos veces a Ellie de manera breve pero nostálgica, nunca sonó como un hombre calculador. ¿No debería haber sido así si la mató de forma premeditada? ¿O también la había engañado en eso? Lo negó sin ambages teniendo el firme propósito de escuchar su versión. Fue consciente de que habría sido bueno darle la oportunidad de explicarse en ese momento —porque le debía la vida, porque se amaban, por tantas razones a favor que anulaban los juicios precipitados— como malo en otro sentido porque su corazón ansioso casi con seguridad habría renunciado a la prudencia que pretendía antes de confiar en él o sentenciarlo al olvido. Se le avecinaba un dilema de los gordos que solo resolvería tras conciliar sus emociones durante horas eternas. Luego, con la mente fría y sin la coacción de sus sentimientos anulándole el raciocinio estaría lista para tomar la decisión adecuada.

Al tiempo, la figura de basalto que la representaba a ella con las manos extendidas en el aire como si lo acariciara recibía el azote de una rabia violenta. Carlos no pensó en el trabajo que llevaba hecho en esa obra. En cuanto Olatz salió de su alcance, guiado por un cúmulo de impotencia, fue al fondo del taller y cogió la maza más grande que había en el estante de las herramientas.

El ruido estrepitoso de las piedras al estallar diluía la ira de unos gritos irracionales. Tal vez eran los alaridos de la mente convulsa de un loco, del hombre que, por segunda vez en su vida, era testigo de la falsedad del mundo. Solo la destrucción podía aliviarle la honda pena de verse vencido por el pecado imborrable que lo acechaba como un buitre esperando carroña.

El perro, al intuir la catástrofe emocional de su amo, comenzó a ladrar para detenerlo antes de que cometiera un error de cálculo y terminara herido. Fue imposible, imposible cuando la cólera ya le había nublado la razón. Nunca lograría superar aquella muerte; ni olvido ni redención cuando se han transitado los senderos del infierno.

Profería insultos atroces contra sí mismo mientras golpeaba la figura, en aquel momento mísero vestigio de lo que pudo haber sido. Algo después, exhausto y confuso, dejó caer la maza al suelo para abandonarse a un desolador llanto. Por mucho que se negara a aceptarlo, había ocurrido lo que tantas veces temió.

Capítulo 34

A MEDIDA QUE transcurrieron las horas, la penumbra agónica de la madrugada se evaporó dejando haces de piadosa claridad. A las seis de la mañana Carlos tenía embaladas todas las obras de la nueva colección supervivientes a la catástrofe: la pálida de piedra caliza y las cuatro de basalto a medio terminar. La larguísima noche, tan agotadora como funesta, fue proclive a la meditación más profunda hasta concluir que regresaría a Bath. Era el único modo de evitar una despedida nociva, no estaba preparado, le faltaría coraje para encarar otra vez la mirada acusadora de unos ojos que le parecían los más bellos. Definitivamente, no superaría la malaleche de la voz más seductora ni la decepción dejaría de abocarlo a sentirse un fracasado. No.

El silencio aciago de su espíritu se rompió abruptamente con la llegada de la furgoneta de José. Nunca le había molestado tanto que apareciera. Soltó una profunda bocanada de aire antes de apostarse en la puerta del taller. Mientras maniobraba en el camino, le pedía a *Hard* que se sentase a su lado.

Carlos perdió la vista en el paisaje de la escarpada costa. El horizonte nítido era una sinfonía de colores rojizos en comunión con las aguas en calma del océano, una imagen estática que le pareció la foto perfecta para recordar esa atalaya donde había sido feliz. El dulce aroma de las flores y las plataneras se mezcló con el repulsivo del humo de la furgoneta, aquel 1 de febrero se tornó real. Esbozó una sonrisa correspondiendo a la de José.

—Buenos días, Manley —saludó el panadero con su optimismo habitual, en sus pupilas oscuras brillaba la alegría—. Por lo que veo has vuelto a las andadas —le dijo al creer que había estado trabajando toda la noche—. ¿Otra vez te has quedado solo?

—Esta entrega es la última —habló evadiendo responderle—, voy a estar un tiempo fuera.

José cambió el gesto, de sonreír simpático pasó a arrugar el ceño.

—¿Por trabajo?

Carlos sabía que a poco que bajara la guardia se vería obligado a mentirle. Sin mirar los ojos sagaces de José, contestó:

—En parte...

—¿Olatz se va contigo? —preguntó interesado.

—No, es un mal momento para ella.

—¿Y a dónde vas?

José no pudo reprimir el sonar asombrado.

—A casa.

La escueta contestación abarcaba demasiado: retornar a un sitio conocido, un sitio donde se fue feliz, un sitio que se siente propio, un sitio donde uno está a salvo.

—Lo siento mucho, me gustaba para ti.

Carlos le preguntó inútilmente:

—¿El qué?

—Lo que reconocerás dentro de un tiempo como un gran recuerdo.

—A veces estamos obligados a terminar aunque no queramos porque hay límites que superan lo aceptable.

—¿Te ha sido infiel? —le preguntó intrigado—. Perdona, no quería ser tan indiscreto —dijo de manera automática. Carlos esgrimió una sonrisa muy pobre, dándole a entender que no se preocupara, y negó con la cabeza. La muda respuesta animó la curiosidad de José—. ¿Y tú a ella?

—No vayas por ahí porque no ha habido nadie entre nosotros; ni siquiera su exmarido —matizó con amargura.

—Solo pretendía que te desahogaras conmigo.

—Te lo agradezco, pero no me apetece.

José no se molestó, conocía bien la poca inclinación de Carlos a airear su vida.

—¿Sabes cuándo volverás?

—No. Tengo intención de centrarme en el trabajo sin distracciones.

—¿De verdad quieres hacerlo?

—No tengo alternativa.

Al escucharlo, José optó por animarlo:

—Seguro que te va bien —resumió dudando seriamente sus palabras. Tenía delante a un hombre hundido en la tristeza que, por alguna razón, iba a alejarse de quien no deseaba. Verlo tan mal le provocó una infinita condescendencia—. No te dejes vencer por la adversidad, Manley. Recuerda siempre que las mejores personas son las que han sufrido decepciones, las que han conocido el fracaso y han tenido fuerzas para empezar de nuevo, las que han vivido intensamente sin prejuicios, las que se equivocan o fallan hasta lo más profundo y rectifican, las que no se traicionan a sí mismas y las que tienen miedo y son valientes al reconocerlo.

—¿Crees que yo soy así?

—Sin duda —contestó dándole una palmada en el hombro.

—Muchas gracias, y cuídate mucho —le dijo dispuesto a acortar la incursión, tan alta estima dolía demasiado.

—Tú también, amigo.

Así se despidieron, como amigos que realmente se apreciaban.

Sumido en sus pensamientos, Carlos esperó en el jardín la nube de polvo que levantaría la furgoneta al recorrer el camino. En cuanto la vio, volvió al taller sin saber qué hacer hasta que la empresa de transporte llegase. Había ordenado las cinco figuras indemnes en fila, envueltas en esponja, film de espuma y rodeadas por varias capas de corcho flexible, consciente de que alguna podría sufrir cualquier rotura. La que destrozó con la maza no pensaba repetirla. Haría otra para cerrar la serie, quizá, una que representara la desconfianza de su musa. Examinó las herramientas, dispuestas en tres cajas de madera, y se encaminó a la mesa del fondo a recoger los cuadernos de dibujo que tenía clasificados con pegatinas en las tapas negras donde podía leerse un año. La numeración iba desde 2005 a 2018. Se negó a echar un vistazo al de 2017 y al de 2018, bastante duro era ya recordar a quien encontraría en ellos. En cambio no vaciló al dedicarles unos minutos a los demás. Los ojeó con esa especie de melancolía que se siente al releer una vieja poesía escrita en la adolescencia, contemplaba su ingenuidad, las ilusiones de unos trazos burdos llenos de intenciones y la anarquía absoluta de su arte.

Estuvo disperso en aquellas páginas amarillentas hasta que de pronto oyó el inconfundible sonido del camión de la empresa de transporte. Esa llegada era la definitiva, una vez todo cargado solo le quedaría coger su escaso equipaje, cerrar la finca a cal y canto y salir con el perro rumbo al aeropuerto del Sur para concluir como un cobarde la mejor etapa de su vida.

Dos hombres de mediana edad que le doblaban el peso aparecieron en la verja, cada uno portaba una caja de madera de gran tamaño. *Hard* corrió a recibirlos, contento porque se conocían de otros encargos, y Carlos, que llevaba en las manos los cuadernos, les dedicó un breve saludo cordial.

Después, los hombres trajeron las tres cajas restantes mientras Carlos se agobió por la sensación de estar cometiendo un error incorregible. Esa sensación planeaba por su mente como un gas mortal. Uno de los hombres le preguntó si conducía él la carretilla elevadora como en los anteriores traslados, porque el camión no cabía por el camino y cuando llegaban nuevas piedras o se llevaban esculturas a exposiciones nunca le permitía a nadie usarla. Era un trabajo delicado y lento que prefería hacer personalmente. No contestó, tenía la vista clavada en el fondo del taller.

Los hombres intercambiaron una mirada de extrañeza. Ambos pensaron que estaba despidiéndose de ese espacio que, vacío, parecía mucho más grande. Se distanciaron unos metros concediéndole el privilegio del silencio para un trance tan íntimo. Lo tenían por una persona excéntrica por el capricho de trabajar con piedras importadas, pero nunca habían tenido ningún problema con él.

—¿Empezamos? —les preguntó Carlos al cabo de un instante, cuando tomó conciencia de su letargo.

Capítulo 35

LA FINA LLUVIA que había apreciado al aterrizar en el aeropuerto de Bristol se transformó en recia y copiosa cuando por fin llegó a Pulteney Road. Ese inconveniente habitual, en una zona de por sí tranquila, arbolada y antigua, en el centro de Bath, y que pasaban de las diez de la noche, aumentó la quietud que invadía la calle. Se detuvo bajo un árbol delante del número 27 mirando la fachada señorial de su casa, le costaba creer que hubiera vivido en ella. Era un retroceso verse allí, inmóvil, cobijado de los miedos que lo llevaron a no querer volver a pisarla cuando salió de la cárcel. No estuvo a la altura con la memoria de su padre al dejar intactas sus pertenencias. Por aquel entonces, corría 2009 y su padre estaba más que enterrado, se excusó a sí mismo marchándose tres años a Florencia para formarse en la cuna de la escultura que tanto admiraba. Después, en 2012, volvió a repetir la jugada al instalarse en la finca de Tenerife. En cambio, ahora no encontraba nada para disuadirse porque no lo había. Solo el consuelo de loables intenciones entre infames remordimientos.

Decidido a no dejarse derrotar tan fácilmente por los recuerdos, buscó la llave en la mochila que llevaba en el hombro y fue hasta la puerta de hierro tirando de la correa del perro. El animal no emitía sonidos, protestas, nada; estaba de expedición abanderando su lealtad. Dudó un poco antes de introducir la llave en la puerta, no lograba imaginar qué clase de consecuencias le traería refugiarse en el mismo lugar donde su padre se aisló para superar el fracaso de su matrimonio. ¿Era un iluso? ¿Acaso lo consiguió? «Tal vez no», se dijo; «pero seguiré su ejemplo matándome a trabajar, el sitio no puede ser más adecuado.»

Mientras la puerta se resistía chirriando, levantó la vista para observar con más atención la fachada de piedra en tono miel que, tras la cortina de agua, tenía un aspecto tétrico muy alejado de la elegancia clásica que le otorgaba la claridad. Vio rotos algunos cristales de las ventanas, pero no le extrañó después de tantos años de abandono. Incluso podía tener moradores ilegales. Como el perro seguía callado, descartó rápidamente esa idea.

Recorrió el patio dándose prisa. Apenas pudo ver el portón del garaje, supuso que aún seguiría dentro el Volvo que su padre compró unos meses antes de morir. En la escalinata de la puerta principal, custodiada por dos columnas altas que morían en la primera planta, sintió un arroyo extraño, súbito, como si de pronto deseara enfrentarse al pasado antes que coger una pulmonía o que la fuerte lluvia lo ahogara. «¡Mierda!» De manera automática se increpó mentalmente. Tenía palabras prohibidas, palabras que no pronunciaba ni en sus pensamientos; lejos eran menos dañinas.

Tras varios intentos, la llave giró a regañadientes en la cerradura de la puerta y pudo abrir no sin esfuerzo. Al traspasar el umbral, *Hard* corrió por el suelo de madera como si estuviera patinando. No le detuvo el olor a cerrado, humedad y podredumbre que había petrificado a Carlos. Resopló agobiado, el retorno no se vendería barato. Alumbró con la linterna del móvil el cuadro eléctrico que estaba detrás de la puerta y contuvo la respiración, rezando, al accionar el corte general y encender la luz del vestíbulo.

De golpe, una buena noticia gracias a la falta de interés que lo llevó a continuar pagando los suministros. Y una pésima: el tiempo había mantenido la casa exactamente igual a como la recordaba. En el vestíbulo, la fina alfombra persa raída y apagada por el polvo, el zócalo de pino rojo y las pesadas cortinas en las ventanas que, con seguridad, habían atraído a las polillas.

Paseó con calma por la cocina de forma rectangular y mobiliario de madera, por el amplio salón lleno de cuadros de estilo clásico, por el despacho de su padre, con aquella chimenea de piedra y la biblioteca abarrotada de libros de temáticas eclécticas, siempre rodeado de sensaciones dolorosas y de un olor tan desagradable como sus recuerdos. *Hard* apareció excitado con el cadáver de una rata en la boca.

—Suelta eso —inquirió, sospechando haber encontrado el origen del tufo.

En cuanto el perro le obedeció, subió la regia escalera hasta el rellano para recorrer otro pasillo de aire añejo. Entró en el dormitorio de su padre y, apesadumbrado, empezó a notar cómo la habitación le asfixiaba. Luchando contra esos fantasmas que se proponían amedrentarlo, exploró el armario donde colgaba una hilera de trajes oscuros, camisas blancas perfectamente planchadas y un sinfín de zapatos negros muy parecidos dejando patente el estilo conservador de Charles.

Tuvo fuerzas y continuó con las otras cinco habitaciones, y no dudó en instalarse en la que fue la de él durante años. Soltó la mochila encima de la cama, se encaminó al ventanal que daba a la parte trasera y, a través de la vidriera, contempló el extenso jardín cubierto de malas hierbas y la ruinoso caseta de los aperos que tenía intención de convertir en su taller. Cómo no, dirigió la vista a la valla que separaba el jardín de la propiedad de al lado. Estaba agujereada, clamando una reparación urgente. Observó el alto muro de la parte que colindaba con la carretera, invadido por la hiedra, directo a la piscina cubierta cual invernadero de cristal. En esa estructura metálica, retorcida, no quedaba ni un solo panel transparente. Y el vaso estaba lleno de agua estancada y hojas podridas. La visión le erizó la piel del cuello. Desvió los ojos buscando algo cuidado en aquel vergel que fue el orgullo de su padre. Imposible encontrar nada, ni siquiera la intensa lluvia disimulaba el deterioro de todos los rincones.

Concluyó que su retorno era definitivo, porque sería una gesta devolverle el esplendor de antaño mientras seguía creando obras, y derivó en Olatz. Si al marcharse decidió no volver a verla, decisión marcada por la humillación, como algo temporal en su fuero interno, con lo que tenía por delante se preveía quimérico. No volvería a España en mucho tiempo, al menos no a Tenerife, y no tendría sentido buscarla cuando no le perdonaría el pasado ni ese abandono que lo confirmaba como un embustero al incumplir la promesa que le hizo.

Cerró los ojos un instante para asumir que había desperdiciado su amor, las amargas discusiones por el divorcio y hasta el miedo por su seguridad, aún tenía presente el día que el búlgaro intentó agredirla. Jamás le desearía a nadie un miedo de aquel calibre. Podía escuchar su respiración atropellada bajando como un loco por el camino, la tortuosa escalera hasta la playa, la impotencia que sintió con el refulgente brillo del acero, miedo poderoso al ser testigo de lo que ninguna persona en sus cabales desea presenciar. Los vestigios de ese día se mantendrían vivos en su memoria del mismo modo que había guardado con reverencia la última imagen de Ellie en la mañana del 17 de mayo de 2003. Nada la borraría, no era posible anular la visión que marcó el rumbo de su vida.

Al abrir los ojos, pensó que iba a desmayarse porque se notaba sin equilibrio, la cabeza le daba vueltas a más velocidad que una peonza alocada, se sentó en la silla del escritorio y hundió la cabeza entre las rodillas. El peso de la culpabilidad en equilibrio con la pena del amor

perdido. «Soy capaz de hacerlo —se arengaba—, puedo hacerlo, sobrevivo a todo.» Necesitó convencerse. De lo contrario se auguraba un estado anímico pésimo, óptimo para forzar su aguante y descender al infierno harto de los vicios que le arrebataron la libertad. Trató de pensar con cordura. Debía sobreponerse aunque hubiera elegido hacerlo escondido en aquel lugar. «¿En qué estaría pensando?»

Entonces, cuando empezaba a creer que su vida no podía empeorar más, la luz de la habitación titiló unos segundos. Alzó la vista y, súbitamente, la bombilla estalló con una magia funesta. Esa fue la estocada. Hundido en la desfalleciente penumbra, con el pecho latiéndole agitado y las piernas a punto de fallarle, se tiró en la cama para rendirse a la adversidad. Un llanto angustioso lo engulló en la aciaga noche; otra vez, uno más. Lágrimas tan violentas como la rabia que sentía, sin consuelo ni redención. «Es lo justo, tengo lo que merezco.»

Capítulo 36

HUBO ALGO DURANTE el trayecto a la finca que despertó la preocupación de Olatz. No supo hallar la causa, tal vez fue el fuerte aguacero o el rugido bronco de la tempestad en el océano. Algo fuera de lo común, aviso de una catástrofe demasiado honda. Tan solo habían pasado dos días, crueles horas de arrebatos que lograron hacerla recapacitar hasta pretender la explicación que Carlos debía darle. No era banal matar a una persona, pero podían existir accidentes y fallos judiciales que acusaran a inocentes. Quería creer en él, o necesitaba creer en él para no caer en la absoluta sinrazón de pensar que su amor había sido falso. Eso le dolía en el alma.

Al acercarse a la verja, respirando el perfumado aroma de las plataneras que el viento arrastraba en un ulular pendenciero, la polvareda del camino le veló la visión del acantilado. Fue un latigazo intimidatorio que no la obligó a retroceder. Quizá, si hubiera imaginado la triste certeza que iba a descubrir, lo habría hecho para seguir enclaustrada soportando a Uwe y su agotadora insistencia en que se mudara antes de acabar la semana.

No ver al perro corriendo hacia ella le llamó poderosamente la atención. El ambiente solitario rodeaba la casa, los postigos de las ventanas cerrados, silencio dominante en el taller. Llamó a Carlos levantando la voz, por si el ruido de la lluvia la había hecho invisible, para no usar su llave. Al no obtener ninguna respuesta, decidió anunciarse por teléfono. Un tono, dos, tres, hasta que saltó el buzón de voz y cortó la llamada. Le pareció impersonal dejarle un mensaje, y lo intentó a través de WhatsApp. Nada, incluso había desaparecido su foto de perfil. Resultaba extraño, sin embargo no le dio más importancia porque era poco o nada reprochable cuando ella misma había prescindido de cualquier comunicación mientras se hundía en la desconfianza.

Decir que Olatz estaba arrepentida sería exagerar porque, según sus valores, y aunque no le dio la oportunidad de contarle lo que sucedió con Ellie Cushing, en todo caso, podía considerarse otra víctima aunque nunca hubiese considerado estar en peligro. Carlos había faltado a la verdad y era quien debía entender su postura, era él quien estuvo en la cárcel por un crimen. Crimen, por otro lado, que no llegaba a entender y del que tenía serias dudas. Ni siquiera su condena fue alta, al menos no si la mató deliberadamente. Si lo había hecho, desde luego, fue bajo la apariencia de otro hombre; nunca el que ella había tenido el placer de conocer tras arriesgar su vida por salvarla. ¿No le dijo en varias ocasiones que había cambiado? En aquel momento pensó que se refería a su problema con el alcohol, drogas y desavenencias familiares propias de la adolescencia.

De manera mecánica, al darse cuenta de que entraba en el bucle que la retuvo abatida en la cama cuando habría tenido que estar celebrando su perseguido divorcio, rauda, avanzó hacia el taller sin sentir la humedad del césped ni la ropa empapada.

Delante del portón cerrado con llave, volvió a llamar a Carlos. Pensó que podía haber ido a Candelaria a por más piedras, eso explicaba que todo estuviera tan cerrado. Insistió con el móvil, decidida a hablar con él antes de usar sus llaves.

Al cabo de unos minutos se hartó del silencio. Si de los dos alguien debía sentirse engañado

era ella, si alguno podía enfadarse con razón era ella, ¿por qué, siendo así, él actuaba como el ultrajado dejándole el papel de verdugo?

Alejando el pudor de invadir un espacio privado que Carlos protegía celosamente, abrió el taller con eficiencia. De inmediato, no pudo contener la exclamación de asombro que brotó de su garganta ante la infame verdad. La escasa luz penetraba por los ventanucos de la parte superior inundando de desolación el vacío absoluto. Helada, caminó por el yermo espacio. Carlos había arrasado con todo, menos la carretilla elevadora y la estantería del fondo, ahí no quedaba nada. El Jeep bien aparcado ahí dentro y los restos de piedra que señalaban una gran pelea, la cabeza de la figura, su propia cabeza, hecha añicos en un circo luctuoso marcando el colofón de su historia. Aquello anunciaba el final, el sacrificio de lo supremo para seguir ocultando la evidencia de su culpabilidad. Cualquier otra idea era absurda.

Cruzó el taller como un recio junco vapuleado por un ciclón, y aguantó el tipo al cerrar con llave la puerta. En aquel instante, cuando la lluvia arreciaba, sus lágrimas se dispersaron en el viento. La sensación de abandono fue menor entre el estrago que la guió al borde del jardín, al borde del precipicio donde la desesperanza se confundía con una tempestad indómita.

Gritó histérica, tan furiosa como el rugido del océano, tanto que sus palabras reverberaron en las rocas antes de diluirse en la espuma de las olas. Había estado ciega al no sospechar de él. Siempre, o casi siempre, las personas que no hablaban de su pasado era porque ocultaban cosas; nada de respetar su intimidad ni de carácter introvertido, lo hacían por el puro egoísmo de no ser descubiertos.

Estar frente al océano era una catarsis, la vorágine de la naturaleza le arrastraba la indignación mientras asumía que su único vínculo con la isla había huido llevándose todo lo que realmente le importaba. Todo menos a ella.

¿Acaso debía alegrarse?

Duró un buen rato ahí, evocando tristemente los buenos momentos pasados en ese bello rincón. Fue un paraíso para soñar con otra vida, para desplegar las alas y alzar el vuelo sin miedo. Temblaba, la humedad ya se le había filtrado por la piel; el alma calada por la lluvia, una lluvia de dolorosos recuerdos. El peso del jersey empapado despertó en ella un instante crucial, el día que el destino cruzó sus caminos. Pudo verlo con lujo de detalles como si no hubieran pasado casi cinco meses, sintió su protección desinteresada —la misma que le dirigía la conciencia a dudar que fuese un frío asesino—, incluso volvió a ver la rabia de sus ojos cuando se ofendió por una ingratitud desconcertante. Eso la arrastró a la profundidad de una duda sensata. ¿Podía transformarse la ofensa en agresividad en el lugar correcto, con la persona adecuada y en el momento apropiado? No era descartable. A veces de una chispa surgía un incendio, de una frase mal dicha una discusión, sin embargo no había advertido ningún indicio tan extremista en él. Nada aproximado a un hombre que perdiera el control en un impulso de ira. Pero... «¿No fue él quien me dijo que era un hombre diferente desde que empezó a esculpir?» Con esa pregunta de ronda repetitiva por su cabeza, dio la vuelta luchando contra la fuerza del viento. La fiereza de su empuje le impedía andar erguida, la frenaba como si pretendiera evitar que abandonase la finca.

Encontró un poco de resguardo al llegar a la carretera, allí, esperando un taxi, los elementos ya no se notaban inclementes aunque en su lamentable estado apenas apreció la mejoría. A los pocos minutos divisó el taxi subiendo la empinada cuesta y levantó la mano deseosa por desaparecer.

—¿Está bien, señora? —le preguntó el taxista cuando se sentó en el asiento trasero.

Olatz levantó la mirada hacia los ojos oscuros del hombre reflejados en el retrovisor, había algo en la amabilidad de esos ojos que le recordó a su padre.

—Sí, gracias por llegar tan rápido —dijo ella esbozando una ligera sonrisa. Abruptamente, el sonido de su móvil rompió el pacífico ambiente recién hallado. Dio un respingo que no pasó inadvertido para el hombre. Al ver que le llamaba Mikel sintió un profundo alivio. Entre la salud de su padre y Carlos la tensión la mantenía en vilo. Después de un saludo amistoso, cuando Mikel le preguntó el porqué del aislamiento de Carlos, a él tampoco le respondía las llamadas, murmuró —. No lo sé.

—¿No estará ignorándome para que no le meta prisa con las nuevas obras, no?

—No lo sé, Mikel. Hace un par de días que no le veo.

—Ah..., bueno, pero como le verás antes que yo, hazme el favor de decirle que me llame. Tenemos que cerrar las exposiciones de La Laguna y la de Garachico —explicó, sopesando si decirle también que Carlos aún no había liquidado las ventas de la última exposición en su museo. Optó por no vulnerar una norma sagrada entre marchante y artista: la confiabilidad, que, por otro lado, no impedía transgredirla si el romántico curioso que llevaba dentro creía haber advertido un tono de voz demasiado apático—. ¿Carlos y tú estáis bien?

Olatz volvió a buscar apoyo en la mirada del taxista y, sin apartar las pupilas acuosas de las suyas, tragó saliva al decirle:

—Quiere estar solo.

—Será de manera temporal porque esté en alguna fase creativa —comentó con buena intención, recordando al Carlos charlatán de su reunión en la cervecería alemana, el día que lo reconoció enamorado de ella—. Los genios deben tener un espacio vital seguro solo franqueable para su propia locura, no conozco a ningún artista que en el fondo no sea un solitario... Él te ama pero todavía no está preparado para armonizarlo con su arte... Hablad pronto, Olatz.

—Es complicado hablar cuando no tienes con quien hacerlo.

—¿No sabes dónde puede estar?

—No, mi única certeza es que ha desaparecido con el perro y con las obras que tenía empezadas.

—Pues con esas circunstancias tienes bastante fácil encontrarlo. Dudo mucho que esté en ningún hotel —concluyó irónico.

—Que sepa, la casa de Bath estaba medio abandonada.

—Pero es grande, de su propiedad y en un sitio que conoce.

—Mikel, si estás sugiriendo que vaya a Inglaterra a buscarlo, puedes ahorrártelo. Se ha ido porque me ha estado ocultando algo muy serio, lo ha decidido así y, por tanto, debo mantenerme alejada de forma respetuosa.

—Los engaños no siempre se corresponden con la verdad absoluta.

Ella interpretó tolerancia en esas palabras, incluso perdón, preguntándose hasta dónde conocía el pasado de Carlos. No se atrevió a indagar, no cuando aún le resultaba incomprensible que hubiera cometido un crimen tan cruel.

—No merecíamos acabar de esta forma, pero lo acepto como otra experiencia más que me ha puesto a prueba. He sido muy feliz con él, me ha dado confianza para tomar decisiones, también me veía en un futuro inmediato compartiendo la vida con él —comentó en un tono casi inaudible—; pero no ha podido ser. Así que no me queda más que continuar con mi vida al lado de quienes más me necesitan en estos momentos.

—Lo comprendo, Olatz, y deseo que la enfermedad de tu padre sea lo más benévola posible con él, pero permíteme decirte que hay hechos difícilmente explicables si lo que está en juego de verdad importa. Llevo en el mundo del arte cuarenta años, veinte viendo desfilar ante mí artistas

con más o menos talento, artistas que, a veces, no he dejado escapar porque creía en su don para engrandecer la disciplina a que se dedicaran. Siempre les he apoyado como defensor a ultranza de que perseguir la perfección es el único camino de obtener excelencia. Por eso no voy a contarte nada respecto a Carlos porque le has visto trabajar y has contemplado el resultado, ni tampoco te explicaré que no admito obras de nadie que pueda comprometer mi reputación. Vuelve a San Sebastián, sopesa bien las cosas y actúa según el dictado de tu corazón.

—No estoy segura de poder hacerlo, lo tengo tan maltratado que ahora mismo no late.

—En la vejez solemos arrepentirnos de aquello que no fuimos capaces de hacer por el miedo, no lo olvides. Y no olvides tampoco que él estaba construyendo el futuro contigo. *Laster arte,*

lagun, saiatu zure zorientasuna lortzen. [3]

—*Agur* —musitó.

Olatz no fue capaz de reprimir en la voz el triste abandono que sentía. Sonar optimista habría sido educado, tal vez lo que Mikel esperaba, opuesto a la congoja de sus ojos sin brillo o a la densa niebla diluida entre sus ideas emborronando cualquier atisbo de sensatez.

A los diez minutos llegaba a la avenida Marqués de Villanueva del Prado apenas consciente, no pudo despegar la vista de las gotas que arremetían contra el cristal de la ventanilla en un trance parecido a cualquier tregua en el fragor de una contienda sanguinaria.

Recorrió el impoluto mármol del pasillo como un alma desposeída de toda fe, con la determinación de marcharse a San Sebastián para aprender a vivir de nuevo y quizá incluso recomponerse junto a alguien que mereciera la pena. Dos fracasos tan diferentes y a la vez tan similares, porque en ambos ella había pecado por defecto, le pesaban de manera insoportable y enervante contra sí misma.

«La estupidez humana sin límites, la llevo a su máxima expresión», se fustigaba mentalmente al entrar en el vestidor para terminar de cumplir su parte del acuerdo de divorcio aunque por desgracia hubiese tenido que cambiar de planes.

Al cabo de una hora, las tres maletas que había puesto encima de la cama estaban repletas. Revisó despacio los cajones del vestidor para no dejarse atrás nada importante. Estaba en esas cuando escuchó risas en el garaje. El deseo de no coincidir con Uwe y su novia la impulsó a coger algunos objetos a lo loco y a cerrar las maletas corriendo, recriminándose no haber hecho la mudanza alguna de las muchas veces que Carlos se lo pidió. Al menos en aquel momento podría haberle dedicado más tiempo, en plena soledad, y no se vería obligada a regresar para recoger la ropa que había ido llevando a la finca a lo largo de las últimas semanas.

Aceleró el paso por el pasillo todo lo que pudo, poco al tirar de tres las maletas, en dirección a la desoladora libertad y sin recordar el estado en que se hallaba pues solo se había cambiado de ropa y su cabello aún seguía mojado.

—¿Te vas? —le preguntó Uwe al surgir del garaje por la escalera.

—¿Prefieres irte tú con tu novia?

Olatz debía agradecerle esa facilidad innata de despertarle inquina.

—No me apetece discutir —dijo al advertir que en un breve segundo se había revuelto contra él, desvió la mirada hacia su chica, hierática a su lado como si estuviera delante de un espectro, y suavizando el tono, agregó—. Cuando salgas, deja las llaves en la barra.

—Ni en broma, hasta que no se vendan las casas son tan mías como tuyas. Por si no te ha quedado claro, tuyas son las deudas.

—Lo tengo clarísimo —replicó al imponer su robusta presencia frente al rostro mortecino de

Olatz—, pero no me vengas con estupideces porque tu novio no sea lo que esperabas; nosotros no tenemos la culpa de nada. Llévate tus cosas adonde te dé la gana, a Costa Adeje, por ejemplo...; la cuestión es que no vuelvas a aparecer por aquí.

—Solo tengo intención de volver a verte cuando se vendan las casas, el cronómetro está en marcha. —Olatz se movió hacia la puerta con dos maletas, regresó a por la tercera y no reprimió observar la silueta redonda del vientre de la chica. Alzó los ojos para encarar las pupilas castañas de la joven, rondaría los veinticinco años, con una actitud discreta que había facilitado la fría cordialidad entre ella y Uwe—. Te deseo mucha suerte, la vas a necesitar.

Uwe guardó silencio porque su novia se lo rogó con la mirada. Entre tanto, Olatz salió de la casa cerrando la puerta lentamente. Contempló el exterior con la certeza de que era la última vez: la humedad persistía, en el muro blanco las flores alicaídas evitaban despedirse y las hamacas de la piscina parecían tan abandonadas a la intemperie como ella podía sentirse.

«Cobarde», rezongó al abrir la puerta de madera que había en el muro. Por supuesto, Olatz se refería a Carlos. Era la mejor palabra para describirlo. Si había matado a su novia, lo era; si no lo había hecho, lo era porque en algo debió participar cuando no tenía la conciencia tranquila; por no contárselo, lo era doblemente; y por huir, por eso había demostrado ser el rey de los cobardes y por eso mismo le deseó que se pudriera en el infierno intangible que ella habitaría, con más poder de arrastre que la peor hecatombe natural y del cual es imposible huir: la memoria.

Sumergida en el pavor total de su vuelta a casa, una casa de la que prácticamente salió huyendo a la primera de cambio, la falta de valor de Carlos interrumpía los pensamientos optimistas que intentaba dedicarse por no caer en las viejas trampas de la autocompasión. «Ya me las arreglaré», se decía sin conseguir explicarse cómo en cuestión de unas horas su vida había pasado de la alegría a la decepción más cruel que nadie puede sentir. Del amor a una terrible sensación de haber estado en peligro de forma inconsciente, eran emociones irreconciliables y se le mezclaban.

Recordar sería lo único que volverían a compartir como castigo impío por haberse enamorado o como un tormento indeleble al paso del tiempo por permitir que la ceguera del amor les nublase la razón. Siempre se tendrían presente el uno al otro. Esto Olatz no lo dudaba, al menos por su parte sabía que olvidarlo era imposible. En cambio, y pese a su fervoroso deseo, tenía muchas dudas acerca de los sentimientos de él.

Según transcurrieron los minutos, una vez en el aeropuerto después de haber hecho feliz a su madre, rozaba la contradicción más caótica a la que se había enfrentado nunca. Podía pensar que Carlos la había amado locamente, por sus acciones y palabras, con la misma velocidad que se sentía ridícula y empezaba a martirizarse por creerle aun cuando ya sospechaba que le ocultaba algo grave. Era un misterio para el que no había estado preparada y un misterio a obviar delante de sus padres. No convertiría en desastre anímico esa ruptura de por sí traumática.

«Ya me las arreglaré», se repetía al embarcar en el avión.

Capítulo 37

EL DÍA AMANECIÓ nublado, frío. Las gotas de rocío caían despacio por el cristal de la ventana del hospital, tan pausadamente como la enfermedad deterioraba la salud de Íñigo Sagasti, el padre de Olatz. En apenas dos meses las brumas de la muerte habían rodeado su carácter combativo. La despedida podía augurarse más cercana de lo pronosticado por los médicos. Ya le costaba distinguir al hombre bajo el espectro tras los delirios de unas visiones apocalípticas.

Durante el tiempo que estaba a solas con él, mientras su madre acudía a trabajar al colegio donde llevaba treinta años dando Ciencias Naturales a niños de quinto de primaria, le contaba anécdotas de su niñez con el único propósito de que con esos recuerdos y muchas muestras afectuosas se desvanecieran antiguas rencillas y mantuviera el resquicio de lucidez que la medicación a base de opiáceos se afanaba en arrebatarse. También se evadía de pensar en Carlos, de quien continuaba sin saber nada como si no hubiese existido.

Olatz se puso en pie del sillón y estiró la espalda yendo a la puerta. Solía aprovechar aquella calma matutina para desayunar en la cafetería de la planta baja. Un café cargado y una tostada con aceite de oliva, rápido y preciso. No lidió con nadie en la barra al pedirlo, veinte mesas disponibles y un sosiego agradable.

Cuando volvió a entrar en la habitación, observó los ojos hundidos en la piel cenicienta de unos rasgos fuertes consumidos por la decrepitud. Fue a la ventana pensando que a esas horas aún no había tenido que tranquilizarlo antes de salir corriendo en busca de algún médico que le pusiera la primera dosis de morfina. Parecía dormido a pesar de que no paraba quieto. Con las pupilas fijas en el vasto cielo recortado por la playa, de arena dorada, en el horizonte camuflado de grises, se ausentó en las nubes recordatorio del devenir inexorable que marcaba el destino. Tenía una sensación rara en el estómago, pero no le dio importancia achacándolo a la incomodidad de haber pasado la noche en vela.

—Mañana saldrá el sol —musitó Íñigo.

Olatz se volvió esbozando una sonrisa. Contenta frente a unos ojos de azul brillante hasta hace pocos días.

—Lo dudo, *aitatxo*, pero si tú lo dices, tengo que creerlo. ¿Cómo te encuentras?

—Háblame de él —pidió con suavidad.

Ella se sentó en la cama y le tomó una mano huesuda dándole consuelo.

—¿De quién? —preguntó disimulando los nervios. No creía posible que supiera algo de Carlos, ni siquiera había hablado de él con su madre dejando que interpretara su patente desánimo por el divorcio—. ¿De Uwe?

—Uwe es un aprendiz comparado con el que te ha roto el corazón. Cuéntame por qué te ha dejado.

Olatz dudó, estaba desconcertada, pero empezó a hablarle de la faceta artística de Carlos falseando cómo se conocieron. No se le pasó por la cabeza la triste realidad, un encuentro fortuito en su exposición del Puerto fue la mentira piadosa que menos distorsionaba la versión correcta.

Le habló de su carácter introvertido, de su humor, cultura, y de la confianza que le dio en todo el proceso del divorcio. Íñigo guardó silencio y no la juzgó, cosa increíble en otro tiempo porque la habría machacado por la infidelidad aun sabiendo cómo la entendía Uwe.

—Todo eso está muy bien y es muy bonito —comentó Íñigo observando atentamente sus ojos—, pero se me agota el tiempo, Ol. Quiero saber por qué te ha dejado.

—¿No me crees capaz de haberlo dejado yo?

—Sí, pero tal y como hablas de él no es el caso. Cuando viniste el mes pasado contagiabas felicidad, era evidente, en cambio ahora estás tan triste que me da pena hasta a mí —apostilló de buen talante.

—Lo que haya pasado entre nosotros no es importante si se relativiza con lo tuyo —comentó sin pensamiento de entrar en detalles íntimos—. No te preocupes por mí, lo superaré.

—Dentro de cinco minutos tendré tanto dolor que se me olvidará respirar, pero entre tanto tú eres lo más importante para mí, y para tu madre —precisó de forma intencionada—, lo más valioso que dejaré atrás cuando muera, la niña de mis ojos que necesito ver feliz... —Íñigo se detuvo, le ardían los huesos, y cogió aliento apretando fuerte la mano de Olatz—. No me pidas que no me preocupe por ti porque es lo que he hecho desde que naciste, con errores y aciertos pero siempre velando por tu bienestar. A las pruebas me remito, calé a Uwe en cuanto me lo presentaste... Si nos hubieras hecho caso...

—Perdóname, nunca fue mi intención haceros daño. Solo quería vivir mi vida.

—Vívela ahora con el escultor, no sueñes con superarlo.

Íñigo aprisionó los ojos, soportando un dolor inhumano.

—Voy a buscar al médico —dijo Olatz al ponerse en pie.

—Lucha —espetó sin aliento—, no llores por él... Haz que vuelva a hacerte feliz, el amor es lo único que la muerte no puede arrebatarnos.

Olatz se quedó petrificada en el umbral de la puerta. ¿Acaso sentir próxima la muerte concedía alguna clase de visión futurista sobre definiciones trascendentales? Cuando reaccionó, su padre chillaba rompiendo el silencio. En pocos minutos la medicación le hizo efecto despojándolo de cualquier cordura. Comenzó a delirar dando cabezadas, con la mirada perdida, al tiempo que ella lo observaba desde el sillón sin dejar de darle vueltas a los destellos de sensatez, o pinceladas de amor puro, que la habían cautivado unos momentos antes. La lástima era la leve fundamentación para olvidar que amaba a un mentiroso atormentado por su conciencia.

Contempló sin ver el rostro de su padre, haciendo cábalas sobre cómo reaccionaría si supiera que de vez en cuando, solo a ratos, se planteaba ir a Bath, con arrojo, con la convicción de tener entereza suficiente, para escuchar las respuestas que le permitieran valorar riesgos de manera objetiva. Era acongojador pensar que por su incapacidad de entender ciertos actos había desperdiciado la ocasión de ser verdaderamente feliz.

Actos inexcusables deambulando en círculos por su mente, constantes y marcha atrás como las agujas de un reloj reflejado en un espejo. La imagen se detenía. Los movimientos de los párpados de Íñigo hallaron pausa, encontraron el balanceo lento de un sueño plácido. Olatz se centró en ellos, luego bajó la cabeza —manejaba el pesar de muchos días mostrando un estado de ánimo muy alejado de la apatía real—, y sin notarlo todas las lágrimas no derramadas se fundieron en soledad. Ríos caudalosos anegando perlas en el cielo, dolor profundo por la complicidad ausente, miedo, risas llenando el aire, una ausencia tremenda que desbordaba los confines de la imaginación. Su padre había acertado: no superaría a Carlos, su huella la llevaba grabada en el alma, honda y limpia, como herida por combatir sin armadura.

Pero... ¿por qué, entonces, si tenía tan claro que jamás lo superaría, no dejaba de recordar sus momentos juntos? ¿Por qué en ninguno de aquellos momentos percibió peligro? ¿Por qué pensaba continuamente que era imposible de él un crimen? ¿Podría perdonarlo?

Agobiada, salió de la habitación al pasillo y aceleró el paso hacia el vestíbulo donde había dos ascensores. Esperando sin quitarse de encima un mareo pertinaz, de pronto le sobrevino una arcada que la llevó a buscar con la mirada la señal del aseo. Corrió por el pasillo en dirección al mostrador de enfermeras, pasó por delante sin ver a su madre entrar en la habitación y entró en el aseo como un vendaval para vomitar el desayuno completo. «Siempre los nervios me perjudican el estómago», pensó esto por aliviar el rumor de alerta que la había invadido. «No puede ser, soy metódica y no he fallado con ninguna pastilla», repetía mentalmente mientras se lavaba las manos y la cara frente al espejo, consciente de la fatiga que transmitía. Sus pómulos le resultaban demasiado prominentes, ojeras violáceas revelando la falta de sueño, toda su apariencia abatida como fiel testimonio del pésimo bache que atravesaba; en cambio, aquello fue insignificante cuando pudo apreciar las alegres ráfagas que le brillaron en los ojos. De manera automática, sonrió por primera vez desde su llegada, desde que Carlos había desaparecido. «Ya me las arreglaré.»

Capítulo 38

VARIAS SEMANAS después, la desapacible mañana de aquel lluvioso marzo no afectó a Carlos. Esculpía en el almacén de aperos sin oír cómo el cielo retumbaba. El espacio era como una cabaña en medio del jardín, de no más de catorce metros cuadrados, más oscuro que su añorado taller y más práctico porque tenía que usar peanas con ruedas para desplazar las figuras. Eso le suponía a veces crear coreografías bastante logradas de las composiciones, las combinaba en función de la idea que en aquel instante considerara buena. No siempre acertaba. Si bien, conseguía distraerse cuando Olatz aparecía sigilosa y no paraba hasta coparle la mente de forma abrumadora. El poder de robarle la voluntad era tan fuerte que solo lograba contrarrestarlo haciendo cosas mecánicas en las que pensar estuviera sobrevalorado.

De ahí que en el jardín no quedaran rastros de malas hierbas y ya hubiese desmontado la estructura metálica de la piscina, le colocó al vaso una lona después de limpiarlo. Eso contribuyó a que no se sintiera miserable cuando se asomaba a través de la ventana del dormitorio. Aún le quedaba donar la ropa de su padre, ordenada y en cajas de cartón; cambiarle la batería al coche y seguir haciendo mejoras en el interior de la casa. De momento había ido arreglando algunas tablillas de madera de los suelos, los grifos de la cocina y los baños de la planta alta, y había cambiado los cristales rotos de varias ventanas. Podía sentirse satisfecho. Poco a poco la casa recuperaba el aspecto cuidado que no debió perder. Poco a poco porque era grande.

A una distancia escasa contempló la expresividad de las manos en *Mujer rabiosa*, pensando que la tensión del movimiento era correcta, contenida, patente, justo lo que pretendía. De pronto un rayo iluminó el cielo plomizo. *Hard* dejó la protección que le ofrecía el banco de madera donde había una colección de herramientas pequeñas, y tembló la caseta entera. Carlos no se molestó en reprimirlo, perdería el tiempo; era improbable que superara su miedo visceral a las tormentas.

Al verlo como un cachorro histérico, decidió concluir el trabajo. En la puerta de la caseta, con un manto de lluvia velando la visibilidad del jardín, tuvo que sujetarlo por el collar para guiarlo hacia la casa. En cuestión de minutos la tormenta había convertido el cielo en un lienzo trágico, nubes virulentas descargaban con la ira de un verdugo inquisidor. Las hojas secas surcaban los ríos que se habían formado en el jardín, el agua lo cubría todo. Las botas de Carlos se hundían en la hierba mientras tiraba del perro, hasta que otro rayo iluminó el cielo potentemente y azuzó su afán de supervivencia. Atónito, lo observó correr y llegar a la escalinata que había en esa parte trasera de la casa.

En cuanto abrió la puerta, una oleada de calidez le azotó el cuerpo. *Hard* se sacudió el pelo, patinando por la cocina, y él fue directo al aseo para quitarse la ropa y no coger una pulmonía. Escuchó al perro dirigirse al despacho, donde parecía encontrar un reconfortante bienestar desde que llegaron, no era extraño que lo hallara dormido a los pies de la mesa o refugiado junto a la chimenea. Pensando qué opinaría su padre acerca de esa querencia, no tenía claro si no le molestaría porque siempre hizo gala de una intolerancia radical en la invasión de su espacio y por

otra parte adoraba a los animales. Salió a paso diligente con la ropa en la mano y la toalla del lavabo rodeándole las caderas.

Soltó la ropa en la minúscula lavandería que había al lado de la cocina. Era una habitación oscura, tenía un foco destartado en el techo, con la lavadora, la secadora que había comprado unos días atrás, un estante para los productos de limpieza y la tabla de planchar apoyada contra la pared en la misma posición que la encontró.

Subió a su dormitorio, a los demás apenas entraba, y se puso ropa seca: vaqueros y un jersey negro de algodón. Perdió unos minutos contemplando el aguacero, sospechando que pronto la lona de la piscina se vencería por el peso de un voluminoso charco, y bajó a la cocina con intención de prepararse la comida. Eligió en la despensa una lata de sopa de pollo, la abrió y, después de olfatearla aprobatoriamente, la vertió en un plato hondo para calentarla en el microondas.

En unos minutos tenía en marcha un menú poco saludable. Además de la sopa estaba calentando la freidora para hacer dos filetes de pescado rebozado, imaginando la cara que habría puesto Olatz de verlo. Nada era igual sin ella. Ya nadie le recordaba los beneficios de una buena alimentación, no había nadie con quien compartir recetas nuevas, con quien sentarse a la mesa y olvidar el trabajo entretenido en una conversación amena.

Estaba esperando que pitara el horno cuando se cortó la electricidad. Farfullando se dirigió al cuadro del vestíbulo. Entraba en sus planes inmediatos cambiar la instalación eléctrica, por anticuada, pero de momento eran solo planes bien intencionados sin fecha. Para su total asombro, no vio nada raro en todos los interruptores de corte. «Debe ser un fallo general de la compañía suministradora», por la tormenta tenía sentido pensarlo. Sin mayores inconvenientes, se tomó la sopa templada y se preparó un bocadillo de una especie de ensaladilla rusa a la inglesa. Era preferible no preguntarse que llevaba el mejunje. Sabía bien, a mayonesa y a atún.

El agradable interludio de sus atrofiadas papilas gustativas se vio interrumpido por los golpes en la puerta principal. *Hard* apareció ladrando sin rastro de cobardía. Carlos abrió la puerta para topar con una mujer joven, menuda y de cabello trigueño, que se veía totalmente mojada por la lluvia.

—Perdona que te moleste —le dijo en un inglés correcto pero con un inconfundible acento francés, moviéndose nerviosa bajo el tejadillo del zaguán—, ¿tienes luz? —Al advertir el asombro de Carlos, intentó explicarse con simpatía—. Vivo en la casa de al lado con unas compañeras, somos vecinos.

—No tengo luz, volverá cuando pase la tormenta —le dijo con expresión seria, dándole a entender un escaso interés por su vida.

La cara de la mujer no disimuló su sorpresa, en sus ojos oscuros Carlos detectó una sombra de enfado.

—Menuda gracia, eso puede ser en el siglo que viene. ¿Es que en este país no deja nunca de llover?

Carlos mostró una sonrisa leve, cuánto echaba de menos el sol de Tenerife.

—Siento no poder ayudarte en eso, para cualquier otra cosa no lo descarto.

—Gracias —admitió, apreciando el cuerpo robusto del escultor—. No llevas mucho tiempo por aquí, ¿verdad?

—No.

Se quedaron en silencio. A Carlos no le gustaban los cuestionarios de sopetón, y creyó que se enfrentaría a uno si no la frenaba en seco.

—Yo tampoco, un par de semanas. Trabajo en el Barclays de Southgate. Soy Elise Rémy —le

dijo tendiéndole la mano.

—Carlos Manley, encantado.

De nuevo hubo silencio, tal vez por el contacto físico.

—¿Eres español?

—Por parte de madre.

—Me encantan los españoles, son tan divertidos...

—No todos somos iguales —replicó seco.

—¿Vives solo? —preguntó ella, intentando mirar el interior de la casa por los lados del cuerpo de Carlos—. Solo con el perro quiero decir...

—¿Qué pretendes averiguar realmente? Es para abreviar y poder continuar comiendo.

—Lo siento, no era mi intención molestar.

De repente, Elise había perdido el poco color que le quedaba en el rostro. Se excusó de manera atropellada y puso distancia recorriendo el patio bajo la pesada cortina de agua que seguía cayendo.

Carlos volvió a la cocina sin comprender por qué la gente no se medía mejor antes de atacar burdamente. Terminándose el bocadillo recordaba que él tuvo la osadía de ser directo con Olatz casi desde el primer momento, llámese así a la primera ocasión a solas después de conocerse en la playa, pero con la certeza de que se atraían porque se palpaba la tensión sexual. Sin embargo, esa chica había empezado a sondearlo sin saber si había alguien con él en la casa, ¿y si hubiese estado casado? En tal caso se habría llevado un chasco tremendo y un bochorno mayor del que la había hecho salir despavorida. Pensando en ella, en posibles tipos que podría haber encontrado, un psicópata, un violador o, por qué no, un asesino sin más, recordó el estigma que le había hundido la vida.

La visita logró anclarlo en el vórtice de la sinrazón que rodeaba sus emociones. Durante varias horas fue incapaz de escapar de la persecución de Olatz, el desencanto en sus ojos se le colaba en la memoria con la misma rapidez que la frialdad de su voz le cortó el aliento. Ensimismado en la tristeza de su modo de actuar, en la nostalgia de la mejor etapa que había vivido, no notó cómo la oscuridad se encadenaba a los objetos, las paredes y los recuerdos.

Dejó la cocina para avanzar hasta el despacho alumbrándose con el móvil. Todavía las llamas recreaban una atmósfera sinuosa, acogedora. Se sentó en la silla de la mesa, estiró las piernas sin apartar las pupilas del fuego, y recibió la bienvenida del perro en unos arrumacos cariñosos.

—Le habrías gustado... Ella también.

Capítulo 39

OLATZ HABÍA TENIDO un mes para aceptar su embarazo, un mes eterno en cuyo trasiego osciló entre amargarse y sentir el aire de independencia que se apoderaba de ella. Esa sensación halagüeña, de infinita alegría, le insuflaba coraje. Ya en ese entonces tenía claro que el episodio de vómitos que sufrió en enero, después de la salida con sus amigas, neutralizó el efecto de los anticonceptivos y que resarcirse con Carlos por la separación tras su vuelta a Tenerife fue el hecho clave de que su deseo más huido estuviera cerca de ser real.

Sentada en el sillón del hospital no evitó emocionarse al observar cómo su padre dormía después de otra dosis de morfina. La congoja se adueñó de ella pensando que su padre no conocería a ese hijo que había buscado el único resquicio posible para aparecer. Era un luchador sin haber nacido. Por eso solo se merecía llegar al mundo con honores, esperado por ella en plenitud de su fortaleza, amado incondicionalmente.

En un alarde de sentimentalismo quiso compartirlo antes de que su madre llegara, porque en cuanto cruzase la puerta conseguiría contagiarle su ansiedad y, sobre todo, porque no estaba segura de que recibiera la noticia con el entusiasmo que le agradaría percibir.

—*Aitatxo* —susurró, sujetándole la mano. Íñigo no respondió—, vas a ser abuelo muy pronto —anunció casi rozándole el oído, dejando visible su ferviente anhelo de que la enfermedad se apiadara de él hasta que naciera su hijo—. ¿Recuerdas la de veces que me has pedido un nieto? Pues ahora va a llegar... No ha sido premeditado... —admitió—, y quizá no sea el mejor momento ni para ti ni para mí, pero si ha sucedido ahora debe ser por algo...

—¿Lleva mucho rato dormido? —preguntó su madre al entrar en la habitación.

Olatz dio un respingo. No la esperaba tan temprano, eran las tres de la tarde. No sabía si acababa de llegar o si habría estado escuchando en el pasillo. Su rostro severo, de maduras facciones armoniosas, no le dio pistas para determinar nada.

—Una media hora —respondió, dejando libre el sillón—. No sabía que ibas a salir antes del colegio.

—Es viernes, todos los viernes salgo a las dos y media. Si me prestaras un poco de atención, lo habrías notado —le dijo de pasada, revisando los niveles de los dos goteros que tenía Íñigo en los brazos. Cuando satisfizo su devota curiosidad, se sentó en el sillón y cruzó las piernas, balanceando un pie delator del estrés que sufría—. ¿De qué hablabas con tu padre?

—De nada...

Olatz no se había vuelto para responder, el infinito cielo azul era mejor objetivo.

—Vete ya, debes estar cansada.

—No te preocupes por mí, prefiero esto a estar en casa.

—No sé cómo puedes preferir esto... A mí va a quitarme la vida.

—Antes se irá él —murmuró—; la enfermedad es implacable.

—Sí, en pocos días ha empeorado tanto que a veces me cuesta reconocerlo.

Olatz giró la cabeza para observar al hombre enjuto sombra de quien fue su padre.

—Es una lástima que no pueda disfrutar de sus últimos años..., se perderá tantas cosas bonitas...

—Nos quedan unos meses muy duros, a ver cómo los sobrellevamos. ¿Has sabido algo de la sentencia? —preguntó tras una breve pausa.

—No. Mi abogado me dijo que tardaría unos tres meses, estamos dentro del plazo.

—¿Uwe te llama?

—No tenemos relación, mamá. Solo está obligado a hacerlo cuando se vayan a vender las casas.

—Pues no sobraría una llamada para interesarse por tu padre, al fin y al cabo ha sido su suegro cinco años.

—No esperes nada de él y no te decepcionará.

—¿Cómo a ti? —le preguntó, mirándola con las pupilas negras, atenta.

—Me decepcionó hace tanto que no lo recuerdo.

—Yo sí, perfectamente.

—No empieces con la monserga, mamá, no es el momento ni el lugar apropiado.

Olatz cortó la charla con determinación. No podía permitirle que siguiera anclada en el pasado cuando vislumbraba un rayo esperanzador para superar a Carlos. Aunque no fuese del todo cierto, porque su hijo siempre se lo recordaría, estaba dispuesta a expresar su desacuerdo cada vez que intuyera cualquier reproche a su conducta. Máxime con los meses que se le avecinaban sola con ella, o se mantenía firme en el sitio o en breve las ofensas se tornarían críticas destructivas procaces a minarle la autoestima.

La madre de Olatz, de nombre Nieves, no volvió a dirigirse a ella el resto de la tarde. Fueron dos extrañas compartiendo el silencio hasta que Íñigo empezó a moverse incómodo. Entonces se coordinaron a la velocidad de la luz con su bienestar como única vía de comunicación.

—Nieves, necesito más morfina —pidió Íñigo con voz entrecortada por el dolor.

De inmediato, la mujer se marchó de la habitación en busca de algún médico.

—No tardarán en ponértela, *aitatxo* —le dijo Olatz al agarrarle fuerte la mano—, aguanta un poco.

Íñigo cerró los ojos bien apretados, el gesto constreñido por el dolor. Pasaron unos minutos hasta que un médico autorizó la nueva dosis. Alivio rápido para todos. Mientras Nieves volvía al sillón, Olatz continuaba apretando la mano de su padre. Ambas contemplaron cómo se le relajaban los músculos del cuerpo entero.

—No han sido tantas veces —dijo Íñigo en un murmullo.

Olatz tardó un breve instante en saber que estaba respondiendo a la pregunta que le había hecho unas horas antes. Sin embargo Nieves agudizó su atención.

—¿Cuántas veces le han puesto hoy morfina? —preguntó Nieves dirigiéndose a Olatz.

—Esta es la segunda.

—Todo ocurre por un motivo, Ol —dijo Íñigo, ajeno al ceño fruncido de Nieves—. Me iré feliz sabiendo que no volverás a estar sola.

—Tú no te preocupes —intercedió Nieves, creyendo que se refería al retorno voluntario de Olatz—, estaremos bien.

—No voy a poder conocerlo, o conocerla —matizó Íñigo sin mirar a su mujer—, pero me llevaré en el corazón la alegría que he sentido hoy... Velaré por él o ella... —murmuró perdiendo la voz.

Íñigo cayó en un sueño plácido sin percibir la perplejidad de Nieves. En aquel preciso

momento, cuando había adivinado el embarazo, observaba a Olatz con una mirada acusatoria. El tipo de mirada que le había visto durante toda su vida justo antes de una discusión.

—No es de Uwe, ¿verdad? —preguntó con dureza. Olatz tenía los ojos llenos de lágrimas, solo pudo negar con la cabeza—. Pues menuda rapidez... Ni siquiera sabía que ya le habías encontrado sustituto.

—Muchas gracias por alegrarte tanto. Y, para tu información, Uwe no le llega a la suela de los talones —agregó sin disimular su enfado.

—Entiendo entonces que cuando esto acabe volverás a Tenerife.

—No. Si tú y yo conseguimos llevarnos bien, me gustaría quedarme contigo.

—¿Y el padre? —preguntó desconcertada. Olatz bajó la vista. Cuando Nieves ató sus propios cabos, rechazó de plano la conclusión—. Habrá un padre, ¿no? ¿O te has quedado embarazada de algún desconocido? Acláramelo porque estoy empezando a marearme.

—Era mi novio, lo dejamos antes de que me viniera.

—¿Has tenido un novio estando casada?

Olatz suspiró, exigiéndose calma.

—Uwe ha tenido cien novias estando casado y no te suponía ningún problema. Carlos y yo empezamos a salir cuando ya había hablado con Uwe de divorciarnos, cuando tuvo el detalle de contarme que había dejado embarazada a su última novia.

—No te compares con él, solo la intención te denigra —espetó de mal talante—. ¿Por qué lo habéis dejado ese tal Carlos y tú? ¿No quiere tener hijos?

—No vuelvas a mencionar al padre de mi hijo, mamá, y no vuelvas a pedirme explicaciones de algo que solo nos atañe a los dos —arremetió Olatz indignada por el desprecio que se había advertido en esas preguntas.

Dedicándole una advertencia a través de sus pupilas rabiosas, se puso en pie y dejó la habitación instigada por el resentimiento de viejas heridas mal cicatrizadas. Le sobrevinieron recuerdos de su infancia y adolescencia, cuando las críticas de Nieves eran frecuentes, la obsequiaba con consejos que rayaban la sobreprotección absoluta o, injustamente, no admitía su opinión porque le resultaba inconcebible que estuviera en desacuerdo con ella. Fueron malos tiempos para crecer confiada, para que la semilla del distanciamiento campeara por la mente de Olatz, para luchar contra un chantaje emocional dañino, en definitiva, para sobrevivir sin el temor de defraudarla.

El aire gélido de la noche la detuvo en la puerta del hospital, la atrajo a la realidad: el presente incierto al que se enfrentaba sin su único apoyo válido. De manera obsesiva, Carlos regresó a sus pensamientos, el sentimiento de culpabilidad, incompreensión y prejuicios atacándola. Se abrochó los botones del abrigo negro y se puso el gorro de lana, no le complació la sensación, realmente era un incordio. «¿Cómo pude decirle a Carlos que echaba de menos el invierno?» La pregunta tenía los aromas puros del aire de la montaña, la serenidad de una noche estrellada, admiración, deseo, la melancolía de estar sola mientras una parte de ella se negaba a admitirlo, un halo de contradicción que definía su vida. Dudó de su entereza, flaqueaba naufragando en un tormento que ralentizaba sus pasos emprendiendo un nuevo rumbo. El viento impetuoso la dobló con rachas tan temerarias como un ejército de espíritus amenazantes.

«¿De verdad seré capaz de sobrevivir ahora? ¿Vale la pena sin haberlo intentado con la persona que ha cumplido mis sueños?»

Capítulo 40

CARLOS CERRÓ LOS ojos para rememorar con mayor exactitud el preciso momento que mostraba la fotografía que sostenía en la mano. Él, con nueve años, y sus padres en la playa de El Bollullo en el verano del 92. Lo más sorprendente no era en sí el recuerdo, bonito en todo caso, sino dónde había encontrado la foto y que la esquina superior izquierda estuviera quemada.

No sabría explicar qué lo llevó esa tarde a tomarse el café en el despacho. Tal vez que la humedad se condensaba en su pequeño taller o que a esas alturas de marzo hacía un frío de perros y allí, en cambio, con la chimenea encendida el ambiente era muy acogedor. Ni recordaba por qué decidió echar un vistazo a los innumerables libros de la biblioteca buscando alguna novela que le permitiera matar el insomnio. La cuestión era que entre dos libros apareció la vieja fotografía, indultada sin duda. Esto lo supuso nada más verle la parte quemada. Creyó no estar aventurándose demasiado al pensar que su padre se deshizo de todo lo que podía recordarle a su madre, probablemente todas las fotos acabaron ardiendo en aquella chimenea. Todas excepto esa foto. ¿Por qué motivo no fue capaz de destruirla si tuvo el impulso de hacerlo?

Esta pregunta lo guió a la patética frustración que sintió de niño cada vez que trató de averiguar cuándo regresaría Alicia. En su mente infantil, tenía solo diez años, siempre hubo un resquicio de esperanza porque la adoraba tal y como percibía que ella lo adoraba a él. Pero tras varias semanas esperando que regresara, ya viviendo ahí, la decepción se abrió camino en su corazón. Fue cuando su padre le asestó el golpe que cambió de raíz su actitud. Todavía le costaba no derrumbarse. Aquellas duras palabras de su padre llegaban con la resonancia de un eco lejano, amenazador: *«Olvidala, hijo, como he hecho yo; personas como tu madre no merecen ni un solo instante de nuestro tiempo. Qué clase de madre abandona a su hijo... No te quería, entérate de una vez. Ella vive para y por ella, todo lo demás le sobra o es un obstáculo en su vida.»*

Carlos aspiró los reconfortantes aromas a leña quemada, imaginó a su padre sentado en ese mismo escritorio de roble, una joya de anticuario, mandando al infierno a la mujer que los abandonó por otro hombre. Observó de nuevo la foto fijándose en la sonrisa que su madre le dedicaba a su padre, como si él, a menos de un metro en la orilla, no existiera. La comunicación era exclusiva entre ellos dos, una pareja de enamorados disfrutando la felicidad de un día veraniego. Se esforzó por recordar quién les habría hecho la foto, sin éxito. «Cualquier amigo de aquella época», pensó. Cualquiera que se quedó por el camino como tantas personas, un nombre sin vinculaciones afectivas.

En unos segundos de divagación, y con la impetuosidad de un caballo desbocado, Olatz eclipsó la vaga nostalgia por su madre para colapsarle la memoria. ¿Sería solo un nombre dentro de unos años? ¿Una figura en un trozo de papel como Alicia? La respuesta no lo desconcertó, fue maquinal: imposible. Por más que hubiera impuesto una disciplina marcial a su vida rutinaria, aparte del orden obsesivo reminiscente de los años en la cárcel, ni siquiera lograba asegurarse estar libre del martirio que le suponía tenerla como una hiriente sombra. Podía matarse esculpiendo, de hecho avanzaba a mejor ritmo del previsto —hasta había terminado esa mañana

los brazaletes de cobre en las muñecas de las manos de hierro que sostenían la figura de piedra de Bath, alegoría de sus tatuajes; un guiño que solo entenderían los que verdaderamente le conocieran —, igual que su padre encontró un poco de paz mientras se convertía en uno de los más reputados abogados de Somerset. Nada mitigaba sentirse destrozado por dentro o no ser consciente de que el recuerdo de una mujer había anulado por completo su vida.

Frente al calor de la chimenea volvió a reconocer la soledad, y la detestó porque lo agobiaba. De nuevo era vulnerable.

Durante las siguientes horas vagó por la casa. A ratos el perro le seguía, a ratos dormitaba dejándole espacio para atormentarse. Del despacho al salón, por si la tele lo evadía un poco; luego a la cocina para saciar el hambre, el resultado nada apetecible de otra cena congelada fue un fiasco.

Terminó recluido en su habitación observando el jardín. Abrió el ventanal, una brisa gélida irrumpió transportando olores a tierra mojada, y aspiró hondo dos o tres veces antes de volver a recriminarse su cobardía.

Cuando se metió en la cama ya no era capaz de pensar con un poco de objetividad. Todo se redujo a la sensación de estar desperdiciando lo mejor que la vida le había ofrecido, al convencimiento absoluto de que se arrepentiría, a la certeza de haber permitido que la culpabilidad de sus remordimientos lo asustara hasta el extremo de rendirlo sin luchar.

En mitad de esa noche, guardiana de la sombría delicadeza que lo llevaba a perdonarse por evitar una exposición social perniciosa para su frágil honorabilidad, de golpe una fugaz idea le dio esperanza. «Solo han pasado dos meses», recitaba mentalmente como si ese inconsistente periodo tuviera poder para invocar alguna clase de milagro redentor en Olatz. Debía decidirse. O se armaba de arrojo para intentar que Olatz entendiera lo que pasó entre él y Ellie, como primer paso hacia el perdón, o seguía buscando excusas que le soliviantaran el amargor en la garganta y la sequedad permanente al recordarla. Ahora bien, ¿y si durante estos dos meses ella se hubiera desencantado de tal modo que fuese imposible tener una segunda oportunidad? ¿Estaba preparado para soportar su rechazo? ¿Corría el riesgo o claudicaba a su recuerdo?

Capítulo 41

LA OBRA DOMINABA el centro de la galería de John Edgar, aún de forma provisional. Carlos la había desembalado con delicadeza, consciente de la importancia de esa figura en concreto: el eje de *Diosas*. Podía haber esperado los dos meses que faltaban hasta la inauguración de la exposición el 18 de mayo, pero se dejó tentar por John, insistente en que la viera en el espacio vacío, justo aquella tarde lluviosa con escasa luz. No debía fallarle al viejo amigo de su padre, porque fue una de las pocas personas que confió en él cuando intentaba enderezar su vida o porque en esa galería inició su andadura profesional y era conmovedor continuarla justo cuando más necesitaba estar ocupado.

Después de darse por satisfecho, y sin atender a la charla que mantenía John por teléfono, escuchó a su espalda un taconeo suave. No se volvió. No era la mujer sin alma que había atrapado con las manos, la mujer que había convertido la piedra en un canto sensual, emotivo y triste, la persona que le encogía el corazón y en sus aciagas noches lo ahogaba en tragos de amargura.

—Es una maravilla.

El sonido del español en esa voz femenina, madura, aceleró el pulso de Carlos hasta transportarlo a unos años lejanos. Con los ojos inmóviles en un punto perdido, giró despacio la cabeza para encontrar a una señora de porte refinado que rondaba los sesenta años. De inmediato la recordó de otra exposición. Aquella vez le llamó la atención su melena plateada, perfecta; sin embargo, en ese momento, cuando había reconocido el timbre de su voz, buscó en su oscura mirada algún rastro de arrepentimiento. No lo halló. Era la personificación de la templanza. Ni siquiera el paso del tiempo había hecho demasiada mella en su rostro de piel mediterránea, bien dibujado en un óvalo de rasgos equilibrados, le pareció atractiva.

—Hola, madre —saludó una vez se repuso del impacto—, cuánto tiempo...

—Demasiado —dijo Alicia después de tragar saliva.

—¿Cómo estás? —preguntó él de manera correcta.

Alicia dibujó en sus labios una sonrisa triste, pensando que era un hombre magnífico.

—Nerviosa, he soñado con este momento veinticinco años.

—Porque has querido, no intentes darme pena ahora.

—No es mi intención, Carlos. Pero me gustaría contarte mi versión de lo que pasó para que entiendas las razones que me llevaron a mantenerme alejada de ti.

—A estas alturas me son indiferentes —le dijo con frialdad—; acepté que tuvieras en tu vida metas y personas más interesantes que mi padre o yo mismo. No es ningún reproche —aclaró al advertir que la seguridad se esfumaba del rostro de Alicia.

—Puedo imaginarme que creciste rodeado de las mentiras que tu padre inventó para ensalzarse a mi costa, y tampoco voy a reprochárselo porque no sé qué habría hecho en su lugar y porque es tarde cuando ya no está con nosotros.

—Te lo agradezco —murmuró. La parte racional de Carlos clamaba sosiego mientras lidiaba con el dolor del niño despechado ávido de rencor—. Fue un buen padre.

Alicia asintió, rogando para que acudieran a su boca las palabras que durante tanto tiempo

había ensayado. Solo consiguió halagar la figura de Charles como habría hecho en el funeral de cualquier conocido. Percibía el nulo interés de Carlos por remover el pasado, lo acariciaba en su voz grave y en la dureza de unas tonalidades verdes que la habían acompañado desde el mismo día que renunció a él.

—¿Podemos vernos mañana en otro sitio?

Carlos suspiró y, batiendo las mandíbulas, negó con la cabeza. En la nube sombría que lo había envuelto no se dio cuenta de que John atravesaba la sala en dirección a ellos.

—Qué maravillosa sorpresa —exclamó John, impostado la alegría que, precisamente, escaseaba en aquel hermoso entorno. Levantó la mano de Alicia y la besó en un gesto anticuado, acorde a sus exquisitos modales y a la ropa elegante que vestía. Llevaba un traje de rayas con chaleco y un estudiado pañuelo en el bolsillo de la chaqueta. Se apartó un poco de Alicia para admirarle la figura destapándole el abrigo largo de paño oscuro. Dejó al descubierto un vestido entallado de lino crudo que insinuaba la silueta de una mujer mucho más joven. Era adicto a la feminidad o, mejor dicho, a la belleza de su amiga del alma—. No te esperaba hasta dentro de unos días. ¿Cuándo has regresado?

—Anoche. Estaba impaciente por venir.

—No me extraña...

Carlos, que los observaba disimulando la estupefacción, aún en pleno proceso de digerir la presencia repentina de su madre, se cansó de la ignorancia:

—¿Desde cuándo os conocéis?

Alicia y John compartieron una mirada llena de complicidad. Fue ella quien se decidió a responderle.

—Desde que me casé con tu padre.

—Cuando os vinisteis de Tenerife —empezó a explicar John al ver el ceño apretado de Carlos—, tu madre tardó poco en seguiros. Necesitaba un amigo tanto como tu padre, así que no fue una decisión difícil para mí.

—Estoy perdiéndome, John. ¿Estás diciendo que ella vivió aquí al mismo tiempo que nosotros?

—Vivió y vive desde entonces —contestó, cambiando la expresión relajada por una seria—. Hay muchas cosas que desconoces por motivos diversos. Eras pequeño al principio, tu padre mostraba su peor versión y ninguno podíamos contrariarlo, luego perdimos la ocasión porque pasó la tragedia de Ellie y tenías que salir del atolladero donde te habías metido —contaba sin perder de vista los ojos entornados de Carlos—, volvimos a perder cuando saliste de la cárcel y te fuiste a Italia, a Tenerife... Hasta ahora, cuando ya la verdad no le hará daño a nadie.

—¿Por qué no dejas que te la cuente? —insistió Alicia.

Carlos resoplaba por la nariz como un animal acorralado.

—Te espero en mi casa mañana a las doce —habló distanciándose unos pasos—, conoces la dirección, ¿verdad?

Alicia permaneció inmóvil. Lo observó recorrer la galería como si el mismísimo demonio le guiara a la calle con la mano de John dándole suaves toques en el hombro.

—No pierdas la fe —le dijo John de manera amable—, lo entenderá todo. Tus razones fueron tan válidas como las de Charles.

—Carlos lo tiene endiosado.

—Es lógico porque solo conoce su versión de la historia. Ambos os equivocasteis, de acuerdo, pero no es justo que solo tú hayas pagado. Ya es hora de que desplome a su dios.

Alicia insinuó una sonrisa.

—No busco venganza, lo sabes.

—Cuéntale tu versión —insistió—. Tu hijo se parece a Charles en el físico, pero el carácter es tuyo. Él no odia, sufre en silencio. ¿Te suena?

Capítulo 42

AL DÍA SIGUIENTE, cuando llamaron a la puerta de forma educada, Carlos se quedó un instante quieto frente al espejo para mirarse de cuerpo entero después de llevar bastante tiempo sin hacerlo. Se había vestido con una camisa blanca bien planchada y los vaqueros más nuevos que encontró en el armario. Intentó suavizar con la ropa su reflejo fatigado, fiel retrato de la noche de insomnio que por primera vez desde su llegada a Bath no podía achacarle a Olatz. La aparición de su madre le anuló por completo cualquier otro pensamiento.

Bajó la escalera a toda prisa, consultó el reloj de pared del vestíbulo: las doce y un minuto, y espiró hondo antes de abrir la puerta. Alicia, de espaldas observando el patio, se sorprendió y dio un ligero repulso.

—Hola, Carlos —saludó ella, esgrimiendo una sonrisa mientras se quitaba las gafas de sol para repararle el cuerpo. Apreció que se hubiera tomado la molestia de cuidarse—. Estás muy guapo.

—Tú también —replicó sincero. Era indudable que aún conservaba su belleza natural, la evidencia de una antigua belleza serena, acrecentada por la suavidad de sus gestos y la aportación elegante del sobrio vestido que llevaba con el corte a media pierna, negro con pequeños lunares blancos—. Supongo que no te habrá costado encontrar la casa.

—He estado aquí muchas veces.

Carlos la observó fijamente, molesto al comprobar que había vivido engañado, y se apartó para cederle el paso con cortesía sin perder de vista al perro. A pesar de que no daba muestras de nerviosismo tras surgir del despacho, pretendía un recibimiento sosegado para relajar la tensión.

—¿Te apetece una copa de vino? —preguntó Carlos.

—No, pero no rechazaré un vaso de agua bien fría.

Carlos asintió, pensando que su madre también estaba al corriente de los problemas que tuvo con el alcohol. Fue a la cocina y sacó de la nevera una jarra de cristal llena de agua, oyéndola hablar de manera cariñosa con el perro. Tras salir con la jarra y dos vasos, se encaminó hacia el salón.

—Tenemos un día precioso para desaprovechar el jardín, el tiempo está loco —comentó Alicia en tono ligero sin franquear la puerta doble del salón. Sentía cómo el frío le traspasaba la piel. Trató de parecer casual, pero nada lo era si el fantasma de Charles acechaba cerca—. ¿No echas de menos el sol de España?

Carlos movió los hombros, no le apetecía compartir sus añoranzas con ella. Se dirigió de nuevo a la cocina, de nuevo destiló cortesía al cederle el paso y, de nuevo, suspiró al encaminarse a la mesa de madera que había a la sombra de los árboles. Antes de sentarse le ordenó a *Hard* que se tumbara para evitar interrupciones y colocó unos cojines en las sillas, estaban húmedas por la lluvia que había cesado al amanecer.

La ansiedad de Alicia al beber rápidamente cuando él sirvió agua en los vasos le hizo contemplar el jardín sin apreciar la calma que se respiraba bajo las ramas de las encinas y la envergadura del viejo magnolio.

Algo distraída, ella inició la conversación:

—El arte nos une, cuando vi tu primera exposición no te imaginas lo feliz que fui. Sentí que después de todo había merecido la pena mi sacrificio.

—¿En qué te sacrificaste, madre?

Alicia alzó la barbilla, sonriendo levemente al esforzarse por no pedirle que dejase de llamarla “madre”. Prefería mil veces la anulación total a una palabra blandida con cinismo. Fijó la vista en la caseta de madera.

—Las inquietudes son peligrosas —dijo ella, volviendo a mirar las pupilas hipnóticas de Carlos. Con esa luz nítida, los verdes bailaban entre pardos y dorados en una sinfonía salvaje—. Al menos las mías... Lo único bueno ha sido ver que te las he transmitido.

—No me has contestado, ¿cuál fue tu sacrificio? ¿Tenerme?

—No —exclamó atónita—, marcharme sabiendo que nunca podría recuperar contigo el tiempo que necesitaba para cumplir mi sueño profesional. Fui egoísta, y lo he pagado aceptando tu olvido.

—Todos tuvimos que aceptar las consecuencias de tu decisión —reconoció con reproche. Hizo una breve pausa, atento al gesto triste de Alicia—. Papá lo hizo refugiándose en su trabajo y yo dando tumbos hasta descubrir la escultura; cada uno sobrevivió como pudo intentando olvidarte; pero créeme si te digo que ninguno lo conseguimos.

Al escucharlo, Alicia recibió el empujón que le hacía falta. Sin vacilaciones, y sin perder la suavidad del tono, pasó algunos minutos contándole cómo la frustración aceleró que germinara en ella el deseo de terminar la carrera de Bellas Artes que relegó después de quedarse embarazada. Necesitó su espacio y un poco de tiempo libre para ir a la Universidad de La Laguna cuando él estaba en el colegio. Aquello implicó que Charles no tardase en oponerse a que retomara su sueño de ser pintora.

—No era mala persona, Carlos, pero tenía una forma de pensar demasiado intolerante: estabas con él o contra él, no había términos medios.

—Lo padecí, no hace falta que me lo expliques —comentó receptivo, reflexionando. Sujetó la jarra y, tras rellenar los vasos, volvió a hablar—. Siempre pensé que seguía enamorado de ti... No lo vi nunca con ninguna mujer.

—Que no lo vieras, no significa que se mantuviese célibe. Dudo mucho que no tuviera amiguitas con derechos, era un hombre muy atractivo.

Carlos advirtió un tono despectivo que iba más allá del rencor.

—¿Alguna vez te fue infiel?

El rostro de Alicia reflejó la altivez de alguien traicionado.

—Voy a contestarte porque he venido a hablar honestamente, te lo mereces tanto como yo necesito que tengas mi versión. Dicho esto, sí. Que sepa, solo una vez.

—¿Te lo confesó él? —preguntó incrédulo.

—No le hizo falta, lo pillé en nuestra cama... Fue en noviembre del 92, después del mejor verano que pasamos los tres juntos...

—La única foto que guardaba papá de ti era una de ese verano en la que estamos los tres en la playa.

—Todo iba bien entre nosotros hasta que empecé en la universidad. A las pocas semanas, la tensión hizo insoportable la convivencia. Estaba indignado. Empezó usando trabas indirectas como reuniones laborales imprevistas para que faltara a las clases, después aludió a que debía estar muy cansada de vosotros, a que tú me necesitabas, todo con el propósito de crearme cargo

de conciencia... Y como seguí empeñada en acabar, porque solo me faltaban dos años y era la ilusión de mi vida, cambié de estrategia. Imagino que pensó que dándome celos cambiaría de opinión.

Carlos se quedó bloqueado.

—No entiendo por qué estuvo con otra mujer —dijo todavía racionalizando la infidelidad de su padre.

—Para hacerme daño, fue su venganza. Una manera de decirme, si tú tienes otra prioridad, yo también

—Sigo sin entenderlo, ¿no te marchaste con nadie?

—No —respondió con las pupilas vidriosas por la emoción—, pero no sabes cómo siento lo que has sufrido por nuestra culpa. Imaginaba que tu padre te habría llenado la cabeza de mentiras, y lo permití por no enfrentarme a él.

Hubo un denso silencio, necesario. Carlos recordó las explicaciones de su padre, el dolor que le había causado creerse el culpable del divorcio, dar vueltas en círculos criminales creyendo que ella se vio obligada a tenerlo o cuando se resignó a la indiferencia como un soldado abatido espera la muerte después de luchar en una guerra ya perdida.

—Al principio pensé que te odiaba —comentó Carlos tras unos instantes—, por cómo me hablaba de ti, pero con el tiempo me di cuenta de que en realidad seguía enamorado. Supongo que por su carácter le fue imposible guardar un buen recuerdo tuyo ni tampoco permitir que yo lo guardara. Lo que me contó no se parece en nada a lo que tú estás contándome.

—Permitió pocas cosas. Por no permitir, incluso me negó el divorcio. O dejaba la universidad y hacía la vista gorda con su desliz o me iba sin nada...

Alicia afrontó la parte más dramática de su historia sin notar la mirada ausente de Carlos. En aquel justo momento él tenía en la cabeza la relación entre Olatz y Uwe. Había ciertos paralelismos que le congelaron la sangre, conductas de su padre que detestó del alemán. Sentía pena por su madre, porque debió sufrir mucho más que Olatz al verse obligada a elegir entre continuar viviendo sometida en una dictadura o volar dejándolo a él atrás. Sin medios económicos, luchar contra Charles le habría supuesto un desgaste emocional tan cruel como la depresión que llevó a Olatz a intentar suicidarse y, encima, con un hijo pequeño al que no podría ofrecerle la vida que ella pensaba se merecía.

—No pretendo que lo comprendas —dijo Alicia cuando advirtió que Carlos no estaba viéndola aunque tenía los ojos clavados en ella—. Pero si te sirve de algo, me arrepentí muy pronto de haber firmado con tu padre aquel acuerdo privado. Pacté con el mismo diablo creyendo que tarde o temprano cambiaría de actitud, al menos para compartirme, y me equivoqué.

—No hables así de mi padre, por favor.

En su fuero interno, Carlos detestaba la situación familiar que le tocó vivir de niño y adolescente porque se había sentido muy desgraciado y esa sensación lo condujo a encontrarse muy solo, y sin poder confesarlo. Porque aquella soledad le hizo rebelarse contra el mundo persiguiendo evadirse mientras luchaba a pulsos con Charles en encarnizadas batallas dialécticas, provocaciones y los absentismos que los alejaron hasta convertirlos en extraños. Pero aun así él fue la única persona que se mantuvo a su lado, un buen referente que valoró con la madurez de la edad, su único referente, el hombre que se había propuesto honrar; no toleraría tentativas para ensuciar su memoria.

—Discúlpame —rogó Alicia unos segundos después—, me he dejado llevar por la rabia de recordar la decisión más nefasta que he tomado en mi vida.

—¿Por qué no me hiciste saber que estabas cerca? —Carlos no necesitó oír una respuesta, el maldito acuerdo que firmó con su padre sobrevoló en la expresión compungida de Alicia—. Me cuesta mucho aceptar que durante toda mi vida estuvieras tan cerca y sin embargo me sintiera abandonado por ti.

—Jamás, Carlos. No fue fácil para mí, y sé que tampoco lo ha sido para ti. Supongo que la única forma que encontré de conciliar mi conciencia fue olvidar la pintura para estar cerca de ti pero sin interferir en tu vida.

—Sé por mi propia experiencia que no hay peor castigo que la conciencia de uno mismo, pero en tu caso me parece demasiado cruel que malgastaras tu sueño por conformarte con verme a escondidas. —Mientras hablaba Carlos, percibía que a su madre no le importaba en absoluto el haber renunciado a la pintura. De pronto, recordó lo que le dijo al recibirla y le preguntó—: Papá sabía que estabas aquí, ¿no?

—Se enteró al cabo de unos meses... Tuvo una discusión bastante fuerte con John porque me ayudó a establecerme. Después hicieron las paces. A mí nunca llegó a perdonarme del todo, pero sabía que le daba seguridad tenerme cerca. Durante los años que estuviste en la cárcel nos hicimos bastante compañía. Éramos las personas que más te queríamos, no podía ser de otra manera.

—No quiero hablar de eso. ¿Papá te pagó o te mantuvo económicamente?

—No. Dejé de depender de él cuando me fui. Desde entonces no he parado de trabajar. Cuando llegué, en un hotel de camarera; luego, en otro de recepcionista; y desde hace unos años, trabajo en The Bath Priory como asistente del director general. Ha sido una carrera de fondo, gratificante y dura a la vez.

—No lo dudo, pero no puedo evitar sentirme decepcionado tanto contigo como con él. He tenido una versión de la historia con lapsos y reinterpretaciones bastante significativos. Es muy duro pensar que nos dejaste por otro hombre y digerir ahora que fue mentira.

—Solo tengo palabras de disculpas, Carlos. El tiempo a veces es un aliado, lo es en este momento para nosotros; en cambio, cuando eras pequeño no lo habría sido, y cuando empezaste a tener uso de razón no estabas en condiciones de comprender nada. ¿Cómo hubieses reaccionado?

—¿Aguantándome? —preguntó de mal talante—. Habría sido preferible a sentirme abandonado.

Alicia tragó despacio, sin palabras que le dieran algo de consuelo. Quizá no las había.

—Me equivoqué, antepuse tu bienestar económico a tus necesidades afectivas. Luego no supe rectificar, nunca encontraba el momento adecuado; te tenía mucho miedo —confesó a media voz.

Durante un instante, Carlos empatizó con ella.

—Hiciste bien, la prudencia del miedo te libró de mi rechazo. Si en una época determinada te hubiese tenido delante, habrías vuelto a correr despavorida.

—Será mejor que no hurguemos hoy en todas las heridas, lo importante está dicho.

—Sí, ya habrá otros momentos para aclarar las lagunas que todavía tengo.

Alicia asintió, consciente de su obligación. Para recuperarlo tendría que ahondar en sus sentimientos más íntimos, en los retazos del pasado que, aun incomprensibles para él, fueron sin embargo vitales para su independencia y, sobre todo, para el hombre que dirigió su vida a pesar de no volver jamás a convivir con él porque ambos se mantuvieron firmes en sus posturas. Ella no perdonó la traición de Charles ni él que no lo antepusiese a todo. Ni juntos ni separados, en el limbo eterno del dolor en vez de elegir unos pocos minutos de máxima sinceridad, dos locos que únicamente pudieron sobrellevarse cuando perdieron a su hijo, superaron el duro golpe, y dejaron

de culparse el uno al otro por los errores cometidos.

Para suavizar la densa neblina de malos recuerdos que volvía a inundarlos, Carlos se interesó por su trabajo en el hotel. Así retomaron una charla amable que derivó en sus comienzos en la escultura. Hubo entre ellos cierta complicidad sin que traspasaran barreras íntimas.

—¿Tienes planes para comer mañana? —preguntó Carlos.

La sonrisa que esbozó Alicia fue contenida, como las lágrimas que sus ojos retuvieron al negar con la cabeza. Feliz y admirada por esa buena disposición, enfiló el paseo buscando la agradable sombra de los árboles. Necesitaba tiempo para racionalizar el paso de gigante que había dado después de convencerse de que se equivocó y no habría perdón posible para ella. Era tarde para arrepentimientos porque el dolor no podía repararse, pero, ya que el encuentro había estado muy lejos de ser lo espantoso que imaginó durante demasiados años, contemplaba el largamente anhelado acercamiento que le permitiría redimir un poco sus errores. Se repitió que por mucho que la actitud razonable, dialogante y respetuosa de Carlos hubiese superado sus expectativas, soñar con la clase de relación que ella y su madre mantuvieron era soñar a lo grande. Si bien, como había podido percibir las fisuras en la coraza de un hombre desamparado, caminaba levitando gracias a la potente ilusión que hacía palpitar de nuevo su corazón. «Hay esperanza, no todo está perdido», se dijo.

Capítulo 43

AÚN NERVIOSA Y con la convicción de que aquello era una señal del destino, Olatz salió de la consulta del ginecólogo. Empezó a andar en dirección a Gros, el barrio de sus padres, cruzando el antiguo Puente de Santa Catalina sobre el río Urumea con la vista clavada en la desembocadura a cuya margen derecha podía ver parte del desarrollo vanguardista de la ciudad. Los dos impresionantes cubos de cristal que conformaban el Kursaal sobresalían en la playa de Zurriola mientras destellaban los refulgentes dorados del sol. Iba a tener un niño sobre el 15 de octubre. Fue esa fecha la que azuzó su idea de que había algo divino tratando de unirla a Carlos. Si no, ¿cómo era posible que su hijo naciera el día que él cumpliría treinta y cinco años? ¿Justo ese día? ¿Por qué? ¿Para recordarle el resto de su vida que había actuado sin una ínfima dosis de tolerancia?

«Soy yo, a tu lado y a la vez a leguas.» Era el mantra que se le había metido en la cabeza cuando no dejaba de recordar el cumpleaños de Carlos que celebraron con una fabulosa comida en el jardín. Quizá la agradable temperatura que permitía intuir la primavera estuviera forzándole la memoria. Del mismo modo, el agónico final de Íñigo. Apartó rápidamente ese pensamiento, necesitaba fortaleza para contárselo y serenidad para soportar los silencios de su madre. No le afectaban sus críticas, pero no podía aplaudirle una indiferencia que trasladaba al desarrollo del embarazo, algo visible en la curvatura de su vientre, y por defecto extendía a su hijo.

Caminaba por la avenida Navarra, donde la cacofonía del tráfico se convirtió en un sonido uniforme, cuando respondió la llamada de Rodrigo anunciándole que la sentencia de divorcio acababa de salir. Aceptó que se la enviara por correo electrónico, ninguno mencionó a Carlos, y se despidieron tras una conversación profesional sobrada de buenos consejos que volvieron a sonarle paternalistas.

Respiró profundo impregnándose de la paz mental que la había envuelto. No pasaron dos minutos desde que guardó el móvil en el bolso cuando de nuevo sonó. Esta vez le revolvió el estómago.

—Hola, Uwe, cuánto tiempo sin saber de ti —le dijo enmascarando en el tono suave la ironía.

—¿Cómo está tu padre?

—No finjas que te interesa. ¿Qué quieres?

Uwe suspiró, pretendía empezar bien la conversación.

—Tengo un cliente muy interesado en la casa de Costa Adeje. Con un poco de suerte cerraré la venta en unos días, a ver si a primeros de mayo pudiéramos firmarla.

—Estupendo, avísame con tiempo. ¿Alguna novedad con la del Puerto?

—Todavía no. ¿Sabes que ha salido la sentencia?

—Sí, acaba de llamarme mi abogado.

—Espero que esto sea un nuevo comienzo para los dos —comentó animoso, no podía reprimirlo a pocos días de ser padre.

Olatz guardó silencio un instante antes de despedirse de forma escueta. Habría sido fácil

lanzarse a reprochar su bajeza al arrojarle a la cara el pasado de Carlos con intención de hacerle daño. Se lo calló porque lo último que deseaba era avivar una guerra a punto de concluir, porque le resultaba muy duro hablar de Carlos.

Era pensar en él y el mundo se le venía encima. Deberían haber hablado de tantas cosas, tenía tantas preguntas en la cabeza que luchaba consigo misma a diario para no ir a Inglaterra y exigirle respuestas. Solo con esas respuestas sería posible seguir adelante, juntos o por separado. Ignorar tenía la horrorosa cualidad de hacerla imaginar, y no era buena porque tendía al pesimismo. De todas las hipótesis que había creado, siempre elegía que Carlos en un momento de exaltación bajo los efectos de las drogas y el alcohol discutió con Ellie y la mató sin ser consciente de sus actos. Esto suponía un crimen oscuro y cruel, un crimen que no era capaz de perdonarle aunque hubiese cumplido condena y fuese un hombre diferente. Se conocía, no se planteaba vivir con miedo.

Al cabo de unos minutos traspasó el umbral del piso de sus padres. De forma automática le faltó el aire, no le gustaba estar allí. La decoración clásica era sencilla, hasta austera en tonos muy neutros, y tenía una claridad espléndida, y no dejaba de detestarlo. Quizás por la ausencia de su padre o, quizás, porque echaba de menos la sensación de libertad que podía sentirse en el dormitorio de Carlos cuando el viento azotaba la playa y nada rivalizaría jamás con su espléndida panorámica.

Fue a la cocina tratando de alejar esos recuerdos de su mente, fieles traicioneros que atacaban en el momento más inoportuno, y calentó en el microondas unas lentejas que había hecho su madre la noche anterior. Tenía que comérselas para evitar otro sermón; aunque precisamente obedecerle en eso no era un problema, cocinaba bien y su apetito rozaba la voracidad. Comía en la mesa de la cocina con prisas por llegar pronto al hospital para hacerle el relevo cuando, otra vez, la llamaron por teléfono.

Ver el nombre de su madre en la pantalla del móvil le aceleró el pulso, en unos segundos se le detuvo. Compungida, en medio de un revuelo creciente de llanto y dolor, se dejó caer en la silla como una mujer exhausta después de haber sobrevivido a una tempestad. Estuvo más de media hora asimilando que su padre ya no estaría en el hospital, no estaría en otra parte que no fuese su corazón. ¿Pero cómo se asimilaba una pérdida tan grande? ¿Cómo dolía de esa manera después de unos meses mentalizándose para ese momento?

Al verse hundida en un caos de lágrimas, echó de menos a Carlos para abrazarse a él y sentir su apoyo y la protección que seguramente le habría dado. Luego, conforme aceptó ese otro obstáculo, se dijo que era inútil lamentarse. No resolvería nada escondida entre recuerdos y penas; debía ser tan fuerte como una roca por ese hijo que había irrumpido en su vida desestabilizándola y dándole alegría en la peor racha que recordaba. La única manera de seguir adelante solo tenía un camino: luchar contra viento y marea por hacer realidad su sueño de ser madre.

Capítulo 44

CARLOS SOLDABA UNA pieza de hierro de manera cuidadosa con el soplete de gas, ayudándose de una varilla de cobre. Los chorreones de sudor le corrían por la frente. Cerró la llama del soplete y se quitó las gafas de protección para recogerse el pelo. Tuvo la idea de raparse al cero, ya no soportaba el calor sofocante que le asfixiaba en el cobertizo. No era solo por estar soldando, sino por el calor que había llegado en una oleada a todo el sur de Inglaterra. Era raro en pleno abril, tan poco habitual como su empeño en que prevaleciera íntegra la belleza en esas obras. En ellas se verían elegantes rasgos, sonrisas cautivadoras y expresiones cotidianas. Las confidencias con Olatz, el sabor de su piel o el sonido de su voz le pertenecían solo a él y estaban guardados dentro de su corazón como un valioso tesoro. Nadie sabría nunca cuánto había amado ni cuánto estaba sufriendo por amor. Eran sus secretos, los que acompañaban al mayor error cometido por amor: amar.

Por primera vez no pudo desfigurar las piedras; habría sido un sacrilegio a la memoria de Olatz, y esa tenía intención de mantenerla intacta con todas las luces que le hicieron feliz y las sombras que lo empujaron a alejarse de ella. Casi había terminado la serie, mezcla de piedra caliza, basalto y detalles de madera de tea con estructuras de hierro para soportarlas.

Llamó a *Hard* para jugar un rato bajo las sombras de los árboles del jardín. Duraron pocos minutos, los que tardó Alicia en aparecer de forma casual. Carlos admiró su estilo camaleónico, no supo si le gustaba más cómo vestía esa mañana: vaqueros, camiseta blanca, blazer azul marino y deportivas de lona, o con ropa más formal. Lo único invariable era su melena plateada.

Curiosa, al verlo tan sudoroso y desgredado —además del pelo que Carlos llevaba mal recogido en un moño, el desaliño de su espesa barba y la ropa extravagante: mono azul de esos que suelen ponerse los mecánicos, con las mangas cortadas que le permitían apreciar la buena forma física de sus brazos, y botas de un color indistinguible— se interesó por las obras, valorando si ese aspecto alternativo resultaba atrayente a las mujeres o por el contrario las repelía. No fue capaz de concluir nada gracias a un hermetismo alarmante. Eso la llevó a pensar que estuviera ocultándole algún descalabro amoroso, percibía en él una tristeza desalentadora que se le escapaba.

Carlos hizo algo inaudito, la introdujo de verdad en su círculo más íntimo. Alicia lo acompañó hasta el cobertizo sin parar de hablar, contenta. De haber sabido que le resultaría tan sencillo ver las obras antes que nadie, habría intentado persuadirlo en alguna de sus frecuentes visitas ahora que estaban retomando su relación de manera adulta, tolerante y con afán de entendimiento.

Paseó la mirada por las figuras, despacio, con lenta precisión. Era un artista perseverante, se notaba en la minuciosidad de los pliegues en la ropa, en el movimiento de los cabellos que hacía olvidar la piedra, en la inclusión de diferentes materiales convirtiéndolos en uno solo, único.

Alicia no logró contenerse:

—No puedo salir sin preguntártelo, ¿quién es? —habló simpática.

—Nadie.

Rápidamente vio la rigidez de Carlos y compuso un semblante serio

—Estás fascinado por ella. No es coincidencia que la exposición se llame *Diosas* y que en toda la serie hayas usado a la misma modelo.

Carlos levantó la vista, pero no dijo nada. No le sedujo compartir más emociones cuando tenía la mente hecha un lío. Seguiría escondiendo esa herida que no paraba de sentir como una punzada en el alma, muy reciente, tan reciente que no le entró el aire en los pulmones.

—Siento haberte molestado —habló incómoda—. Te llamo en unos días.

Alicia se alejó andando sin prisas. Empezaba a reprenderse por su maldita sinceridad, llevarla ahora por bandera generaba estas situaciones. Carlos se sintió mal. Cambió de opinión antes de que desapareciera.

—Mamá —gritó, y Alicia se volvió de inmediato—, detesto comer solo. ¿Te apetece una tortilla de patatas?

—¿La hacemos juntos? —le preguntó con suavidad.

—Y te hablo de Olatz.

—No te sientas obligado.

—Necesito hacerlo.

En unos pocos minutos, cuando Carlos había puesto una sartén al fuego con aceite de oliva, pelaban patatas mientras Alicia le exponía su punto de vista después de escuchar que la mujer idolatrada de la exposición era su gran amor.

—Has vivido cosas buenas y cosas malas, pero no tienes deudas con nadie, solo contigo mismo. ¿No crees que esta resistencia tuya no tiene sentido porque vas a perder la oportunidad de ser feliz? ¿Te haces una idea de lo que sería cruzar el umbral de la vejez sin poder echar la vista atrás porque te resultaría tan dañino que condenaría tus últimos años?

Carlos la observó fijamente, preguntándose si eso le había pasado a ella.

—Tengo intención de recordarla sin rencor, prevalecerá lo bueno; fueron los mejores meses de mi vida, solo por eso debo recordarla con cariño.

—No estás entendiendo nada, pero todavía estás a tiempo de cambiar el recordarla por vivir con ella. Si permites que tus miedos destruyan lo que teníais, los remordimientos te harán tanto daño que ni siquiera podrás recordarla sin arrepentirte.

—Intentaré sobrevivir.

—Serás el único responsable y tu conciencia se encargará de repetírtelo el resto de tu vida como una letanía que te volverá loco. Intenta engañarte lo que quieras —le dijo al cabo de unos segundos—, será otra estupidez que tendrás como condena por haberte resistido contra las fuerzas del destino.

—No vas a cambiar nada aludiendo al destino, es imposible que vuelva a unirnos. Ella está en España y yo aquí; lo que fue pasó, nosotros ya nunca seremos.

Alicia movió la cabeza, pensando en esa obcecación proclive a enmarañarle los pensamientos con la fortaleza de una telaraña. Una vez atrapado, no había escapatoria.

Capítulo 45

OLATZ PASEABA POR la orilla de la playa de La Zurriola mientras el horizonte se teñía del tono anaranjado de otro amanecer. Aquella brumosa mañana se despertaba con un oleaje bravío y temperatura fresca que remontaría a la misma cadencia de la pleamar. En unas horas andar por esa orilla de arena compacta que tanto agradecía la circulación sanguínea de sus piernas o, mejor expresado, que tanto bienestar le aportaba en todos los sentidos, sería como recorrer una avenida comercial. Levantó la vista de la fina arena enfocando la ladera arbolada del monte Ulía, flanqueaba la playa con majestuosidad, cuando surgió a la carrera un perro de la raza de *Hard*.

Olatz se detuvo en seco, sus pies rápidamente lograron hundirse en la arena. No podía moverse sacudida por el impacto de las imágenes que acudieron a sus retinas, imágenes de otro perro en otra playa, imágenes que formaban parte de ella como el salitre pertenecía al mar.

Ni un minuto después, asomando por el restaurante que había a los pies del paseo marítimo, un hombre joven en chándal cruzó la playa hasta la orilla para correr detrás del animal. Cada uno llevaba un ritmo diferente aunque sin lugar a dudas eran compañeros. Esa independencia le recordó un poco más a Carlos, daba espacio pero no se apartaba demasiado.

Recordó de nuevo con una claridad brutal el día que sufrió el percance con el delincuente que intentó robarle y terminó hiriendo a *Hard*. Jamás había visto a nadie correr como Carlos lo hizo, llegó hasta ella en un abrir y cerrar de ojos, tan rápido que ni el viento lo habría atrapado. Fue protector. Luego, siendo realista, se convirtió en un paranoico guardián de su seguridad. Tuvo una preocupación obsesiva, auguraba peligros en cualquier sitio y siempre con la sombra de Uwe planeando sobre su cabeza. Aquello lo honró porque se erigió en su guardián demostrando una entrega incondicional teniendo en cuenta que no llevaban juntos tanto tiempo, les unió pese a las discusiones cuando ella reclamaba serenidad y él era incapaz de tenerla.

Con todos sus recuerdos ralentizándole los pasos mientras el perro y su dueño seguían corriendo hacia el monte, no dejaba de pensar en que los episodios sobreprotectores de Carlos no se correspondían con los de alguien capaz de matar. Sin embargo, ¿se corresponderían con los de alguien llevado al límite? ¿Pudo acabar con la vida de Ellie por protegerla? No tenía sentido, pero la hizo volver al pensamiento que la llevaba a transitar por los confines de la cordura.

Para salir de ese bucle tortuoso tenía claro que dependía de ella averiguar la verdad. O se armaba de valor para verlo de nuevo o ya podía ir buscando un buen psiquiatra, lo necesitaría de por vida si dejaba las cosas como estaban. ¿Qué le contaría a su hijo cuando le preguntase por él? Se vería en la encrucijada de alimentarle la curiosidad con embustes. ¿Y si además Carlos, por alguna de esas casualidades, no tan casuales del destino, porque ambos tenían amistad con Mikel, por ejemplo, y no debía descartar que a través de Uwe se enterase de que estaba embarazada, le reclamaba mantener una relación continua con el niño?

Ignorar que Uwe nunca había destacado por su discreción era peligroso, principalmente cuando ese embarazo le resultó exculpatario. Lo advirtió raudo durante el breve encuentro en la notaría para formalizar la venta de la casa de Costa Adeje. Ella no tuvo malicia. Si no, se habría puesto algún vestido holgado para disimular la barriga en vez de unos pantalones estrechos y una

camiseta negra, fina por el implacable calor de uno de los meses de mayo más cálidos que se recordaban en Tenerife. Uwe no vacilaría al arrojar cualquier información que redujera socialmente la condena de su comportamiento. Lo anunciaría, estaba convencida. El embarazo casi igualaba la situación que él había provocado, compartir el patrimonio lo dignificaba. Incluso podía contar en círculos más íntimos que Carlos había matado a su novia solo para regodearse en la venganza.

Aunque no temía la reacción de Mikel por ese asunto, hasta pensaba que era conocedor de él por la sensación que tuvo la última vez que hablaron por teléfono, sí le preocupaba que Carlos se enterase del embarazo por terceras personas.

Perdió el hilo de esos pensamientos cuando el pastor alemán pasó por su lado sin prestarle atención, las olas eran mucho más divertidas. Sonrió, volviendo la cabeza para seguir mirándolo. El dueño no tardó en llegar, le hizo un gesto con la cabeza que simuló un saludo amable.

Olatz le correspondió, pero de inmediato dio la vuelta para desaparecer. Los ojos del hombre, de un tono turquesa, habían brillado radiantes de felicidad y le recordaron demasiado otros que bajo el sol relucían como esmeraldas. Aquellos superverdes la conquistaron, se adueñaron del objetivo de la cámara en las fotos que le hizo en septiembre después de decirle que le atraía, que aquel sería su único trabajo para él.

Acordándose de Carlos, con la camisa blanca reluciente y una esplendorosa sonrisa al creer que no estaba posando, de forma pertinaz, concluyó que le tocaba a ella mover ficha. Fue la primera que huyó de la explicación que él quiso darle, por tanto, o tendía el puente del entendimiento o aceptaba la siguiente jugada del destino. «Más no podrá sorprenderme», se dijo poco segura, en un pensamiento bajito que no alentara nuevos sucesos a su vida ya plagada de circunstancias tan adversas como insólitas.

Capítulo 46

AL LLEGAR a la Art Gallery, situada en un edificio clásico de piedra caliza frente al puente Pulteney, fijó los ojos en la multitud de personas en la acera, en su mayoría personas maduras con aparente nivel económico. Hombres ataviados con sobrios trajes oscuros y mujeres vestidas con sedas de colores llamativos y tacones, todos parecían pavos reales esperando participar en un desfile de clasismo social. Para la ocasión, después de dudar durante varios días, se había comprado un traje veraniego gris claro que se puso con una camisa blanca sin corbata. Esa misma mañana se cortó el cabello, que llevaba bien peinado hacia atrás, y despejó su rostro de la poblada barba que tanto calor estaba dándole. Podía decirse que gracias al adecentamiento de su apariencia no sobresalía de aquel enjambre voraz de ocasiones para lucirse.

Levantó la cabeza hacia el orgulloso escudo de armas de la fachada para observar el gran cartel iluminado con su foto, una de las que le hizo Olatz, y el título de la exposición: *Diosas/Goddesses*. En la puerta pudo ver de pasada otro cartel más pequeño con una breve síntesis de su estilo bastante sensacionalista. Se abrió pasó entre la gente sin prestar atención a los murmullos de quienes lo reconocían. Era posible que su pasado carcelario estuviera ensombreciendo ese presente artístico que tanto le importaba, sin embargo no le afectó. Conforme había ido transcurriendo el tiempo desde su regreso, al igual que ya le pesaba menos estar en su casa, sentía cómo avanzaba hacia su propio perdón. La gente podía rumorear sobre él cualquier cosa negativa, hablar, opinar y juzgar estaba en la condición humana, tal y como estaba en sí mismo tener la entereza de no derrumbarse ni avergonzarse por lo que fue o por lo que hizo. No podía cambiarlo, únicamente aprender a convivir con ello.

Cuando a las siete en punto se abrieron las puertas de la galería, aguardó la reacción del público junto a su madre y a John Edgar. En total exponía la serie *Diosas* al completo y diez obras más donde se apreciaba su evolución artística.

John, con su apariencia bohemia por la barba larga y el fular que le aportaba jovialidad al traje clásico que vestía, cortésmente, fue presentándole a algunas de las personas más influyentes de la ciudad sin escatimar elogios para incitar unas ventas que le reportarían grandes beneficios. Los ojos de John, aun tras la montura metálica de las gafas, brillaban al detectar el orgullo de Alicia mientras Carlos asentía. Lo había apocado un pudor casi infantil, ¿o era inseguridad por sentirse examinado? La cuestión estrella estaba siendo la figura de Olatz que sus manos sostenían en el aire, *Mujer Divina*, la que evocaba el instante en que se conocieron, la que no había puesto a la venta porque formaba una parte tan vital de él que no se planteó más que conservarla a pesar de la insistencia de Edgar para que integrara el catálogo. Esa obra no tenía precio, ¿pero cómo explicarlo a quien no ha estado en su piel?

—Aunque es su serie más conservadora por la influencia renacentista, ha encontrado un lenguaje visual que conecta con la gente —comentó John.

—Sin duda —afirmó Alicia, desviando la vista a las esculturas—. Además de armónicas y de transmitir las emociones que él desea expresar, tienen una técnica formal más sofisticada que la de sus anteriores obras. Veo evolución hasta en el tallado de los materiales secundarios. ¿No te

parece? Los detalles de tea y cobre realzan la piedra.

—Pronto estará probando con el bronce, al final casi todos los escultores acaban atrapados en su versatilidad.

En un despiste de la conversación, Carlos descubrió a la provocativa Nathalie Thornton.

—Enhorabuena —susurró la azafata de British Airways.

Frunciendo el ceño, el escultor se enfrentó a ella, la mujer que había conocido casi un año atrás, a la que echó de su casa cuando ya estaba enamorado de Olatz.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó, sujetándole con suavidad el codo para apartarla de oídos indiscretos.

—Relájate, no voy a intentar seducirte

—Abandona tu nube presuntuosa; aunque lo intentaras, no volvería a caer.

—Carlos, no me gusta repetir humillaciones. Salúdame si te apetece o déjame disfrutar de la exposición, las dos cosas me vienen bien.

—¿A eso has venido?

—No te mentí al decirte que me gustan tus esculturas.

—Gracias, disculpa mis malos modos —comentó cambiando el tono.

—¿Dónde está la diosa? —preguntó cínica, recordando fielmente a la mujer morena con la que coincidió la fatídica noche que se le ocurrió darle una sorpresa a él—. Debe estar encantada, aparece en todas las obras. Es la comidilla de la exposición.

—Que hablen es bueno —dijo sin intención de responderle.

Nathalie inclinó un poco la cabeza, mirando el gesto sereno de Carlos.

—Vida circular; todo lo que uno desea para los demás termina llegándole.

Carlos supo de inmediato de qué hablaba, de la especie de maldición que le soltó presa de la rabia.

—Disfruta de la exposición —le dijo con sorna.

—Soy feliz viendo tu desgracia. ¿Sabías que los artistas son más creativos cuando están sufriendo?

A Carlos no le asombró el comentario, podía percibir su rencor.

—Adiós... —él titubeó adrede, apretando las cejas—. Diría tu nombre, pero lo he olvidado.

Nathalie aceptó el golpe sonriente, como solía hacer con los pasajeros de sus vuelos.

—No pasa nada, solo soy una rubia más con la que habrás follado. Disculpas admitidas.

—Admite lo que te dé la gana. Pero, desde luego, no unas disculpas que no he pronunciado.

Carlos dio la vuelta manteniendo la calma. No encontró a Alicia, pero divisó a John entre el gentío. Estaba en un animado corrillo cercano a las seis figuras de tamaño natural que formaban el conjunto principal de sus obras. Cuando llegó hasta él, no fue capaz de integrarse. Pensativo, clavó la vista en la composición. La figura de Olatz emergía del agua sobre unas fuertes manos masculinas. Era la única hecha en piedra de Bath, de tonos dorados, y estaba rodeada de las demás figuras de basalto. En un círculo imaginario como homenaje a los círculos mágicos de Stonehenge, las figuras de Olatz mostrando diversas emociones separaban lo sagrado de lo profano. Podían resultar sanadoras, para él fue una cura a su soledad; o esotéricas, porque lo desvió de la seguridad instintiva de protegerse directo a su mayor temor; y marcaban solsticios, como el potente rayo de luz con que ella había iluminado su vida, una maravillosa inflexión que dibujó sus imperfecciones y expuso su versión más cariñosa sin complejos.

—Estas obras son preciosas —comentó un hombre de mediana edad—, muy distintas a las que había visto de usted.

—Estoy en pleno periodo de transición—le dijo Carlos.

Acababa de decidirse, había llegado el momento de someterse al único “juicio” que realmente le importaba.

Capítulo 47

OLATZ ESTABA SENTADA en el sofá con el portátil sobre el regazo cuando oyó la llave en la cerradura de la puerta. Suspiró con la sensación de estar a punto de enfrentarse a un huracán protegida por una cáscara de nuez. Apartó el ordenador en la mesa sin cerrarlo, dejando a la vista la elogiosa crítica que la exposición de Carlos había recibido en la prensa británica. A diario ojeaba la web de la BBC News, en concreto la sección de Arte y Entretenimiento, obsesionada con encontrar noticias de Carlos, como una necesidad para seguir soñando despierta.

Intentó concentrarse en su decisión cuando Nieves apareció enseñándole el nuevo corte de pelo que se había hecho. Lo llevaba casi rapado, podían vérselo las vetas plateadas delatoras de la edad.

—Menudo cambio —le dijo Olatz impostando buen humor—, te queda muy bien.

—Al menos he conseguido lo que quería sin tener que estar un año pareciendo una desquiciada.

Olatz no varió la sonrisa aunque en su interior pensara en los absurdos prejuicios que habían limitado tanto su vida y la de todos a su alrededor.

—Tengo que contarte algo —habló cautelosa—, ¿puedes dedicarme unos minutos o tienes cosas que hacer?

—¿Va todo bien? —preguntó rápidamente, observándola con un viso de preocupación en sus pupilas oscuras.

Olatz colocó la mano derecha bajo su vientre, se intuía el ligero abultamiento del segundo trimestre aunque continuase con buena figura, engordando solo lo necesario.

—Voy a estar unos días fuera —comenzó diciendo—, tengo pendiente un asunto importante.

—¿Pendiente con... el padre?

Nieves de pronto se sintió traicionada.

—Sí. Lo correcto es que hable con él, tiene derecho a saberlo. No me lo perdonaré si no lo hago.

—¿Y dónde vas a ir a buscarlo? Me dijiste que ya no estaba en Tenerife.

—Creo que sé dónde encontrarlo —comentó sorprendida por un inesperado comedimiento—. Heredó la casa de su padre en Bath, debe estar allí.

—¿Estás diciéndome que vas a ir a Inglaterra a buscarlo sin tener la certeza de que esté?

—Sí, mamá —respondió con voz firme—, como si tengo que dar la vuelta al mundo.

—Vas a cometer otro error, no aprendes. Ese hombre se ha desentendido de ti porque no te quiere, no te ha dado señales de vida desde enero... ¿No es eso una certeza de su desinterés por ti? ¿Qué te hace pensar que va a querer al niño? —escupió airada—. En vez de ponerlo en la tesitura de aceptar una paternidad que no beneficiará al niño, ¿no es más sensato que sigamos solas como teníamos previsto? Estamos terminando de decorarle la habitación, no va a faltarle nada, sabes que yo te ayudaré a criarlo hasta que me respete la salud, ¿para qué complicar las cosas con un hombre que no te quiere?

—Deja de repetírmelo, ya me había quedado clara tu opinión.

—No lo digo con intención de hacerte daño, solo pretendo que seas realista antes de rebajarte por alguien que no te merece. Hazme caso por una vez en tu vida, olvídalo como él te ha olvidado a ti.

—Es fácil decirlo, pero imposible que lo consiga si no le doy la oportunidad de decidir.

—Nada es imposible, todo se supera. Mírame. Cuando le detectaron el cáncer a tu padre se me cayó el alma a los pies, pensaba que sin él no sería capaz de vivir, pero fijate ahora... Ha pasado un mes desde que murió; duro, no te lo niego, porque es difícil aceptarlo y hay que echarle valor para levantarse de la cama, pero día a día la tristeza se suaviza, los negros se transforman en grises. —Nieves hizo una pausa pendiente a las lágrimas de Olatz—. Entiendo que te cueste renunciar al deseo de formar una familia con él, pero es mi obligación protegerte si presiento que vas a sufrir de forma innecesaria.

—Te lo agradezco —admitió con humildad—, aunque no comparto tu manera de protegerme —arremetió delicadamente—. Para mí, tus críticas, consejos o como quieras llamar a las directrices que me has dado desde que tengo uso de razón, no son más que la proyección de tus miedos para hacer prevalecer tu egoísmo. Nunca te has parado a pensar que todos los tropiezos o malas decisiones que haya podido tener, además de perjudicarme, me han hecho más fuerte. Quizá tengas razón y cuando vea a Carlos me quede destrozada, pero sigo el dictado de mi conciencia. Estoy en deuda con él porque me salvó la vida, porque en su momento no supe gestionar algo que me bloqueó, porque sin pretenderlo ha hecho realidad mi mayor sueño.

—Puede hacer realidad también tu mayor pesadilla. No vas a ofrecerle retomar el noviazgo contigo, vas a que se responsabilice de un hijo. Prepárate para su rechazo, tendrás que soportarlo el resto de tu vida y, lo más penoso, algún día el niño te pedirá explicaciones y te verás en la tesitura de contarle que su padre ni te quiso a ti ni lo quiso a él. Si te ahorras el viaje, tampoco tendrías que mentirle cuando crezca y te pregunte por su padre.

El rango de aguantar desprecios tensó las manos de Olatz.

—No le conoces, pero te permites el lujo de afirmar que no me quiso para hacerme desistir y así volver a salirte con la tuya; y me da igual. Estoy dispuesta a correr el riesgo porque no quiero lamentarme por la vida que podía haber tenido con él. Si de alguna manera tengo que sufrir, prefiero ser la víctima que el verdugo.

—Es la primera vez en tu vida que me hablas así.

—¿Y no te parece triste, mamá? Pues imagina cómo me he sentido toda mi vida. Carlos es la única persona que realmente me conoce, él y solo él me ha sufrido como soy de verdad —recalcó con vehemencia—. Uwe y vosotros habéis disfrutado de la parte débil de mi carácter. A él le tocó reconstruirme después de que me rompiera por completo. Y lo hizo tan bien que pude ser yo sin medirme ni sin tener que aguantar reproches mientras me mordía la lengua. Perdona si ahora te molesto —añadió con dureza, aún lejos de la prepotencia de su madre—, pero he tomado una decisión irrevocable.

Al cabo de unos segundos, Nieves rompió el agrio silencio:

—¿Cuándo tienes pensado irte?

Olatz no se atrevió a sonreír, hacerlo en su interior le bastaba.

—La próxima semana, después de la revisión mensual.

Capítulo 48

MUJER DIVINA, 2017. «Composición cerrada en piedra de Bath, hierro, bronce, base de tea y estructura de hierro. 105 x 75 x 120 cm.» Delante de la escultura estrella de *Diosas*, la observación de Mikel fue pausada, el aire ligero. Estaba sintiendo un batiburrillo de emociones codiciosas en robarle la atención. Reconoció a Olatz nada más verla, hizo lo propio con Carlos al fijarse en los círculos de cobre que rodeaban las fuertes manos masculinas de hierro que sostenían la figura como si estuvieran trasladándola. Daba la impresión de que esas manos, o él, hubiesen rescatado a Olatz del mar. Desde luego, la ropa que vestía ella y su cabello aparentaban la pesadez de estar empapados. El único nexo que halló con las obras anteriores de Carlos fueron precisamente sus manos porque eran las partes incompletas de la composición; por todo lo demás, *Diosas* cumplía de sobra con sus expectativas e, incluso, le inspiraba un romanticismo algo decadente en busca de la perfección.

El vasco había llegado a Bath aquella misma tarde, invitado por John Edgar en gratitud a las gestiones que hizo para reunir algunas de las esculturas más representativas de Carlos. Después de saludar a Edgar con la cordialidad de los viejos amigos, se conocieron en los años ochenta gracias a Charles, durante un buen rato analizaron juntos todas las obras, de manera técnica, con la objetividad requerida para hacer negocio del arte.

John Edgar concluyó que con el romanticismo de *Diosas* Carlos tendría la posibilidad de acceder a un público mayoritario porque las idealizaciones ayudan a la evasión más que algunos dramas proclives a hacernos reflexionar. Esto ocurría con las demás obras, las mutilaciones convertían las piedras en cánticos reivindicativos que no todo el mundo aceptaba o comprendía. Mikel estaba de acuerdo con él, pero se reservó contarle que conocía a la modelo y que habían sido pareja. Por aquellas fechas ya no dudaba que la relación entre ellos estuviera rota, Edgar no sabía nada de Olatz y eso habría sido impensable de haber seguido con Carlos. Tampoco compartió su opinión más íntima sobre las obras, le resultaba casi ofensivo verbalizar que la genialidad de Carlos era producto de la desesperación. A través de las piedras había plasmado su historia de amor, los instantes que le habían marcado o él consideraba memorables. No albergaba dudas. *Mujer divina* era el eje, su debilidad; todo giraba en torno a esa pieza como homenaje al lugar que le había destinado a Olatz en su alma. En las demás, de basalto volcánico, podían intuirse un cúmulo de emociones agradables: felicidad al inicio de una relación, como en *Mujer en el aire*; ilusiones ante el futuro en *Mujer soñando*, y serenidad en *Mujer oteando el horizonte*. Y también, cerrando el círculo, en *Mujer rabiosa* y *Mujer alejándose* se percibían la devastación de la ira y el dolor de la pérdida que no parecía haber superado. Fue justamente esa su impresión tras el efusivo saludo de Carlos. Un burdo intento que al escultor apenas le duró unos minutos.

De nuevo, Mikel tenía delante al hombre huraño y parco en palabras que conoció en 2012, la triste sombra del hombre incapaz de despegarse de su coraza, un hombre joven que había renunciado a la vida y no se molestaba mucho en ocultarlo.

Aprovechando que Edgar tuvo el detalle de permitirles un poco de intimidad, Mikel empezó

recriminándole el desinterés por las exposiciones que tenía apalabradas en un par de localidades de Tenerife, que canceló en vista de ese destierro creativo, y continuó con su dejadez al tener todavía pendiente las liquidaciones de la exposición del Puerto.

—Eres un caso insólito —le decía un poco preocupado por no haber conseguido inmutarlo—. Necesitas cobrar las ventas, si no, ¿cómo vas a mantener la productividad? Porque dudo bastante de que en las canteras te estén regalando las piedras, y tendrás gastos aunque vivas de forma austera.

La fijación con el dinero incomodó a Carlos, tal vez al recordar uno de los cismas que hubo entre él y Olatz.

—Olvida mi economía. En otras cosas no, pero en ese particular he tenido mucha suerte.

Mikel entendió que estaba viviendo de las rentas heredadas de su padre, y lo aceptó. No era persona de hurgar en llagas ni de excederse en profundizar sobre aspectos privados que cada cual era libre de gestionar a su gusto. Por suavizar el gesto severo de Carlos, dirigió la charla hacia trivialidades relativas a su readaptación al pésimo clima inglés. Fue un éxito que le ayudó a pasar por encima del impulso de preguntarle por Olatz. Resistió los segundos de tentación escuchando cómo Carlos repasaba las mejoras que había hecho en su casa. Mikel pareció interesado, pero no podía dejar de recordar su última conversación telefónica con Olatz. Se reprochaba haber sido un iluso al tratar de convencerla de que el retiro de Carlos sería temporal. En aquel preciso momento no lo creyó; en sus palabras podía percibir la complacencia de quien está satisfecho consigo mismo.

—Pásate mañana —invitó Carlos—, y te enseño los nuevos bocetos; me interesa oír tu opinión.

—¿La admitirías en aspectos no profesionales?

—Por supuesto, siempre que sean desde el respeto a mi intimidad.

Mikel captó la advertencia.

—Admitir los errores es tan digno como cometerlos, caer en trampas tan humano como salir indemnes de ellas; liberarse del pasado, tan loable como luchar por el futuro —le dijo de manera abstracta—. Solo tú puedes elegir qué es trascendental en tu vida, lo que estás dispuesto a perder y cómo resistes sin algo imprescindible.

—¿Has hablado con Olatz? —le preguntó sin rodeos, intuyendo que ella estaba detrás de la conversación.

—Las mejores cosas ocurren en soledad —comentó eludiendo responderle—, lo comprendo; pero, conociéndote, apuesto que a diario intentas olvidar tu pasado o aceptarlo. Si lo consigues, te dedicas a soñar despierto; si no, esculpes para evadir tu mente.

—Gracias por respetarme tanto, y por olvidar que soy una persona muy solitaria —le dijo sin enmascarar su cinismo—. Rehúyo a la gente porque estar acompañado no me ayuda a inspirarme, lo que de verdad me inspira es sucumbir a mis recuerdos y exponerlos. Deberías saberlo, ya que me conoces tan bien.

Mikel torció una sonrisa.

—Pareces estar cómodo en tu nueva guarida, eres más productivo. Solo espero y deseo que no hayas creado una trampa de la que no puedas escapar. Que hayas encontrado a tu madre, un refugio en tu vieja casa y estés exponiendo la nueva serie son buenas noticias. Pero no todo en la vida es trabajo, Carlos.

—No entiendo bien la decepción que percibo. ¿Es por haber expuesto aquí?

—No, es porque has caído en la desidia de no hacer nada cuando sigues interesado en Olatz.

—Necesito saber cómo está —dijo sin que en su voz se percibiera ningún rastro de enfado—;

no me despedí de ella.

—Cuando hablamos llevaba un par de días sin saber nada de ti. Estaba ofendida porque no le habías contado tu mayor y más codiciado secreto —explicó sarcástico—, supongo que se sentía engañada y menospreciada.

Carlos, que mantenía un gesto adusto, se tomó un instante para admitir que habían hablado de él a sus espaldas.

—No me dio tiempo, Uwe se lo soltó cuando fueron al juzgado a firmar el divorcio.

Mikel negó ligeramente con la cabeza.

—¿Cómo se enteró él?

—No es difícil con Internet.

—Ya... —Mikel se quedó en silencio, pensando en la maldad del alemán. Asuntos tan nocivos como aquel solo los protagonistas deberían sacarlos a la luz—. ¿Ibas a contárselo?

—Era vital que lo supiera..., intenté hacerlo en varias ocasiones... —Carlos movió los hombros con conformismo—, pero se me adelantó de la peor manera posible, y la perdí como él quería. No me dejó explicarle que aquella persona desapareció el mismo día que Ellie murió o que llevo purgando por ello como una penitencia que ya forma parte de mí, me odió con toda su alma...

—Te equivocas. En cuanto superó la impresión, estaba hundida porque se sintió abandonada.

—Mikel, vi sus ojos, me odió —repitió.

—Pues yo escuché su voz, estaba dolida y profundamente triste. Dejaste que se quedara con la versión que le dio Uwe, a saber qué le diría —rezongó.

Carlos no pudo vocalizar las dos o tres palabras para definirlo que se le agolparon en la boca.

—Mi consuelo es tener la certeza de que ya no están juntos.

—Lo vi hace unos días con su hijo y su nueva mujer, tenía buen aspecto. Ojalá a Olatz también le esté yendo bien en San Sebastián. No sé por qué, lo dudo.

Carlos suspiró, consciente de haber antepuesto su miedo a la verdad al momento delicado que ella atravesaba, le pesó ese egoísmo.

—Es mucho más fuerte de lo que ella misma se imagina —comentó casi para convencerse él mismo—, hasta es probable que ni se acuerde de mí. Tampoco estuvimos juntos tanto tiempo...

—¿Y tú? ¿La has olvidado o piensas olvidarla esculpiéndola como un neurótico? —habló sibilino, adrede, para que recapacitase—. Enséñame las manos.

Carlos apretó los puños.

—Lucho contra mis recuerdos interna y externamente —aclaró altivo—, he aceptado que no pudo ser porque ninguno supimos mantenernos firmes en nuestro sitio. Ella corrió antes que yo y la seguí; me quedé roto, desesperado..., porque teníamos planes...

Mikel se apiadó al verle los ojos demasiado vidriosos, no podía permitir que se viniera abajo delante de las personas que paseaban por la exposición. Colocó la mano en su hombro, guiándolo a la calle.

—Tienes un talento sublime —le dijo cuando salieron, mientras doblaban la esquina del edificio—, has logrado transmitir tu desesperación en unas obras a priori muy clásicas donde predomina la perfección de tu técnica, pero has cambiado tu seña de identidad por no mancillar la belleza femenina de tu mujer, porque has vuelto a acobardarte. Tenías un ideal sobre tus obras y has sido capaz de cambiarlo, sin embargo no eres capaz de transformar en algo positivo tu rechazo a un acontecimiento que forma parte de tu esencia y te ha traído a ser lo que eres hoy en día. Prefieres renunciar a luchar, y eso es un sacrilegio para el que no tengo palabras.

—Nunca fue mi mujer, y te equivocas en que he renunciado. Sería imposible hacerlo.

Capítulo 49

A LAS TRES DE LA tarde del lunes, Carlos subió la escalinata del edificio donde se ubicaba la galería después de haber llevado a Mikel al aeropuerto de Bristol. Hizo el trayecto de vuelta en el Volvo de su padre al que también puso a punto él mismo, repasando las largas conversaciones que mantuvieron durante el fin de semana.

Mikel supo guiarlo entre el delicado equilibrio de perderse en el pasado y venerarlo, consiguió que apreciara la diferencia de estar solo y buscar la soledad sin incidir en su precipitación y, lo que más hondo caló en él, supo dirigirlo por las tinieblas de su conciencia en un viaje que dejó en la cuneta el desprecio, vergüenza, y cualquier emoción negativa que pesara demasiado. En unas horas cerraría el capítulo de Olatz o lo mantendría abierto el resto de su vida, sin términos medios ni anestesia. Tendría con ella la conversación cara a cara que ambos se merecían como respeto al amor compartido.

En el espacioso interior níveo de la galería, vio a John hablando por teléfono y a dos chicas asiáticas deambulando entre sus obras. A esas horas los turistas que paseaban por el centro de Bath eran los únicos que perdían unos minutos contemplando la exposición. El público local acudía a partir de las seis, eso le conllevaba a John tener que cerrar casi al mismo tiempo que las numerosas tiendas de ropa y souvenirs que había en los alrededores de la catedral.

Saludó a John alzando las cejas, después le contaría que era su intención implicarse a fondo en todos los aspectos comerciales y financieros derivados de la exposición, por supuesto, para seguir así los consejos de Mikel, y se dirigió despacio a la composición *Diosas* que tantas críticas favorables estaba recibiendo.

Frente a *Mujer divina* escuchó cuchichear a las chicas asiáticas, y no les prestó atención ensimismado en los bellos rasgos de su musa. Hasta que de nuevo, con la resistencia de algo anclado profundamente en su memoria, fieles, resurgieron preciados recuerdos. Recuerdos que ya por aquellos días era capaz de sobrellevar con entereza, recuerdos acompañados de imágenes que empezaban a desvanecerse como sensual bruma en un frío amanecer. Se esforzó por ver claramente el rostro de Olatz, pero no pudo. La piedra eclipsaba la delicadeza de sus pupilas vivas, alegres, tan azules como el océano que disfrutaban contemplando juntos desde el jardín. No era capaz de distinguir en aquella idealización sus miradas, de una atención absoluta, ni la tersura de su piel cálida o el timbre suave de su voz. Sintió miedo. Miedo de que ella desapareciera por completo, miedo de que solo permaneciese en su corazón.

Observando la escultura, notaba cómo poco a poco la ausencia de Olatz le barría el valor. Era una sensación demoledora, mucho más dañina que en otras ocasiones porque liberaba peligrosas dudas contra la débil esperanza que se había abierto camino en él tras decidir pedirle perdón. ¿Y si durante los últimos meses habían cambiado los sentimientos de ella? ¿Sería posible que al sentirse engañada hubiera transformado el amor en odio? ¿Y si, encima, estuviera con otro hombre? Esta última duda le heló la sangre.

Capítulo 50

LA TEMPERATURA CÁLIDA de la tarde hizo que Olatz eligiera un vestido de seda rosa estampada, holgado y largo con aire retro que apenas dejaba percibir la insinuante curva de su vientre. Tardó bastante en aprobarse el cabello suelto, solo unos minutos en echarse brillo en los labios y unos toques de máscara de pestañas. Tenía la piel bronceada, y eso influyó en que el tono azul de sus ojos resultara llamativo. Como la galería se encontraba a unos cientos de metros, se puso unas sandalias sin tacón. No iba a correr, pero mentiría si tratase de ocultar la impaciencia por volver a ver al padre de su hijo. Esperaba no equivocarse en su predicción: los viernes Carlos tenía por costumbre visitar sus exposiciones, así lo hizo en el Museo de Arte Contemporáneo del Puerto. Mientras guardaba el móvil en el bolso, rezaba para que se mantuviera fiel a esa costumbre. Cogió la tarjeta de la habitación, apagó la luz y salió intentando sosegar sus pasos sobre la moqueta del alargado pasillo.

Al abandonar el hotel y pisar la calle, el sonido del río Avon fue un bálsamo para su cabeza saturada de ideas. Cruzó la carretera y caminó por la acera sin quitar los ojos de los escalones curvados de la presa que había por debajo del puente Pulteney. En la distancia, con los tres sólidos arcos de piedra que soportaban el tráfico y la fachada habitada por las pequeñas ventanas de las hileras de comercios y restaurantes, le recordó al puente Vecchio de Florencia. Siguió apreciando una estampa clásica de aire victoriano, tan bien conservada que de no haber sido por el ruido de los coches parecía detenida en el siglo XIX.

Llegando al puente desvió el rumbo de la mirada al pulcro edificio que había en el lado opuesto, aunaba a la perfección toda la historia que llevaba un rato observando, hasta que se detuvo en el semáforo y elevó la vista por la fachada que hacía esquina. Fue entonces cuando menguó de golpe su recién adquirida tranquilidad. La imagen de Carlos en el cartel de la exposición la dejó petrificada. Era previsible, sabía que iba a suceder en cuanto lo viera. Igual que sabía que dar marcha atrás no era ninguna opción después de haber capeado la intransigencia de su madre.

Esperando a cruzar la calle no dejaba de pensar por qué Carlos habría elegido precisamente esa foto. Recordaba bien el momento. Él en el taller, difuminado en una nebulosa de polvo, parapetado tras las gafas de protección, esculpiendo con la sierra mecánica. Debía ser por algo, no calibraba coincidencias del azar porque Carlos tenía una forma de actuar analítica respecto a su intimidad y abstracta al crear sus obras. Se lo había demostrado con la celosa protección del crimen de Ellie Cushing y mientras llegaba a dispersarse noches enteras trabajando sin cansancio. Concluyó que esa foto le gustaba mucho y ya los recuerdos de aquella sesión no significaban nada para él o todo lo contrario. Se aferró a esto último. Él no olvidaba; no podía haberla olvidado.

En el interior de la sala respiró un ambiente intimista. No había ni rastro de Carlos, una decena de personas vagaban entre las esculturas: dos parejas de turistas que rondarían los cuarenta años, italianos sin duda en cuanto los escuchó hablar; un hombre maduro, concentrado frente a una de las obras que ella vio en la exposición del Puerto; y un pequeño grupo de veinteañeros, tres chicas y dos chicos, con pinta de estudiantes de Arte por las palabras técnicas que usaban en sus

apasionados halagos.

Olatz disimuló el impacto de verse en las obras, tremendo, un bofetón de pudor completamente alejado de la arrogante vanidad que sentía en el taller mientras solo eran un proyecto. Paseó por la sala despacio, pensando que Carlos era un escultor tan formidable como elegante. La había idealizado en las situaciones más emblemáticas de su relación, desde el principio al final, embelleciéndola y afeándola al servicio de las emociones pero dejándola siempre envuelta en el halo de lo divino como si realmente fuera un ser mitológico.

Reflexionaba en esto, recordando imágenes de ellos, cuando se fijó en un señor de aspecto cuidado que no había visto antes. Era un hombre de estatura mediana y rasgos regulares incluso bajo aquella barba canosa. Parecía un gurú, con gafas redondas metálicas, ligero como un bailarín. Llevaba traje oscuro con chaleco y corbata, signo de conservadurismo; aunque el pañuelo amarillo de cachemir que colgaba de su pechera resultara un añadido de rebeldía. Le intimidó su seguridad y, sobre todo, que estuviera hierático mirándola. Por supuesto, ignoraba que era John Edgar y tampoco imaginó que la había reconocido.

Olatz dio la vuelta para continuar contemplando la serie *Diosas* al tiempo que John sacaba el móvil del bolsillo de la chaqueta con intención de llamar a Alicia.

—¿No querías conocer a la musa de tu hijo? —le preguntó después de saludarla.

—¿Por qué lo preguntas? —respondió de buen humor.

—Lleva un buen rato en la galería, y me da la impresión de que está esperando a alguien.

Alicia observaba a Carlos al tomar café en un bar cercano a la galería. Habían comido juntos otra vez, conformes con acortar su distanciamiento por el sendero del diálogo hacia la segunda oportunidad que decidieron darse. De momento, solo tenía noticias de que salía esa misma noche rumbo a San Sebastián.

—¿Estás seguro?

—Ali, ¿te habría llamado de no estarlo?

—Muchas gracias —dijo antes de dejar el móvil encima de la mesa.

Durante unos instantes, Alicia sopesó si contárselo a Carlos.

—¿Qué quería John?

Alicia mostró una sonrisa leve.

—Nada, que le resolviera una duda sobre un asunto.

—¿Sois pareja? —preguntó Carlos sin filtrar—. Lo entendería, hasta podría parecerme lógico.

—A él no.

Carlos alzó las cejas.

—No me entero de nada...

—Ya lo veo —le dijo simpática, orgullosa al comprobar día tras día su sensatez para valorar las cosas en su justa medida. Levantó la mano y, después de pedirle la cuenta al camarero, soltó tanteándolo—. ¿Vas a ir a la galería ahora?

—No, mi avión sale a las nueve.

Alicia era rápida, cambiar de táctica o ser descubierta:

—John a veces está mayor... —dejó caer—. Habrá movido alguna figura y no sabe cómo colocarla en su sitio.

—¿Cómo habría podido hacerlo? ¿Eres consciente de cuánto pesan?

—Sí, pero lo he visto hacer tantas cosas impensables que no me extrañaría lo más mínimo.

Carlos resopló de pesado agobio.

—Me acercaré contigo.

Alicia trató de disuadirlo a sabiendas de estar incrementando la reacción contraria. No se hizo de rogar al salir casi de inmediato.

Franquearon el umbral de la galería cada uno con propósitos distintos. A esas horas la afluencia de selecto público se había incrementado porque asistir a un acto cultural antes de cenar era para ellos un hábito social bien visto.

Carlos echó una ojeada rápida intentando localizar a John. En cambio, su madre examinaba con rigor a las mujeres que veía admirando las obras. Aunque le era complicado cribar, sus ojos sagaces se movían por la sala descartando candidatas.

Ocultando su frustración, Alicia se encaminó detrás de Carlos al rincón donde John tenía una mesa de madera antigua. Aquel reducto de soledad donde se cerraban tratos, ventas y se daba información, le sirvió para seguir espionando mientras Carlos hablaba con John. El discreto caballero se limitó a ladear un poco la cabeza hacia *Diosas* cuando Carlos estaba leyendo el estadillo de las asistencias semanales.

Alicia fue más rápida que un halcón hambriento al descubrir a Olatz de espaldas. «Debe ser ella», se dijo. Era la única mujer que parecía sola en el corrillo alrededor del conjunto escultórico. Recorrió con la vista el vestido rosa que llevaba puesto esperando algún gesto que la delatase.

En cuanto terminó Carlos de leer el documento, extrañado por un silencio impropio de su madre y John, ambos abducidos por el público que rodeaba *Diosas*, dirigió la mirada a esa zona de la sala. Casi de manera automática hubo algo en la mujer del vestido rosa que lo incitó a seguirla. Pudo ser el tono castaño de su cabello, la silueta esbelta o quizás el modo en que inclinó la cabeza para analizar la escultura *Mujer rabiosa*. Lo único cierto fue que no le quitaba los ojos de encima, no había olvidado a Olatz de espaldas en el jardín oteando el horizonte. Esa imagen la tenía memorizada, presente, intacta como un fragmento indeleble de sus días felices.

Carlos tenía tan perdida la voluntad que, de forma maquinal, como si lo hubiese atrapado un campo gravitatorio denso y potente, empezó a caminar despacio al centro de la sala. Alicia y John compartieron una sonrisa cómplice y se juntaron un poco más, a la expectativa de algo importante. Ambos tenían claro que esa mujer era la gran estrella del universo artístico de Carlos.

Capítulo 51

OLATZ SE MOVIÓ ligeramente, lo justo para continuar contemplándose en la escultura, lo justo para que Carlos frenara hasta quedar inmóvil a dos metros de ella. Alicia sujetó la mano de John, adivinaba el miedo de su hijo y se lo apropió. Olatz, que ya estaba preocupada por el retraso, giró el cuerpo para palidecer ante el hombre que le había cambiado la vida.

Inmóviles, se observaron profundamente con el minucioso detenimiento de dos personas que habían distinguido ese instante como decisivo. Olatz lo apreció más flaco, el rostro se lo ensombrecía una cuidada barba de dos o tres días, y llevaba el denso cabello algo revuelto. Ella dio un paso adelante, ajena al sutil balanceo de la seda de su vestido.

Alicia contuvo la respiración al captar la redondez del vientre femenino, apretó con más fuerza la mano de John; necesitaba ese contacto mientras seguía soñando que su hijo pronto sería padre.

—No es de buen gusto hacer una exposición sobre una persona y no invitarla —dijo Olatz evitando sonar ansiosa.

—Tampoco lo es salir corriendo y dejar a alguien con la palabra en la boca.

Carlos no pretendió ser antipático, fue inevitable; solía sucederle cuando estaba nervioso o se sentía inseguro por el miedo. Además del amor, era la emoción que ella podía aflorarle con mayor intensidad.

—Estoy aquí para escucharte, si todavía quieres darme una explicación —matizó de manera humilde.

—¿Soportarás la verdad?

—Debo intentarlo —respondió, llevándose la mano derecha a la barriga.

Carlos conocía aquel cuerpo al milímetro, lo veneró como un esclavo al amarlo, se lo grabó en las retinas durante las largas noches que pasó contemplándolo. Cuando apartó la vista de la curva que apenas encubría la delicada seda rosa, buscó las pupilas azuladas, tiernas, de los ojos que se habían adueñado de su determinación.

—Yo... —vaciló al no hallar palabras para expresar su asombro.

Olatz quiso abrazarlo, decirle cuánto había añorado su compañía, gritar pletórica que esa conmoción le traspasaba el alma; sin embargo, no hizo nada, no perdió la compostura de quien es consciente del gran obstáculo que los separaba.

—¿Podríamos hablar en algún sitio más tranquilo?

—Sí —respondió Carlos haciendo un gesto afirmativo con la cabeza, aceptaría cualquier cosa que le pidiera—. Te presento a mi madre y vamos a casa.

—¿Tu madre? —preguntó, encogiendo los ojos.

—En carne y hueso, formará parte de nuestra conversación —le dijo algo más relajado. La buena voluntad de ella y ese hijo que estaba en camino fueron decisivos para aliviar su estrés—. Tiene muchas ganas de conocerte.

—¿Qué le has contado de mí? —preguntó por prepararse.

—Todo.

Al oírlo, Olatz le dedicó una de sus sonrisas bonitas.

Carlos reaccionó pasadas unas décimas de segundos, el tiempo de asumir cómo el embarazo le había redondeado las facciones del rostro. Si ya la tenía en un pedestal, aquella perfección lo llevó a rayar el éxtasis contemplativo, cansarse de mirarla era tan ilusorio como su intención de dejarla escapar otra vez. No podría sobrevivir si ella no superaba el peor error de su vida.

Olatz sintió en la cintura la mano de Carlos como el aleteo de una mariposa, en uno de aquellos roces que lograban erizarle la piel, y se dejó guiar por la sala. Siempre le había dejado guiarla. Confiaría en él de nuevo, en la naturalidad con que la llevaba a su ritmo. Quiso creer eso, necesitaba que aún fuese posible la salvación para ellos.

Capítulo 52

RECORRIERON EL PUENTE Pulteney charlando acerca de otra de las mayores mentiras que Carlos había padecido, la tortuosa relación entre sus padres. Olatz observaba las fachadas coloridas de las tiendas que había a los lados sin apreciarlas, con los cinco sentidos enfocados en su voz grave. Esa voz llena de matices dolorosos le retumbaba en el interior del cuerpo. Podía comprender la pretensión de Alicia al dejarlo con Charles, él estaba en condiciones de ofrecerle una estabilidad económica y buena educación imposibles para ella en aquel momento. Sin embargo, no era tan empática con su manera de apartarse de la vida de Carlos por más que hubiese estado muy cerca siguiéndolo como una sombra protectora porque lo privó de un cariño esencial. Tal vez, el cariño que lo habría salvado del descarrilamiento de su vida.

Cuando ya habían dejado atrás el puente y la calle se ensanchaba con una sucesión de casas casi idénticas, sobrias, Carlos se enteró de que el divorcio de Uwe lo avalaba una sentencia judicial, detalles personales del alemán que ya conocía por Mikel, de los que no opinó, que habían vendido la casa de Costa Adeje y que Íñigo Sagasti falleció a mediados de abril. Esto último fue un mazazo para su conciencia porque pensaba que el tratamiento médico estaría prolongándole la vida. Cabizbajo, se metió las manos en los bolsillos del pantalón vaquero.

Siguieron andando en silencio, las inquietudes atraían prudencia. Al llegar a una rotonda con un parterre donde desembocaban cuatro calles, Olatz fijó su atención en las líneas severas de la monumental Iglesia de Santa María que, como un islote, se elevaba al cielo bajo la luz dorada del atardecer mientras era testigo del leve tráfico.

Enfilando el arbóreo paseo de Pulteney Road, Olatz empezó a intuir que el silencio de Carlos no lo motivaba la ansiedad, sino los remordimientos por no haberla acompañado en los duros momentos tras la muerte de su padre. Le parecieron lógicos y encomiables, pero ella tampoco había actuado bien ocultándole el embarazo o negándose a escuchar la verdad del crimen que le hizo perder la confianza en él. Fue consecuente con la decisión que había tomado al hablarle:

—No te sientas mal —dijo con delicadeza—. En estos meses los dos hemos cometido varios errores graves por un motivo u otro, pero hoy es hora de enmendarlos sin echarnos nada en cara. Sé muy bien qué nos separó y qué nos mantendrá unidos toda la vida decidamos lo que decidamos. Estoy aquí para averiguarlo, porque es lo justo por el bienestar de nuestro hijo y para que los dos podamos continuar sin cargos de conciencia.

—No voy a continuar nada solo, lo tenía decidido.

Olatz suspiró, un poco agobiada.

—He tenido que perderte para entender cuánto te quiero, pero prefiero tu ausencia a vivir con miedo.

—¿Alguna vez has sentido miedo de mí? —preguntó herido.

—No, por eso necesito saber lo que ocurrió con tu novia. Puedo entender que en el acaloramiento de una discusión se llegue a las manos, aunque no lo apruebe puedo entenderlo —recalcó—, pero...

Carlos no le permitió terminar.

—No fue eso lo que pasó, te lo contaré en un momento... donde sucedió.

Ella observó los furiosos destellos de las vetas esmeraldas de sus pupilas. Estaba enfadado, la perturbó; era un pésimo presagio. Tuvo la impresión de moverse sobre arenas movedizas porque la parte sensata de Carlos quería contarle lo ocurrido, de hecho había intentado hacerlo antes de que Uwe se le adelantara, y la parte ilógica se lo impedía como si dentro de él algo amordazase esos recuerdos para no desencadenarle más sufrimiento.

Por suerte para Olatz, su actitud pesimista cambió de golpe al llegar a la puerta de la antigua casona que rezumaba estilo señorial y decadencia. No ahorró halagos que Carlos aceptó con un amago de sonrisa, ausente y sin mayor expresividad a pesar de los ladridos entusiastas del perro.

A Olatz la situación le evocó la etapa más dulce de su relación con él, los encuentros medio furtivos en aquel paraíso entre plataneras y la agreste costa azabache al alcance de unos pocos privilegiados, de amaneceres brumosos y puestas de sol azotadas por el indomable océano.

—No es el único que te ha echado de menos —le dijo Carlos cuando el perro se calmó.

Olatz lo miró un breve instante; era pronto para darle esperanzas.

Carlos batió las mandíbulas sin quitarle los ojos de encima, no dilataría contarle lo que recordaba del suceso que lo encerró seis años en la cárcel. Detestaba esa cautela y no tuvo ánimo de disimular. Necesitaba saber a qué atenerse o le reventaría la paciencia de controlar el impulso de abrazarla. Sentir de nuevo el calor que hacía palpar su corazón fue impetuoso; de no conseguirlo pronto, seguramente, la decepción abatiría a la fiera acorralada que era en ese momento.

Con pasos diligentes no permitió a Olatz inspeccionar el interior de la casa, la guió hacia el jardín trasero en dirección al magnolio erigido en un oasis de entendimiento. Se sentaron a la mesa y, sin preámbulos, irascible, empezó a hablarle:

—El sábado 17 de mayo de 2003 me desperté en mi cama como cualquier mañana después de estar toda la noche coqueteando con las drogas y el alcohol, no vi nada extraño en que Ellie no estuviera conmigo... —Carlos torció los labios con desdén—, solía hacer lo que le daba la gana y yo lo aceptaba, no fuimos una pareja equilibrada desde el principio —aclaró movido por los nervios, de manera absurda para Olatz porque era imposible que ninguno razonara con mediana sensatez, recordando cómo Ellie exigía y él se limitaba a satisfacer sus deseos que iban desde antojos de ropa a sustancias psicotrópicas cuyas composiciones eran tan misteriosas como adictivas, atrayentes y peligrosas. Llegaban a emocionarse con infantilismo si conseguían dosis de algo novedoso, sin miedo o respeto por sus vidas—. Tenía unas punzadas en la cabeza que me estaban volviendo loco —siguió contando tras una pausa que le sirvió para recuperar el valor—, y bajé a la cocina a tomarme una pastilla contra la resaca. Pensé que nos habíamos pasado metiéndonos mierda, pero como no era la primera vez solo me preocupó quitarme el dolor antes de que mi padre regresara de Londres. Llevaba un par de días fuera por motivos laborales —aclaró—. Volví a mi dormitorio para seguir durmiendo, era lo que hacía por las mañanas..., pero no sé por qué me dio por asomarme a la ventana. Quizá para ver cómo el sol brillaba en la superficie del agua de la piscina... Ahora ya no está —dijo, desviando la vista al vaso cubierto por la lona azul—, pero antes la piscina estaba cubierta por una estructura metálica con placas de cristal, era agradable porque creaba un microclima insólito en pleno invierno —explicó sin que su rostro mostrara signos de complacencia. Observó fijamente a Olatz—. Vi a Ellie flotando boca abajo.

—¿No la mataste? —preguntó con matices de asombro.

—De aquella noche solo guardo recuerdos inconexos de algunas escenas. Sé a ciencia cierta que le compré a mi camello habitual varios gramos de drogas, quedó probado en el juicio; recuerdo a Ellie insistiendo en que hiciera las rayas más grandes, yo me negaba porque me tocaría ir a por más y ya me había gastado todo el dinero que mi padre me dejó para esos días. Recuerdo las chorradas, hasta algunas canciones que pusimos en mi dormitorio...

—¿Y por qué te meten en la cárcel? —le preguntó ella con el escepticismo llevándola derecha a un enfado sobrehumano—. ¿Cuál fue el crimen? —inquirió con poca paciencia—. Cuéntame por qué te acusaron de matarla.

—No pude explicar unos arañazos en las manos, el cuello y... en los hombros. Un testigo nos vio discutir en un pub aquella misma noche, sembró la duda de una discusión entre nosotros. No había pruebas para acusarme de matarla, solo por la omisión de socorro.

—Entiendo que los arañazos te los hizo Ellie, ¿no? —preguntó, intentaba componer una secuencia lógica que le permitiera exculparlo. Carlos asintió, y ella volvió a sonar curiosa—. Por tanto, hubo un momento de aquella noche en el que llegasteis a las manos...

—Si insinúas que nos maltratamos, te equivocas. Me hizo los arañazos mientras luchaba por salvarse.

—¿Lo recuerdas?

A Carlos le costó mover la cabeza de manera afirmativa.

—Es de las pocas escenas que recuerdo. Estaba histérica, no me dejaba ayudarla, me hundía con ella...

Olatz imaginó la situación durante unos segundos, entendiendo su angustia.

—Las drogas o el alcohol suelen servir como atenuantes, ¿por qué en tu caso no?

—Los padres de Ellie declararon que era yo quien le suministraba las drogas. La policía encontró en mi dormitorio los restos de lo que nos metimos esa noche, coincidían con las que aparecieron en su autopsia.

Olatz suponía que Charles usó toda su experiencia para procurarle la condena más corta.

—Nadie la habría salvado aunque la hubieses sacado de la piscina.

—He intentado repasar minuto a minuto lo que hice aquella noche, y solo he llegado con lucidez hasta meternos en la cama. Recuerdo vagamente la discusión en el pub, fue por una tontería... Ellie me reprochó que no la hubiera incluido en mis planes de vacaciones, tenía intención de pasar un par de semanas en Tenerife. A partir de ese momento me asaltan flashes, me veo intentando sacarla del agua, lucho con fuerza porque ella está ida, luego... desisto. Por algún motivo desistí y, en vez de llamar a emergencias, me acosté tan tranquilo.

—¿No averiguaron si se cayó accidentalmente en la piscina?

De nuevo, la suspicacia haciendo mella en la esperanza de Carlos.

—En la autopsia se describieron las causas de la muerte, ahogamiento, y la totalidad de lo que había ingerido; no cómo llegó a la piscina. El agua borró las posibilidades de aclarar las cosas y en la casa no encontraron más que el desorden típico después de una juerga.

—Es una lástima. Imagino que habría sido el deseo de sus padres saber qué le pasó realmente —comentó Olatz, sopesando si el martirio de esas personas fue y sería similar al que sintió, sentía y sentiría Carlos por el cargo de conciencia de haber podido evitar una muerte—. Y para ti habría significado dejar de culpabilizarte.

—Tampoco contemplaron la posibilidad de que cuando se tiene una adicción y se tienen drogas al alcance, a uno lo invade la avaricia; todo lo que te metas es poco. Nunca podré probarlo, pero creo que cuando me dormí a Ellie le entró esa avaricia y se pegó un festival a su gusto.

—Siempre es redentor que alguien pague por una muerte —reflexionó en voz alta.

—¿No soy culpable para ti?

—Ni para mí ni para nadie —contestó sin vacilación—, no eres ningún criminal. Otra cosa son tus remordimientos.

—Los he tenido de todas clases. Al principio tratas de olvidarlo, pero con el paso del tiempo vas dándote cuenta de que nunca lo conseguirás. Puedes enterrarlo en el lugar más lejano de tu memoria, y siempre vuelve. Se te ancla en la cabeza como una losa de hormigón, no te deja avanzar, tienes que aprender a convivir con ello mientras intentas perdonarte y mientras la sociedad se olvida de ti. Porque si ya es difícil que uno se perdone a sí mismo, es más difícil que la sociedad deje de verte como un criminal.

Olatz posó los ojos en la mesa, afligida por haber provocado el caos que habían sufrido con su reacción intolerante y prejuiciosa.

—Es cierto que hay personas —empezó diciendo después de ordenar bien sus ideas—, entre las que debo incluirme por cómo me afectó enterarme, que tienen miedo a relacionarse con exconvictos y más si estos han cometido delitos de sangre porque piensan que las próximas víctimas pueden ser ellos. Pero en tu caso, tu único delito fue ser tan adicto a las drogas como tu novia —le dijo de manera reconfortante, eludiendo adrede que hubiese tenido el instinto de sacar a Ellie de la piscina y que, por una mala asociación de ideas, acabase volviendo a su habitación para dormirse mientras ella estaba muerta o moría. Sin lugar a dudas, eso era lo que se había encargado de torturarlo—. Tú mismo me has contado alguna vez que las drogas cambian la percepción de la realidad...

—Tengo la sensación de arrastrarla del agua grabada en las yemas de los dedos, aún a veces no soy capaz de tocarme el cuello y los hombros porque siento el escozor de los arañazos... No sé si la maté... —Carlos la observó atento hasta advertir lágrimas redentoras en los ojos. Cruzó las manos por delante del rostro y, como si rezara una oración en silencio, bajó los párpados privando a Olatz de ver su lado más frágil. No permitía que nadie viera la profundidad de su dolor desde que lloró desconsolado ante su padre cuando fue consciente de la muerte de Ellie—. Nunca lo sabré —recalcó con voz musitada.

Olatz no resistió los embates de aquella incertidumbre. Seguramente le habría recreado un sinfín de situaciones a cual más sórdida. Con el alma acongojada por un llanto silencioso, se puso en pie y trató de infundirle fuerza abrazándole los hombros.

—Desahógate el tiempo que necesites, esperaré lo que haga falta —le habló con la suave ternura de alguien con voluntad de perdonar.

Esas palabras fueron la fortaleza de un hombre vulnerable que se había desprendido del yugo de la culpabilidad soltando lastre. Sintió las manos de Olatz arrastrando sus lágrimas y apoyó la cabeza en el vientre donde habitaba la esperanza. Ella le acariciaba el cabello en lentos paseos cuando encontró la voz para decirle:

—No me dejes sin darme la oportunidad de amaros.

—¿Dejarte? —Olatz sonrió, melancólica por sentirse responsable del tiempo malgastado—. Estos meses han sido un calvario, de dolor, rabia y decepción. No era capaz de entender cómo podía haberme enamorado de ti, por qué no me había dado cuenta de que me ocultaste algo tan grave... Estaba muy decepcionada contigo, hasta que me enteré del embarazo y la alegría me dio nuevas perspectivas. Si tú habías hecho realidad mi sueño, si no podía olvidarte ni te olvidaría porque nuestro hijo me recordaría siempre lo intolerante que fui, era justo convencerme de que me había equivocado contigo para bien, porque me protegería del temor de estar con alguien

peligroso, o para mal... Sin duda, me habría equivocado para mal, porque eres exactamente el hombre del que me enamoré. Has superado las adversidades con tesón y sufrimiento, me has hecho feliz, me diste seguridad para acabar con Uwe. Tengo más motivos para arriesgar amándote que para intentar vivir olvidándote. Confíe en ti sin reservas desde que me salvaste la vida y pienso seguir haciéndolo porque te considero un buen hombre, porque no tengo dudas de que eres el amor de mi vida.

Carlos no resistía más la tentación de fundirse con ella en el abrazo que llevaba deseando toda la tarde. Tomó sus manos, se puso en pie sin apartar la vista de los ojos que contenían una inmensidad de tonalidades azules y apretó sus cuerpos con la firmeza de la grandiosa oportunidad que la vida le ofrecía.

—Has vuelto a romper el cielo —le dijo a media voz.

—Porque tú lo pones a mi alcance.

—Eres la musa de mi vida, la inspiración que deseo todos los días, la mujer que me hace feliz solo con una mirada y me ha salvado de la soledad. Sé que tendré que esforzarme porque soy un poco complicado, que a veces tendré miedo y me avergonzaré de lo que hice. Pero estoy dispuesto a intentarlo porque no le temo al esfuerzo y, más que a otra cosa, le tengo miedo a imaginar que volveré a estar solo. Después de haberte sentido, no puedo dejarte ir; no viviré con el cargo de conciencia de perderte —habló con rotundidad—. Quédate conmigo hasta que nazca nuestro hijo. Después podemos instalarnos en Tenerife o seguir aquí, decídelo tú.

Al escucharlo, Olatz sonrió de forma suave. No pensó que esa era la vieja aspiración de Carlos, con sentir el arroyo de su voz deslizándose por las venas tuvo bastante.

—Las mejores decisiones de mi vida las he tomado con el corazón —le dijo, alzando la mano para acariciarle el rostro—, todas gracias a ti... Ahora elijo vivir contigo y amarte donde sea, sé que no estoy equivocándome.

—Te amo, dulce Olatz.

La sonrisa sincera de Olatz fue la chispa que lo empujó a rozarle los labios hasta entrelazar sus almas, arrebatadas por la sensación de percibir aquel instante como perfecto. Un repentino destello de luz iluminó el jardín, no tenía nada que ver con la decrepitud del sol. El beso se había convertido en pura energía, en una tempestad de emociones que venció lágrimas y dolor, ardiente hasta derretirlos en el exquisito placer de sus esencias. Todas las angustias se transformaron en sublime pasión, todo tenía sentido para ellos al palpar el poder salvaje de los sueños errantes que comenzaban a hacerse reales; lo que fueron juntos y lo que serían después de una larga espera donde estuvieron a punto de languidecer. Fuertemente embriagados, se amarraron en un abrazo de encantada e íntima ternura.

Epílogo

DESPUÉS DE RECOGER el pan que, nuevamente, José Quebrajo le llevaba al rayar el alba, Carlos dejó al perro correteando por el jardín y cerró la puerta de la casa con cuidadoso tacto. Encendió a intensidad baja una de las superficies de la placa de inducción, colocó encima la cafetera italiana y, para bajarle la temperatura, sacó del frigorífico el embutido ibérico que su suegra compró días atrás. Buscar la perfección era un defecto insano, máxime porque nunca la hallaba, aún así no cejaría en su empeño de intentar que los desayunos de Olatz en su rincón favorito del jardín —“el paraíso”, según sus propias palabras— día tras día fuesen memorables.

Estar pendiente de ella para mitigarle el cansancio, no dormía más de cuatro horas seguidas, era solamente una mínima demostración del sosiego interior que hallaba a su lado. Disfrutaba siendo su apoyo, incluso había limitado el trabajo a unos pocos ratos por complementarla de forma condescendiente. A veces rayaba el servilismo, pero podía decirse que era el servilismo elegido de un hombre consciente de estar atravesando la mejor etapa de su vida. El orden preciso que había sobresalido en cada objeto de esa casa, el cáustico silencio de sus pensamientos o la anarquía de sus hábitos, dejaron de tener importancia en el mismo momento que volvió de Bath con la aspiración de formar ahí un hogar.

Una vez creyó cumpliría las expectativas, se dirigió al dormitorio tan sigiloso como un gato acechando a un ratón. No hacer ruido a esas horas era primordial. Si no, Mateo se despertaría con un llanto agudo capaz de destrozarles los tímpanos. La deferencia a favor del descanso de Olatz no le sirvió de nada. Ya estaba amamantando al pequeño cuando entró en el dormitorio. El vigoroso sol lo iluminaba todo con un brillo fascinante.

Al verla llevarse el dedo índice a los labios pidiéndole silencio, se dijo que no conocía a su hijo tan bien como él. Ningún sonido distraería aquel apetito voraz y riguroso. Cogió el cuaderno de dibujo, con tapas negras, igual a los que usaba para diseñar las esculturas, se quitó las chanclas y se tumbó en la cama con la espalda apoyada en la pared. Durante unos segundos se limitó a observar las formas regordetas del niño, los pliegues de su piel sonrosada, el movimiento rítmico de la boca.

Olatz, reacia a esas sesiones artísticas por el pudor de sentirse analizada con minuciosidad, había desistido de pedirle que dejara de dibujarla porque había aceptado la importancia que tenía para él. Amarlo sobre todas las cosas significaba comprender su individualidad como parte básica de lo que era, del hombre que se abstraía en la felicidad de ser testigo del crecimiento de su hijo en lo único que él no podía darle. El resto de las necesidades las cubría con la misma solvencia instintiva y, a ratos, sobreprotectora que ella.

—Qué bien huele —comentó Olatz, cerrando los ojos mientras aspiraba el penetrante aroma del café que había perfumado la habitación—. ¿Podremos desayunar fuera?

—Sí, el viento no molesta mucho.

Carlos dejó el cuaderno en la cama; prefirió observar, no tenía hartura de atesorar detalles, emociones y de descubrir movimientos nuevos.

—Ha acabado —anunció Olatz, acariciando la cabeza pelona de Mateo—. Todo tuyo.

Carlos no titubeó al coger a su hijo, de pupilas tan enigmáticas como las de ella, ni tampoco lo hizo al sostenerlo con la espalda recta y la barriguita contra su pecho, acariciándole la espalda en un suave masaje para que eructase.

Olatz tardó un poco en salir de la cama. Ella también tenía sus debilidades, y no resistió perderse la ternura en estado puro; verlo le resultaba cautivador.

Ignorando los sentimientos que despertaba en ella, Carlos siguió paseando al niño por la habitación y, como solía hacer, empezó a cantarle bajito una nana en inglés.

En diez minutos, cuando Carlos había vestido a Mateo con un cálido pelele de algodón y Olatz estaba recién duchada y su cuerpo desprendía las fragancias a jazmín del gel de baño, se sentaron a desayunar en la mesa del jardín.

Mientras Mateo estaba distraído en el balancín, y *Hard* tumbado a sus pies, el envolvente sonido de las olas arrullaba la conversación acerca de la nueva serie que Carlos había empezado.

—No sé si a John o a Mikel les interesará —dudó Olatz, convencida de que ambos rechazarían las cinco figuras de ella y Mateo en situaciones cotidianas—, aunque las aprecien artísticamente, tienen que resultar vendibles.

—A estas alturas deberías saber que no esculpo por dinero, sino por lo que siento mientras estoy creando. Ellos verán... —Echó un vistazo alrededor del jardín—. Siempre las podré colocar por aquí.

—No estaría mal, si hay gente que esconde duendecillos de escayola, ¿por qué no vamos a poner nosotros esculturas de basalto a tamaño natural?

—Lo digo en serio. Antes que malvenderlas, les busco un sitio.

Olatz le dedicó una mirada risueña, hasta piadosa, que no aventuraba nada bueno.

—Claro que sí. Y si encuentras de paso un apartamento para que lo compartan tu madre y la mía, me haces una reina.

A Carlos no le hicieron falta más explicaciones.

—Ahora viene la mía, ¿no?

—Sí, llega pasado mañana —contestó afirmando con la cabeza. Sonreía al pensar que Alicia estaba pletórica, dispuesta a redimirse como madre y obnubilada por la oportunidad de ejercer como abuela—. Tiene cinco días de vacaciones y le apetece estar con nosotros, me ha preguntado si podría quedarse aquí, no sabía si teníamos sitio libre.

—A este paso, deberíamos convertir el salón en un albergue...

—Mírale el lado positivo, no coincidirán otra vez las dos.

Carlos sonrió; tenía bastante claro que a ninguna le importaría hacerlo porque el niño lograba sacar sus mejores cualidades. La charla derivó al cambio que había dado Nieves, hasta el momento mantenía una relación muy cordial con Alicia y a ellos los trataba de forma respetuosa y con mucho afecto. Quizá ser testigo de la felicidad obró a favor.

—Tu madre ha aceptado que eres una mujer adulta cuando te ha visto con el niño —dijo Carlos—; un poco tarde, sí, pero cada persona necesita sus tiempos. A veces, los cambios pueden dar miedo; pero uno no lo nota al hacerlo fluyendo con las vicisitudes que acontecen en la vida. Es supervivencia, la manera más inteligente de adaptación.

Olatz asintió algo ausente. Pensaba en que ella estuvo a punto de cometer un error de consecuencias terribles de no haber tenido la coherencia de plantarle cara, de quitarse de encima los prejuicios.

Permanecieron desayunando en silencio, con sensibilidad para darse espacio mientras el sol

ascendía en el horizonte hasta el punto de elevar la temperatura a unos agradables veinte grados. Mateo llevaba un rato dormido cuando a Carlos le sorprendió ver una bandada de gaviotas volando alrededor de uno de los roques que se adentraban en el océano. Se puso en pie y fue al borde del jardín a contemplar cómo rozaban la superficie del agua sin tocarla. Olatz no tardó en ir tras él. Ejercía sobre ella una atracción tan poderosa como la gravedad de la luna sobre las mareas, natural y física.

Abrazada a su cintura, observó a una pareja de ancianos en la orilla. Caminaban descalzos, cogidos de la mano, los dos con los pantalones remangados, y parecían encantados jugueteando con las olas.

No quiso recordar que días atrás había coincidido en el Muelle con Uwe, le helaba la sangre las miradas que recibió, de odio por su parte y asombrada del hombre que le acompañaba. Creyó detectar en ese hombre un acento que le pareció búlgaro y planeó por su cabeza que fuera quien la asaltó en la playa. No podía asegurarlo, y si se lo contaba a Carlos corría el riesgo de que la persiguiera como un lobo protector; de no hacerlo, asumiría que Uwe estuvo detrás del asalto en la playa y de que podía estar tramando algo para eludir pagarle su mitad de la casa. Calló tras sopesarlo, necesitaba confiar. Era posible que hubiese cometido otro error, Uwe podía ser un despiadado criminal o quizá no y solo conociera al búlgaro como a una de las muchas personas que conocía en la isla. No tenía miedo, y era la mejor manera de eludir la manía persecutoria de Carlos.

—Gracias por convertir mi vida en una experiencia maravillosa —le dijo cariñosamente, obnubilada por una belleza pacífica y abrupta. Esa belleza tocaba con rabia lo más profundo de su ser—. Contigo he aprendido a superarme —siguió diciendo cuando Carlos había girado la cabeza y pintaba una sonrisa prudente—, a confiar y a razonar con objetividad, a ser feliz con cosas sencillas, a disfrutar de la soledad sin sentir que estoy sola porque siempre te tengo vigilante; aunque no te guste oírlo, es mi verdad; la verdad que siempre me unirá a ti.

Él no esperaba ninguna declaración, al menos no así de rotunda. Habló al rodearla con los brazos. Presa, no le quedaría otro remedio que asimilar la felicidad como una etapa estable.

—Es nuestra verdad, la percibo, me emociona sentirla. Estamos unidos desde que nos vimos por primera vez, encadenados desde el primer beso. Hemos luchado por estar separados, y ni por esas lo conseguimos. Tu verdad es la mía tanto como ese niño es nuestro; tuyo y mío, el mejor vínculo para luchar por seguir juntos pese a las dificultades que tendremos.

Obvió incluir que una de esas dificultades sería mantenerse firme en el propósito de llevar hasta las últimas consecuencias el acuerdo de divorcio, porque Uwe parecía haberse retractado de vender la casa del Puerto y volvía a comportarse como un arrogante pendenciero. Tal vez, molesto al comprobar que su intento de separarlos había sido todo un fracaso, tal vez celoso de la felicidad que a él de nuevo lo esquivaba.

—Quisiera poder guardar estos instantes para siempre —susurró Olatz.

—Lo harás porque los recuerdos son incontrolables, buenos, malos o regulares, detalles que ahora son insignificantes cobran importancia pasados los años. Tal y como lo que hoy puede parecernos trascendental, con el tiempo no pasaría ni por anécdota. La memoria es selectiva, a veces un arma de doble filo, pero es única para preservar lo verdaderamente importante: esto... —susurró con los labios rozando los de ella.

Sujetó la cara de Olatz con manos seguras, en un contacto suave, antes de unir sus bocas y deleitarse en el placer de la adicción incendiaria que se provocaban. Frente al acantilado, respirando la pureza del salitre, Carlos fue el hombre feliz que se había perdonado y caminaba sin

avergonzarse del pasado bien asido a su tabla de salvación.

Durante un instante, contemplaron a la pareja de ancianos recorrer despacio la orilla. Pisaban la arena negra hundiendo los pies como si quisieran dejar sus huellas en aquella playa desierta. Mateo empezó a despertarse, protestón, y, Carlos, con la tranquilidad de los vencedores, lo alzó del balancín y rodeó a Olatz con el brazo para instarla a regresar lentamente a la realidad de sus vidas. El perro los vio alejarse sin moverse, paciente hasta que dentro de unos minutos salieran a la playa.

Ella abrió la acogedora casa de muros recién encalados, de tajinastes grana ascendiendo al cielo y de tea alrededor de las ventanas, la que acogía sueños entre profundas fragancias. El bienestar sobrevoló por el luminoso jardín como una bocanada de brisa cálida, ni siquiera las ráfagas de aire consiguieron diluirlo; nada lo lograría mientras siguieran soñando unidos.

Agradecimientos

Escribir una novela requiere mucha constancia, tiempo robado a seres queridos y a una misma. Pero sarna con gusto no pica, aunque a veces cree remordimientos. Por eso, para mitigar un poco los míos, agradezco de todo corazón a mis hijas María y Elena su interés y paciencia. La inspiración es constante cuando se trabaja a diario en un borrador, siempre maquinando y siempre buscando la oportunidad de avanzar. Luego llega el segundo paso (abreviando bastante) y con él mi profundo agradecimiento hacia las tres mujeres que leyeron el primer borrador de esta novela y me han ayudado a enriquecerla: Marisa Lillo, Loreto Lobera y Cristina Zurita.

Cómo no, mi especial gratitud a todos los lectores que han depositado su confianza en mí. A los que acaban de descubrirme y, por su fidelidad, amigable compañía en las redes sociales y apoyo constante, a los que ya conocían otras de mis obras; muchísimas gracias a todos.

Seguiré intentando colarme en vuestras vidas siempre que queráis.

R.A.M.

Málaga, noviembre de 2019

Sobre la autora

Rosa Alcántara Menéndez nació en Málaga y se ha formado en Barcelona, Bath y su ciudad natal donde desarrolla su carrera profesional en el mundo de la arquitectura e ingeniería compaginándola con la escritura de novelas. Además de *Aquella playa desierta*, Rosa Alcántara tiene publicadas entre otras: *Indestructible* (2014), *Ivory Manor* (trilogía, 2015), *Trébol rojo* (2015), *Un recuerdo indestructible* (2016), *Boreal Róis* (trilogía, 2016), *Lágrimas esmeraldas* (2016), *En honor a la verdad* (2017), *La señora Pinkerton y sus demonios* (2017), *Lilas en el bosque* (2018), *La fragancia de lo infinito*, *El rumor de tus besos* (2018), *Las Perlas de las Reinas* (2018) y *Jamás no será siempre* (2019). Lectores de todo el mundo ya la han descubierto a través de Amazon y la recomiendan por su gran capacidad para meternos de lleno en otras vidas, ciudades y atmósferas. Con un sello propio, las novelas de Rosa Alcántara atrapan por su lectura fluida, por personajes con profundidad, un ritmo trepidante sin olvidar tramas sólidas salpicadas de humor, suspense y, por supuesto, amor.

Páginas de interés

<https://www.rosaalcantaramenendez.com>

<https://www.facebook.com/RosaAlcantaraMenendez/>

Instagram: [rosa_alcantara_menendez](#)

Contacto: rosaalcant@hotmail.com

© Rosa Alcántara Menéndez 2014

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación de un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del titular del *copyright*.

[1] Gabon: Buenas noches en euskera.

[2] Guachinche: Salones humildes, con los pisos de tierra y las paredes en el ladrillo, dentro de las casas de los agricultores locales donde se sirve vino de la tierra hecho por el propio agricultor acompañado por platos sencillos y a precios sin competencia.

[3] *Laster arte, lagun, saiatu zure zoriontasuna lortzen.* Euskera. Hasta pronto, amiga, intenta conseguir tu felicidad.